

HONORÉ
DE BALZAC
LA BÚSQUEDA
DEL ABSOLUTO

PRESENTADO POR
CARLOS PUJOL



Lectulandia

La búsqueda del absoluto constituye una detallada crónica de la aventura espiritual de Balthazar Claës, arquetipo de héroe metafísico cuyo empeño por conseguir diamantes obedece a la vez a la sed de trascendencia y al más puro pragmatismo.

«*La búsqueda del absoluto* es uno de esos títulos que en sí mismos son ya literatura, y que ejercen tal fascinación que están destinados a engendrar otros [títulos memorables... Todo Balzac está en esa sorprendente amalgama de amor y de dinero, de pasiones irresistibles y de vida regalada, de sueños y de materialidad]» (Carlos Pujol).

Lectulandia

Honoré de Balzac

La búsqueda del absoluto

Estudios filosóficos

ePub r1.0

IbnKhalidun 19.05.15

Título original: *La recherche de l'absolu*
Honoré de Balzac, 1834
Traducción: Javier Albiñana
Presentación: Carlos Pujol
Cubierta: Giovanni Stradano, *Los alquimistas*

Editor digital: IbnKhalidun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

por Carlos Pujol

La búsqueda del Absoluto es uno de esos títulos que en sí mismos son ya literatura, y que ejercen tal fascinación que están destinados a engendrar otros títulos memorables; así suponemos que la novela de Proust debe la primera parte de su nombre a este relato de Balzac, y la segunda a Las ilusiones perdidas, con «tiempo» como puente entre los dos ecos de La comedia humana. Y es que recherche, búsqueda, es palabra con un reclamo muy fuerte, como lo era quête, su antepasada en el viejo francés, que se traducía por la «demanda» heroica y mística de los antiguos caballeros.

Quizá, puede argüirse, es un título que casi no parece de obra de imaginación, y en efecto podría ser el de un libro de filosofía, pero esta ambigüedad forma parte de su encanto, le añade un plus extraño y misterioso, y Balzac era muy consciente de ello (la novela se incluyó, naturalmente, entre los Estudios filosóficos). Lo que salta a la vista es que quería decir algo que para él era muy significativo y que eligió un rótulo que estuviese a la altura de sus ambiciones.

La filosofía de Balzac —tómese el término «filosofía» con la seriedad que se quiera—, por ejemplo en Louis Lambert y en La obra maestra desconocida, hace incompatible la misión del hombre superior con la felicidad terrena, y esta disyuntiva tan romántica, o la mediocridad dichosa o unas aspiraciones tan altas que conducen necesariamente al desastre, pone en funcionamiento la acción novelesca, que se recubre de un barniz costumbrista.

Los héroes tentados por grandes empresas, la perfección del arte, la clave del saber, la ciencia, también, como en La piel de zapa, el poder mágico que otorga un talismán, abrazan con estos ideales el infortunio, que es el precio que hay que pagar por su aventura titánica; no se puede tener a la vez, filosofa Balzac, el genio, que carece de medida y de proporción, acaso también de sentido común, y la felicidad de este mundo, que está hecha de cosas muy pequeñas.

El realismo que se atribuye al novelista le supone un escritor cuyas obras son fiel espejo de apariencias, pero aquí, como en tantas otras piezas de la Comedia humana, lo que se nos da es un espejo de sueños, siempre extremados e irrealizables, eso sí, con el detallismo con que los sueños visten la fantasía, para que creamos en ella y podamos reconocernos en sus imágenes. Estamos ante un visionario que maneja la realidad como el alquimista el plomo para obtener lo inasequible.

Y en este caso lo de la alquimia no es una simple metáfora, sino el ideal de Balthazar Claës, el personaje balzaquiano que se busca más allá de sí mismo, que no se conforma con las posibilidades humanas a su alcance y pone el gran objetivo de

la vida más allá de lo que él o cualquier otro ser normal pueden conseguir. Afán de soñador o de loco, de artista o de inventor del futuro.

También genio incomprendido y extraviado que en su frenesí convierte inevitablemente en víctimas a los que le rodean, antes de que su superioridad le destruya a sí mismo en sus alturas irrespirables; es alguien que en su búsqueda irrumpe en una oscuridad final de la que ya no va a poder salir. Ha elegido la máxima ambición y con ella el fracaso de su vida.

La novela se inicia con largas y prolijas descripciones que tienen una minuciosidad de maníaco y que no perdonan detalle; o así nos lo parece, pero es que a nuestra acelerada época le cuesta comprender el tempo lento de la manera de narrar del siglo XIX, que refleja otro ritmo vital, como a nuestra sensibilidad, embotada por la saturación de imágenes, hacerse cargo de que el lector de Balzac agradecía esos inventarios hoy suplidos por la mirada rapidísima, cómoda y tal vez empobrecedora de la fotografía, la televisión o el cine.

Pero lo que nos quiere decir el novelista es que la locura, entre admirable y espantosa, que va a describirnos se sitúa entre nosotros, en un mundo que es de veras, tangible y conocido; no se nos habla de una vaga antigüedad en la que cualquier cosa puede suceder, sino del presente (el desenlace se produce un año y medio antes de la fecha de redacción y publicación del libro, 1834), ni tampoco de lugares muy lejanos, sino muy próximos a la experiencia cotidiana.

El Flandes francés es una tierra diríase que más bien prosaica, con una reputación de sentido práctico en la que el texto no deja de insistir: una región, leemos, «desprovista de poesía», con «una vida ciudadana y burguesa» que aspira a «una felicidad cándidamente sensual». Todo aquí es bienestar, abundancia y sosiego, goces tranquilos y discretos que se saborean en paz y comodidad, y que se resumen en el doble símbolo de la cerveza y la pipa.

En Douai entraremos en la casa de Balthazar Claës para visitarla hasta sus últimos rincones de la mano del narrador: un ajuar rico y tradicional, muebles y utensilios, cortinones, tapices, vajillas de plata, porcelanas chinas, los bellos tulipanes propios del país y los cuadros de grandes maestros —Rubens, Van Dick, Teniers, Rembrandt, Hobbema— que forman uno de esos repertorios codiciosamente soñados por Balzac para su propia colección que nunca llegó a existir.

Y los personajes no se identifican con menudencia menor: todos tienen su carácter, su físico muy pormenorizado, una edad concreta, su historia familiar, un lenguaje característico, por así decirlo una voz propia, y desde luego unos bienes que se evalúan con la escrupulosa exactitud de un recaudador de contribuciones. Si nos tropezáramos con alguno de ellos por la calle le reconoceríamos instantáneamente como a un viejo amigo de quien lo sabemos todo.

Balthazar, por supuesto, es la más trabajada de esas personalidades, pero no se descuidan las de su esposa Pepita, medio española de origen, su hija mayor Marguerite, el criado Lemulquinier, sombra alucinada de su amo, el notario

Pierquin, el anciano abate De Solis, severo español según el gusto romántico (es curioso el reiterado y apasionado toque de españolismo que tiene la historia, como para justificar actitudes vehementes y excesivas), y su joven sobrino Emmanuel.

Balzac primero cuenta cómo son las cosas y las personas, y cuando tiene la seguridad de ese punto de apoyo se sale del marco que él mismo ha trazado haciendo convivir «la persecución de lo imposible» con estas realidades tan sólidas. Estudio filosófico, sí, pero sin dejar de pisar tierra firme. Así la novela se hace Absoluto sin dejar de ser pormenor, realidad precisa y habitual.

La resistente materialidad de la vida, que en el libro se encarna en el temperamento flamenco, es uno de los dos grandes polos de la novela, que forma un flujo y reflujo de dinero y bienestar: una pasión incurable devasta una y otra vez lo que la paciencia, el sacrificio y el trabajo consiguen restaurar penosamente, en espera de que aquella misma fuerza ciega e irresistible lo destruya todo de nuevo.

Se nos pinta una obsesión, una monomanía que llega a convertirse en impulso aniquilador; un sentimiento casi sobrehumano, o que tiende a serlo, y que consume la vida de un hombre y la de los que dependen de él, hasta olvidar todos los afectos e intereses. Es el sueño del creador en el sentido literal de la palabra, el que hace, o por lo menos rehace, el mundo como poeta, como artista, como filósofo o como sabio.

Aquí como sabio; si la naturaleza fabrica diamantes, el protagonista quiere averiguar cuál es el proceso de esta fabricación para reproducirlo en su laboratorio. Intento de un racionalismo llevado a sus últimas consecuencias —Balthazar es un hijo del siglo de las luces, eso queda bien claro— que le conduce al borde de la hechicería.

Tales empresas desmesuradas son, según Balzac, «un exceso constante» igual que el vicio, someten a «la tiranía de las ideas», infunden «el absorbente fanatismo que inspiran el arte o la ciencia». Su proyecto no puede tener buen fin, es una locura que pretende igualarse a Dios, pero es asimismo la misión más alta y terrible que pueda concebir un hombre, y por lo tanto el más extraordinario y arriesgado de los destinos.

Con estas opiniones prometeicas podría imaginarse a Balzac como un asceta que se consagra a su trabajo de escritor renunciando al mundo y a sus placeres, pero lo cierto es que nadie más aficionado que él a lo que se suele llamar la buena vida: la gastronomía más exigente, el mejor café, los trajes más caros cuando se lo podía permitir, muebles antiguos, objetos de lujo, etc., sin olvidar el capítulo amoroso, muy densamente poblado.

Quizá por eso la novela plantea una contradicción que no resuelve, entre otros motivos porque también era la del escritor. A un tiempo epicúrea y titánica, la sombra balzaquiana se proyecta sobre ese Balthazar Claës, que después de quince años de inalterable felicidad familiar se ve como poseído por un demonio que le hace olvidarlo todo para ser «investigador de causas ocultas».

Basta con que en 1809, en el turbulento período de las guerras del Imperio, un oficial polaco que se apellida Wierzchownia (como la finca de Madame Hanska, porque en 1834 estamos en el deslumbramiento de los primeros años de su amor por «La Extranjera», y cree que de Polonia tiene que venir la luz) pase unas horas en su casa de Douai para que el dignísimo patriarca flamenco se convierta en otro hombre.

A partir de entonces para él sólo existe la búsqueda del principio común a toda la creación cuyo descubrimiento permitirá decir: «Hago los metales, hago los diamantes, repito la naturaleza». En otras palabras, hago lo que sólo Dios ha hecho. El secreto del universo se esconde en la química, el hombre es un matraz, la vida una combustión, el mundo un crisol, todo es química, hasta las lágrimas, incluso el amor, según comprende su horrorizada esposa, la dulce Pepita.

Empezando por unos humildes berros, las investigaciones de Balthazar se van agigantando para estrellarse una y otra vez contra lo imposible, y en su laboratorio su fortuna y la de sus hijos se va «en gas y en carbón», se quema —«la idea del Absoluto lo había devastado todo como un incendio»— lo mismo que su propia existencia. Claës pasa de científico aficionado que en su juventud estudió con Lavoisier a sabio, y de sabio a brujo y a demente.

En la novela lo de menos son las precisiones técnicas; quizá no quede muy claro en qué consiste lo de descomponer el ázoe, es decir, el nitrógeno, o lo de cristalizar el carbono o gasificar los metales, las explicaciones son algo brumosas o lo parecen al lector profano, tanto da; lo que nos impresiona es el uso de todas esas manipulaciones químicas que desembocan en una utopía fatal. La química, quién lo iba a pensar, nos introduce subrepticamente en una parábola de ofuscación y de ensueño trágico.

Pero Balzac es siempre Balzac, ese delirio o chifladura grandiosa es algo que se mide en dinero; la enajenación de Balthazar Claës cuesta dinero hasta la ruina y también tiene por objeto producir dinero. Busco, dice el protagonista, «la felicidad, la gloria... tesoros, joyas, riquezas...». Sólo unos puntos suspendidos separan la primera parte, más noble, de su ideal, de todo lo demás.

El dinero, que nunca deja de hacerse oír en las novelas balzaquianas, no puede faltar aquí: cuentas, deudas, créditos, hipotecas, intereses, tantos por ciento, activos y pasivos, herencias, precios detallados de todo (hasta Marguerite, tan espiritual, al decir del notario es «una muchacha de cuatrocientos mil francos»). Todo se cifra, se calcula, se compra y se vende, y el Absoluto resulta ser también dinero, fortuna, diamantes.

Claës, que procede de una larga tradición que identifica la felicidad con la riqueza y el confort, el bienestar material y el desahogo económico, parece rebelarse contra esta visión un tanto estrecha para descubrir la embriaguez de una búsqueda que casi linda con lo irracional, con lo fantástico. Pero en ese punto en el cual la honrada química se transforma en alquimia, su objetivo es la obtención de incalculables tesoros.

A estas paradojas se suma otra característica de la novela que es infrecuente en la Comedia humana: en medio de la vorágine de números en la que viven sumergidos los personajes, es asombroso comprobar el desinterés de todos ellos. No cesan de hablar de dinero, de ganarlo, de gastarlo, de ahorrarlo, pero, curiosamente, nunca con afán de lucro, circunstancia rarísima en la codiciosa humanidad balzaquiana.

Balthazar quiere fabricar diamantes, pero sólo para hacer más felices a los suyos (el ideal puro de la ciencia se confunde así ambiguamente con el punto de vista de un simple padre de familia), Pepita es el símbolo del desinterés heroico y sacrificado, y altruista es también el fiel Lemulquinier; incluso el único que se describe como «egoísta y calculador», Pierquin, es mucho menos ruin de lo que parece, y más sensible a la vanidad social que al dinero.

Hay, por otra parte, una zona de la novela de una sublimidad un poco empalagosa, la que representan Marguerite y Emmanuel, casi celestiales («se habían conocido en sus sueños», se nos dice poéticamente) y que comparten «la curiosidad del infinito»; angélica pareja de enamorados envuelta en una fraseología muy peculiar: «Vertía el rocío de sus lágrimas en el corazón de su amiga» o «el fulgor de su alma pura como un diamante brillaba sin nubes».

Hasta las almas son puras... como un diamante, la imagen traiciona al escritor, pero todo ese clima de sentimientos elevados sirve muy bien de contrapeso y de contraste a las obsesivas situaciones de la novela, en la cual, por obra de la necesidad, los jóvenes alternan encendidas miradas de amor y cándidos rubores con planes de inversión de capitales, compraventas, amortizaciones y previsiones de beneficios.

Todo Balzac está en esa sorprendente amalgama de amor y de dinero, de pasiones irresistibles y de vida regalada, de sueños y de materialidad. Pasa de un mundo a otro con un aplomo único, se mete en la piel de un notario para escribir una página como de contable, y luego ironiza sobre el espíritu positivo, se conmueve hasta las lágrimas con las víctimas inocentes y más tarde exalta la figura disparatada del loco inventor.

Bordea el ridículo con frases de almíbar un poco cursis, y en seguida encuentra el tono más vibrante, recio y eficaz, y sin abandonar del todo cierta retórica algo hueca descubre matices expresivos muy delicados, como lo primero que Marguerite le dice Emmanuel cuando salen a pasear por el jardín, y que en francés suena como un hemistiquio de alejandrino: «Aimez-vous les tulipes?».

Qué importa el énfasis que a veces hace sonreír al lector actual, acostumbrado a un tipo de expresión más contenido, o pequeños lapsus de atropellamientos muy balzaquianos (el personaje «belga» antes de que Bélgica empezara a existir en 1830, o el nombre de uno de los hijos de los Claës, que se convierte de Gabriel en Gustave). Todos estos despistes, inconsecuencias y exageraciones nos lo hacen más vivo, más simpático.

Es posible que como lectores estemos viciados por las pautas que estableció

Flaubert pocos años después de la muerte de Balzac: la novela como una máquina de narrar que no puede tener fallos, bien engrasada, en la que todo está previsto y donde cada escena, cada personaje, cada comparación, cada objetivo y cada adverbio, cada punto y cada coma están donde deben, y cualquier cambio menoscaba un arte perfecto.

La novela moderna, hija, nieta, bisnieta, etc., de Flaubert, es lo que es y valdrá lo que valga, pero a Balzac, en quien todo es más improvisado, lo cual no significa torpe, más intuitivo y, si se quiere, más arrebatador, hay que leerlo de otro modo; como quien no está de vuelta y todavía participa de un entusiasmo y de una calidez vital que siguen siendo referencias únicas de verdad humana.

Lo de menos es la adhesión que podemos prestar a sus ideas, quizá su prosa nos parezca a veces discutible (desde luego está mucho menos ajustada y vigilada que la de Flaubert), sus libros tienen altibajos y desmesura; pero hay que abandonarse a la pasión genial de uno de esos creadores que, como los héroes de sus novelas —de forma tal vez inconsciente Balzac estaba defendiendo su propio caso—, no pueden juzgarse por una escala común.

En La búsqueda del Absoluto, a la muerte de Balthazar Claës, el instinto de conservación social, familiar, individual, reabsorben la anormalidad, todo ha de seguir como antes, se ha reparado el monstruoso desorden del genio, que muere pronunciando un patético e ilusorio «eureka». Se han gastado varios millones, siempre los números, una mujer ha muerto de dolor y un hombre bueno, sabio e inteligente se ha perdido en la busca de una quimera. Después del vendaval de ambición y derroche, las cosas volverán a ser como fueron.

Los demás personajes reconstruyen sin él la felicidad de cada día y su fortuna, que al parecer la hace posible, aquí no ha pasado nada, excepto la misma novela que hemos leído. Este sueño no fructifica, pero la búsqueda ha dado pie a una historia maravillosa; no podremos fabricar diamantes, pero nos acaban de contar la gran aventura de lo imposible en nuestras vidas, ficción y prototipo. Lo que queda después del fracaso es la palabra del escritor.

La búsqueda del absoluto

*A la señora Joséphine Delannoy,
de soltera Doumerc*

Quiera Dios, señora, goce esta obra de una vida más larga que la mía; la gratitud que me ha inspirado su persona y que, así lo espero, será equiparable al afecto casi maternal que me profesa usted, perduraría de ese modo más allá del término fijado a nuestros sentimientos. Ese sublime privilegio de prolongar mediante la vida de nuestras obras la existencia del corazón bastaría, suponiendo que se pudiera poseer alguna certeza al respecto, para consolar de todos los trabajos que cuesta a aquéllos que tienen puesta la ambición en conquistarlo. Repetiré pues: ¡Dios lo quiera!

DE BALZAC

Existe en Douai en la calle de París una casa cuya fisonomía, distribución interior y detalles han conservado, más que los de ninguna otra mansión, el carácter de las antiguas construcciones flamencas, tan ingenuamente adaptadas a las costumbres patriarcales; pero antes de describirla, acaso convenga en interés de los escritores dejar sentada la necesidad de esas preparaciones didácticas contra las que protestan ciertas personas ignorantes y voraces que desean emociones sin soportar sus principios generadores, la flor sin la semilla, la criatura sin la gestación. ¿Habría de exigírsele, pues, al Arte que sea más fuerte que la Naturaleza?

Los acontecimientos de la vida humana, ya sea pública o privada, aparecen tan íntimamente ligados a la arquitectura, que la mayoría de los observadores pueden reconstruir las naciones o los individuos en toda la verdad de sus costumbres, según los restos de sus monumentos públicos o mediante el examen de sus reliquias domésticas. La arqueología es a la naturaleza social lo que la anatomía comparada a la naturaleza organizada. Un mosaico revela toda una sociedad, al igual que el esqueleto de un ictiosaurio entraña toda una creación. En una y otra parte, todo se deduce, todo se encadena. La causa permite adivinar un efecto, como cada efecto permite remontarse a una causa. El sabio resucita hasta las verrugas de los tiempos pasados. De ahí sin duda el prodigioso interés que inspira una descripción arquitectónica cuando la fantasía del escritor no distorsiona sus elementos; ¿acaso no puede todo el mundo relacionarla con el pasado mediante severas deducciones? Y, para el hombre, el pasado guarda singular semejanza con el futuro: ¿contarle lo que fue no equivale casi siempre a decirle lo que será? En definitiva, raro es que la descripción de los lugares en que transcurre la vida no recuerde a cada cual sus deseos traicionados o sus esperanzas en flor. La comparación entre un presente que burla las apetencias secretas y el futuro que puede hacerlas realidad constituye inagotable fuente de melancolía o de gratas satisfacciones. Por eso resulta poco menos que imposible no experimentar una especie de ternura ante la pintura de la vida flamenca, cuando sus accesorios aparecen bien expresados. ¿Por qué? Quizá sea, entre las distintas existencias, la que mejor entraña las incertidumbres del hombre. Danse en ella todas las fiestas, todas las relaciones familiares, un opulento desahogo que atestigua la continuidad del bienestar, un descanso que semeja beatitud; pero refleja sobre todo el sosiego y la monotonía de una felicidad cándidamente sensual en la que el goce ahoga el deseo anticipándose siempre a él. Cualquiera que sea el precio que conceda el hombre apasionado a las turbulencias de los sentimientos, jamás contempla sin emoción las imágenes de esa naturaleza social en la que los latidos del corazón están tan bien regulados que la gente superficial la acusa de frialdad. La multitud prefiere por lo común la fuerza anormal que desborda a la fuerza equilibrada que perdura. La multitud no tiene tiempo ni paciencia para percibir el inmenso poder oculto tras una apariencia uniforme. Y así, para sorprender a esa multitud arrastrada por la corriente de la vida, la pasión, al igual que el gran artista, se ve obligada a rebasar el objetivo, como hicieran Miguel-Ángel, Bianca Capello, la señorita de La

Vallièere, Beethoven y Paganini. Únicamente los grandes calculadores piensan que nunca hay que ir más allá del objetivo, y sólo respetan la virtualidad impresa en una perfecta ejecución que confiere a toda obra esa honda serenidad cuyo hechizo captan los hombres superiores. Pues bien, la vida adoptada por ese pueblo esencialmente ahorrador se ajusta perfectamente a las condiciones de felicidad con que sueñan las masas para la vida ciudadana y burguesa.

La más exquisita materialidad aparece impresa en todas las costumbres flamencas. El confort inglés presenta tintes secos, tonalidades duras; en cambio, en Flandes, el viejo interior de los hogares deleita la vista por sus colores suaves, por una llaneza auténtica; sugiere el trabajo sin fatiga; la pipa evidencia una grata aplicación del *far niente* napolitano; refleja asimismo un sentimiento apacible del arte, su condición más necesaria, la paciencia, y el elemento que hace que sus creaciones sean duraderas, la conciencia. El carácter flamenco radica en esas dos palabras, paciencia y conciencia, que parecen excluir los ricos matices de la poesía y transmitir a las costumbres de ese país la misma falta de relieve que sus anchas llanuras, tan frías como su brumoso cielo. Pero nada más lejos. La civilización ha desplegado allí todo su poder modificándolo todo, aun los efectos del clima. Si observamos con atención las obras de los distintos países del globo, nos sorprende de entrada observar los colores grises y pardos especialmente asignados a las producciones de las zonas templadas, en tanto que los colores más esplendorosos distinguen las de los países cálidos. Las costumbres han de adaptarse necesariamente a esa ley de la naturaleza. Flandes, que otrora fue esencialmente pardo y abocado a tintes uniformes, halló el modo de hacer refulgir su atmósfera fuliginosa merced a las vicisitudes políticas que la sometieron sucesivamente a borgoñones, españoles y franceses, y que la hicieron confraternizar con alemanes y holandeses. De España, conservó el lujo de los escarlatas, los brillantes rasos, las tapicerías de vigorosos efectos, las plumas, las mandolinas y las corteses maneras. De Venecia, heredó, a cambio de sus telas y encajes, esa fantástica cristalería en la que el vino reluce y parece mejor. De Austria, ha conservado esa morosa diplomacia que, según un dicho popular, se anda con pies de plomo. El comercio con las Indias le ha legado los inventos grotescos de China y las maravillas del Japón. No obstante, pese a su paciencia en amasarlo todo, en no devolver nada, en soportarlo todo, Flandes tan sólo podía ser considerado como el almacén general de Europa hasta el momento en que el descubrimiento del tabaco soldó con el humo los diseminados rasgos de su fisonomía nacional. Desde entonces, a pesar de las particiones de su territorio, el pueblo flamenco existió en virtud de la pipa y la cerveza.

Tras haber asimilado, por la constante economía de su conducta, las riquezas e ideas de sus señores o vecinos, este país, de natural tan apagado y carente de poesía, se creó una vida original y unas costumbres peculiares, sin, al parecer, pecar de servilismo. El Arte se despojó de todo idealismo para reproducir únicamente la forma. No le pidáis, pues, a esa patria de la poesía plástica ni la inspirada locuacidad

de la comedia, ni la acción dramática, ni las inflamadas audacias de la epopeya o de la oda, ni el genio musical; en cambio, es fértil en descubrimientos, en discusiones doctorales que requieren tiempo y lámpara. Todo aparece marcado con el sello del goce temporal. Allí el hombre ve exclusivamente lo que es, su pensamiento se inclina tan escrupulosamente a servir las necesidades de la vida que en obra alguna se ha lanzado más allá del mundo real. La única idea de futuro concebida por ese pueblo fue una suerte de economía en política, su fuerza revolucionaria arrancó del deseo doméstico de tener campo libre en la mesa y de pasar agradables ratos bajo el alero de sus *steedes*. La conciencia del bienestar y el espíritu de independencia que inspira la fortuna engendraron, allí antes que en lugar alguno, ese afán de libertad que más adelante fermentó en Europa. Y así, la constancia en sus ideas y la tenacidad que transmite la educación a los flamencos los convirtió antaño en hombres de armas tomar en la defensa de sus derechos. Nada, pues, en ese pueblo se ejecuta a medias, ni las casas, ni los muebles, ni el dique, ni la cultura, ni la revolución. Y así, conserva el monopolio de cuanto emprende. La fabricación del encaje, obra de paciente agricultura y de más paciente industria, la de su tela son hereditarias como sus fortunas patrimoniales. Si hubiese que describir la constancia bajo su forma humana más pura, acaso atinásemos tomando el retrato de un buen burgomaestre de los Países Bajos, capaz, como tantos casos se han dado, de morir burguesamente y sin pena ni gloria por los intereses de su hansa. Pero las entrañables poesías de esa vida patriarcal aparecerán espontáneamente en la descripción de una de las últimas casas que, en los tiempos en que comienza esta historia, conservaban aún su carácter en Douai.

De todas las ciudades del departamento del Norte, Douai es, por desgracia, la que más se moderniza, donde el sentimiento innovador ha hecho más rápidas conquistas, donde más ha prendido el amor al progreso social. Día a día, desaparecen las vetustas construcciones, se desvanecen las viejas costumbres. En Douai reinan el tono, las modas, las maneras de París; y de la antigua vida flamenca, los douaisienses muy pronto sólo conservarán la cordialidad de los cuidados hospitalarios, la cortesía española, la riqueza y la limpieza de Holanda. Los palacios de piedra blanca habrán sustituido a las casas de ladrillo. La opulencia de las formas báltavas habrá cedido ante la cambiante elegancia de las novedades francesas.

La casa en donde se desarrollaron los acontecimientos de esta historia se halla hacia la mitad de la calle de París y, desde hace más de doscientos años, ostenta en Douai el nombre de Casa Claës. Los Van Claës fueron en otro tiempo una de las más famosas familias de artesanos a las que los Países Bajos debieron, en varios productos, una supremacía comercial que han conservado. Durante mucho tiempo los Claës fueron en la ciudad de Gante, de padres a hijos, los jefes del poderoso gremio de Tejedores. A raíz de la sublevación de esta gran ciudad contra Carlos Quinto, quien quería abolir sus privilegios, el más rico de los Claës se comprometió hasta tal punto que, previendo una catástrofe y obligado a compartir la suerte de sus compañeros, mandó secretamente bajo protección de Francia a su mujer, hijos y

riquezas, antes de que invadiesen la ciudad las tropas del emperador. Las previsiones del síndico de los tejedores resultaron acertadas. Al igual que muchos otros burgueses, fue excluido de la capitulación y colgado como rebelde, cuando era en realidad el defensor de la independencia gantesa. La muerte de Claës y sus acompañantes dio sus frutos. Tiempo después, aquellos inútiles suplicios costaron al rey de las Españas la mayor parte de sus posesiones en los Países Bajos. De todas las semillas confiadas a la tierra, la sangre derramada es la que proporciona más pronta cosecha. Cuando Felipe II, que castigó la revuelta hasta la segunda generación, extendió sobre Douai su férreo cetro, los Claës conservaron sus cuantiosos bienes aliándose con la nobilísima familia de los Molina, cuya rama primogénita, pobre a la sazón, pasó a ser lo bastante rica como para comprar el condado de Nourho que poseía sólo titularmente en el reino de León.

A comienzos del siglo diecinueve, tras una serie de vicisitudes cuya exposición carecería de interés, la familia Claës estaba representada, en la rama establecida en Douai, por la persona de Balthazar Claës-Molina, conde de Nourho, quien prefería ser llamado sencillamente Balthazar Claës. De la inmensa fortuna amasada por sus antepasados que daban quehacer a un millar de oficios, conservaba Balthazar unas quince mil libras de renta en bienes raíces en el distrito de Douai, así como la casa de la calle de París cuyo mobiliario valía por lo demás una fortuna. Por lo que atañe a las posesiones del reino de León, habían sido objeto de un litigio entre los Molina de Flandes y la rama de dicha familia que había permanecido en España. Los Molina de León obtuvieron las posesiones y tomaron el título de condes de Nourho, si bien sólo tenían derecho a ostentarlo los Claës; pero la vanidad de la burguesía belga superaba a la altivez castellana. Y así, cuando se instauró el Estado civil, Balthazar Claës dejó a un lado los harapos de su nobleza española en pro de su gran ilustración gantesa. Tan arraigado está el sentimiento patriótico en las familias exiliadas que hasta los últimos días del siglo dieciocho permanecieron fieles los Claës a sus tradiciones, costumbres y usanzas. Tan sólo emparentaban con familias de la más pura burguesía; exigían un cierto número de regidores y de burgomaestres por parte de la novia, para admitirla en su familia. Incluso iban a reclutar a sus mujeres a Brujas o a Gante, a Lieja o a Holanda, a fin de perpetuar las costumbres de su hogar doméstico. En las postrimerías del siglo pasado, su sociedad, cada vez más restringida, se limitaba a siete u ocho familias de la nobleza parlamentaria cuyas costumbres, cuya toga de anchos pliegues, cuya magistral gravedad en parte española, se avenían con sus hábitos. Los habitantes de la ciudad profesaban una suerte de religioso respeto a aquella familia, que constituía para ellos como un prejuicio. La constante integridad, la lealtad sin tacha de los Claës, su inmovible decoro, los convertían en una superstición tan inveterada como la de la fiesta de Gayant,^[1] y bien expresada por ese nombre de Casa Claës. Se respiraba por entero el espíritu del antiguo Flandes en aquella mansión, que brindaba a los aficionados a las antigüedades burguesas el prototipo de las modestas casas que se construyó la rica burguesía durante la Edad

Media.

El principal ornamento de la fachada lo constituía una puerta con dos batientes de roble guarnecidos de clavos dispuestos al tresbolillo, en cuyo centro los Claës habían mandado esculpir por orgullo dos lanzaderas acopladas. El vano de dicha puerta, edificado con piedra arenisca, terminaba en una cintra puntiaguda que soportaba una pequeña linterna rematada por una cruz en la que se veía una estatuilla de santa Genoveva hilando su rueca. Pese a haber depositado el tiempo su pátina en las delicadas labores de aquella puerta y de la linterna, el exquisito celo con que las cuidaban los moradores de la casa permitía a los viandantes captar todos sus detalles. Y así, el marco, compuesto de columnillas ensambladas, conservaba un color gris oscuro y brillaba como si estuviese barnizado. A ambos lados de la puerta, en la planta baja, se abrían dos ventanas semejantes a todas las de la casa. Su marco de piedra blanca aparecía rematado bajo el antepecho por una concha profusamente adornada, y arriba por dos arcos separados por el montante de la cruz que dividía la vidriera en cuatro partes desiguales, ya que el travesaño, dispuesto a la altura precisa para formar una cruz, daba a los dos lados inferiores de la ventana una dimensión casi doble que las de las partes superiores redondeadas por sus cintras. El doble arco quedaba realzado por tres hileras de ladrillos que avanzaban una sobre otra y en las que cada ladrillo salía o entraba cosa de una pulgada para formar una greca. Los vidrios, pequeños y en forma de rombo, se engastaban en finísimas varillas de hierro pintadas de rojo. Las paredes, de ladrillos fijados con argamasa blanca, estaban reforzadas a trechos regulares y en los ángulos por cadenas de piedra. En el primer piso se abrían cinco ventanas; el segundo únicamente tenía tres, y el granero recibía la luz a través de una amplia abertura redonda con cinco compartimientos, orlada de arenisca, y situada en medio del frontón irregular que describía el aguilón, como el rosetón en la portada de una catedral. En el remate se elevaba, a modo de veleta, una rueca cargada de lino. Los dos lados del gran triángulo que formaba la pared del aguilón estaban recortados a escuadra por unos a modo de escalones hasta el coronamiento del primer piso, donde, a derecha e izquierda de la casa, caían las aguas pluviales expulsadas por el hocico de un animal fabuloso. Al pie de la casa, una hilada de arenisca simulaba un peldaño. Por fin, postrer vestigio de las antiguas costumbres, a cada lado de la puerta, entre las dos ventanas había en la calle una trampa guarnecida con amplias tiras de hierro, por la que se penetraba en los sótanos. Desde su construcción, aquella fachada se limpiaba concienzudamente dos veces al año. Como faltase un poco de argamasa en una juntura, el agujero se tapaba de inmediato. Ventanas, antepechos, piedras, todo se restregaba como no se hace en París con los más preciados mármoles. No presentaba pues aquella fachada el menor síntoma de degradación. Pese a los tintes oscuros causados por la propia vetustez del ladrillo, se hallaba tan bien conservada como puedan estarlo un cuadro o un libro antiguos queridos por el coleccionista, que aún estarían nuevos, si no sufriesen, bajo la campana de nuestra atmósfera, la influencia del gas cuya malignidad nos amenaza

a nosotros mismos. El encapotado cielo, la húmeda temperatura de Flandes y las sombras producidas por la escasa amplitud de la calle privaban muchas veces a aquel edificio del lustre que debía a su rebuscada limpieza, lo que, por otra parte, la hacía fría y triste a la vista. Un poeta habría echado de menos unas cuantas hierbas en los huecos de la linterna o algún que otro musgo en las grietas de la arenisca, habría deseado que aquellas hileras de ladrillos se hubiesen resquebrajado, que bajo los arcos de las ventanas, alguna golondrina hubiera confeccionado su nido en las triples casillas rojas que los adornaban. Y así, el acabado, el aspecto pulido de aquella fachada medio raída por el frotamiento le conferían un aire secamente honesto y decentemente estimable que, de fijo, habrían hecho mudarse a un romántico, como se hubiera alojado enfrente. Cuando un visitante tiraba del cordón de la campanilla de hierro trenzado que colgaba a lo largo del marco de la puerta y cuando la criada llegaba del interior le abría el batiente en medio del cual aparecía una pequeña reja, aquel batiente, llevado por su peso, escapaba al punto de la mano y se cerraba produciendo, bajo las bóvedas de una espaciosa galería embaldosada y en las profundidades de la casa, un sonido grave y pesado como si la puerta fuese de bronce. Aquella galería, pintada de mármol, siempre fresca y sembrada de una capa de arena fina, conducía a un amplio patio interior cuadrado, pavimentado con anchas baldosas vidriadas y de color verdoso. A la izquierda se hallaban la lencería, las cocinas, la sala de la servidumbre; a la derecha la leñera, el depósito del carbón de piedra y las dependencias de la mansión cuyas puertas, ventanas, paredes aparecían adornadas con dibujos conservados con exquisita limpieza. La luz, tamizada entre cuatro paredes rojas rayadas de filetes blancos, cobraba reflejos y tintes rosados que conferían a las figuras y a los menores detalles una gracia misteriosa y fantásticas apariencias.

Una segunda casa absolutamente similar al edificio que daba a la calle, y que, en Flandes, recibe el nombre de *bloque de detrás*, se erguía al fondo de aquel patio, sirviendo exclusivamente de vivienda de la familia. En la planta baja, la primera estancia era una sala de visitas iluminada por dos ventanas abiertas al patio, y por otras dos que daban a un jardín tan amplio como la casa. Dos puertas vidrieras paralelas conducían una al jardín, otra al patio, y correspondían a la puerta de la calle, de suerte que, desde la entrada, un extraño podía abarcar el conjunto de la mansión, y divisar hasta los follajes que tapizaban el fondo del jardín. La casa de delante, destinada a las recepciones, y cuya segunda planta albergaba los aposentos para invitados contenía, por supuesto, objetos artísticos y grandes riquezas acumuladas; pero nada podía igualar a los ojos de Claës, ni a juicio de un experto, los tesoros que adornaban aquella estancia, donde venía transcurriendo la vida de la familia desde hacía dos siglos. El Claës muerto por la causa de las libertades gantesas, el artesano de quien nos formaríamos una muy leve idea si el historiador omitiese decir que poseía cerca de cuarenta mil marcos de plata ganados en la fabricación de las velas necesarias a la todopoderosa marina veneciana; aquel Claës tuvo por amigo al célebre

escultor en madera Van Huysium de Brujas. En innumerables ocasiones hubo de recurrir el artista a la bolsa del artesano. Algún tiempo antes de la revuelta de los ganteses, Van Huysium, ya rico, esculpió secretamente para su amigo un entablado de ébano macizo donde aparecían representadas las principales escenas de la vida de Artevelde, el cervecero que fuera un tiempo rey de Flandes. Aquel revestimiento, compuesto de sesenta paneles, contenía unos mil cuatrocientos personajes principales, y pasaba por ser la obra capital de Van Huysium. El capitán encargado de custodiar a los burgueses a quienes decidiera colgar Carlos Quinto el día de su entrada en su ciudad natal ofreció, según dicen, dejar huir a Van Claës si le daba la obra de Van Huysium; pero el tejedor la había mandado a Francia. Aquella estancia, totalmente enmaderada con los paneles que, por respeto a los manes del mártir, el propio Van Huysium fue a enmarcar con madera pintada en ultramar mezclada con molduras doradas, constituye pues la obra más completa de dicho maestro, vendiéndose hoy sus más pequeños fragmentos casi a peso de oro. Encima de la chimenea, Van Claës, retratado por Ticiano en su atavío de presidente del tribunal de los Parchons, parecía dirigir aún a aquella familia que veneraba en él a su gran hombre. La chimenea, primitivamente de piedra, con una campana muy alta, había sido reconstruida en mármol blanco durante el siglo pasado, y soportaba un viejo reloj y dos candelabros de cinco brazos retorcidos, de mal gusto pero de plata maciza. Decoraban las cuatro ventanas unos cortinones de damasco rojo, con flores negras, forrados de seda blanca, y el mobiliario, tapizado con la misma tela, había sido renovado en tiempos de Luis XIV. El parqué, evidentemente moderno, se componía de grandes listones de madera blanca enmarcados por tiras de roble. El techo formado por varias tarjetas, en el fondo de las cuales aparecía un mascarón cincelado por Van Huysium, había sido respetado y conservaba los tonos oscuros del roble de Holanda. En los cuatro ángulos de aquella sala de visitas se erguían columnas truncadas, rematadas por candelabros semejantes a los de la chimenea, una mesa ocupaba el centro. A lo largo de las paredes, se alineaban simétricamente mesas de juego. Sobre dos consolas doradas, con tablero de mármol blanco, se hallaban en la época en que arranca esta historia dos globos de vidrio llenos de agua donde nadaban sobre un lecho de arena y conchas unos peces rojos, dorados o plateados. Era aquella estancia a un tiempo brillante y oscura. El techo absorbía necesariamente la claridad, sin reflejarla en absoluto. Así como en la parte del jardín abundaba la luz y venía a centellear en las tallas de ébano, las ventanas del patio, por donde entraba poca luz, apenas hacían brillar los filetes dorados impresos en las paredes opuestas. Aquella estancia tan magnífica en días despejados quedaba así sumida, la mayor parte del tiempo, en esos suaves tintes, esos tonos melancólicos y rojizos que derrama el sol en otoño sobre la cima de los bosques. Inútil es continuar la descripción de la Casa Claës en cuyas otras partes habrán de desarrollarse varias escenas de la presente historia; basta, en este momento, conocer sus principales disposiciones.

En 1812, sobre los últimos días del mes de agosto, un domingo, después de las

vísperas, una mujer estaba sentada en su poltrona ante una de las ventanas del jardín. Los rayos del sol caían entonces oblicuamente sobre la casa, la cogían al sesgo, cruzaban la sala, expiraban en extraños reflejos sobre las maderas que revestían las paredes del lado del patio, envolviendo a aquella mujer en la zona púrpura proyectada por la cortina de damasco que caía a lo largo de la ventana. Cualquier mediocre pintor que hubiera copiado en aquel momento a aquella mujer, de fijo habría ejecutado una obra notable con un rostro tan lleno de dolor y melancolía. Tanto la postura del cuerpo como la de los pies estirados hacia adelante reflejaban el abatimiento de la persona que pierde la conciencia de su estado físico al concentrar todas sus fuerzas en un pensamiento fijo; la mujer seguía las irradiaciones de ese pensamiento en el futuro, como muchas veces, a orillas del mar, miramos un rayo de sol que traspasa las nubes, trazando alguna franja luminosa en el horizonte. Sus manos, rechazadas por los brazos de la tumbona, colgaban hacia afuera, y la cabeza, como demasiado grávida, descansaba sobre el respaldo. Un vestido de percal blanco muy holgado impedía calibrar sus proporciones, y el corpiño quedaba disimulado bajo los pliegues de un chal cruzado sobre el pecho y anudado con desgaire. Aunque la luz no hubiera puesto en relieve su rostro que parecía complacerse en destacar del resto de su persona, habría resultado imposible no concentrar la atención en él; su expresión, que hubiera sorprendido al más indiferente de los niños, reflejaba una estupefacción persistente y fría, pese a algunas ardientes lágrimas. Nada tan tremendo de ver como ese desmesurado dolor cuyo desbordamiento se produce tan sólo en raros intervalos pero que perduraba en aquel rostro cual lava solidificada en torno a un volcán. Semejaba una madre moribunda obligada a abandonar a sus hijos en un abismo de calamidades, sin poder legarles el menor tipo de protección. La fisonomía de aquella dama, de unos cuarenta años de edad, pero a la sazón menos lejos de la belleza que en momento alguno de su juventud, no ofrecía ninguno de los caracteres de la mujer flamenca. Una frondosa melena negra se derramaba en bucles sobre sus hombros y a lo largo de sus mejillas. Su frente, muy abombada, estrecha de sienes, era amarillenta, pero bajo aquella frente centelleaban dos ojos negros que despedían llamas. Su rostro, muy español, moreno de tez, de escaso color, estragado por la viruela, llamaba la atención por la perfección de su óvalo cuyos contornos conservaban, pese a la alteración de las líneas, un acabado de majestuosa elegancia, que a ratos reaparecía por entero si algún esfuerzo del alma le restituía su primitiva pureza. El rasgo que confería mayor distinción a aquel rostro enérgico era una nariz curvada como el pico de un águila, que, demasiado abombada hacia el centro, parecía mal conformada interiormente; pero poseía una distinción indescriptible y el tabique de las aletas era tan fino que su transparencia permitía a la luz enrojecerlo intensamente. Aunque los labios gruesos y muy fruncidos reflejaban la altivez que inspira una alta cuna, estaban impregnados de una bondad natural y emanaban cortesía. Podía discutirse la belleza de aquel rostro a un tiempo vigoroso y femenino, pero llamaba la atención. Aquella mujer, que era bajita, jorobada y coja, permaneció

tanto tiempo soltera, porque la gente se obstinaba en negarle inteligencia; con todo, el apasionado ardor que expresaba su rostro, los indicios de una inagotable ternura, impresionaron hondamente a varios hombres, que quedaron subyugados por un encanto inconciliable con tantos defectos. Guardaba notable parecido con su abuelo el duque de Casa-Real, grande de España. En aquel instante, el hechizo que tan despóticamente enajenaba a las almas enamoradas de la poesía, emanaba de su rostro más enérgicamente que en momento alguno de su vida, y se ejercía, por así decirlo, en el vacío, expresando una voluntad fascinadora omnipotente sobre los hombres, sin fuerza sobre los destinos. Cuando sus ojos abandonaban el recipiente en el que miraba los peces sin verlos, los alzaba con desesperado ademán, como para invocar al cielo. Sus sufrimientos parecían de los que no pueden confiarse sino a Dios. Tan sólo se veía turbado el silencio por los grillos, por unas cigarras que gritaban en el jardincillo de donde escapaba un calor de horno, y por el sordo resonar de la vajilla de plata, los platos y las sillas que movía, en la pieza contigua a la sala de visitas, un criado que servía la cena. En aquel momento, la afligida dama aguzó el oído y pareció concentrarse, tomó su pañuelo, se enjugó las lágrimas, intentó sonreír, y tan bien borró la expresión de dolor impresa en todos sus rasgos que cualquiera la hubiera imaginado en ese estado de indiferencia en que nos deja una vida exenta de inquietudes. Ya porque el hábito de vivir en aquella casa donde la tenían recluida sus dolencias le hubiese permitido reconocer algún efecto natural irreconocible para los demás y que las personas presa de sentimientos vehementes escudriñan anhelosamente, ya porque la naturaleza hubiese compensado tantas taras físicas transmitiéndole sensaciones más delicadas que a seres en apariencia más ventajosamente dotados, aquella mujer había oído los pasos de un hombre por una galería construida encima de las cocinas y de las salas destinadas a la servidumbre de la casa, galería por la que el bloque de delante comunicaba con el posterior. El rumor de los pasos fue haciéndose cada vez más nítido. Un extraño, sin poseer el poder con el que una criatura apasionada como aquella mujer sabía en ocasiones abolir el espacio para unirse con su otro yo, hubiera oído fácilmente los pasos de aquel hombre en la escalera por donde se bajaba de la galería a la sala. El resonar de aquellos pasos hubiera dado que pensar a la persona más distraída, ya que resultaba imposible escucharlos distraídamente. Un andar precipitado o convulso aterra. Cuando un hombre se levanta y grita anunciando un incendio, sus pies hablan tan alto como su voz. Siendo así, las emociones que cause un modo de andar contrario no tienen por qué resultar menos intensas. La lentitud grave, el paso cansino de aquel hombre habría sin duda impacientado a gente irreflexiva; pero un observador o personas nerviosas hubieran experimentado una sensación próxima al terror al oír el sincopado ruido de aquellos pies que parecían carecer de vida haciendo crujir el suelo como si dos pesas de hierro lo golpearan alternativamente. Habríase reconocido el paso vacilante y grávido de un anciano, o el majestuoso andar de un pensador que arrastra mundos consigo. Cuando aquel hombre bajó el último peldaño, apoyando los pies en

las baldosas con movimiento lleno de indecisión, permaneció durante un instante en el rellano donde desembocaba el pasillo que llevaba a la sala de la servidumbre, y desde donde se accedía asimismo a la sala de visitas por una puerta oculta en el revestimiento de madera, como lo estaba paralelamente la que daba al comedor. En aquel momento, un leve estremecimiento, comparable a la sensación que causa una chispa eléctrica, recorrió a la mujer sentada en la poltrona; pero la más dulce sonrisa animó al tiempo sus labios, y su rostro emocionado por la espera de un placer resplandeció como el de una hermosa madonna italiana; de repente, halló fuerzas para sepultar sus terrores en el fondo de su alma; luego, volvió la cabeza hacia los paneles de la puerta que iba a abrirse en el ángulo de la estancia, y que, en efecto, fue empujada con tal fuerza que pareció sacudir a la pobre criatura.

Balthazar Claës apareció de súbito, dio unos pasos, no miró a la mujer, o si la miró, no la vio, y permaneció de pie en medio de la estancia, apoyada la cabeza levemente inclinada en su mano derecha. Un tremendo sufrimiento al que aquella mujer no podía habituarse, pese a repetirse varias veces al día, le atenazó el corazón, borró su sonrisa, arrugó su morena frente entre las cejas hacia esa línea que abre la repetida expresión de los sentimientos intensos; sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se las enjugó de repente mirando a Balthazar. Resultaba imposible no quedar profundamente impresionado por el cabeza de la familia Claës. En su juventud, debió de parecerse al sublime mártir que amenazara a Carlos Quinto con imitar a Artevelde; pero, en aquel momento, parecía contar más de sesenta años, aunque no pasara de los cincuenta, y su prematura vejez había destruido tan noble semejanza. Su elevada estatura se arqueaba levemente, fuese porque sus trabajos le obligasen a doblarse, fuese porque la espina dorsal se le hubiese encorvado bajo el peso de la cabeza. El pecho era amplio y fornido el busto; mas las partes inferiores del cuerpo eran escuálidas, con ser nerviosas; y tal desajuste en una constitución evidentemente perfecta en otro tiempo intrigaba a la mente que intentaba explicar por alguna singularidad de su existencia las razones de tan fantástica complexión. Su abundante cabello rubio, poco cuidado, le caía sobre los hombros a la manera alemana, pero con un desorden que armonizaba con la extravagancia general de su persona. La despejada frente ofrecía, además, las protuberancias en las que situara Gall los mundos poéticos. Los ojos de un azul claro y vivido poseían la brusca vivacidad que se ha observado en los grandes investigadores de causas ocultas. La nariz, sin duda perfecta en otro tiempo, se había alargado, y las aletas parecían haberse ido abriendo gradualmente por una involuntaria tensión de los músculos olfativos. Los velludos pómulos sobresalían mucho, las mejillas ya ajadas parecían tanto más hundidas; la boca llena de distinción quedaba encerrada entre la nariz y una corta barbilla, bruscamente respingada. La forma del rostro era, no obstante, más larga que ovalada; y así, el sistema científico que atribuye a cada rostro humano un parecido con la cabeza de un animal hubiera contado con una prueba más en el de Balthazar Claës, que habría podido compararse a una cabeza de caballo. La piel se le pegaba a los

huesos, como si la hubiese desecado incesantemente algún fuego secreto; a ratos, cuando miraba al vacío como para atisbar la realización de sus anhelos, parecía como si arrojara por las ventanas de la nariz la llama que devoraba su alma. Los hondos sentimientos que animan a los grandes hombres respiraban en aquel pálido rostro profundamente surcado de pliegues, en aquella frente arrugada como la de un viejo rey agobiado por las penas, pero sobre todo en aquellos ojos centelleantes cuyo fuego parecía acrecentado a un tiempo por la castidad que confiere la tiranía de las ideas y por el foco interior de una vasta inteligencia. Los ojos profundamente hundidos en las órbitas parecían haber quedado surcados por las vigiliadas y las tremendas reacciones de unas esperanzas tan pronto frustradas como renacidas. El celoso fanatismo que inspiran el arte o la ciencia seguía trasluciéndose en aquel hombre por una singular y constante distracción de la que daban fe su atuendo y su porte, en consonancia con la magnífica monstruosidad de su fisonomía. Sus anchas manos velludas estaban sucias, sus largas uñas aparecían ribeteadas de oscuras rayas negras. Sus zapatos o no estaban cepillados o no llevaban cordones. De toda la casa, tan sólo el dueño podía permitirse la extraña licencia de ir tan desaseado. Su pantalón de paño negro lleno de manchas, su chaleco desabrochado, su corbata de través y su traje verdoso eternamente descosido completaban un peregrino conjunto de pequeñas y grandes cosas que, en cualquier otro, hubiera revelado la miseria que engendran los vicios; pero que, en Balthazar Claës, no era sino el desaliño del genio. Demasiadas veces el vicio y el genio producen efectos semejantes que engañan al vulgo. ¿No es acaso el Genio un constante exceso que devora el tiempo, el dinero, el cuerpo, y que conduce al hospital más rápidamente que las malas pasiones? Los hombres parecen incluso profesar más respeto a los vicios que al Genio, pues se niegan a darle crédito. Parece como si los beneficios de los trabajos secretos del sabio se hallen tan distantes que el Estado social tema contar con él mientras viva, prefiera salir del paso no perdonándole su miseria o sus desdichas. Pese a su continuo olvido del presente, si Balthazar Claës abandonase sus misteriosas contemplaciones, si alguna intención dulce y sociable viniese a animar aquel rostro pensativo, si aquellos ojos fijos perdiesen su rígido brillo para reflejar un sentimiento, si mirase a su alrededor regresando a la vida real y vulgar, difícil resultaría no rendir involuntario homenaje a la seductora belleza de aquel rostro, a la elegante inteligencia que se reflejaba en él. Y así, todos, al verlo, lamentaban que aquel hombre hubiese dejado de pertenecer al mundo, diciendo: «¡Debió de ser guapísimo en su juventud!». ¡Vulgar error! Jamás había presentado Balthazar Claës un aspecto tan poético como el que tenía a la sazón. De fijo que a Lavater le hubiese gustado estudiar aquella cara llena de paciencia, de lealtad flamenca, cándida moralidad, donde todo era amplio y grande, donde la pasión parecía serena por ser intensa. Las costumbres de aquel hombre debían de ser puras, su palabra era sagrada, su amistad parecía constante, su entrega habría sido completa; pero la voluntad que destina tales calidades en provecho de la patria, la sociedad o la familia, fatalmente había seguido otros derroteros. Aquel ciudadano,

obligado a velar por la felicidad de un matrimonio, a administrar una fortuna, a orientar a sus hijos hacia un hermoso futuro, vivía apartado de sus deberes y afectos en comercio con algún genio familiar. A un sacerdote, le hubiera parecido penetrado de la palabra de Dios, un artista lo hubiera saludado como a un gran maestro, un entusiasta lo hubiera tomado por un visionario de la iglesia swedenborgiana. En aquel momento, el traje destrozado, salvaje, ruinoso, que llevaba aquel hombre ofrecía singular contraste con el exquisito refinamiento de la mujer que le admiraba tan dolorosamente. Las personas contrahechas que poseen talento o un alma elevada aportan a su atuendo un gusto exquisito. O visten sencillamente comprendiendo que su atractivo es puramente moral, o saben hacer olvidar la deformidad de sus proporciones merced a una suerte de elegancia en los detalles que recrea la vista y distrae la mente. No sólo poseía aquella mujer un alma generosa, sino que amaba a Balthazar Claës con ese instinto de la mujer que nos depara un anticipo de la inteligencia de los ángeles. Educada en el seno de una de las más ilustres familias de Bélgica, habría adquirido un refinado gusto, de no haberlo poseído ya; pero, aleccionada por el anhelo de agradar constantemente al hombre a quien amaba, sabía vestir admirablemente sin que su elegancia desentonara con sus dos defectos de conformación. Su corpiño no pecaba, por lo demás, sino en los hombros, pues uno era sensiblemente más abultado que el otro. Miró por las ventanas, al patio interior, luego al jardín, como para comprobar si se hallaba a solas con Balthazar, y le dijo con voz dulce, dirigiéndole una mirada repleta de esa sumisión que distingue a las flamencas, pues hacía tiempo que el amor había desterrado la arrogancia de la grandeza española: «¿Tan ocupado estás, Balthazar?... hace ya treinta y tres domingos que no vienes ni a misa ni a vísperas».

No contestó Claës; su mujer bajó la cabeza, juntó las manos y aguardó, sabedora de que aquel silencio no reflejaba desprecio ni desdén, sino tiránicas preocupaciones. Era Balthazar uno de esos seres que conservan durante largo tiempo la delicadeza juvenil en el fondo del corazón, y se habría sentido criminal manifestando el menor pensamiento ofensivo a una mujer agobiada por el sentimiento de su deformidad física. De todos los hombres, acaso fuera el único en saber que una palabra, una mirada, pueden borrar años de felicidad, siendo tanto más crueles porque contrastan más intensamente con una dulzura constante; y es que nuestra naturaleza nos inclina a experimentar más dolor con una disonancia en la felicidad que placer con un goce en la desdicha. A los pocos instantes, Balthazar pareció despertar, miró con viveza a su alrededor y dijo: «¿Vísperas? ¡Ah!, los niños están en las vísperas». Dio unos pasos para clavar los ojos en el jardín donde se erguían por doquier magníficos tulipanes; pero se detuvo de pronto como si hubiese tropezado con una pared, y exclamó: «¿Por qué no han de combinarse en un tiempo dado?».

«¿Estará volviéndose loco?», pensó su mujer con profundo terror.

Para dar mayor interés a la escena que provocó esta situación, resulta indispensable dar un repaso a la vida anterior de Balthazar Claës y de la nieta del

duque de Casa-Real.

Hacia el año 1783, Balthazar Claës-Molina de Nourho, de veintidós años de edad a la sazón, podía pasar por lo que en Francia llamamos un hombre guapo. Concluyó su educación en París donde adquirió excelentes modales codeándose con la señora de Egmont, el conde de Horn, el príncipe de Aremberg, el embajador de España, Helvétius, franceses originarios de Bélgica, o personas llegadas de aquel país, y que por su nacimiento o fortuna figuraban entre los grandes señores que, en aquel tiempo, marcaban la pauta. El joven Claës encontró allí a algunos parientes y amigos que lo lanzaron al gran mundo en el momento en que aquel gran mundo iba a caer; pero como ocurre a la mayoría de los jóvenes, en un principio le sedujeron más la ciencia y la gloria que la vanidad. Y así, frecuentó mucho a los sabios y en especial a Lavoisier, que a la sazón descollaba más por su inmensa fortuna de recaudador de impuestos que por sus descubrimientos en química; mientras que más tarde el gran químico relegaría al olvido al pequeño recaudador de impuestos. Balthazar se apasionó por la ciencia que cultivaba Lavoisier y pasó a ser su más ardiente discípulo; pero era joven, guapo como lo fuera Helvétius, y las mujeres de París no tardaron en enseñarle a destilar exclusivamente el ingenio y el amor. Pese a haber abrazado el estudio con entusiasmo y haberle dedicado Lavoisier algunos elogios, abandonó a su maestro para seguir las pautas de las pontífices del gusto de quienes los jóvenes tomaban sus últimas lecciones de saber mundano adaptándose a las modas de esa alta sociedad que constituye en Europa una idéntica familia. No duró mucho el subyugante sueño del éxito. Balthazar, tras respirar el aire parisino, se fue cansado de una vida vacía que no se acomodaba ni a su espíritu ardiente ni a su talante cariñoso. La vida doméstica, tan grata, tan plácida, que le venía a la memoria con sólo oír el nombre de Flandes, se le antojó más adecuada a su carácter y a las ambiciones de su corazón. Los oropeles de los salones parisienses no lograron eclipsar las melodías de la oscura sala de visitas y del jardincillo en donde tan feliz transcurriera su infancia. Es menester no poseer patria ni hogar para vivir en París. París es la ciudad del cosmopolita o de los hombres que han elegido el gran mundo y lo estrechan de continuo con el brazo de la Ciencia, el Arte o el Poder. El niño de Flandes volvió a Douai como la paloma de La Fontaine a su nido, lloró de alegría al regresar el día en que se paseaba Gayant. Gayant, aquella supersticiosa felicidad de toda la ciudad, aquel triunfo de los recuerdos flamencos, se había introducido cuando la emigración de su familia a Douai. La muerte de su padre y la de su madre dejaron la Casa Claës desierta, y le tuvieron ocupado durante algún tiempo. Superado el primer dolor, sintió la necesidad de casarse para completar la idea de una feliz existencia que todas las religiones le habían imbuido; quiso seguir la tradición del hogar doméstico yendo a buscar esposa, como sus antepasados, a Gante, a Brujas o a Amberes; pero no le convino ninguna de las mujeres que conoció. Tenía sin duda ideas particulares sobre el matrimonio, pues desde su niñez se le acusó de no seguir el camino trillado. Un día, en Gante, oyó hablar en casa de un pariente de una señorita

de Bruselas que fue objeto de bastantes vivas discusiones. Opinaban unos que la belleza de la señorita de Temninck quedaba eclipsada por sus imperfecciones; otros la veían perfecta pese a sus defectos. El anciano primo de Balthazar Claës dijo a sus invitados que, hermosa o no, poseía un alma que, de ser soltero, le incitaría a casarse de inmediato con ella; y contó que la muchacha acababa de renunciar a la herencia de su padre y de su madre a fin de brindar a su joven hermano un matrimonio digno de su apellido, prefiriendo así la felicidad de aquel hermano a la suya propia y sacrificándole toda su vida. Nadie habría imaginado que la señorita de Temninck se casaría vieja y sin fortuna, cuando, siendo joven heredera, no se le presentaba ningún partido. A los pocos días, Balthazar Claës buscaba la compañía de la señorita de Temninck, que contaba veinticinco años a la sazón y de la que se había enamorado perdidamente. Joséphine de Temninck se creyó objeto de un capricho y se negó a escuchar al señor Claës; pero la pasión es tan contagiosa, y para una pobre muchacha coja y contrahecha, el amor inspirado a un hombre joven y apuesto conlleva tan grandes seducciones, que consintió en dejarse cortejar.

¿No sería menester un libro entero para describir el amor de una muchacha humildemente sometida a la opinión que la proclama fea, cuando siente crecer en ella el irresistible hechizo que producen los sentimientos auténticos? Son feroces celos ante la presencia de la felicidad, crueles veleidades de venganza contra la rival que roba una mirada, en fin, emociones, terrores desconocidos para la mayoría de las mujeres, que perderían no siendo sino esbozados. La duda, tan dramática en amor, constituiría el secreto de ese análisis, esencialmente minucioso, en el que ciertas almas recobrarían la poesía perdida, pero no olvidada, de sus primeras turbaciones: esas sublimes exaltaciones en el fondo del corazón que jamás refleja el semblante; ese temor a no ser comprendido, y esas inconmensurables alegrías por haberlo sido; esas vacilaciones del alma que se repliega en sí misma y esas proyecciones magnéticas que confieren a los ojos matices infinitos; esos proyectos de suicidio causados por una palabra y disipados por una entonación de voz tan dilatada como el sentimiento cuya ignorada persistencia revela; esas temblorosas miradas que encubren tremendas audacias; esos súbitos deseos de hablar y de actuar, reprimidos por su propia violencia; esa íntima elocuencia que aflora en frases sin ingenio, pero pronunciadas con voz agitada; los misteriosos efectos de ese primitivo pudor del alma y de esa divina discreción que vuelve generosas a las personas en la sombra y mueve a deleitarse con los sacrificios ignorados; en fin, todas las bellezas del amor joven y las debilidades de su fuerza.

La señorita de Temninck fue coqueta por grandeza de alma. La conciencia de sus aparentes imperfecciones la hizo ser tan caprichosa como la más hermosa de las mujeres. El temor a no gustar un día despertaba su orgullo, destruía su confianza y le infundía valor para mantener ocultos en su corazón esos primeros momentos de felicidad que las demás mujeres gustan de pregonar con sus ademanes, construyéndose con ellos un orgulloso aderezo. Cuanto más vivamente la empujaba

el amor hacia Balthazar, menos se atrevía a manifestarle sus sentimientos. El gesto, la mirada, la respuesta o la pregunta que, en una mujer, resultan halagos para un hombre, no pasaban a ser para ella sino humillantes especulaciones. Una mujer hermosa puede ser ella misma a su antojo, la sociedad le consiente siempre cualquier bobada o torpeza; mientras que una sola mirada paraliza la expresión más magnífica en los labios de una mujer fea, intimida sus ojos, acentúa la torpeza de sus ademanes, anquilosa su porte. Sabe muy bien que tan sólo a ella le está vedado cometer faltas, todo el mundo le niega el don de enmendarlas, sin que, por lo demás, nadie le brinde la ocasión de hacerlo. La necesidad de ser perfecto a cada instante ¿no acaba apagando las facultades, congelando su ejercicio? Esa mujer no puede vivir sino en un ambiente de angelical indulgencia. ¿Y qué corazones prodigan la indulgencia sin que se tiña ésta de amarga y ofensiva piedad? Esos pensamientos a los que la había acostumbrado la horrible cortesía social, y esas deferencias que, más crueles que insultos, agravan las desdichas al evidenciarlas, angustiaban a la señorita de Temninck, le causaban un constante tormento que soterraba en el fondo de su alma las impresiones más deliciosas, e impregnaban de frialdad su actitud, sus palabras, su mirada. Manifestaba su amor a hurtadillas, no se atrevía a poseer elocuencia o belleza sino en la soledad. Desdichada a la luz del día, hubiera resultado hermosísima de habersele permitido vivir tan sólo de noche. Muchas veces, para calibrar aquel amor y a riesgo de perderlo, desdeñaba el tocado que podía salvar en parte sus defectos. Sus ojos de española fascinaban cuando advertía que Balthazar la encontraba hermosa sin ir peripuesta. Con todo, el recelo le estropeaba los raros instantes en que se aventuraba a entregarse a la felicidad. No tardaba en preguntarse si no querría casarse Claës con ella para tener una esclava en casa, si no tendría alguna secreta imperfección que le obligaba a contentarse con una pobre muchacha contrahecha. Aquellas ansiedades perpetuas daban a veces un precio inusitado a los momentos en que creía en la duración, en la sinceridad de un amor que debía vengarla de la sociedad. Provocaba delicadas discusiones exagerando su fealdad, al objeto de penetrar hasta el fondo de la conciencia de su enamorado, arrancando entonces a Balthazar verdades poco halagadoras; pero le gustaba el aprieto en que lo ponía cuando le había obligado a decir que lo que más gusta en una mujer es antes que nada que posea un alma generosa y esa entrega que hace constantemente dichosos los días de una vida; que tras unos años de matrimonio, la más deliciosa mujer de la tierra equivale para el marido a la más fea. Tras sopesar lo que había de cierto en las paradojas que tienden a menoscabar el valor de la belleza, Balthazar reparaba de pronto en la profunda indelicadeza de tales argumentaciones, y descubría toda la bondad de su corazón en la delicadeza de las transiciones con que sabía demostrar a la señorita de Temninck que era perfecta para él. La entrega, que acaso constituya en la mujer el *summum* del amor, no faltó a aquella muchacha, pues desesperó de ser amada toda la vida; pero la perspectiva de una lucha en la que triunfase el sentimiento sobre la belleza la tentó; además, halló grandeza en el hecho de entregarse sin creer

en el amor; en fin, la felicidad, por poco que durase, había de costarle demasiado cara para que se negara a probarla. Tales incertidumbres, tales combates, al comunicar el hechizo y el elemento imprevisto de la pasión a aquella criatura superior, inspiraban a Balthazar un amor casi caballeresco.

Celebróse la boda a comienzos de 1795. Los esposos regresaron a Douai para pasar los primeros días de su unión en la mansión patriarcal de los Claës, cuyos tesoros vino a engrosar la señorita de Temninck, quien aportó hermosos cuadros de Murillo y de Velázquez, los diamantes de su madre y los magníficos presentes que le mandó su hermano, ya duque de Casa-Real. Pocas mujeres fueron tan dichosas como la señora de Claës. Duró su felicidad quince años, sin empañarla la más leve nube; y como una viva luz, se deslizó hasta en los menudos detalles de la existencia. La mayoría de los hombres tienen altibajos de carácter que producen continuas disonancias; privan así a su hogar de esa armonía que constituye el hermoso ideal del matrimonio; y es que los más de los hombres arrastran una serie de pequeñeces, y las pequeñeces engendran zozobras. Uno será honrado y activo, pero duro y adusto; el otro será bueno, pero tozudo; éste amará a su mujer, pero será irresoluto en sus decisiones; aquél, preocupado por la ambición, satisfará sentimientos, como quien satisface deudas, si proporciona a su mujer las vanidades de la fortuna, le roba las alegrías de cada día; en fin, los hombres en sociedad son esencialmente incompletos, sin ser notablemente reprochables. Las personas ingeniosas son tan variables como barómetros, tan sólo el genio es esencialmente bueno. De ahí que la felicidad pura se halle en los dos extremos de la escala moral. El pánfilo o el hombre genial son los únicos capaces, el uno por debilidad, el otro por fuerza, de ese equilibrio de humor, de esa dulzura constante en donde se funden las asperezas de la vida. En el uno es indiferencia y pasividad; en el otro es indulgencia y continuidad del pensamiento sublime del que es intérprete y que ha de coincidir en el principio y en la aplicación. Ambos son igualmente sencillos y cándidos; sólo que lo que en uno es vacío, en el otro es profundidad. De ahí que las mujeres avisgadas se muestren bastante propensas a elegir a un bobo como mal menor en vez de a un gran hombre. Balthazar comenzó, pues, proyectando su superioridad en las cosas más pequeñas de la vida. Le agradó ver en el matrimonio una obra magnífica, y como los hombres de altas miras que no toleran nada imperfecto, quiso desplegar todas sus bellezas. Su mente modificaba de continuo el sosiego de la felicidad, su noble carácter marcaba sus atenciones con el sello de la delicadeza. Así, aun cuando compartiese los principios filosóficos del siglo dieciocho, acomodó en su casa hasta 1801, a pesar de los peligros que le hacían correr las leyes revolucionarias, a un sacerdote católico, a fin de no contrariar el fanatismo español que su mujer había mamado en la leche materna a través del catolicismo romano; más adelante, cuando se restableció el culto en Francia, acompañó a misa a su mujer todos los domingos. Nunca abandonó su afecto las formas de la pasión. Jamás dejó traslucir en su hogar esa fuerza protectora que aman tanto las mujeres, pues la suya se hubiera asemejado a la piedad. En fin, mediante la

más ingeniosa adulación, la trataba como a una igual y se permitía esos leves enfurruñamientos que se permite un hombre con una mujer hermosa como para desafiar su superioridad. En sus labios floreció siempre la sonrisa de la felicidad y sus palabras rebosaron invariablemente dulzura. Amó a su Joséphine por ella y por él, con ese fervor que conlleva un elogio continuo de las cualidades y bellezas de una mujer. La fidelidad, a menudo efecto de un principio social, de una religión o de un cálculo en los maridos, en él, parecía involuntaria, e iba siempre acompañada por los dulces halagos de la primavera del amor. El deber era la única obligación del matrimonio que resultaba desconocida a aquellos dos seres igualmente enamorados, pues Balthazar Claës halló en la señorita de Temninck una constante y consumada realización de sus esperanzas. En él, el corazón quedó siempre saciado sin fatiga, y el hombre fue siempre feliz. No sólo no mentía la sangre española en la nieta de los Casa-Real, infundiéndole el instinto de esa ciencia que sabe variar el placer hasta el infinito, sino que desplegó esa entrega sin límites que constituye el genio de su sexo, al igual que la gracia constituye toda su belleza. Su amor era un fanatismo ciego que, ante un solo ademán, la hubiera hecho caminar gozosa hacia la muerte. La delicadeza de Balthazar había exaltado en ella los sentimientos más generosos de la mujer, inspirándole un imperioso afán de dar más de lo que recibía. Ese mutuo intercambio de una felicidad alternativamente prodigada situaba abiertamente el principio de su vida fuera de ella, e irradiaba un creciente amor en sus palabras, en sus miradas, en sus actos. En ambos, la gratitud fecundaba y variaba la vida del corazón; al igual que la certeza de serlo todo el uno para el otro excluía las pequeñeces agrandando los menores elementos de la existencia. Pero además, ¿no son las más felices criaturas del mundo femenino la mujer contrahecha que para el marido es esbelta, la coja que el hombre no quiere sino así o la mayor que parece joven?... La pasión humana jamás traspondrá tal frontera. ¿No reside la gloria de la mujer en hacer adorar lo que parece en ella un defecto? Olvidar que no camina recta una coja es la fascinación de un momento; pero amarla porque cojea constituye la deificación de su vicio. Puede que hubiera que grabar en el Evangelio de las mujeres esta sentencia: *Bienaventuradas las imperfectas, que a ellas pertenece el reino del amor*. La belleza, que duda cabe, debe de ser una desgracia para la mujer, pues dicha flor pasajera cobra demasiada dimensión en el sentimiento que inspira. ¿No se la quiere como se casa uno con una rica heredera? En cambio, el amor que inspira o que experimenta una mujer desheredada de las frágiles ventajas tras las que corren los hijos de Adán, es el amor auténtico, la pasión realmente misteriosa, un ardiente abrazo de las almas, un sentimiento para el que jamás llega el día del desencanto. Esa mujer posee encantos ignorados por la sociedad a cuyo control se sustrae, es hermosa cuando quiere y cosecha demasiada gloria haciendo olvidar sus imperfecciones como para no triunfar constantemente. Y así, las más célebres pasiones de la historia fueron casi todas inspiradas por mujeres a quienes el vulgo hubiera hallado defectos. Cleopatra, Juana de Nápoles, Diane de Poitiers, Mademoiselle de La Vallière, Madame de Pompadour,

en fin, la mayoría de las mujeres a quienes hizo célebres el amor no carecen de imperfecciones ni de defectos físicos; en tanto que la mayoría de las mujeres cuya belleza nos es citada como perfecta vieron acabar desdichadamente sus amores. Tan aparente singularidad debe de tener su causa. Acaso viva más el hombre a través del sentimiento que del placer. Acaso el hechizo puramente físico de una mujer guapa tenga sus límites, en tanto que el hechizo esencialmente moral de una mujer de belleza mediocre es infinito. ¿No es la moraleja de la fabulación en que reposan *Las Mil y una noches*? Una fea que hubiese sido mujer de Enrique VIII habría desafiado el hacha y sometido la inconstancia de su dueño. Por una singularidad bastante explicable en una muchacha de origen español, la señora Claës era ignorante. Sabía leer y escribir; pero hasta la edad de veinte años, época en que sus padres la sacaron del convento, no había leído sino obras ascéticas. Al entrar en sociedad, comenzó teniendo sed de sus placeres y no aprendió sino las fútiles ciencias del bien vestir; pero a tal extremo la humillaba su ignorancia que no se atrevía a mezclarse en ninguna conversación; y así, pasó por ser mujer de escasas luces. Sin embargo, aquella educación mística tuvo el efecto de conservar intacta la intensidad de sus sentimientos, de no torcer su inteligencia natural. Tonta y fea como una heredera a los ojos del mundo, pasó a ser inteligente y hermosa para su marido. Durante los primeros años de su matrimonio, Balthazar intentó inculcar a su mujer los conocimientos que necesitaba para moverse en sociedad; pero sin duda era demasiado tarde, poseía la inteligencia del corazón. Joséphine no olvidaba nada de cuanto le decía Claës relativo a ellos mismos; se acordaba de las circunstancias más ínfimas de su vida feliz, y, al día siguiente, no recordaba nada de su lección de la víspera. Tal ignorancia hubiera originado graves desacuerdos entre otros esposos; pero la señora Claës poseía tan ingenuo sentido de la pasión, amaba tan piadosa, tan santamente a su marido, y el afán de conservar su dicha la hacía tan sagaz, que se las ingeniaba siempre para parecer comprenderlo, y raramente permitía presentarse ocasiones en que su ignorancia resultase demasiado aparente. Además, cuando dos personas se aman lo bastante como para que cada día sea para ellos el primero de su pasión, existen fenómenos en tan fecunda felicidad que modifican todas las condiciones de la vida. ¿No viene a ser como una infancia indiferente a cuanto no sea risa, alegría, placer? Por otro lado, cuando la vida es muy activa, cuando sus brasas son muy ardientes, el hombre deja proseguir la combustión sin pensar en ella o discutirla, sin medir los medios ni el fin. Por lo demás, ninguna hija de Eva entendió tan bien su oficio de mujer como la señora Claës. Tuvo esa sumisión de la flamenca que hace tan atractivo el hogar, y a la que su altivez de española comunicaba un hechizo más intenso. Infundía respeto, sabía imponerlo con una mirada en donde resplandecía la conciencia de su valía y nobleza; pero en presencia de Claës temblaba; y, a la larga, acabó situándolo tan alto y tan próximo a Dios, consagrándole todos los actos de su vida y sus menores pensamientos, que su amor cobró un tinte de respetuoso temor que lo agudizaba aún más. Adoptó con orgullo todas las costumbres de la burguesía

flamenca y puso todo su amor propio en hacer confortablemente feliz la vida doméstica, en mantener los mínimos detalles de la casa en su tradicional pulcritud, en no poseer sino cosas de absoluta calidad, en seguir sirviendo en su mesa los más delicados manjares y en armonizar todo en su hogar con la vida del corazón. Tuvieron dos varones y dos chicas. La mayor, llamada Marguerite, nació en 1796. El último hijo era un varón, contaba tres años y se llamaba Jean Balthazar. El sentimiento materno fue en la señora Claës casi equiparable al amor por su esposo. Tan es así que en su alma, sobre todo durante los últimos años de su vida, se libró un tremendo combate entre aquellos dos sentimientos igualmente poderosos, uno de los cuales había pasado en cierto modo a ser enemigo del otro. Las lágrimas y el terror impresos en su semblante en el momento en que arranca el relato del drama doméstico que se incubaba en aquel apacible hogar, venían causados por el temor a haber sacrificado sus hijos a su marido.

En 1805, murió el hermano de la señora Claës sin dejar hijos. La ley española se oponía a que la hermana heredase las posesiones territoriales adscritas a los títulos de la casa; pero, merced a sus disposiciones testamentarias, el duque le legó unos sesenta mil ducados, que los herederos de la rama colateral no le disputaron. Pese a que el sentimiento que la unía a Balthazar Claës era tal que jamás hubiera podido empañarlo idea alguna de interés, a Joséphine le causó una suerte de satisfacción el poseer una fortuna igual a la de su marido, sintiéndose feliz de poder ofrecerle algo a su vez tras haberlo recibido todo tan noblemente de él. Quiso así el azar que aquel matrimonio, en el que los calculadores veían una locura, fuese, en lo tocante al interés, un excelente matrimonio. Resultó no poco arduo resolver cómo se empleaba aquel dinero. La casa Claës estaba tan ricamente provista en muebles, cuadros, objetos de arte y de precio, que parecía difícil añadir cosas dignas de las que ya había. El gusto de aquella familia había acumulado tesoros. Toda una generación se había lanzado a seguir la pista de cuadros maravillosos. Después, la necesidad de completar la colección iniciada había vuelto hereditaria la afición a la pintura. Los cien cuadros que adornaban la galería que comunicaba la parte de detrás con los aposentos de recepción situados en la primera planta de la casa de delante, así como unos cincuenta más expuestos en los salones de gala, habían exigido tres siglos de pacientes búsquedas. Eran célebres piezas de Rubens, Ruysdaël, Van Dick, Terburg, Gerard Dou, Teniers, Mieris, Paul Potter, Wouwermans, Rembrandt, Hobbema, Cranach y Holbein. Los cuadros italianos y franceses eran los menos, si bien auténticos y capitales todos ellos. Otra generación se había encaprichado por los servicios de porcelana japonesa o china. Tal Claës se había apasionado por los muebles, tal otro por los objetos de plata, cada uno de ellos, en fin, había tenido su manía, su pasión, uno de los rasgos más característicos del carácter flamenco. El padre de Balthazar, último vestigio de la famosa sociedad holandesa, había dejado una de las más ricas colecciones de tulipanes conocidas. Amén de aquellas riquezas hereditarias que representaban un enorme capital, y amueblaban magníficamente la vetusta mansión,

sencilla en el exterior como una concha, pero como una concha interiormente nacarada y adornada con los más ricos colores, Balthazar Claës poseía además una casa de campo en la llanura de Orchies. En vez de basar, como los franceses, sus gastos en sus rentas, había seguido la antigua costumbre holandesa de no consumir sino una cuarta parte; y mil doscientos ducados al año situaban sus gastos al nivel de los de los más ricos personajes de la ciudad. La publicación del Código civil vino a dar la razón a tal cordura. Al ordenar el reparto igual de los bienes, el Título de las Sucesiones debía dejar a cada hijo casi pobre y dispersar un día las riquezas del viejo museo Claës. Balthazar, de acuerdo con la señora Claës, invirtió la fortuna de su mujer de modo que proporcionase a cada uno de sus hijos una posesión semejante a la del padre. La Casa Claës mantuvo pues la modestia de su ritmo de vida y compró bosques, un tanto maltratados por las guerras recientes pero que, bien conservados, habían de cobrar un enorme valor en el transcurso de diez años. La alta sociedad de Douai, que frecuentaba el señor Claës, supo apreciar tan bien el gallardo carácter y las cualidades de su mujer, que, por una suerte de tácita convención, quedó exenta de los deberes tan arraigados entre las gentes de provincias. Durante la temporada invernal, que la señora Claës pasaba en la ciudad, raramente salía en sociedad, siendo ésta la que acudía a su casa. Recibía todos los miércoles, y daba tres grandes cenas al mes. Todo el mundo había notado que se sentía más a sus anchas en su casa, donde la retenían, además, su pasión por su marido y los cuidados que reclamaba la educación de sus hijos. Tal fue, hasta 1809, la línea de conducta de aquel matrimonio que nada tuvo que se saliera de las pautas. La vida de aquellos dos seres, secretamente llena de amor y alegría, era exteriormente similar a cualquier otra. La pasión de Balthazar Claës por su mujer, pasión que su mujer sabía perpetuar, parecía, como él mismo hacía observar, emplear su constancia innata en el cultivo de la felicidad al igual que lo hacía en el de los tulipanes hacia el que propendía desde su infancia, dispensándole de tener su manía como la había tenido cada uno de sus antepasados.

Al final de aquel año, el carácter y talante de Balthazar sufrieron funestas alteraciones, comenzando ello de manera tan natural que al principio la señora Claës no juzgó necesario preguntarle sus causas. Una noche, su marido se acostó en un estado de preocupación que ella se impuso el deber de respetar. Su delicadeza de mujer y sus hábitos de sumisión le habían permitido siempre esperar las confidencias de Balthazar, cuya confianza le venía garantizada por un afecto tan auténtico que no daba pie alguno a los celos. Aunque estaba segura de obtener una respuesta si se permitía una pregunta curiosa, había seguido conservando de sus primeras impresiones en la vida el temor a una negativa. Por lo demás, la enfermedad moral de su marido tuvo sus fases y no alcanzó sino gradualmente aquella intolerable violencia que destruyó la felicidad de su hogar. Balthazar, por ocupado que estuviese, continuó siendo, varias veces al mes, conversador, afectuoso, no trasluciéndose el cambio de su carácter sino por reiteradas distracciones. La señora Claës esperó durante largo tiempo el saber por boca de su marido el resultado de sus trabajos. Puede que Claës

no quisiera confesarle nada hasta el momento en que obtuviera resultados útiles, pues muchos hombres tienen un orgullo que les mueve a ocultar sus combates y a no mostrarse sino victoriosos. Así, el día del triunfo, la dicha doméstica reaparecería tanto más fulgurante cuanto que Balthazar se percataría de aquella laguna en su vida amorosa que su corazón sin duda desaprobaría. Joséphine conocía lo bastante a su marido como para saber que no se perdonaría el haber hecho a su Pepita menos feliz durante varios meses. De modo que guardaba silencio, haciéndole experimentar una especie de goce el sufrir por él; pues su pasión tenía un viso de esa piedad española que jamás separa la fe del amor, ni concibe el sentimiento sin sufrimientos. Guardaba, pues, un retorno del cariño diciéndose cada noche: «¡Será mañana!», mirando su felicidad como algo ausente. Concibió su último hijo sumida en tan secretas zozobras. ¡Tremenda revelación de un futuro de dolor! En tales circunstancias, el amor fue, entre las distracciones de su marido, como una distracción más intensa que las otras. Su orgullo de mujer, herido por vez primera, le hizo sondear la profundidad del desconocido abismo que la separaba para siempre del Claës de los primeros días. A partir de aquel momento, empeoró el estado de Balthazar. Aquel hombre, incesantemente entregado antaño a los goces domésticos, aquel hombre que durante horas enteras jugaba con sus hijos, se revolcaba con ellos por la alfombra de la sala de visitas o por las avenidas del jardín, que parecía no vivir sin la presencia de los ojos negros de su Pepita, no se percató del embarazo de su mujer, olvidó vivir en familia y se olvidó de sí mismo. Cuanto más tardaba la señora Claës en preguntarle por la índole de sus ocupaciones, menos se atrevía. Sólo de pensarlo, le hervía la sangre y le fallaba la voz. Por fin, pensó que había dejado de agrandar a su marido, sintiéndose entonces profundamente alarmada. Ese temor se adueñó de ella, la desesperó, la exaltó, pasó a ser el principio de muchas horas melancólicas y de tristes ensoñaciones. Justificó a Balthazar a sus expensas encontrándose vieja y fea; luego, entrevio un pensamiento generoso, pero humillante para ella, en el trabajo con el que él se forjaba una fidelidad negativa, y quiso devolverle su independencia dejando establecerse uno de esos secretos divorcios, la clave de la felicidad de que parecen gozar varios matrimonios. Con todo, antes de decir adiós a la vida conyugal, procuró leer en el fondo de aquel corazón, pero lo halló cerrado. Paulatinamente, vio cómo Balthazar se tornaba indiferente a cuanto había amado, descuidaba sus tulipanes en flor, dejaba de prestar atención a sus hijos. Sin duda la pasión que le dominaba era de las que se sitúan al margen de los afectos pero que, al decir de las mujeres, resecan el corazón. El amor no se había eclipsado y permanecía dormido. Con ser ello un consuelo, la infelicidad no fue menor. La continuidad de aquella crisis se explica con una sola palabra, la esperanza, secreto de todas esas situaciones conyugales. En el momento mismo en que la pobre mujer llegaba a un grado de desesperación que le infundía valor para interrogar a su marido, recobraba gratos instantes, durante los cuales Balthazar le demostraba que, por mucho que le dominasen pensamientos diabólicos, éstos le permitían en ocasiones

volver a ser él mismo. Durante esos instantes en que se le iluminaba el cielo, demasiado la apremiaba gozar de su felicidad, como para turbarla con cuestiones inoportunas. Luego, cuando se armaba de valor para interrogar a Balthazar, en el instante mismo en que se disponía a hablarle, él se le escapaba, la abandonaba bruscamente, o se hundía en el abismo de sus meditaciones de donde nada podía sacarle. Muy pronto la reacción de lo moral sobre lo físico comenzó a hacer sus estragos, al principio imperceptibles, pero en cualquier caso perceptibles a los ojos de una mujer enamorada que seguía los pensamientos secretos de su marido en sus menores manifestaciones. Muchas veces, le costaba contener las lágrimas viéndole, después de cenar, abismado en una poltrona al amor del fuego, taciturno y pensativo, clavados los ojos en un papel negro sin reparar en el silencio que reinaba a su alrededor. Observaba con terror los graduales cambios que degradaban aquel rostro que el amor hiciera sublime para ella. Cada día iba retirándose de él la vida del alma, quedando una máscara carente de expresión. A veces, los ojos cobraban un color vidrioso, parecía como si la vista se volviese ejerciéndose hacia el interior. Cuando se habían acostado los niños, tras varias horas de silencio y soledad, si la pobre Pepita se aventuraba a preguntar: «¿Te pasa algo, querido?», a veces Balthazar no contestaba; o, si contestaba, volvía en sí con un estremecimiento como a quien se arranca sobresaltado de su sueño, y pronunciaba un *no* seco y cavernoso que caía pesadamente sobre el corazón de su mujer palpitante. Aunque ella hubiese preferido ocultar a sus amistades la extraña situación en que se hallaba, no le quedó más remedio que dar alguna explicación. Según es costumbre en las pequeñas ciudades, la mayoría de los salones habían hecho del trastorno de Balthazar tema de sus conversaciones, y ya en algunos círculos corrían varios detalles ignorados por la señora Claës. Y así, pese al mutismo exigido por la cortesía, algunos amigos manifestaron tan vivas inquietudes, que ella se apresuró a justificar las singularidades de su marido: «El señor Claës —les dijo— había acometido un importante trabajo que le tenía absorbido, pero cuyo éxito había de constituir motivo de gloria para su familia y para su patria». Tan misteriosa explicación halagaba demasiado la ambición de una ciudad en la que, más que en otra alguna, reinan el amor al terruño y el deseo de su ilustración, como para que no produjera en las mentes una reacción favorable al señor Claës. Las suposiciones de su mujer resultaban, hasta cierto punto, bastante fundadas. Varios obreros de distintos oficios habían trabajado durante largo tiempo en el desván de la casa de delante, adonde Balthazar se trasladaba a primera hora de la mañana. Tras pasar allí períodos cada vez más largos a los que se habían habituado paulatinamente su mujer y sus criados, Balthazar había acabado permaneciendo días enteros. Pero —¡dolor inaudito!— la señora Claës supo por las humillantes confidencias de sus buenas amigas, sorprendidas de su ignorancia, que su marido no dejaba de comprar en París instrumentos de física, materias preciosas, libros, máquinas, y se arminaba, al decir de muchos, buscando la piedra filosofal. Ella tenía que pensar en sus hijos, agregaban las amigas, en su propio futuro, y sería criminal no

ejercer su influencia para apartar a su marido de la equivocada senda que había emprendido. Aunque recobró su impertinencia de gran señora para imponer silencio a tan absurdos discursos, la señora Claës quedó espantada pese a su aparente aplomo, y resolvió abandonar su papel de mujer abnegada. Se las arregló para crear una de esas situaciones durante las que una mujer se halla con su marido en un pie de igualdad; ya menos temblorosa, se atrevió a preguntar a Balthazar la razón de su cambio y el motivo de su constante retiro. El flamenco frunció el entrecejo y le contestó: «Querida mía, de eso tú no entenderías nada».

Un día, Joséphine insistió en conocer aquel secreto lamentándose con dulzura de no compartir todos los pensamientos del hombre con quien compartía su vida. «Ya que tanto te interesa —contestó Balthazar teniendo a su mujer sobre sus rodillas y acariciando sus negros cabellos—, te diré que me he vuelto a dedicar a la química y que soy el hombre más feliz del mundo».

Dos años después del invierno en que Claës se hiciera químico, su casa había cambiado de aspecto. Bien porque la gente se extrañara de la perpetua distracción del sabio, o creyese importunarle; bien porque las secretas ansiedades de la señora Claës la hiciesen menos agradable, ésta no veía ya sino a sus amigos íntimos. Balthazar no salía a ninguna parte, se encerraba en su laboratorio durante todo el día, a veces se quedaba por la noche, y no aparecía ante su familia hasta la hora de la cena. A partir del segundo año, dejó de pasar la temporada estival en su casa de campo, donde su mujer se negó a vivir sola. A veces Balthazar salía de casa, se paseaba y no regresaba hasta el día siguiente, dejando durante toda una noche a la señora Claës sumida en mortales zozobras; tras mandarlo buscar infructuosamente en una ciudad cuyas puertas se cerraban por la noche, según la costumbre de las plazas fuertes, no podía enviar a alguien en su busca por el campo. La desdichada mujer ni tenía ya entonces la esperanza mezclada de angustias que da la espera, y sufría hasta el día siguiente. Balthazar, que había olvidado la hora en que cerraban las puertas, se presentaba tan tranquilo al día siguiente sin sospechar las torturas que imponía su distracción a su familia; y la dicha de volver a verlo suponía para su mujer una crisis tan peligrosa como podían serlo sus aprensiones, callaba, no se atrevía a hacerle preguntas; pues, a la primera que le hizo, él contestó con aire sorprendido: «¡Pero bueno, no puede uno pasearse!». Las pasiones no saben engañar. Las inquietudes de la señora Claës justificaron, pues, los rumores que juzgó oportuno desmentir. Su juventud la había acostumbrado a conocer la cortés piedad de la sociedad; para no soportarla por segunda vez, se encerró aún más en su casa de la que todo el mundo desertó, aun sus íntimos amigos. El descuido en el vestir, tan degradante siempre para un hombre de la alta sociedad, llegó a ser tal en Balthazar, que entre tantas causas de zozobras, no fue una de las menos sensibles que afligieron a aquella mujer habituada a la exquisita pulcritud de las flamencas. De común acuerdo con Lemulquinier, ayuda de cámara de su marido, Joséphine remedió durante algún tiempo el diario deterioro de la ropa, pero se vio obligada a renunciar. El mismo día en que, sin saberlo Balthazar, se

reemplazaban con prendas nuevas las que aparecían manchadas, rotas o agujereadas, él las hacía jirones. Aquella mujer feliz durante quince años y cuyos celos jamás se habían despertado, se encontró de pronto con que al parecer no era ya nada en el corazón donde reinara antaño. Su alma de mujer española se rebeló cuando descubrió una rival en la Ciencia que le arrebatava a su marido; los tormentos de los celos le devoraron el corazón y renovaron su amor. Pero ¿qué hacer contra la Ciencia? ¿Cómo combatir su incesante, tiránico y creciente poder? ¿Cómo matar a una rival invisible? ¿Cómo puede luchar una mujer cuyo poder aparece limitado por la naturaleza con una idea cuyos goces son infinitos y cuyos atractivos son siempre nuevos? ¿Qué podía intentar contra la delectación de las ideas que reverdecen, renacen más hermosas ante las dificultades y arrastran a un hombre tan lejos del mundo que olvida hasta sus más caros afectos? Por fin, un día, pese a las severas órdenes que tenía dadas Balthazar, su mujer quiso al menos no abandonarle, encerrarse con él en aquel desván donde se retiraba, combatir cuerpo a cuerpo con su rival asistiendo a su marido durante las largas horas que prodigaba a tan tremenda amante. Quiso deslizarse secretamente en aquel misterioso taller de seducción, y adquirir el derecho a quedarse allí siempre. Intentó, pues, compartir con Lemulquinier el derecho a entrar en el laboratorio; pero para no convertirlo en testigo de una bronca que temía, aguardó un día en que su marido no necesitase al ayuda de cámara. Durante algún tiempo, estudió las idas y venidas del criado con hostil impaciencia. ¿Pues no sabía aquel hombre todo cuanto ella deseaba averiguar, lo que su marido le ocultaba y ella no se atrevía a preguntar? ¡Gozaba de más privilegios Lemulquinier que ella, ella, la esposa!

Allí se presentó, pues, trémula y casi feliz; pero, por primera vez en su vida, conoció la ira de Balthazar; no bien entreabrió la puerta, Claës se abalanzó sobre ella, la asió, la arrojó brutalmente a la escalera, por la que estuvo a punto de caer rodando. «¡Alabado sea Dios, vives!» —gritó Balthazar incorporándola—. Una máscara de cristal se había roto en añicos sobre la señora Claës que vio a su marido pálido, lívido, aterrado. «Querida, te tenía prohibido que vinieras por aquí —dijo sentándose abatido en un peldaño de la escalera—. Los santos te han preservado de la muerte. ¿Por qué azar tenía yo los ojos clavados en la puerta? A punto hemos estado de perecer». «Pues feliz que habría sido yo» —contestó ella—. «Mi experimento se ha venido a pique» —agregó Balthazar—. «Sólo a ti puedo perdonarte el dolor que me causa tan cruel desengaño. Puede que hubiera descompuesto el nitrógeno. Anda, vuelve a tus cosas». Balthazar se metió en su laboratorio.

«*¿Puede que hubiera descompuesto el nitrógeno!*» se dijo la pobre mujer regresando a su cuarto donde rompió a sollozar.

Aquella frase era ininteligible para ella. Los hombres habituados por su educación a comprenderlo todo ignoran lo horrible que resulta para una mujer el no entender el pensamiento del hombre a quien ama. Más indulgentes que nosotros, esas divinas criaturas no nos dicen cuándo el lenguaje de sus almas permanece incomprendido;

temen hacernos notar la superioridad de sus sentimientos, y ocultan entonces sus dolores con tanta alegría como callan sus desconocidos goces; pero más ambiciosas en amor que nosotros, no se resignan a poseer el corazón del hombre, quieren también todos sus pensamientos. Para la señora Claës, el ignorar por completo la Ciencia a la que se dedicaba su marido engendraba en su alma un despecho más violento que el causado por la belleza de una rival. Una lucha de mujer a mujer brinda a la que ama más el privilegio de amar mejor; pero aquel despecho revelaba una impotencia y humillaba todos los sentimientos que nos ayudan a vivir. ¡Joséphine no sabía! Se creaba, para ella, una situación en que su ignorancia la separaba de su marido. Postrer tortura, en fin, y la más viva: él se hallaba a menudo entre la vida y la muerte, corría peligros, lejos y cerca de ella, sin que ella los compartiese, sin que los conociese. Era, como el infierno, una prisión moral sin salida, sin esperanza. La señora Claës quiso, cuando menos, conocer los atractivos de aquella ciencia, y se puso a estudiar secretamente química en los libros. La familia vivió a partir de entonces como enclaustrada.

Tales fueron las sucesivas transiciones que hizo pesar el infortunio sobre la Casa Claës, antes de abocarla a la suerte de muerte civil en que se ve sumida al inicio de esta historia.

Aquella violenta situación se complicó. Como todas las mujeres apasionadas, la señora Claës era inauditamente desinteresada. Quienes aman de verdad saben hasta qué punto es insignificante el dinero comparado con los sentimientos y con qué dificultad se mezcla con ellos. Con todo, Joséphine sufrió una cruel emoción cuando supo que su marido había pedido prestados trescientos mil francos hipotecando sus propiedades. La autenticidad de los contratos sancionaba las inquietudes, los rumores, las conjeturas de la ciudad. La señora Claës, lógicamente alarmada, se vio obligada, con todo su orgullo, a consultar al notario de su marido, a hacerlo partícipe de sus zozobras o a dejárselas adivinar, y a oír, en fin, esta humillante pregunta: «¿Cómo, no le ha dicho aún nada a usted el señor Claës?». Por fortuna, el notario de Balthazar era medio pariente suyo, he aquí cómo. El abuelo del señor Claës se había casado con una Pierquin de Amberes, de la misma familia que los Pierquin de Douai. Desde aquel matrimonio, éstos, aunque extraños para los Claës, les daban tratamiento de primos. El señor Pierquin, joven de veintiséis años que acababa de suceder en el cargo a su padre, era la única persona que tenía acceso a la Casa Claës. La señora Claës había vivido desde hacía dos meses en tan completa soledad que el notario no tuvo más remedio que confirmarle la noticia de los desastres ya conocidos en toda la ciudad. Le dijo que, al parecer, su marido debía cantidades considerables a la casa que le proveía de productos químicos. Tras informarse de la fortuna y consideración de que gozaba el señor Claës, aquella casa atendía sus pedidos, mandándoselos sin recelo, pese a la cuantía de los créditos. La señora Claës encomendó a Pierquin que pidiera una relación de los suministros enviados a su marido. Dos meses después, los señores Protez y Chiffreville, fabricantes de productos químicos, mandaron un estado

de cuentas que ascendía a cien mil francos. La señora Claës y Pierquin estudiaron aquella factura con creciente sorpresa. Si bien muchos artículos, expresados científica o comercialmente, resultaban para ellos ininteligibles, se quedaron espantados al ver incluidas partidas de metales y diamantes de todas clases, aunque en pequeñas cantidades. El monto de la deuda se explicaba fácilmente por la multiplicidad de los artículos, por las precauciones que requería el transporte de ciertas sustancias o el envío de máquinas preciosas, por el precio exorbitante de varios productos que no se obtenían sino difícilmente o que encarecía su rareza, por el valor, en fin, de los instrumentos de física o de química confeccionados según instrucciones del señor Claës. El notario, en interés de su primo, pidió referencias sobre Protez y Chiffreville, y la honradez de dichos comerciantes vino a tranquilizarles acerca de la moralidad de sus operaciones con el señor Claës a quien, por otra parte, solían dar cuenta de los resultados obtenidos por los químicos de París, al objeto de evitarle gastos. La señora Claës rogó al notario que ocultara a la sociedad de Douai la naturaleza de tales adquisiciones que hubieran sido tachadas de locuras; pero Pierquin le contestó que ya, para no menoscabar la consideración de que gozaba Claës, había retrasado hasta el último momento las obligaciones notariadas que la importancia de las cantidades prestadas sin reparos por sus clientes hubo de requerir por fin. Desveló la extensión de la plaga, advirtiéndole a su prima que, si no hallaba medio de impedir que su marido dilapidase tan locamente su fortuna, en un plazo de seis meses los bienes patrimoniales se verían gravados por hipotecas que rebasarían su valor. Por lo que a él respectaba, agregó, las observaciones que le había hecho a su primo, con los miramientos debidos a un hombre tan justamente considerado, no habían ejercido la menor influencia. De una vez para siempre, Balthazar le había contestado que trabajaba para la gloria y fortuna de su familia. Así, a todos los tormentos que venía sufriendo la señora Claës desde hacía dos años, cada uno de los cuales se sumaba al otro y acrecentaba el dolor del momento con todos los dolores pasados, se sumó un temor espantoso, incesante, que le hacía mirar con horror el futuro. Tienen las mujeres presentimientos cuya exactitud raya en el prodigio. ¿Por qué en general tiemblan más que esperan cuando están en juego los intereses de la vida? ¿Por qué tan sólo tienen fe en las grandes ideas del futuro religioso? ¿Por qué adivinan tan hábilmente las catástrofes de la fortuna o las crisis de nuestros destinos? Quizás el sentimiento que las une al hombre amado, les permite calibrar admirablemente sus fuerzas, estimar sus facultades, conocer sus gustos, pasiones, vicios, virtudes; el perpetuo estudio de esas causas en cuya presencia se hallan sin cesar les confiere sin duda el fatal poder de prever sus efectos en todas las situaciones posibles. Lo que ven del presente las faculta para juzgar el futuro con un acierto naturalmente explicado por la perfección de su sistema nervioso, que les permite captar los más sutiles diagnósticos del pensamiento y de los sentimientos. Todo en ellas vibra al unísono de las grandes conmociones morales. O sienten, o ven. Y la señora Claës, con llevar dos años separada de su marido, presentía la pérdida de su fortuna. Había percibido el

reflexivo entusiasmo, la inalterable constancia de Balthazar; si era cierto que intentaba hacer oro, era capaz de arrojar con total insensibilidad su último trozo de pan a su crisol; pero ¿qué buscaba? Hasta entonces, el sentimiento materno y el amor conyugal se habían fundido tan íntimamente en el corazón de aquella mujer, que jamás sus hijos, igualmente queridos por ella que por su marido, se habían interpuesto entre ellos. Pero de pronto fue a ratos más madre que esposa, aunque fuera más a menudo esposa que madre. Y no obstante, por dispuesta que estuviese a sacrificar su fortuna y aun a sus hijos en pro de la felicidad del hombre que la había elegido, amado, adorado, y para quien seguía siendo la única mujer que existía en la tierra, los remordimientos que le causaba la debilidad de su amor materno la arrojaban en horribles alternativas. Así, como mujer, sufría en su corazón; como madre, sufría en sus hijos; y como cristiana, sufría por todos. Callaba y sofocaba aquellas crueles tempestades en su alma. Su marido, único árbitro de la suerte de su familia, era dueño de decidir a su antojo su destino, únicamente debía cuentas a Dios. Además, ¿podía reprocharle que dispusiese de su fortuna, después del desinterés de que había dado prueba durante diez años de matrimonio? ¿Podía ella erigirse en juez de sus designios? Mas su conciencia, de acuerdo con el sentimiento y las leyes, le dictaba que los padres son los depositarios de la fortuna, y no tienen derecho a enajenar la felicidad material de sus hijos. Para no tener que resolver tan capitales cuestiones, prefería cerrar los ojos, según la costumbre de las personas que se niegan a ver el abismo en cuyo fondo saben que tienen que precipitarse. Su marido llevaba seis meses sin entregarle el dinero para los gastos de la casa. Mandó vender en secreto los ricos aderezos de diamantes que le regalara su hermano el día de su boda, e introdujo la más estricta economía en su hogar. Despició al ama de sus hijos, y hasta a la nodriza de Jean. En otro tiempo, el lujo de los coches era ignorado por la burguesía a un tiempo tan parca en sus costumbres y tan altiva en sus sentimientos. Como en la Casa Claës no había nada previsto para ese invento moderno, Balthazar se veía obligado a tener su cuadra y su cochera en una casa enfrente de la suya; sus ocupaciones no le permitían ya cuidarse de ese capítulo del gobierno de la casa que atañe esencialmente a los hombres. La señora Claës suprimió el oneroso gasto de los carruajes y de la servidumbre que su aislamiento hacía inútiles, y pese a la bondad de tales razones, no intentó en absoluto justificar sus reformas con pretextos. Hasta entonces los hechos habían desmentido sus palabras y en lo venidero lo más oportuno era el silencio. El cambio de tren de vida de los Claës no era justificable en un país como Holanda donde quien gasta todas sus rentas es tildado de loco. No obstante, como su hija mayor, Marguerite, iba a cumplir dieciséis años, Joséphine quiso que concertara una buena alianza, y situarla en sociedad, como convenía a una muchacha emparentada con los Molina, los Van Ostrom-Temminck y los Casa-Real. Unos días antes del día en que arranca esta historia, el dinero de los diamantes se había agotado. Ese mismo día, a las tres, mientras acompañaba a sus hijos a las vísperas, la señora Claës se tropezó con Pierquin que venía a verla, y que la acompañó hasta Saint-

Pierre, hablándole en voz baja sobre su situación.

«Prima —dijo—, no puedo, sin faltar a la amistad que me une a su familia, ocultarle el peligro en que se halla, y no rogarle que tenga usted una conversación al respecto con su marido. ¿Quién, sino usted, puede detenerle en el borde del abismo por el que caminan? Las rentas de los bienes hipotecados no bastan para pagar los intereses de las cantidades prestadas; de modo que no dispone usted en este momento de ingreso alguno. El talar los bosques que posee sería eliminar la única posibilidad de salvación que le quedará en el futuro. Mi primo Balthazar adeuda en este momento treinta mil francos a la casa Protez y Chiffreville de París. ¿Con qué los pagará usted, de qué vivirá? ¿Y que será de ustedes como Claës siga pidiendo reactivos, objetos de vidrio, pilas de Volta y otras zarandajas? Toda su fortuna, a excepción de la casa y del mobiliario, se ha dilapidado en gas y carbón. Anteayer, cuando se habló de hipotecar la casa, ¿sabe usted cuál fue la respuesta de Claës?: “¡Diablo!”. El primer síntoma de razón que ha dado en tres años».

La señora Claës oprimió con amargura el brazo de Pierquin y, alzando los brazos al cielo, dijo: «Guárdenos usted el secreto».

A pesar de su piedad, la pobre mujer, anonadada por aquellas palabras tan fulminantemente claras, fue incapaz de rezar, se quedó sentada entre sus hijos, abrió el devocionario y no volvió una hoja; se hallaba abismada en una contemplación tan absorbente como las meditaciones de su marido. El honor español, la probidad flamenca resonaban en su alma con voz tan potente como la del órgano. ¡Se había consumado la ruina de sus hijos! Entre ellos y el honor de su padre, no cabía ya vacilación alguna. La necesidad de una lucha inmediata entre ella y su marido la espantaba; resultaba a sus ojos tan grande, tan imponente, que la sola perspectiva de su ira la agitaba tanto como la idea de la majestad divina. Iba, pues, a salir de la constante sumisión en la que había permanecido santamente como esposa. El interés de sus hijos la obligaría a contrariar en sus gustos a un hombre a quien idolatraba. Sería menester devolverle a las cuestiones positivas, cuando planease por las altas esferas de la ciencia, zafarlo violentamente de un risueño futuro para sumirlo en lo más repulsivo que puede ofrecer la materialidad a los artistas y a los grandes hombres. Balthazar Claës era para ella un gigante de la ciencia, un hombre henchido de gloria; únicamente podía haberla olvidado por las más excelsas esperanzas; era además tan profundamente sensato, le había oído hablar con tanto talento sobre cuestiones de toda índole, que debía de ser sincero afirmando que trabajaba en aras de la gloria y la fortuna de su familia. El amor que profesaba aquel hombre a su mujer y a sus hijos no era tan sólo inmenso, era infinito. Tales sentimientos no habían podido apagarse, se habían agrandado sin duda reproduciéndose bajo una forma distinta. Ella, tan noble, tan generosa y tan temerosa, iba a hacer sonar ahora en los oídos del gran hombre la palabra dinero y el sonido del dinero; a mostrarle las llagas de la miseria, a hacerle oír los clamores de la penuria, mientras él oía las melodiosas voces de la Fama. El cariño que le profesaba Balthazar disminuiría sin duda. De no haber

tenido hijos, hubiera tomado sobre sí animosamente y con júbilo el nuevo destino que le reservaba su marido. Las mujeres educadas en la opulencia advierten de inmediato el vacío que cubren los goces materiales; y cuando su corazón, más fatigado que marchito, les ha permitido hallar la felicidad que depara un constante intercambio de sentimientos auténticos, no retroceden ante una existencia mediocre, si conviene al ser por quien se saben amadas. Sus ideas, sus placeres se supeditan a esa vida al margen de la suya; para ellas, el único futuro temible es perderla. En aquel momento, pues, sus hijos separaban a Pepita de su auténtica vida, al igual que Balthazar Claës se había separado de ella por la Ciencia; y así, cuando regresó a las vísperas y se arrojó en su poltrona, despidió a sus hijos reclamándoles el más profundo silencio; acto seguido, mandó recado a su marido de que fuese a verla; pero por mucho que Lemulquinier, el anciano ayuda de cámara, insistiera en arrancarle de su laboratorio, Balthazar no se movió de allí. La señora Claës tuvo, pues, tiempo para meditar. Y ella también permaneció ensimismada, sin reparar en la hora ni en el tiempo, ni en el día. La perspectiva de deber treinta mil francos y no poder pagarlos, despertó las zozobras pasadas, sumándolas a las del presente y el futuro. Tal sinnúmero de intereses, ideas, sensaciones la pilló demasiado débil y lloró. Cuando vio entrar a Balthazar cuya fisonomía se le antojó entonces más terrible, más absorta, más enajenada que nunca; cuando él no le contestó, se quedó al principio fascinada por la inmovilidad de aquella mirada ausente y vacía, por todas las ideas devoradoras que destilaba aquella frente despoblada. Bajo los efectos de tal impresión, deseó morir. Pero al oír expresar a aquella voz indiferente un deseo científico en el momento en que ella tenía el corazón anonadado, recobró el valor; resolvió luchar contra aquel espantoso poder que le había arrebatado a su amante, robado un padre a sus hijos, al hogar una fortuna, a todos la felicidad. Con todo, no pudo reprimir el constante temblor que la agitaba, pues en toda su vida se había enfrentado con una escena tan solemne. ¿No contenía virtualmente aquel momento terrible su futuro, y no se resumía en él por entero el pasado?

Ahora, las personas débiles, los tímidos, o aquellos a quienes la vivacidad de sus sensaciones agranda las menores dificultades de la vida, los hombres que experimentan un involuntario temblor ante los árbitros de su destino, todos ellos podrán calibrar los miles de pensamientos que bulleron en la cabeza de aquella mujer, y los sentimientos que le atenazaron el corazón cuando su marido se encaminó lentamente hacia la puerta del jardín. La mayoría de las mujeres conocen las angustias de la íntima deliberación contra la que se debatió la señora Claës. Y así, incluso aquéllas cuyo corazón no ha sufrido una violenta emoción sino para confesar a su marido algún gasto suplementario o alguna deuda contraída en la tienda de modas entenderán hasta qué punto se aceleran los latidos del corazón cuando va en ello toda una vida. Una mujer guapa resulta cautivadora cuando se arroja a los pies del marido, sabe encontrar recursos en las poses del amor, en tanto que la conciencia de sus defectos físicos acrecentaba los temores de la señora Claës. Por eso, cuando

vio que Balthazar se disponía a retirarse, su primer impulso fue precipitarse hacia él; pero un cruel pensamiento frenó su arranque: ¡iba a ponerse de pie delante de él! ¿No resultaría ridícula ante un hombre que, al no estar ya sometido a las fascinaciones del amor, podría ver claro? Todo lo hubiera perdido gustosa Joséphine, fortuna e hijos, antes que ver menguar su poder de mujer. Quiso sortear cualquier eventualidad adversa en una ocasión tan solemne, y llamó alzando la voz: «¿Balthazar?». Él se volvió maquinalmente y tosió; pero sin prestar atención a su mujer, fue a escupir en una de esas cajas cuadradas colocadas de trecho en trecho a lo largo del entablado, como en todas las casas de Holanda y de Bélgica. Aquel hombre, que no pensaba en nadie, jamás se olvidaba de las escupideras, hasta tal punto era inveterada la costumbre. A la pobre Joséphine, incapaz de reparar en tal rareza, el constante cuidado que dedicaba su marido al mobiliario le causaba siempre una angustia infinita; pero, en aquel momento, fue tan violento, que la sacó de sus casillas, y la hizo gritar con un tono lleno de impaciencia en el que se plasmaron todos sus sentimientos heridos:

—¡Le estoy hablando a usted, caballero!

—¿A qué viene esto? —contestó Balthazar volviéndose bruscamente y lanzando una mirada a su mujer en la que volvía a la vida y que fue para ella como un latigazo.

—Perdón, querido —dijo palideciendo. Quiso levantarse y tenderle la mano, pero cayó sin fuerza—. ¡Me muero! —exclamó con voz entrecortada por los sollozos.

Al verla así, Balthazar reaccionó con viveza, como todas las personas distraídas, adivinando por así decirlo el secreto de aquella crisis. Tomó al punto a la señora Claës en sus brazos, abrió la puerta que daba a la pequeña antecámara y subió tan rápidamente la vieja escalera de madera que, al prenderse el vestido de su mujer en las fauces de una de las tarascas que formaban los balaustres, quedó allí desgarrándose con gran ruido. Abrió de un puntapié la puerta del vestíbulo común a sus aposentos; pero encontró cerrada la habitación de su mujer.

Depositó dulcemente a Joséphine en un sillón pensando: «Dios mío, ¿dónde estará la llave?».

—Gracias, querido —contestó la señora Claës abriendo los ojos—, es la primera vez desde hace mucho tiempo que me siento tan cerca de tu corazón.

—¡Santo Cielo! —gritó Claës—, la llave, aquí llegan los criados.

Joséphine le indicó que cogiera la llave que llevaba sujeta a una cinta en el bolsillo. Tras abrir la puerta, Balthazar arrojó a su mujer a un canapé, salió para evitar que subieran los criados espantados, les ordenó que sirvieran al punto la cena y regresó apresuradamente con su mujer.

—¿Qué tienes, vida mía? —inquirió sentándose junto a ella y besándole la mano.

—¡Si ya no tengo nada —contestó ella—, si ya no sufro! Sólo que me gustaría poseer el poder de Dios para poner a tus pies todo el oro de la tierra.

—¿Por qué oro? —preguntó Claës. Y atrajo a su mujer hacia sí, la abrazó y la besó de nuevo en la frente—. ¿No me das mayores riquezas amándome como me

amas, querida y preciosa criatura? —agregó.

—Ah, Balthazar mío, ojalá pudieras disipar las angustias con que vivimos todos, como ahogas con tu voz la pesadumbre de mi corazón.

—¿De qué angustias hablas, querida?

—¡Pues de que estamos arruinados!

—Arruinados —repitió Claës. Sonrió, acarició la mano de su mujer conservándola entre las suyas y dijo con un tono de voz muy suave que hacía tiempo que su mujer no oía—. Pero mañana, ángel mío, puede que nuestra fortuna no conozca límites. Ayer, buscando secretos mucho más importantes, creo que encontré la forma de hacer cristalizar el carbono, la sustancia del diamante. ¡Ah, querida esposa!... dentro de unos días me perdonarás mis distracciones. Según parece, a veces estoy distraído. ¿Y no he estado muy brusco hace un instante? Sé indulgente con un hombre que no ha dejado nunca de pensar en ti. Todos mis trabajos están llenos de ti, de nosotros.

—Basta, basta —contestó ella—, ya hablaremos de todo eso esta noche. Antes sufría demasiado de dolor, ahora es de felicidad.

No esperaba volver a ver aquel semblante animado por una expresión tan tierna para con ella como lo fuera antaño, oír aquella voz tan dulce como en otro tiempo, recobrar cuanto creía haber perdido.

—Esta noche —repitió él—, conforme, hablaremos. Si ves que me absorbo en alguna meditación, recuérdame mi promesa. Esta noche quiero abandonar mis cálculos, mis trabajos, y dedicarme a todas las alegrías de la familia, a los placeres del corazón; ¡y es que, Pepita, los necesito, estoy sediento de ellos!

—¿Me dirás qué estás buscando, Balthazar?

—Pero si no entenderías nada, hijita mía.

—¿Tú crees?... Pues has de saber, querido, que llevo cuatro meses estudiando química para poder hablar de ella contigo. He leído a Fourcroy, Lavoisier, Chaptal, Nollet, Rouelle, Berthollet, Gay-Lussac, Spallanzani, Leuwenhoëk, Galvani, Volta, en fin todos los libros relativos a la Ciencia que te encanta. Vaya, que puedes contarme tus secretos.

—¡Ah, eres un ángel! —exclamó Balthazar cayendo ante las rodillas de su mujer y rompiendo en enternecidos sollozos que la hicieron estremecerse—. ¡Nos entenderemos en todo!

—¡Ah! —contestó ella—, me arrojaría en el fuego del infierno que atiza tus hornos por oír esa palabra de tus labios y por verte así.

Al oír los pasos de su hija en la antecámara, corrió hacia allí.

—¿Qué quieres, Marguerite? —preguntó a su hija mayor.

—Querida madre, acaba de llegar el señor Pierquin. Si se queda a cenar, harán falta mantel y servilletas, y esta mañana se le ha olvidado a usted ponerlos.

La señora Claës se sacó del bolsillo un manojito de llavecillas y se las entregó a su hija, señalándole los armarios de madera de las islas que cubrían la antecámara.

—Coge uno de los servicios de Graindorge, hija, que están a la derecha. Puesto que mi querido Balthazar vuelve hoy a mí, devuélvemelo entero —dijo regresando junto a su marido y adoptando una expresión de dulce malicia—. Querido, hazlo por mí, ve a tu cuarto y vístete, que cena con nosotros Pierquin. Vamos, quítate esa ropa hecha trizas. Ten, fíjate en estas manchas. Todos esos agujeros ribeteados de amarillo ¿no son de ácido muriático o sulfúrico? Anda, rejuvenece un poco, que en cuanto me cambie de vestido te mando a Mulquinier.

Balthazar quiso pasar por la puerta que comunicaba con su cuarto, pero había olvidado que estaba cerrada por dentro. Salió por la antecámara.

—Marguerite, deja la mantelería en un sillón y ven a vestirme, que no quiero que venga Martha —dijo la señora Claës llamando a su hija.

Balthazar cogió a Marguerite y haciéndole dar media vuelta con gesto jovial le dijo:

—Hola hija mía, estás preciosa hoy con ese vestido de muselina y ese cinturón rosa.

Luego, la besó en la frente y le apretó la mano.

—Mamá, papá acaba de besarme —dijo Marguerite al entrar en el cuarto de su madre—. ¡Parece muy contento y muy feliz!

—Hija mía, tu padre es un gran hombre, casi tres años lleva trabajando por la gloria y fortuna de su familia y cree que ha llegado a la meta de sus investigaciones. Este día ha de ser para nosotros una hermosa fiesta...

—Querida mamá —contestó Marguerite—, nuestros criados estaban tan tristes de verlo enfurruñado, que no seremos los únicos en estar alegres. Pero póngase otro cinturón, que ése está todo arrugado.

—Bueno, pero démonos prisa, que quiero hablar con Pierquin. ¿Dónde está?

—En la sala, está jugando con Jean.

—¿Dónde están Gabriel y Félicie?

—Por el jardín se les oye.

—¡Pues baja ahora mismo y mira que no cojan tulipanes! Aún no los ha visto tu padre este año, y a lo mejor le apetece mirarlos después de cenar. Le dices a Mulquinier que le suba a tu padre todo lo que necesite para asearse.

Al retirarse Marguerite, la señora Claës echó una ojeada a sus hijos por las ventanas de su cuarto que daban al jardín, y los vio entretenidos examinando uno de esos insectos de alas verdes, relucientes y con manchas doradas, vulgarmente llamados costureras.^[2]

—Sed buenos, tesoros míos —dijo subiendo una parte de la vidriera y dejándola entreabierta para ventilar la habitación. Luego, llamó suavemente a la puerta de su marido para asegurarse de que no se hallaba de nuevo abismado en alguna distracción. Al abrirle él, le dijo con voz alborozada viéndole sin vestir:

—¿No irás a dejarme mucho rato sola con Pierquin? Anda, no tardes.

Se sintió tan ágil para bajar, que un extraño, al verla, no hubiera reconocido los

andares de una coja.

—El señor, al subir a la señora —le dijo el ayuda de cámara con el que se topó en la escalera—, ha desgarrado el vestido, pero no es más que un mal trozo de tela; lo malo es que ha roto la mandíbula de esta figura, y no sé yo quién podrá recomponerla. ¡Ahora nos va a quedar desgraciada la escalera, con lo preciosa que era esta barandilla!

—¡Bah!, Mulquinier, hijo, déjala así que no es ninguna desgracia.

—«¿Pues qué estará pasando —pensó Mulquinier— para que no sea un desastre? ¿Habrás hallado mi amo el *absoluto*?».

—Buenas tardes, señor Pierquin —dijo la señora Claës abriendo la puerta de la sala de visitas.

Acudió solícito el notario a dar el brazo a su prima, pero ésta, que sólo aceptaba el de su marido, le dio las gracias con una sonrisa y le dijo:

—Imagino que vendrá usted por lo de los treinta mil francos.

—Sí, señora, al volver a casa, he recibido una comunicación de la casa Protez y Chiffreville que ha librado, a nombre del señor Claës, seis letras de cambio de cinco mil francos cada una.

—Bueno, pues hoy no le hable de eso a Balthazar. Quédese a cenar con nosotros. Si por casualidad le pregunta por qué ha venido, busque usted cualquier pretexto, hágame el favor. Déme la carta, que ya le hablaré yo del particular. Todo va bien —agregó al ver la cara de asombro del notario—. Dentro de unos meses, mi marido reembolsará probablemente las cantidades prestadas.

Al oír aquella frase pronunciada en voz baja, el notario miró a Marguerite que volvía del jardín, seguida de Gabriel y Félicie, y dijo:

—Nunca había visto tan guapa como ahora a la señorita Claës.

La señora Claës, que se había sentado en su poltrona y tenía sentado en sus rodillas al pequeño Jean, alzó la cabeza, miró a su hija y al notario aparentando indiferencia.

Era Pierquin de estatura mediana, ni gordo ni flaco, y su rostro vulgarmente agraciado reflejaba una tristeza más mustia que melancólica, una ensoñación más vaga que reflexiva; pasaba por misántropo, pero era demasiado interesado, demasiado glotón para que resultase real su divorcio con el mundo. Su mirada habitualmente perdida en el vacío, su actitud indiferente, su silencio afectado parecían denotar profundidad, encubriendo en realidad el vacío y la nulidad de un notario exclusivamente ocupado en intereses humanos, si bien demasiado joven aún para ser envidioso. El aliarse con la Casa Claës hubiera sido para él motivo de una entrega sin límites, de no haberle movido algún sentimiento de avaricia subyacente. Se las daba de generoso, pero sabía contar. Así, sin explicarse a sí mismo sus cambios de actitud, sus atenciones eran cortantes, duras y desabridas como lo son en general las de las gentes de negocios, cuando Claës le parecía arruinado, pasando a ser afectuosas, complacientes y casi serviles cuando barruntaba algún feliz resultado en los trabajos

de su primo. Tan pronto veía en Marguerite a una infanta a la que un simple notario no podía acercarse, como la consideraba una pobre muchacha demasiado feliz de que él se dignase convertirla en su mujer. Era hombre de provincias, y flamenco, sin malicia; no es que careciese de entrega o de bondad, pero tenía un ingenuo egoísmo que menoscababa sus cualidades, y una serie de aspectos ridículos que malograban su persona. Recordó la señora Claës en aquel instante el tono conminatorio con que le hablara el notario bajo el pórtico de la iglesia Saint-Pierre, y advirtió el súbito cambio que había operado su respuesta en su actitud; adivinó el fondo de sus pensamientos, y con mirada perspicaz trató de leer en el alma de su hija para saber si pensaba en su primo; pero no vio en ella sino la más total indiferencia. Tras unos instantes, durante los cuales la conversación giró en torno a los rumores que corrían por la ciudad, el dueño de la casa bajó de su habitación donde, desde hacía un rato, su mujer oía con indecible placer el chirriar de unas botas en el parque. Sus andares, semejantes a los de un hombre joven y ágil, anunciaban una completa metamorfosis y la ansiedad que causaba su aparición a la señora Claës fue tan viva que apenas pudo reprimir un estremecimiento cuando bajó la escalera. Al poco, apareció Balthazar con la indumentaria de moda a la sazón. Llevaba botas vueltas bien lustradas que dejaban ver el extremo superior de unas medias de seda blanca, un calzón de casimir azul con botones dorados, chaleco blanco floreado y frac azul. Se había hecho la barba, peinado, perfumado el cabello, cortado las uñas y lavado las manos con tanto esmero que resultaba irreconocible para los que lo habían visto tiempo atrás. En vez de un viejo casi sumido en la demencia, sus hijos, su mujer y el notario veían a un hombre de cuarenta años cuyo semblante afable y cortés resplandecía de seducción. La fatiga y los sufrimientos que acusaban la sequedad de los rasgos y la adherencia de la piel a los huesos poseían incluso una suerte de atractivo.

—Hola, Pierquin —dijo Balthazar Claës.

De nuevo padre y marido, el químico cogió a su benjamín de las rodillas de su madre y lo alzó en el aire, bajándolo y subiéndolo una y otra vez.

—Mire usted esta criatura —dijo al notario—. ¿No le entran ganas de casarse viendo a esta preciosidad de crío? Créame, amigo mío, los placeres de la familia consuelan de todo. ¡Cataplím! —dijo levantando a Jean—. ¡Cataplám! —exclamaba dejándolo en el suelo—. ¡Cataplím! ¡Cataplám!

Reía el niño a carcajadas viéndose alternativamente en lo alto del techo y en el parque. La madre volvió la vista para no dejar traslucir la emoción que le causaba un juego tan sencillo en apariencia y que, para ella, constituía toda una revolución doméstica.

—Veamos cómo andas —dijo Balthazar dejando a su hijo en el parque y yendo a arrojar a una poltrona. El niño corría hasta su padre, atraído por el brillo de los botones dorados que sujetaban el calzón por encima de la oreja de las botas—. ¡Muy bien, chatín! —dijo el padre dándole un beso—. ¡Eres un Claës, caminas derecho! Bueno, Gabriel, ¿qué se cuenta maese Morillon? —preguntó a su hijo mayor

cogiéndole de la oreja y retorciéndosela—. ¿Les pegas duro a esas traducciones directas e inversas? ¿Cómo va esa brega con las matemáticas?

Luego, Balthazar se levantó, se acercó a Pierquin y le dijo con la afectuosa cortesía que le caracterizaba:

—Bien, amigo mío, seguramente tendrá usted alguna pregunta que hacerme. —Le dio el brazo y se lo llevó al jardín, agregando:

—Venga a ver mis tulipanes.

La señora Claës miró a su marido mientras salía y no pudo reprimir su alegría viéndolo tan joven, tan afable, con tan excelente aspecto. Se levantó, tomó a su hija por el talle y la besó diciéndole:

—Marguerite, niña querida, te quiero hoy más que nunca.

—Hacía tiempo que no veía a mi padre de tan buen humor —contestó la muchacha a su madre.

Llegó Lemulquimer anunciando que estaba servida la cena. Para evitar que Pierquin le ofreciese el brazo, la señora Claës tomó el de Balthazar, y toda la familia pasó al comedor.

Aquella estancia cuyo techo se componía de vigas vistas, pero realzadas con pinturas, limpiadas y remozadas todos los años, estaba amueblada con altos aparadores de roble en cuyas repisas se veían las más curiosas piezas de la vajilla patrimonial. Las paredes estaban tapizadas de cuero violeta en donde figuraban impresos con trazos dorados temas de caza. Por encima de los aparadores, aquí y allá, brillaban cuidadosamente dispuestas plumas de curiosas aves y raras conchas. Las sillas eran las mismas desde principios del siglo dieciséis y presentaban esa forma cuadrada, esos barrotes retorcidos y ese exiguo respaldo guarnecido con tela a franjas cuya moda se propagó tanto que Rafael la ilustró en su cuadro llamado *La Virgen de la silla*. La madera se había ennegrecido, pero los clavos dorados brillaban como nuevos, y las telas cuidadosamente renovadas lucían un admirable color rojo. Todo Flandes revivía allí con sus innovaciones españolas. Sobre la mesa, las jarras, los frascos poseían ese aspecto respetable que les confieren los abombados vientres de las formas antiguas. Las copas eran esas viejas copas de pie esbelto que aparecen en todos los cuadros de la escuela holandesa o flamenca. La vajilla de gres y adornada con figuras coloreadas al modo de Bernard de Palissy procedía de la fábrica inglesa de Wedgwood. La plata era maciza, de caras cuadradas, relieves plenos, auténtica plata de familia cuyas piezas, todas distintas de cincelado, de moda, de forma, daban fe de los inicios del bienestar y de los progresos de la fortuna de Claës. Las servilletas llevaban franjas, siguiendo la moda española. En cuanto a la lencería, era sabido que los Claës tenían a gala el poseerla magnífica. Aquella lencería, aquel servicio de plata estaban destinados al uso diario de la familia. La casa de delante, donde se celebraban las fiestas, tenía su lujo particular, cuyas maravillas reservadas para los días de gala les imprimían esa solemnidad que deja de darse, cuando el uso habitual hace, por decirlo así, que se tengan en menos las cosas. En la casa de atrás, todo poseía la

impronta de una candidez patriarcal. Y, detalle delicioso, afuera, trepaba una parra a lo largo de las ventanas orlándolas de pámpanos por doquier.

—Se mantiene usted fiel a las tradiciones, señora —dijo Pierquin recibiendo un plato de esa sopa de tomillo en la que las cocineras flamencas y holandesas echan albondiguillas de carne envueltas y mezcladas con pan tostado—, ¡ésta es la mismísima sopa de los domingos a la usanza de nuestros antepasados! Su casa y la de mi tío Des Raquets son las únicas donde se sigue tomando esta sopa histórica en los Países Bajos. Bueno perdón, el anciano señor Savaron de Savarus tiene aún a orgullo servirla en su casa de Tournai, pero en todos los demás sitios se nos va el viejo Flandes. Ahora se fabrican los muebles a la griega, no se ven sino cascos, escudos, lanzas y fascas. Todo el mundo reconstruye su casa, vende sus viejos muebles, refunde sus servicios de plata, o los cambia por porcelana de Sèvres que no puede compararse ni con la antigua de Sajonia ni con las porcelanas chinas. Mire usted, yo soy flamenco hasta la médula. Y me sangra el corazón cuando veo a los caldereros comprando a precio de madera o de metal nuestros preciosos muebles incrustados de cobre o de estaño. Pero la sociedad quiere cambiar de piel, a lo que parece. ¡Pues si hasta las técnicas artísticas se están perdiendo! Cuando todo ha de ir rápido, nada puede hacerse a conciencia. Durante mi último viaje a París, me llevaron a ver los cuadros expuestos en el Louvre. Le juro a usted de que son como una cortina esos lienzos sin aire, sin profundidad en los que los pintores temen usar el color. Y, según dicen, éstos quieren derribar nuestra vieja escuela. Vamos anda...

—Nuestros antiguos pintores —contestó Balthazar— estudiaban las distintas combinaciones y la resistencia de los colores, sometiéndolas a la acción del sol y de la lluvia. Pero lleva usted razón: hoy en día los recursos materiales del arte son menos cultivados que nunca.

La señora Claës no escuchaba la conversación. Al oír decir al notario que los servicios de porcelana estaban de moda, se le había ocurrido de inmediato la luminosa idea de vender la pesada cubertería proveniente de la herencia de su hermano, esperando poder reembolsar así los treinta mil francos que adeudaba su marido.

—¡Ajá! —decía Balthazar al notario cuando la señora Claës se reintegró a la conversación—. ¿Con que se interesan por mis trabajos en Douai?

—Sí —contestó Pierquin—, todos se preguntan en qué gasta usted tanto dinero. Ayer, oí al señor primer presidente lamentarse de que un hombre de su condición buscase la piedra filosofal. Me permití contestarle que era usted demasiado instruido para no saber que eso equivalía a medirse con lo imposible, demasiado cristiano para creer dominar a Dios, y, como todos los Claës, demasiado buen calculador para cambiar su dinero por los polvos de la madre Celestina. Con todo, le confesaré que compartí el pesar que causa su retiro a toda la comunidad. Y es que tiene usted totalmente abandonada a esta ciudad. Créame, señora, que le hubiera encantado oír los elogios que hicieron todos de usted y del señor Claës.

—Obró usted como un buen pariente al rechazar imputaciones que en el mejor de los casos me hubieran puesto en ridículo —contestó Balthazar—. ¡Así que los douaisianos me creen arruinado! Pues sepa usted, mi querido Pierquin, que dentro de dos meses daré una fiesta, para celebrar el aniversario de mi boda, cuya magnificencia me devolverá la estima que dispensan nuestros queridos compatriotas a los escudos.

La señora Claës se sonrojó intensamente. Hacía dos años que ni se hacía referencia a aquel aniversario. Semejante a esos locos que tienen momentos en que sus facultades brillan con inusitado resplandor, nunca se había mostrado Balthazar tan ingeniosamente cariñoso. Derrochó atenciones con sus hijos, y su conversación fue un prodigio de gracia, inteligencia y acierto. Aquel retorno a la paternidad, ausente durante tanto tiempo, era sin duda la más hermosa fiesta que podía dar a su mujer para quien su palabra y su mirada habían recobrado esa constante simpatía en el gesto que se siente de corazón a corazón y que denota una deliciosa identidad de sentimientos.

El anciano Lemulquinier parecía rejuvenecido, iba y venía con una insólita euforia causada por la realización de sus secretas esperanzas. El cambio súbitamente operado en la actitud de su señor cobraba más significación para él que para la señora Claës. Donde la familia veía la felicidad, el ayuda de cámara veía una fortuna. Al ayudar a Balthazar en sus manipulaciones, se le había contagiado su locura. Ya porque hubiese intuido el alcance de sus investigaciones por los comentarios que se le escapaban al químico cuando la meta retrocedía de sus manos, ya porque la tendencia al mimetismo innata en el hombre le hubiera hecho abrazar las ideas de aquel en cuya atmósfera vivía, Lemulquinier había concebido por su señor un sentimiento supersticioso mezcla de terror, admiración y egoísmo. El laboratorio era para él lo que para el pueblo un despacho de lotería, la esperanza organizada. Se acostaba cada noche diciendo: «¡Mañana a lo mejor nadamos en oro!». Y al día siguiente, se despertaba con fe tan ferviente como la víspera. Su apellido denotaba un origen netamente flamenco. En otro tiempo, la gente del pueblo era conocida por un remoquete extraído de su oficio, de su terruño, de su conformación física o de sus cualidades morales. Dicho remoquete pasaba a ser el apellido de la familia burguesa que fundaban a partir de su manumisión. En Flandes, los comerciantes de hilo de lino se llamaban *mulquiniers*, y tal era sin duda la profesión del hombre que, entre los antepasados del andado criado, pasó del estado de siervo al de burgués hasta que desconocidos infortunios devolvieron al nieto del *mulquinier* a su primitiva condición de siervo, con salario eso sí. La historia de Flandes, de su hilo y de su comercio venían, pues, a resumirse en aquel anciano criado, con frecuencia llamado por eufonía Mulquinier. Su carácter y fisonomía no carecían de originalidad. Su cara era ancha y larga, y aparecía estragada por las huellas de una viruela que le había conferido fantásticas apariencias, dejando una multitud de blancos y brillantes surcos. Flaco y de elevada estatura, tenía un andar grave, misterioso. Sus ojillos, anaranjados

como la peluca amarilla y lisa que cubría su cabeza, miraban tan sólo de soslayo. Su exterior casaba, pues, con el sentimiento de curiosidad que suscitaba. Su calidad de ayudante iniciado en los secretos de su amo, sobre cuyos trabajos guardaba silencio, le prestaba atractivo ante la gente. Los habitantes de la calle de París lo miraban pasar con una mezcla de interés y temor, pues tenía respuestas sibilinas y siempre sugeridoras de tesoros. Orgulloso de ser necesario a su amo, ejercía sobre sus compañeros una especie de autoridad picajosa, de la que se aprovechaba obteniendo concesiones que le convertían en medio dueño de la casa. Contrariamente a los criados flamencos, en extremo adictos a la casa, tan sólo profesaba afecto a Balthazar. Tanto daba que a la señora Claës la afligiese algún disgusto como que sobreviniese algún acontecimiento en la familia, él seguía comiendo su pan con mantequilla o bebiéndose su cerveza con la flema habitual.

Al concluir la cena, la señora Claës propuso que fuesen a tomar el café al jardín, ante el macizo de tulipanes que adornaba el centro. Las macetas con tulipanes cuyos nombres aparecían grabados en pizarras estaban enterradas y dispuestas formando una pirámide en cuya cúspide se erguía un tulipán Boca de Dragón del que Balthazar poseía un ejemplar único. Aquella flor, denominada *tulipa Claësiana*, reunía los siete colores, y sus largas aberturas parecían doradas por los bordes. El padre de Balthazar, que en varias ocasiones había rechazado por ella diez mil florines, adoptaba tan grandes precauciones para que no pudieran robarle una sola semilla que la tenía en la sala y solía pasar días enteros contemplándola. El tallo era enorme, muy tieso, firme, de un tono verde admirable; las proporciones de la planta armonizaban a la perfección con el cáliz cuyos colores se distinguían por esa brillante nitidez que tanto precio daba antaño a esas fastuosas flores.

—Treinta o cuarenta mil francos hay aquí en tulipanes —dijo el notario mirando alternativamente a su prima y al macizo de mil colores. La señora Claës estaba demasiado entusiasmada por el aspecto de aquellas flores que los rayos del sol poniente asemejaban a piedras preciosas, como para acabar de captar el sentido de la observación notarial.

—¿Para qué sirve todo esto? —agregó el notario dirigiéndose a Balthazar—, debería usted venderlas.

—¡Bah! ¿Qué necesidad tengo yo de dinero? —contestó Claës haciendo el ademán del hombre para quien cuarenta mil francos son cosa baladí.

Hubo un momento de silencio durante el que los niños lanzaron varias exclamaciones.

—Mamá, mira éste.

—¡Oh! ¡Éste sí que es bonito!

—¿Y éste cómo se llama?

—Qué abismo para la razón humana —exclamó Balthazar alzando las manos y juntándolas con desesperado ademán—. Una combinación de hidrógeno y oxígeno, en idéntico medio y por idéntico principio, hace que surjan con sus distintas

dosificaciones estos colores que constituyen cada uno un resultado diferente.

Su mujer entendía bien los términos de aquella proporción, pero fue pronunciada demasiado rápidamente para que pudiera captarla del todo. Balthazar recordó que había estudiado su Ciencia favorita, y le dijo, haciéndole una misteriosa señal:

—¡Por mucho que lo entendieras, no sabrías lo que quiero decir!

Y pareció abismarse en una de sus habituales meditaciones.

—De eso no cabe duda —dijo Pierquin cogiendo una taza de café que le ofrecía Marguerite—. Genio y figura hasta la sepultura —agregó en voz baja dirigiéndose a la señora Claës—. Tenga usted la bondad de hablarle personalmente, ni el diablo lo sacaría de su ensimismamiento. Seguro que sigue así hasta mañana.

Se despidió de Claës que fingió no oírle, besó a Jean a quien su madre tenía en sus brazos y, tras hacer una profunda reverencia, se retiró. Cuando se oyó cerrarse la puerta de entrada, Balthazar tomó a su mujer por la cintura y disipó la inquietud que podía causarle su fingida ensoñación diciéndole al oído:

—Ya sabía yo cómo hacerle marchar.

La señora Claës volvió la cabeza hacia su marido sin avergonzarse de mostrarle las lágrimas que le nublaron los ojos, ¡eran tan dulces! Luego, apoyó la frente en el hombro de Balthazar, dejando escurrirse a Jean hasta el suelo.

—Volvamos adentro —dijo tras una pausa.

Durante toda la velada, Balthazar derrochó una alegría exultante. Inventó mil juegos para sus hijos, y jugó él mismo tan a gusto que no se percató de dos o tres ausencias de su mujer. A eso de las nueve y media, una vez acostado Jean, cuando regresó Marguerite a la sala tras ayudar a desnudarse a su hermana Félicie, encontró a su madre sentada en la poltrona, y a su padre que conversaba con ella teniendo su mano entre las suyas. Temió importunar a sus padres, pero cuando hizo ademán de retirarse, la señora Claës lo advirtió y le dijo:

—Ven, Marguerite, ven querida niña.

Luego, la atrajo hacia sí y la besó cariñosamente en la frente, agregando:

—Llévate tu libro a tu habitación, y procura acostarte pronto.

Marguerite besó a su padre y se retiró. Claës y su mujer permanecieron un buen rato solos, contemplando las últimas tonalidades del crepúsculo que morían entre los follajes del jardín ya oscuros, cuyos relieves apenas se divisaban en el fulgor. Cuando se hizo casi de noche, Balthazar dijo a su mujer con voz emocionada:

—Subamos.

Mucho tiempo antes de que las costumbres inglesas consagrasen la habitación de una mujer como un lugar sagrado, la de una mujer flamenca era impenetrable. Las buenas amas de casa no lo tenían como una ostentación de virtud, sino como hábito contraído desde la infancia, una superstición doméstica que convertía un dormitorio en un delicioso santuario donde se respiraban tiernos sentimientos, donde lo simple se unía a los elementos más gratos y sagrados que entraña la vida social. En las especiales circunstancias en que se hallaba la señora Claës, toda mujer hubiera

querido reunir a su alrededor las cosas más elegantes; pero ella lo había hecho con un gusto exquisito, sabiendo la influencia que ejerce cuanto nos rodea sobre los sentimientos. Lo que en una agraciada criatura hubiera sido lujo, era en ella una necesidad. Había comprendido el alcance de estas palabras: «Ser guapa es cosa de una misma», máxima que dirigía todos los actos de la primera mujer de Napoleón y la hacía con frecuencia ser falsa mientras que la señora Claës era siempre natural y auténtica. Aun cuando Balthazar conocía bien la habitación de su mujer, su olvido de las cosas materiales de la vida había sido tan total, que al entrar en ella se estremeció gratamente como si la viese por primera vez. La fastuosa alegría de una mujer triunfante resplandecía en los espléndidos colores de los tulipanes que asomaban por el largo cuello de los gruesos jarrones de porcelana china, hábilmente dispuestos, y en la profusión de las luces cuyos efectos tan sólo podían equipararse a los de las más alegres fanfarrias. El fulgor de las velas comunicaba un armonioso brillo a las grises telas de lino cuya monotonía quedaba realzada por los reflejos del oro sobriamente repartido en algunos objetos, y por los variados tonos de las flores que semejaban haces de pedrería. El secreto de tales aderezos era él, ¡siempre él!... Joséphine no podía decir más elocuentemente a Balthazar que él era siempre el principio de sus alegrías y pesares. El aspecto de aquella habitación transmitía un delicioso estado de ánimo y ahuyentaba cualquier triste pensamiento para no dejar sino la sensación de una dicha plácida y pura. La tela de la tapicería comprada en China desprendía esa suave fragancia que penetra en el cuerpo sin fatigarlo. Finalmente, las cortinas cuidadosamente corridas reflejaban un afán de soledad, un celoso deseo de preservar los menores sonos de la palabra, de encerrar allí las miradas del esposo reconquistado. Luciendo su espléndida cabellera negra perfectamente lisa que le caía a cada lado de la frente como dos alas de cuervo, la señora Claës, envuelta en un batín cerrado hasta el cuello y guarnecido por una larga esclavina en la que se henchía el encaje, fue a correr el portier que no dejaba penetrar ruido alguno del exterior. Desde allí, Joséphine dirigió a su marido que se había sentado junto a la chimenea una de esas alegres sonrisas con las que una mujer inteligente cuya alma embellece a veces el rostro sabe expresar irresistibles esperanzas. El mayor encanto de una mujer reside en una llamada constante a la generosidad del hombre, en una exquisita declaración de debilidad con la que le enorgullece y despierta en él los más magníficos sentimientos. ¿No conlleva la declaración de la debilidad mágicas seducciones? Cuando los aros del portier se hubieron deslizado sordamente por la varilla de madera, se volvió hacia su marido, pareció querer disimular en aquel momento sus defectos corporales apoyando la mano en una silla, para deslizarse con gracia. Era llamarle en su socorro. Balthazar, abismado durante un instante en la contemplación de aquel rostro oliváceo que se recortaba sobre el fondo gris atrayendo y recreando la mirada, se levantó para tomar a su mujer en sus brazos y la llevó al canapé. Era lo que ella quería.

—Me prometiste —dijo tomándole la mano que conservó entre sus manos

electrizantes— iniciarme en el secreto de tus investigaciones. Convendrías, querido, en que soy digna de saberlo, puesto que he tenido el valor de estudiar una ciencia condenada por la Iglesia, para así poder comprenderte; pero soy curiosa, no me escondas nada. Así que cuéntame el motivo de que una buena mañana te levantas preocupado, cuando la víspera te había dejado tan feliz.

—¿Y para oír hablar de química te has vestido tan coquetamente?

—Querido, el recibir una confidencia que me permite penetrar más hondo en tu corazón, ¿no es para mí el mayor de los placeres? ¿No es una unión espiritual que comprende y dispensa todas las alegrías de la vida? Tu amor vuelve a mí puro y entero, quiero saber qué idea ha sido tan poderosa como para privarme de él tanto tiempo. Sí, siento más celos de un pensamiento que de todas las mujeres juntas. El amor es inmenso, pero no infinito; mientras que la Ciencia posee profundidades sin límites a las que no podría verte ir solo. Si conquistases esa gloria que persigues, yo me sentiría desgraciada. ¿No te procuraría acaso inmensos goces? La fuente de sus placeres, caballero, he de ser únicamente yo.

—No, ángel mío, no ha sido una idea lo que me ha lanzado hacia esa senda, sino un hombre.

—Un hombre —exclamó ella con terror.

—¿Recuerdas, Pepita, a aquel oficial polaco a quien alojamos en casa, en 1809?

—¡Que si lo recuerdo! ¡Lo nerviosa que me pongo muchas veces cuando me vienen a la memoria sus dos ojos como lenguas de fuego, las cavidades encima de sus cejas donde se veían carbones del infierno, su cráneo ancho y sin pelo, los bigotes enhiestos, la cara angulosa, estragada!... Y luego, ¡esa calma aterradora en el andar! ... Si llega a encontrar cuarto en las posadas, te aseguro que no duerme aquí.

—Aquel gentilhombre polaco se llamaba Adam de Wierzchownia —continuó Balthazar—. Cuando por la noche nos dejaste solos en la sala, la conversación derivó casualmente sobre la química. Arrancado del estudio de esta ciencia por la miseria, se había hecho soldado. Creo que fue a raíz de pedir un vaso de agua azucarada cuando nos reconocimos como adeptos. Cuando le dije a Mulquinier que trajera azúcar en terrones, el capitán hizo un gesto de sorpresa. «¿Ha estudiado usted química?», me preguntó. «Con Lavoisier», le contesté. «¡Qué suerte tiene usted de ser libre y rico!», exclamó. Y brotó de su pecho uno de esos suspiros que revelan un infierno de dolores oculto bajo un cráneo o encerrado en un corazón, una de esas reacciones ardientes, concentradas, que no se pueden expresar con palabras. Remató su pensamiento con una mirada que me dejó helado. Tras una pausa, me dijo que, casi muerta Polonia, se había refugiado en Suecia. Había buscado consuelo en el estudio de la química por la que había sentido siempre una irresistible vocación. «Pues bien —agregó—, ya veo que ha advertido usted como yo que la goma arábica, el azúcar y el almidón puestos en polvo dan una sustancia absolutamente similar, y en el análisis un idéntico resultado *cualitativo*». Hizo otra pausa y, tras examinarme con mirada escrutadora, me dijo confidencialmente y en voz baja solemnes palabras de las que ya sólo

conservo en la memoria su sentido general; pero las acompañó con tan poderoso timbre de voz, tan cálidas inflexiones y tal fuerza en el gesto, que me removieron las entrañas y golpearon mi intelecto como bate el hierro un martillo en el yunque. Éstos son resumidos aquellos razonamientos que fueron para mí el carbón que puso Dios en la lengua de Isaías, pues mis estudios con Lavoisier me permitían captar todo su alcance. «Verá usted —me dijo—, la similitud de esas tres sustancias, en apariencia tan distintas, me ha movido a pensar que todos los productos de la naturaleza han de poseer idéntico principio. Los trabajos de la química moderna han demostrado la verdad de dicha ley, en la parte más considerable de los efectos naturales. La química divide la creación en dos partes distintas: la naturaleza orgánica y la inorgánica. Al abarcar todas las creaciones vegetales o animales en las que se manifiesta una organización más o menos perfeccionada, o, por ser más exactos, una mayor o menor motilidad que determina mayor o menor sentimiento, la naturaleza orgánica es, sin lugar a dudas, la parte más importante de nuestro mundo. Pues bien, el análisis ha reducido todos los productos de esta naturaleza a cuatro cuerpos simples que son tres gases: el nitrógeno, el hidrógeno y el oxígeno; y otro cuerpo simple no metálico y sólido, el carbono. En cambio, la naturaleza inorgánica, tan poco variada, desprovista de movimiento, de sentimiento, y a la que se puede negar la facultad de crecimiento que Linneo le concediera a la ligera, cuenta con cincuenta y tres cuerpos simples cuyas diferentes combinaciones forman todos sus productos. ¿Cabe pensar que sean más numerosos los medios donde existen menores resultados?... Así, mi antiguo maestro opina que esos cincuenta y tres cuerpos poseen un principio común, modificado otrora por la acción de un poder apagado actualmente, pero que el genio humano debe hacer revivir. Bien, pues imagine que seamos capaces de despertar ese poder, tendríamos una química unitaria. Las naturalezas orgánica e inorgánica descansarían verosímilmente sobre cuatro principios, y si lográsemos descomponer el nitrógeno, que debemos considerar como una negación, tan sólo nos quedarían tres. Nos acercamos ya al gran Ternario de los antiguos y de los alquimistas de la Edad Media de quienes nos burlamos erróneamente. La química moderna no es aún más que eso. Es mucho y poco. Es mucho, porque la química se ha acostumbrado a no retroceder ante ninguna dificultad. Es poco, en comparación con lo que queda por hacer. ¡Mucho se ha prodigado el azar con tan hermosa Ciencia! Y así, esa lágrima de carbón puro cristalizado, el diamante, ¿no parecía la última sustancia que fuese posible crear? Los antiguos alquimistas, que creían el oro descomponible, y por consiguiente factible, retrocedían ante la idea de producir el diamante, y sin embargo hemos descubierto su naturaleza y la ley de su composición. ¡Yo —dijo— he ido más lejos! Una experiencia me ha demostrado que el misterioso Ternario con el que andan a vueltas desde tiempo inmemorial, no se encontrará en los análisis actuales que carecen de objetivo concreto. Veamos primero la experiencia. Siembre semillas de berro (por tomar una sustancia entre todas las de la naturaleza orgánica) en flor de azufre (por tomar asimismo un cuerpo simple). Riegue las semillas con agua destilada

por no dejar penetrar en los productos de la destilación ningún producto desconocido. Las semillas germinan, crecen en un medio conocido no alimentándose más que con principios conocidos por el análisis. Corte repetidas veces el tallo de las plantas hasta reunir cierta cantidad con el fin de obtener unos cuantos gramos de cenizas haciéndolos arder y así poder operar sobre cierta masa; pues bien, al analizar esas cenizas, encontrará usted ácido silícico, alúmina, fosfato y carbonato cálcico, carbonato magnésico, sulfato, carbonato potásico, y óxido férrico, como si el berro hubiese crecido en la tierra, al borde del agua. Ahora bien, tales sustancias no existían ni en el azufre, cuerpo simple, que servía de suelo a la planta, ni en el agua utilizada como riego, cuya composición es conocida; pero como no están tampoco en la semilla, no podemos explicar su presencia en la planta sino suponiendo un elemento común en los cuerpos contenidos en el berro, y en los que le han servido de medio. Así, el aire, el agua destilada, la flor de azufre, y las sustancias que da el análisis del berro, o sea la potasa, la cal, la magnesia, la alúmina, etcétera, deben de tener un principio común que vaga por la atmósfera tal como la crea el sol. ¡De esta irrefutable experiencia —exclamó—, he deducido la existencia del *Absoluto*! Una sustancia común a todas las creaciones, modificada por una fuerza única, tal es la posición clara y nítida del problema que presenta el Absoluto y que me ha parecido *investigable*. Ahí se topará usted con el misterioso Ternario, ante el que, en todos los tiempos, se ha arrodillado la Humanidad: la materia primera, el medio, el resultado. El terrible número Tres lo hallará usted en toda cosa humana, domina las religiones, las ciencias y las leyes. En este punto —añadió—, han interrumpido mis trabajos la guerra y la miseria. Es usted alumno de Lavoisier, es rico y dueño de su tiempo, de modo que puedo hacerle partícipe de mis conjeturas. He aquí la meta que mis experiencias personales me han dejado entrever. La MATERIA UNA tiene que ser un principio común a los tres gases y al carbono. El MEDIO tiene que ser el principio común a la electricidad negativa y a la electricidad positiva. Intente usted descubrir las pruebas que establezcan esas dos verdades y tendrá la razón suprema de todos los efectos de la naturaleza. ¡Ah!, caballero, cuando lleva uno aquí —dijo golpeándose la frente— la clave de la Creación, presintiendo el Absoluto, ¿es vida el verse arrastrado al movimiento de esa caterva de hombres que se precipitan a hora fija los unos sobre los otros sin saber lo que hacen? Mi vida actual es exactamente la antítesis de un sueño. Mi cuerpo va, viene, actúa, se mueve en medio del acero, de los cañones, de los hombres, cruza Europa al capricho de una potencia a la que obedezco despreciándola. Mi alma no tiene conciencia alguna de tales actos, permanece absorta, abismada en una idea, embotada por esa idea, la búsqueda del Absoluto, de ese principio en virtud del cual unas semillas, absolutamente idénticas, puestas en un mismo medio, dan, una cálices blancos, ¡la otra cálices amarillos! Fenómeno aplicable a los gusanos de seda que, alimentados con las mismas hojas y constituidos sin diferencias aparentes, hacen unos seda amarilla y los otros seda blanca; aplicable, en fin, al propio hombre, quien a menudo tiene legítimamente hijos totalmente

distintos a la madre o a él. Por lo demás, ¿no implica la deducción lógica de este hecho la razón de todos los efectos de la naturaleza? ¿Acaso existe algo más conforme a nuestras ideas sobre Dios que el creer que lo hizo todo utilizando el medio más simple? La adoración pitagórica por el UNO del que proceden todos los números y que representa la materia una; la adoración por el número DOS, la primera agregación y el prototipo de todas las demás; la que se profesa al número TRES, que en todo tiempo ha configurado a Dios, es decir la Materia, la Fuerza y el Producto, ¿no resumían tradicionalmente el conocimiento confuso del Absoluto? Stahl, Becher, Paracelso, Agrippa, todos los grandes investigadores de causas ocultas tenían por consigna a Trimegisto, que significa el gran Ternario. Los ignorantes, acostumbrados a condenar la alquimia, esa química trascendente, ignoran sin duda que trabajamos en justificar las apasionadas investigaciones de aquellos grandes hombres. Una vez hallado el Absoluto, me las hubiera visto con el Movimiento. ¡Ah! ¡Mientras me alimento de pólvora, y mando a mis hombres a una muerte sin objeto, mi antiguo maestro acumula descubrimiento tras descubrimiento, vuela hacia el Absoluto! ¡Y yo moriré como un perro al pie de una batería!». Cuando se serenó una pizca, aquel pobre gran hombre, me dijo con una suerte de conmovedora fraternidad: «Si diese con algún experimento por hacer, se lo legaría». Pepita mía —dijo Balthazar oprimiendo la mano de su mujer—, lágrimas de rabia corrían por las hundidas mejillas de aquel hombre mientras arrojaba en mi alma el fuego de ese razonamiento que ya se hiciera tímidamente Lavoisier, sin atreverse a llevarlo a cabo...

—¿Cómo? —exclamó la señora Claës que no pudo evitar el interrumpir a su marido—. ¿Ese hombre, pasando una noche bajo nuestro techo, destruyó con una sola frase y una sola palabra la felicidad de una familia? ¡Ah, Balthazar querido! ¿Hizo ese hombre la señal de la cruz? ¿Te fijaste bien en él? Sólo el Tentador podía tener esos ojos amarillos de los que salía el fuego de Prometeo. Sí, únicamente el demonio podía apartarte de mí. A partir de aquel día, no fuiste ya padre, ni esposo, ni cabeza de familia.

—¡Qué! —replicó Balthazar irguiéndose en la habitación y clavando una penetrante mirada en su mujer—. ¡Criticas el que tu marido se eleve por encima de los demás hombres para poder arrojar a tus pies la púrpura divina de la gloria, como una mínima ofrenda a los tesoros de tu corazón! Pero ¿es que no sabes lo que he hecho, en estos tres años? ¡He dado pasos de gigante, Pepita mía! —agregó animándose.

Su rostro pareció entonces a su mujer más resplandeciente bajo el fuego del genio que antaño bajo el fuego del amor, y lloró oyéndolo.

—He combinado el cloro con el nitrógeno, he descompuesto varios cuerpos hasta ahora considerados como simples, he hallado nuevos metales. Ten —dijo al ver llorar a su mujer—, he descompuesto las lágrimas. Las lágrimas contienen un poco de fosfato de calcio, cloruro de sodio, mucosidad y agua.

Continuó hablando sin reparar en la horrible convulsión que descompuso el rostro

de Joséphine, se había subido a la Ciencia que se lo llevaba en su grupa, desplegadas las alas, lejos del mundo material.

—Ese análisis, querida, es una de las mejores pruebas del sistema del Absoluto. Toda vida implica una combustión. Según la mayor o menor actividad de la fuente de calor, la vida es más o menos persistente. Así, la destrucción del mineral se retrasa indefinidamente, porque en él la combustión es virtual, latente o insensible. Así, los vegetales, que se revitalizan incesantemente por la combinación que produce la humedad, viven indefinidamente, y existen varios vegetales contemporáneos del último cataclismo. Pero cada vez que la naturaleza ha perfeccionado un aparato, que con una finalidad ignorada le ha transmitido sentimiento, instinto o inteligencia, tres rasgos distintivos en el sistema orgánico, esos tres organismos requieren una combustión cuya actividad está en razón directa con el resultado obtenido. El hombre, que representa la más alta cota de inteligencia y que nos ofrece el único aparato del que resulta un poder semicreador, ¡*el pensamiento!*, es, entre las creaciones zoológicas, aquella en que la combustión alcanza su grado más intenso y cuyos poderosos efectos quedan evidenciados en cierto modo por los fosfatos, los sulfatos y los carbonatos que proporciona su cuerpo en nuestro análisis. ¿No son esas sustancias las huellas que deja en él la acción del fluido eléctrico, principio de toda fecundación? ¿No se manifestará en él la electricidad mediante combinaciones más variadas que en cualquier otro animal? ¿No estará más capacitado que cualquier otra criatura para absorber mayores cantidades del principio absoluto, y no las asimilará para componer, en una máquina más perfecta, su fuerza y sus ideas? Eso creo yo. El hombre es un matraz. Así, según mi teoría, el idiota es aquél cuyo cerebro contiene menos fósforo o cualquier otro producto del electromagnetismo, el loco aquél cuyo cerebro contiene demasiado, el hombre corriente el que tiene poco, el hombre genial aquél cuyo cerebro está saturado de él hasta un grado razonable. El hombre constantemente enamorado, el mozo de cuerda, el bailarín, el comilón son aquellos que desplazan la fuerza resultante de su aparato eléctrico. Así, nuestros sentimientos...

—Basta, Balthazar; me espantas, estás cometiendo sacrilegios. Cómo, o sea que según tú mi amor es...

—Materia etérea que se desprende —dijo Claës—, y que sin duda es la clave del Absoluto. Tú piensa que si yo, ¡yo el primero! ¡Si encuentro, si encuentro, si encuentro!

Mientras decía estas palabras con tres tonos distintos, su rostro cobró gradualmente la expresión del inspirado.

—Hago los metales, hago los diamantes, repito a la naturaleza —exclamó.

—¿Y serás más feliz? —gritó Joséphine con desespero—. ¡Maldita Ciencia, maldito demonio! Olvidas, Claës, que cometes el pecado de orgullo del que fue culpable Satán. Quieres medirte con Dios.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Dios!

—¡Lo niega! —exclamó Joséphine retorciéndose las manos—. Claës, Dios dispone de un poder que tú jamás poseerás.

Ante aquel argumento que pretendía anular a su querida Ciencia, Balthazar miró tembloroso a su mujer.

—¿Qué?

—La fuerza única, el movimiento. Es lo que he comprendido en los libros que me has forzado a leer. Analiza flores, frutas, vino de Málaga; descubrirás desde luego sus principios que aparecen, como los del berro del que hablabas, en un medio que parece serles ajeno; ¿pero lograrás hacer, reuniéndolos, esas flores, esas frutas, el vino de Málaga? ¿Conseguirás los incomprensibles efectos del sol? ¿Conseguirás la atmósfera de España? Descomponer no es crear.

—Si doy con la fuerza coercitiva, podré crear.

—Nada lo detendrá —gritó Pepita con voz desesperada—. ¡Oh! Amor mío, está muerto, lo he perdido.

Prorrumpió en sollozos, y sus ojos animados por el dolor y por la santidad de los sentimientos que reflejaban, brillaron más hermosos que nunca a través de su llanto.

—Sí —prosiguió sollozando—, has muerto para todo. Ya lo veo, la Ciencia es más poderosa en ti que tú mismo, y su vuelo te ha llevado demasiado alto para que vuelvas a bajar a ser el compañero de una pobre mujer. ¿Qué dicha puedo ya depararte? ¡Ah! Me gustaría, triste consuelo, creer que te ha creado Dios para dar a conocer sus obras y cantar sus alabanzas, que te ha insuflado una fuerza irresistible que te domina. Pero no, Dios es bueno, dejaría en tu corazón algún pensamiento para una mujer que te adora, para unos hijos a quienes debes proteger. Sí, sólo el demonio puede ayudarte a transitar solo en medio de esos abismos sin salida, por entre esas tinieblas donde no te ilumina la fe de ahí arriba, sino una horrible seguridad en tus facultades. ¿No te habrías dado cuenta, si no, de que llevas devorados novecientos mil francos en tres años? ¡Oh! Hazme justicia, tú, mi dios en esta tierra, no te reprocho nada. Si estuviésemos solos, de rodillas pondría a tus pies toda nuestra fortuna diciéndote: «Ten, arrójala a tu horno, conviértela en humo», y me reiría viéndola flotar por el aire. Si fueses pobre, saldría a mendigar sin rubor para procurarte el carbón que alimenta a tu horno. Y si, arrojándome en él, te ayudase a dar con tu abominable Absoluto, contenta me arrojaría, Claës, ya que cifras tu gloria y tu dicha en ese secreto aún por hallar. Pero ¿y nuestros hijos, Claës?, ¡y nuestros hijos! ¿Qué será de ellos como no adivines pronto ese secreto del infierno? ¿Sabes a qué venía Pierquin? Venía a reclamarte treinta mil francos que adeudas, sin tenerlos. Tus propiedades ya no son tuyas. Le he dicho que tenías esos treinta mil francos para ahorrarte el apuro en que te habrían puesto sus preguntas; pero para satisfacer esa deuda, he pensado en vender nuestro antiguo servicio de plata.

Vio los ojos de su marido a punto de humedecerse, y se arrojó desesperadamente a sus pies alzando suplicantes las manos.

—Querido —exclamó—, interrumpe por un tiempo tus investigaciones,

ahorremos el dinero que necesites para reanudarlas más adelante, si no puedes renunciar a proseguir con tu obra. Oh, no la juzgo, yo misma soplaré en tus hornos, si quieres; pero no reduzcas a nuestros hijos a la miseria, eres ya incapaz de amarlos, la Ciencia te ha devorado el corazón, no les legues una vida infeliz a cambio de la felicidad que les debías. El sentimiento materno ha sido demasiadas veces el más débil en mi corazón, sí, ¡cuántas veces he deseado no ser madre para poder unirme más íntimamente a tu alma, a tu vida! Por eso, para ahogar mis remordimientos, he de defender ante ti la causa de tus hijos antes que la mía.

Se le había soltado el cabello y flotaba sobre sus hombros, sus ojos irradiaban mil sentimientos como otros tantos dardos, y triunfó sobre su rival; Balthazar la tomó en sus brazos, la llevó al canapé, se puso a sus pies.

—Cuánto te he hecho sufrir —le dijo con el acento de quien despierta de un penoso sueño.

—Pobre Claës, y seguirás haciéndonos sufrir a pesar tuyo —replicó Joséphine acariciándole el pelo—. Anda, ven a sentarte a mi lado —dijo señalándole el canapé—. Mira, todo lo he olvidado, ya que vuelves a nosotros. Saldremos adelante, querido, pero no volverás a alejarte de tu mujer, ¿verdad? Dime que será así. Déjame que ejerza sobre tu corazón esa influencia femenina tan necesaria para la felicidad de los artistas desdichados, de los grandes hombres que sufren. Maltrátame, destrózame si lo deseas, pero permite que te lleve un poquito la contraria por tu bien. Jamás abusaré del poder que me concedas. Sé célebre, pero sé también feliz. No nos antepongas a la Química. Escucha, seremos complacientes, permitiremos que la Ciencia entre con nosotros en el reparto de tu corazón; pero sé justo, no nos prives de nuestra mitad. Dime, ¿no es sublime mi desinterés?

Logró hacer sonreír a Balthazar. Con ese maravilloso arte que poseen las mujeres, había llevado el asunto capital al terreno de la broma en el que son maestras las mujeres. No obstante, aunque pareciera risueña, su corazón estaba tan violentamente contraído que a duras penas recobraba el movimiento regular y pausado de su estado habitual; pero al ver renacer en los ojos de Balthazar la expresión que la encantaba, que constituía su propia gloria y le revelaba por entero la acción de su antiguo poder que creía perdido, le dijo sonriendo:

—Créeme, Balthazar, la naturaleza nos ha hecho para sentir, y por mucho que pretendas que no seamos más que máquinas eléctricas, tus gases, tus materias etéreas jamás explicarán el don que poseemos de entrever el porvenir.

—Sí —replicó él—, mediante las afinidades. El poder de visión que hace al poeta, y el poder de deducción que hace al sabio residen en afinidades invisibles, intangibles e imponderables que el vulgo sitúa en el ámbito de los fenómenos morales, cuando son efectos físicos. El profeta ve y deduce. Por desgracia, esa clase de afinidades son demasiado escasas y poco perceptibles para ser sometidas al análisis o a la observación.

—Esto —dijo ella dándole un beso para ahuyentar a esa Química que había

tenido la mala ocurrencia de despertar—, ¿también es una afinidad?

—No, es una combinación: dos sustancias del mismo *signo* no producen ninguna actividad...

—Vamos, calla, que me harías morir de dolor. No, no soportaría ver a mi rival hasta en tus raptos amorosos.

—Pero, vida mía, si sólo pienso en ti; mis trabajos constituyen la gloria de mi familia y tras todas mis esperanzas estás tú.

—A ver, mírame.

Aquella escena la había embellecido como a una muchachita, y de toda su persona, su marido tan sólo veía su cara, por encima de una nube de muselinas y encajes.

—Sí, qué mal he hecho dejándote por la Ciencia. A partir de ahora, cuando vuelva a caer en mis preocupaciones, tú, Pepita mía, me arrancarás de ellas, así lo quiero.

Bajó ella los ojos y le abandonó la mano, su mayor belleza, una mano a un tiempo poderosa y delicada.

—Pero quiero más que eso —dijo.

—Eres tan deliciosamente hermosa que lo puedes conseguir todo.

—Quiero destruir tu laboratorio y amarrar tu Ciencia —dijo Joséphine arrojando fuego por los ojos.

—Pues al diablo la Química.

—Este momento disipa todos mis dolores. Ahora, hazme sufrir si lo deseas.

Al oír estas palabras, a Balthazar se le saltaron las lágrimas.

—Tienes razón, os veía ya sólo a través de un velo, y ni os oía.

—Si sólo hubiera sido por mí, habría seguido sufriendo en silencio, sin alzar la voz ante mi soberano; pero tus hijos merecen consideración, Claës. Te aseguro que como siguiesses dilapidando tu fortuna, por gloriosa que fuera tu meta, la sociedad no te lo reconocería y su reprobación caería sobre los tuyos. ¿No debe bastarte a ti, hombre tan clarividente, que tu mujer haya llamado tu atención sobre un peligro del que no te percatabas? No hablemos más de todo eso —dijo dirigiéndole una sonrisa y una mirada llenas de coquetería—. Esta noche, Claës mío, no seamos felices a medias.

A la mañana siguiente de aquella noche tan capital en la vida del matrimonio, Balthazar Claës, a quien sin duda su mujer había arrancado alguna promesa relativa a la interrupción de sus trabajos, no subió a su laboratorio y permaneció junto a ella durante todo el día. Al otro día, la familia hizo sus preparativos para trasladarse al campo donde permanecieron unos dos meses y de donde no regresaron sino para preparar la fiesta con que Claës quería celebrar, como antaño, el aniversario de su boda. Balthazar, día tras día, pudo formarse así una idea del quebranto que sus trabajos y su indiferencia habían traído a su hacienda. Lejos de agrandar la llaga con algún comentario, su mujer sabía buscar siempre paliativos a los males consumados. De los siete criados que tenía Claës el día en que recibiera por última vez, únicamente

quedaban Lemulquinier, Josette la cocinera, y una anciana doncella que no había abandonado a su ama desde que saliera del convento; resultaba, pues, imposible recibir a la alta sociedad con tan escasa servidumbre. La señora Claës resolvió el atolladero proponiendo contratar un cocinero de París, enseñar al hijo del jardinero y pedir a Pierquin que les prestase su criado. Así, nadie repararía en la apurada situación en que se hallaban. Durante los veinte días que duraron los preparativos, la señora Claës supo distraer con ingenio la inactividad de su marido: tan pronto le encomendaba que eligiera las flores exóticas que debían ornar la escalera principal, la galería y los aposentos, como lo mandaba a Dunkerque a que se hiciera con alguno de esos monstruosos pescados que constituyen la gloria de las mesas familiares en el departamento del Norte. Una fiesta como la que daba Claës representaba un acontecimiento capital que requería multitud de preparativos y una correspondencia activa, en una comarca donde las tradiciones de la hospitalidad ponen hasta tal punto en juego el honor de las familias, que, para amos y servidores, una cena viene a ser como una victoria que es menester alcanzar sobre los invitados. Las ostras llegaban de Ostende, los urogallos se encargaban a Escocia, las frutas venían de París; en una palabra, que ni el menor accesorio había de desmentir el lujo patrimonial. Por otra parte, el baile de la Casa Claës había alcanzado una especie de celebridad. Siendo Douai a la sazón la capital del departamento, aquella velada abría en cierto modo la temporada de invierno, y marcaba la pauta a todas las de la comarca. Así, durante quince años Balthazar se había esforzado en distinguirse, y hasta tal punto lo había logrado que la fiesta daba pábulo a comentarios a veinte leguas a la redonda, y la gente se hacía lenguas sobre los trajes, los invitados, los menores detalles, las novedades que se habían visto o cuanto hubiera acaecido. Tales preparativos, pues, impidieron a Claës pensar en la búsqueda del Absoluto. Al volver a las ideas domésticas y a la vida social, el sabio recobró su amor propio de hombre, de flamenco, de cabeza de familia, y disfrutó asombrando a sus paisanos. Quiso imprimir un carácter especial a aquella velada merced a algún nuevo refinamiento, y eligió, entre todas las fantasías de lujo, la más hermosa, la más rica, la más pasajera, convirtiendo su casa en un bosque de plantas exóticas, y preparando ramos de flores para las mujeres. Los demás detalles de la fiesta respondían a tan inusitado lujo, sin que pareciera que nada pudiera deslucir su efecto. Pero el vigésimo noveno boletín y las noticias concretas de los desastres sufridos por el gran ejército en Rusia y en el Beresina corrieron de boca en boca después de la cena. Una profunda y sincera tristeza embargó a los douaisianos que, por sentimiento patriótico, se negaron unánimemente a bailar. Entre las cartas que llegaron de Polonia a Douai, había una para Balthazar. El señor de Wierzchownia, entonces en Dresde donde, según decía, se estaba muriendo de una herida recibida en una de las últimas refriegas, había querido legar a su anfitrión varias ideas que se le habían ocurrido, después de su encuentro, acerca del Absoluto. Aquella carta abismó a Claës en una profunda ensoñación que hizo honor a su patriotismo; pero su mujer no se llamó a engaño. Para ella, la fiesta

tuvo un doble luto. Aquella fiesta, durante la cual la Casa Claës lanzaba su postrer fulgor, tuvo pues un aspecto triste y sombrío en medio de tanta magnificencia, de curiosidades amasadas por seis generaciones, cada una de las cuales había tenido su manía, y que los douaisianos admiraron por última vez.

La reina de aquel día fue Marguerite, que contaba entonces dieciséis años, y a quien sus padres presentaron en sociedad. Atrajo todas las miradas por su extrema sencillez, por su aire cándido y sobre todo por su fisonomía, tan en consonancia con aquella mansión. Encarnaba la imagen de la muchacha flamenca tal como la han representado los pintores del país: una cabeza perfectamente redonda y llena; cabello castaño, alisado en la frente y separado en dos crenchas; ojos grises, salpicados de verde; hermosos brazos, una exuberancia de carnes que en nada menoscababa su belleza; un aire tímido, pero en su frente, alta y lisa, una firmeza que se disimulaba tras un sosiego y una dulzura aparentes. Sin ser triste ni melancólica, no daba una impresión de jovialidad. La reflexión, el orden, el sentido del deber, los tres principales rasgos del carácter flamenco animaban su semblante frío a primera vista, pero que atraía la mirada por cierta delicadeza en el perfil y por una serena altivez que venía a ser como una promesa de felicidad doméstica. Por una singularidad aún no explicada por los fisiologistas, no había heredado rasgo alguno ni de su madre ni de su padre, siendo la viva imagen de su abuela materna, una Conyncks de Brujas, cuyo retrato celosamente conservado daba fe de tal parecido.

El resopón dio cierta vida a la fiesta. Ya que los desastres del ejército vedaban los goces del baile, todos pensaron que no debían excluir los placeres de la mesa. Los patriotas se retiraron temprano. Los indiferentes se quedaron con algunos jugadores y varios amigos de Claës. Pero, paulatinamente, aquella casa tan brillantemente iluminada en donde se agolpaban todos los proceres de Douai, retornó al silencio; y, hacia la una de la mañana, la galería quedó desierta y fueron apagándose las luces de salón en salón. Al cabo, aquel patio interior, por un momento tan bullicioso, tan luminoso, volvió a quedar oscuro y lóbrego: imagen profética del futuro que aguardaba a la familia. Cuando los Claës regresaron a su habitación, Balthazar dio a leer a su mujer la carta del polaco. Joséphine se la devolvió con triste ademán, preveía el futuro. A partir de aquel día, en efecto, Balthazar disimuló a duras penas la zozobra y el hastío que le abrumaban. Por la mañana, tras el desayuno familiar, jugaba un rato en la sala con su hijo Jean, conversaba con sus dos hijas mientras éstas cosían, bordaban o hacían encaje; pero no tardaba en cansarse de aquellos juegos, de aquella conversación, parecía tomárselos como un deber. Cuando su mujer bajaba ya vestida, se lo encontraba siempre sentado en la poltrona, contemplando a Marguerite y a Félicie, sin impacientarse con el ruido de los bolillos. Cuando llegaba el periódico, lo leía lentamente, cual comerciante retirado que no sabe cómo matar el tiempo. Acto seguido, se levantaba, contemplaba el cielo a través de los cristales, se sentaba otra vez y avivaba el fuego ensimismadamente, cual hombre privado de la conciencia de sus movimientos por la tiranía de las ideas. La señora Claës lamentó

vivamente su falta de instrucción y memoria. Le costaba mantener largo rato una conversación interesante; puede que, además, resulte imposible entre dos personas que se lo tienen todo dicho y se ven obligadas a buscar temas de distracción al margen de la vida del corazón o de la vida material. La vida del corazón tiene sus momentos, y requiere oposición; los detalles de la vida material no pueden ocupar largo tiempo a las mentes superiores acostumbradas a tomar decisiones rápidas; y a las almas enamoradas la sociedad les resulta insoportable. Así, dos personas solitarias que se conocen a fondo deben buscar sus distracciones en los ámbitos más elevados del pensamiento, pues no cabe oponer algo pequeño a lo que es inmenso. Además, no hay modo de entretener a un hombre habituado a moverse en un mundo trascendente, si no conserva en el fondo del corazón ese atisbo de candidez, ese descuido que confiere a los genios un toque tan exquisitamente infantil. Pero ¿no es esa infancia del corazón fenómeno harto infrecuente entre aquéllos cuya misión es verlo, saberlo y comprenderlo todo?

Durante los primeros meses, la señora Claës salvó aquella crítica situación mediante inauditos esfuerzos que le sugirieron el amor o la necesidad. Tan pronto quería aprender el juego de las tablas reales, al que nunca había logrado saber jugar y que, por un prodigio bastante concebible, logró dominar, como interesaba a Balthazar en la educación de sus hijas pidiéndole que dirigiese sus lecturas. Tales recursos se agotaron. Llegó un momento en que Joséphine se halló ante Balthazar como Madame de Maintenon ante Luis XIV; pero sin contar, para distraer al señor amodorrado, ni con las pompas del poder, ni con los artificios de una corte que sabía representar comedias como la de la embajada del rey de Siam o la del Sofí de Persia. Tras dilapidar Francia, obligado a recurrir a arbitrios de hijo de papá para procurarse dinero, el monarca no tenía ya ni juventud ni éxitos, y experimentaba una tremenda impotencia en medio de las grandezas; la real criada, que había sabido acunar a los hijos, no siempre pudo acunar al padre, que sufría por haber abusado de las cosas, de los hombres, de la vida y de Dios. Pero Claës sufría por exceso de poder. Oprimido por un pensamiento que le atenazaba la mente, soñaba con las pompas de la Ciencia, con tesoros para la humanidad, con la gloria para él. Sufría como sufre un artista enfrentado con la miseria, como Sansón amarrado a las columnas del templo. El efecto era idéntico para ambos soberanos, aunque al monarca intelectual le abrumaba su ciencia y al otro su debilidad. ¿Qué podía Pepita sola contra aquella suerte de nostalgia científica? Tras utilizar los medios que le brindaban las ocupaciones familiares, llamó a la sociedad en su auxilio, dando dos CAFÉS por semana. En Douai, los *Cafés* sustituyen a los *Tés*. Un café es una reunión en la que, durante una velada entera, los invitados beben los exquisitos vinos y licores que abarrotan las bodegas de esa bendita tierra, comen golosinas, toman café solo, o café con leche enfriado con hielo; entretanto, las mujeres cantan romanzas, discuten de sus trapitos o se cuentan las trascendentes nimiedades de la ciudad. Siguen siendo los cuadros de Mieris o de Terburg, menos las plumas rojas en los picudos sombreros grises, menos

las guitarras y los esplendorosos trajes del siglo dieciséis. Pero los esfuerzos que hacía Balthazar por interpretar adecuadamente su papel de dueño de la casa, su afabilidad fingida, los fuegos artificiales de su ingenio, todo denotaba la profundidad del mal por la fatiga que le abrumaba al día siguiente.

Aquellas fiestas continuas, débiles paliativos, confirmaron la gravedad de la enfermedad. Las ramas con que tropezaba Balthazar al precipitarse en su abismo retrasaron su caída, pero la hicieron más pesada. Aunque no habló nunca de sus antiguas ocupaciones ni se lamentó una sola vez al ver la imposibilidad en que se hallaba de reanudar sus experiencias, tenía los ademanes tristes, la voz débil, el abatimiento de un convaleciente. Su hastío se evidenciaba a veces hasta en el modo con que cogía las pinzas para construir inconscientemente en el fuego alguna fantástica pirámide con trozos de carbón de piedra. Cuando llegaba la noche, aparecía visiblemente más animado; el sueño le libraba sin duda de importunos pensamientos; pero al día siguiente, se levantaba melancólico ante la perspectiva del día que tenía por delante, y parecía medir el tiempo que tenía que consumir, como el viajero extenuado contempla el desierto que ha de franquear. Aunque la señora Claës conocía la causa de tal decaimiento, se esforzó en ignorar la magnitud de los estragos. Enormemente animosa ante los sufrimientos del espíritu, se mostraba impotente contra las generosidades del corazón. No se atrevía a preguntar a Balthazar cuando éste escuchaba la conversación de sus dos hijos y las risas de Jean con el aire del hombre abismado en pensamientos recónditos; pero se estremecía al verlo sacudirse su melancolía e intentar, por un generoso sentimiento, parecer alegre para no entristecer a nadie. Las efusiones del padre con sus dos hijas, o sus juegos con Jean, anegaban en llanto los ojos de Joséphine que salía para ocultar las emociones que le causaban un heroísmo cuyo precio es sobradamente conocido por las mujeres, y que les rompe el corazón; la señora Claës tenía ganas entonces de decir: «¡Mátame, y haz lo que quieras!». Los ojos de Balthazar perdieron paulatinamente su intenso ardor y cobraron ese tono glauco que entristece los de los ancianos. Sus atenciones para con su mujer, sus palabras, todo en él producía una sensación de abatimiento. Tales síntomas, que se agravaron a finales del mes de abril, aterraron a la señora Claës, para quien el espectáculo resultaba intolerable, y que se había hecho ya mil reproches admirando la fe flamenca con que su marido mantenía la palabra dada. Un día en que Balthazar le pareció más abatido que nunca, no dudó en sacrificarlo todo para devolverle la vida.

—Querido —le dijo—, te libero de tus juramentos.

Balthazar se la quedó mirando asombrado.

—¿Estás pensando en tus experimentos? —agregó ella.

Él contestó con un gesto de una vivacidad tremenda. En vez de reconvenirle, la señora Claës, que había sondeado perfectamente el abismo en el que iban a precipitarse ambos, le cogió la mano y se la estrechó sonriendo.

—Gracias, cariño, estoy segura de mi poder —le dijo—, me has sacrificado más

que tu vida. ¡Ahora me tocan a mí los sacrificios! Aunque ya he vendido algunos de mis diamantes, aún me quedan los suficientes, amén de los de mi hermano, para procurarte el dinero que requieran tus trabajos. Destinaba esas joyas a nuestras dos hijas, pero ¿no les deparará tu gloria otras más deslumbrantes? Además, ¿no les devolverás algún día sus diamantes más hermosos?

El júbilo que iluminó de súbito el semblante de su marido llevó a Joséphine al colmo de la desesperación; vio con dolor que la pasión de aquel hombre era más fuerte que él. Claës tenía confianza en su obra para caminar sin temblar por un sendero que, para su mujer, era un abismo. Para él la fe, para ella la duda, la carga más pesada: ¿no sufre la mujer siempre por dos? En aquel momento, Joséphine creyó gustosa en el éxito, queriendo justificarse a sí misma su complicidad en la probable dilapidación de su fortuna.

—No bastaría el amor de toda mi vida para agradecer tu abnegación, Pepita — dijo Claës enternecido.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando entraron Marguerite y Félicie dándoles los buenos días. La señora Claës bajó los ojos y permaneció durante un instante desconcertada ante sus hijas cuya fortuna acababa de ser enajenada en beneficio de una quimera, en tanto que su marido las sentó en sus rodillas y charló alegremente con ellas, feliz de poder desahogar el júbilo que le oprimía. A partir de entonces, la señora Claës participó en la ardiente vida de su marido. El futuro de sus hijos, la consideración a su padre fueron para ella dos móviles tan poderosos como lo eran para Claës la gloria y la ciencia. Por eso, cuando todos los diamantes de la casa se vendieron en París por mediación de su director espiritual, el padre De Solis, y los fabricantes de productos químicos reiniciaron los envíos, aquella desdichada mujer no vivió ya un instante de sosiego. Atormentada sin cesar por el demonio de la ciencia y por las frenéticas ansias de investigar que devoraban a su marido, vivía una espera continua, y permanecía como muerta durante días enteros, clavada en su poltrona por la propia violencia de sus deseos que, al no encontrar como los de Balthazar un pasto en los trabajos del laboratorio, atormentaron su alma intensificando sus dudas y temores. A ratos, reprochándose su indulgencia con una pasión cuya meta era imposible y que el padre De Solis condenaba, se levantaba, iba hasta la ventana del patio interior y miraba con terror la chimenea del laboratorio. Si echaba humo, la contemplaba con desesperación, las ideas más contradictorias agitaban su corazón y su mente. Veía desvanecerse en humo la fortuna de sus hijos; pero salvaba la vida de su padre: ¿no era su primer deber el hacerlo feliz? Este último pensamiento la calmaba momentáneamente. Había logrado poder entrar en el laboratorio y quedarse en él, pero pronto hubo de renunciar a tan triste satisfacción. La hacía sufrir demasiado el ver que Balthazar no le hacía el menor caso, y hasta muchas veces parecía incomodado por su presencia; la asaltaban allí celosas impaciencias, feroces deseos de hacer saltar la casa, moría de mil males inauditos. Lemulquinier se convirtió para ella en una especie de barómetro: si le oía silbar,

cuando iba y venía para servir el almuerzo o la cena, adivinaba que los experimentos de su marido prosperaban, y que abrigaba la esperanza de un éxito inminente; si Lemulquinier aparecía triste y taciturno, Joséphine le lanzaba una mirada de dolor, Balthazar estaba descontento. Ama y criado terminaron entendiéndose, pese a la altivez de la primera y a la arrogante sumisión del segundo. Débil y sin defensa contra las terribles postraciones del pensamiento, aquella mujer sucumbía ante las alternativas de esperanza y desesperanza que, en su caso, se acrecentaban con las inquietudes de la mujer enamorada y las ansiedades de la madre temblando por su familia. Aquel silencio desolador que le helara antaño el corazón lo compartió sin percatarse del sombrío ambiente en la casa, de los días enteros que transcurrían en aquella sala, sin mediar una sonrisa, a menudo ni una palabra. Con triste previsión materna, acostumbraba a sus dos hijas a las labores caseras, e intentaba formarlas en algún oficio de mujer, para que pudiesen vivir de él si caían en la miseria. La paz de aquel hogar ocultaba, pues, espantosas agitaciones. Hacia el final del verano, Balthazar había devorado el dinero de los diamantes vendidos en París por mediación del anciano padre De Solis, y adeudaba unos veinte mil francos a la casa Protez y Chiffreville.

En agosto de 1813, aproximadamente un año después de la escena con que principia esta historia, aunque Claës había realizado notables experimentos que desgraciadamente despreciaba, sus esfuerzos no habían abocado a resultado alguno respecto al objetivo principal de sus investigaciones. El día en que dio fin a aquella serie de trabajos, su sensación de impotencia le aplastó: la certeza de haber dilapidado infructuosamente considerables cantidades de dinero le desesperó. Fue una espantosa catástrofe. Abandonó su desván, bajó lentamente a la sala, se arrojó en una poltrona en medio de sus hijos y permaneció allí unos instantes, como muerto, sin contestar a las preguntas con que le agobiaba su mujer; no pudo reprimir las lágrimas y se refugió en su cuarto para que no hubiera testigos de su dolor; Joséphine fue tras él y se lo llevó a su habitación donde Balthazar dio rienda suelta a su desesperación. Aquellas lágrimas de hombre, aquellas palabras de artista desalentado, los lamentos del padre de familia tuvieron un carácter de terror, de ternura, de locura que hizo más daño a la señora Claës que todos sus dolores pasados. La víctima consoló al verdugo. Cuando Balthazar dijo con espantoso tono de convicción: «¡Soy un miserable, me estoy jugando la vida de mis hijos, la tuya, y para dejaros vivir en paz, tengo que matarme!», aquella frase le traspasó el corazón y, temiendo, por lo bien que conocía el carácter de su marido, que ejecutara en el acto tan desesperada resolución, experimentó una de esas conmociones que trastocan la vida de raíz y que fue especialmente funesta porque Pepita contuvo sus violentos efectos simulando un fingido aplomo.

—Querido —contestó—, he consultado no a Pierquin, cuya amistad no es tan grande como para que no experimente cierto secreto placer en vernos arruinados, sino a un anciano que se muestra conmigo bueno como un padre. El padre De Solis, mi

confesor, me ha dado un consejo que nos salva de la ruina. Ha estado viendo tus cuadros. El precio de los que están en la galería puede servir para pagar todas las cantidades hipotecadas, más lo que debes a la casa Protez y Chiffreville, pues supongo que algo deberás allí, ¿no?

Claës hizo un ademán afirmativo bajando la cabeza cuyos cabellos se habían teñido de blanco.

—El padre De Solis conoce a los Happe y Duncker de Amsterdam. Se mueren por los cuadros y, como nuevos ricos que son, les encanta hacer alarde de un boato que sólo se pueden permitir las casas antiguas, así que pagarán por los nuestros todo su valor. De ese modo, recuperaremos todas nuestras rentas y, sobre esa cantidad, que rondará los cien mil ducados, podrás tomar una parte de capital para proseguir con tus experimentos. Tus dos hijas y yo nos contentaremos con poco. Con el tiempo y a base de ahorro, ¡ya llenaremos con otros cuadros los marcos vacíos, y vivirás feliz!

Balthazar alzó la cabeza hacia su mujer con una mezcla de júbilo y temor. Se habían trastocado los papeles. La esposa pasaba a ser protectora del marido. Aquel hombre tan cariñoso y cuyo corazón tan unido estaba al de Joséphine, la tenía en sus brazos sin reparar en la horrible convulsión que la hacía palpar, que agitaba sus cabellos y sus labios con un temblor nervioso.

—No me atrevía a decirte que entre el Absoluto y yo apenas media un cabello de distancia. Para gasificar los metales, sólo me falta hallar el modo de someterlos a un inmenso calor en un medio en que la presión de la atmósfera sea nula, o sea en un vacío absoluto.

La señora Claës no pudo aguantar el egoísmo de tal respuesta. Aguardaba fervorosas palabras de agradecimiento por sus sacrificios y se veía obligada a oír un problema de química. Abandonó bruscamente a su marido, bajó a la sala, se desplomó en su poltrona entre sus dos hijas espantadas, y se deshizo en llanto. Marguerite y Félicie le cogieron una mano cada una, se arrodillaron a cada lado de la poltrona llorando como ella sin conocer la causa de su zozobra, y le preguntaron una y otra vez:

—¿Qué tiene usted, madre?

—¡Pobres niñas! Me muero, lo sé.

Aquella respuesta hizo estremecer a Marguerite quien, por primera vez, divisó en el rostro de su madre esa particular palidez de las personas de tez morena.

—¡Martha, Martha! —gritaba Félicie—, venga usted, que mamá la necesita.

La anciana dueña acudió corriendo de la cocina, y al ver la verde palidez de aquel rostro levemente atezado y tan intensamente coloreado, exclamó en español:

—¡Cuerpo de Cristo, que se nos muere la señora!

Salió precipitadamente, ordenó a Josette que pusiera a calentar agua para un baño de pies y volvió junto a su ama.

—No asuste al señor, no le diga nada, Martha —exclamó la señora Claës—. Pobres hijas mías —agregó estrechando contra su pecho a Marguerite y a Félicie con

desesperado además—, ojalá pudiera vivir lo bastante para veros felices y casadas. Martha, diga a Lemulquinier que se llegue a casa del padre De Solis y le ruegue de mi parte que pase por aquí.

Tamaño cataclismo repercutió forzosamente hasta en la cocina. Para Josette y Martha, entregadas ambas a la señora Claës y a sus hijas, era un duro golpe que afectaba a las únicas personas que querían. Aquellas terribles palabras: «¡Se está muriendo la señora, el señor la habrá matado, prepare ahora mismo un baño de pies con mostaza!» habían arrancado varias exclamaciones airadas a Josette que arremetió contra Lemulquinier. Lemulquinier, frío e insensible, comía en una punta de la mesa, ante una de las ventanas por las que se filtraba la luz del patio en la cocina, donde estaba todo tan limpio que parecía el *boudoir* de una petimetra.

—Si tenía que acabar así —decía Josette, mirando al ayuda de cámara y encaramándose a un taburete para coger de la repisa un caldero que relucía como el oro—. A ver si hay madre capaz de soportar que un padre se despache una fortuna como la del señor para que quede en agua de cerrajas.

Josette, cuya cabeza tocada con un gorro redondo encañonado de tul semejaba la de un cascanueces alemán, clavó en Lemulquinier una agria mirada que el color verde de sus ojillos enrojecidos volvía casi venenosa. El anciano ayuda de cámara se encogió de hombros con ademán digno de un Mirabeau impaciente y se metió en la boca una rebanada de pan con mantequilla salpicada de hierbas aromáticas.

—¡En vez de atosigar al señor, dinero es lo que tendría que darle la señora, que no tardaríamos en nadar todos en oro! Un tanto así falta para que encontremos...

—Bueno, pues usted que tiene veinte mil francos invertidos, ¿por qué no se los ofrece al señor? ¡Su amo es! Y ya que está tan seguro de sus actos y gestos...

—De eso usted no entiende nada, Josette; más vale que ponga a calentar el agua —contestó el flamenco interrumpiendo a la cocinera.

—Entiendo lo suficiente para saber que en esta casa había mil marcos de plata, que usted y su dueño los han fundido, y que, a poco que se les deje y de tanto convertir cinco perras gordas en seis chicas, aquí no va a quedar nada.

—Y el señor —dijo Martha apareciendo— matará a la señora para librarse de una mujer que le pone trabas y no le deja dilapidarlo todo. Le tiene poseído el demonio, ¡si se ve a la legua! Lo menos que arriesga usted ayudándole, Lemulquinier, es su alma, si es que la tiene usted, porque se queda usted como un pedazo de hielo, mientras aquí todo se hunde en la desolación. Las señoritas están llorando como Magdalenas. Corra usted a buscar al padre De Solis.

—Me ha encargado el señor que ordene el laboratorio —dijo el ayuda de cámara—. Queda muy lejos de aquí el barrio de Esquerchin. Vaya usted.

—¡Pero habráse visto monstruo! —exclamó Martha—. ¿Quién le dará el baño de pies a la señora? ¿Quiere usted dejarla morir? Tiene la cabeza congestionada.

—Mulquinier —dijo Marguerite entrando en la sala que precedía a la cocina—, al volver de casa del padre De Solis, dígame al señor Pierquin, el médico, que acuda por

aquí cuanto antes.

—¡Hale!, irá usted —dijo Josette.

—Señorita, me ha dicho el señor que arregle el laboratorio —contestó Lemulquinier volviéndose hacia ambas mujeres y mirándolas con aire despótico.

—Padre —pidió Marguerite al señor Claës que bajaba en aquel instante—, ¿podrías dejarnos a Mulquinier para mandarlo a la ciudad?

—Irás, zorrastrón sin entrañas —dijo Martha al oír que el señor Claës ponía a Lemulquinier a las órdenes de su hija.

La escasa entrega del ayuda de cámara por la casa era el gran elemento de discordia entre las dos mujeres y Lemulquinier, cuya frialdad tuvo por resultado exaltar la abnegación de Josette y de la dueña. Esa lucha tan mezquina en apariencia hubo de influir mucho en el futuro de aquella familia cuando, más adelante, requirió socorro contra el infortunio. Balthazar, de nuevo ausente, ni se percató del delicado estado de Joséphine. Sentó a Jean en sus rodillas y le hizo saltar maquinalmente, pensando en el problema que tenía la posibilidad de resolver. Vio como traían el baño de pies a su mujer la cual, sin fuerzas para levantarse de la poltrona donde yacía, se había quedado en la sala. Miró incluso cómo se ocupaban sus dos hijas de su madre, sin tratar de averiguar la causa de sus solícitos cuidados. Cuando Marguerite o Jean querían hablar, la señora Claës reclamaba silencio señalándoles a Balthazar. Semejante escena por fuerza tenía que dar que pensar a Marguerite que, situada entre su padre y su madre, era lo bastante mayor, lo bastante razonable ya como para calibrar su conducta. La señora Claës había comprendido el peligro de tal situación. Por amor a Balthazar, se esforzaba en justificar a los ojos de Marguerite lo que para la mente ecuánime de una muchacha de dieciséis años, podía parecer una actitud reprobable en un padre. Y así, el profundo respeto que en tal circunstancia manifestaba la señora Claës a Balthazar, pasando a segundo plano en su presencia, para no turbar su meditación, causaba en sus hijos una especie de terror por la majestad paterna. Pero esa abnegación, con ser contagiosa, acrecentaba la admiración que profesaba Marguerite a su madre a la que la unían más particularmente los eventos cotidianos de la vida. Basábase aquel sentimiento en una especie de intuición de los sufrimientos cuya causa debía preocupar lógicamente a una muchacha. Ningún poder humano podía evitar que alguna frase que se les escapase a Martha o a Josette revelase a Marguerite el origen de la situación en que se hallaba la casa desde hacía cuatro años. Pese a la discreción de la señora Claës, su hija descubría, pues, insensible, lenta, paulatinamente, la misteriosa trama de aquel drama doméstico. Marguerite sería, con el tiempo, la confidente de su madre, y había de ser, llegado el desenlace, el más severo de los jueces. De ahí que la señora Claës mirase especialmente por Marguerite a quien trataba de comunicar su entrega a Balthazar. La firmeza, la lucidez que descubría en su hija la hacían estremecerse ante la idea de una posible lucha entre Marguerite y Balthazar, cuando, después de su muerte, hubiese de llevar su hija las riendas de la casa. La pobre mujer había acabado temblando más por

las consecuencias de su muerte que por la muerte en sí. Su solicitud por Balthazar quedaba patente en la resolución que acababa de tomar. Al liberar los bienes de su marido, garantizaba su independencia, y evitaba cualquier discusión separando sus intereses de los de sus hijos. Esperaba verlo feliz hasta el momento en que ella cerrase los ojos. Además, quería transmitir las delicadezas de su corazón a Marguerite, que seguiría representando respecto a él el papel de ángel de amor, ejerciendo sobre la familia una autoridad tutelar y conservadora. ¿No lograría así que siguiera brillando desde el fondo de su tumba su amor hacia sus seres queridos? Con todo, no quiso desacreditar al padre ante los ojos de su hija iniciándola antes de tiempo en los terrores que le inspiraba la pasión científica de Balthazar; estudiaba el alma y el carácter de Marguerite para saber si la muchacha se convertiría por sí misma en una madre para sus hermanos y su hermana, en una mujer dulce y cariñosa para su padre. Así, los últimos días de la señora Claës transcurrían envenenados por cálculos y temores que no se atrevía a confesar a nadie. Sintiendo herida en su propia vida por aquella última escena, dirigía el pensamiento al futuro; en tanto que Balthazar, incapacitado ya para cuanto tuviese que ver con economía, fortuna o sentimientos domésticos, meditaba sobre cómo hallar el Absoluto. El profundo silencio que reinaba en la sala tan sólo era interrumpido por el monótono movimiento del pie de Claës que seguía agitándolo sin percatarse de que Jean se había bajado ya de sus rodillas. Sentada junto a su madre, cuyo rostro pálido y descompuesto contemplaba, Marguerite se volvía de cuando en cuando hacia su padre, admirada de su insensibilidad. Al poco, se oyó cerrarse la puerta de la calle y la familia vio al padre De Solis que cruzaba lentamente el patio, apoyado en su sobrino.

—¡Ah!, viene Emmanuel —dijo Félicie.

—¡Un muchacho buenísimo! —dijo la señora Claës al ver a Emmanuel de Solis—. Me alegra volverle a ver.

Marguerite se ruborizó al oír el elogio que se le escapaba a su madre. Desde hacía dos días, el aspecto del joven había despertado en su corazón sentimientos desconocidos, avivando en su inteligencia pensamientos hasta entonces inertes. Durante la visita del confesor a su penitente, ocurrieron esa clase de hechos imperceptibles que significan mucho en la vida, y cuyos resultados fueron tan importantes que requieren la descripción de dos nuevos personajes introducidos en el seno de la familia. La señora Claës tuvo por principio realizar en secreto sus prácticas de devoción. Su director espiritual, casi desconocido entre los suyos, aparecía en su casa por segunda vez; pero allí, como en otros lugares, tío y sobrino habían de producir una especie de ternura y admiración. El padre De Solis, anciano octogenario de cabellos plateados, mostraba un rostro decrepito en el que la vida se había refugiado en los ojos. Caminaba difícilmente, pues una de sus dos menudas piernas tenía un pie terriblemente deformado, embutido en una especie de bolsa de terciopelo que le obligaba a utilizar una muleta cuando no contaba con el brazo de su sobrino. Su encorvada espalda, su cuerpo consumido ofrecían el espectáculo de una naturaleza

enfermiza y frágil, dominada por una férrea voluntad y por un casto espíritu religioso que la había conservado. Aquel sacerdote español, admirable por su dilatado saber, por su piedad auténtica, por sus vastísimos conocimientos, había sido sucesivamente dominico, gran penitenciario de Toledo y vicario general del arzobispado de Malinas. De no ser por la Revolución Francesa, el respaldo de los Casa-Real le hubiera llevado a las más altas dignidades de la Iglesia; pero el dolor que le causó la muerte de su alumno, el joven duque, le asqueó de una vida activa, y se consagró por entero a la educación de su sobrino, huérfano desde temprana edad. Tras la conquista de Bélgica, fijó su residencia no lejos de la señora Claës. El entusiasmo que desde joven profesara a santa Teresa y su propia inclinación le orientaron hacia la faceta mística del cristianismo. Al hallar en Flandes, donde tanto Antoinette Bourignon como los escritores iluminados y quietistas lograron mayor número de prosélitos, una legión de católicos consagrados a sus creencias, se quedó allí tanto más gustosamente cuanto que fue considerado como un patriarca por esa Comunión peculiar que sigue profesando las doctrinas de los místicos, pese a las censuras que recayeron sobre Fénélon y Madame Guyon. Sus costumbres eran rígidas, su vida ejemplar, y se decía que había entrado en éxtasis. Pese al despego que un religioso tan severo había de sentir por las cosas de este mundo, el cariño que profesaba a su sobrino le hacía mirar por sus intereses. A la hora de realizar una obra de caridad, el anciano apelaba a los fieles de su iglesia para luego recurrir a su propia fortuna, y su autoridad patriarcal era tan reconocida, sus intenciones tan puras, su perspicacia fallaba tan raramente, que todo el mundo atendía a sus peticiones. Para formarse una idea del contraste que mediaba entre tío y sobrino, sería menester comparar al anciano con uno de esos sauces huecos que vegetan al borde de las aguas, y al joven con el escaramujo atestado de rosas cuyo tallo elegante y enhiesto arranca del fondo del árbol musgoso, como queriendo enderezarlo.

Severamente educado por su tío, que lo mantenía a su lado como una matrona mantiene a una virgen, Emmanuel estaba lleno de esa sensibilidad a flor de piel, de ese candor mezclado de ensueño, flores pasajeras de toda juventud, pero vivaces en las almas alimentadas con principios religiosos. El anciano sacerdote había refrenado la expresión de los sentimientos voluptuosos en su alumno, preparándolo para los sufrimientos de la vida mediante trabajos continuos y una disciplina casi claustal. Tal educación, que había de entregar a Emmanuel virgen al mundo, y hacerle feliz a poco que le favoreciese la fortuna en sus primeros afectos, le había revestido de una pureza angelical que confería a su persona ese encanto que envuelve a las jovencitas. Sus ojos tímidos, pero tras los que afloraba un talante firme y animoso, despedían una luz que vibraba en el alma como el sonido del cristal expande sus ondulaciones en el oído. Su rostro expresivo, aunque regular, llamaba la atención por la gran precisión de sus rasgos, por la afortunada línea del perfil y por la profunda serenidad que infunde la paz del corazón. Todo en él era armonioso. Su cabello negro, sus ojos y sus pestañas oscuras realzaban una tez blanca y de colores vivos. Su voz era la que se

esperaba de tan hermoso rostro. Sus movimientos femeninos armonizaban con la melodía de su voz, con el dulce brillo de su mirada. Parecía ignorar la atracción que excitaban la reserva semimelancólica de su actitud, la contención de sus palabras y las respetuosas atenciones que prodigaba a su tío. Viéndolo estudiar el tortuoso andar del anciano sacerdote para acoplarse a sus dolorosos titubeos sin apremiarle, anticipándose a cuanto pudiera lastimarle los pies guiándole por el mejor camino, resultaba imposible no reconocer en Emmanuel los generosos sentimientos que convierten al hombre en una sublime criatura. Daba tal impresión de grandeza, amando a su tío sin juzgarlo, obedeciéndole sin discutir jamás sus órdenes, que todo el mundo creía ver una predestinación en el dulce nombre que le pusiera su madrina. Cuando, en su casa o en la de los demás, el anciano ejercía su despotismo de dominico, Emmanuel alzaba a veces la cabeza con tal nobleza, como para mostrar su fuerza si se hubiera tenido que enfrentar con otro hombre, que las personas de corazón se emocionaban, como se emocionan los artistas ante una obra de arte, porque los sentimientos elevados no causan menos impacto experimentados en vivo que a través de las realizaciones del arte.

Emmanuel había acompañado a su tío cuando éste acudió a casa de su penitente para examinar los cuadros de la casa Claës. Al saber por Martha que estaba el padre De Solis en la galería, Marguerite, que deseaba conocer al célebre anciano, buscó un pretexto para reunirse con su madre, a fin de satisfacer su curiosidad. Entrando con cierto atolondramiento y fingiendo esa ligereza tras la cual tan bien saben disimular las muchachas sus deseos, se encontró junto al anciano vestido de negro, encorvado, contrahecho, cadavérico, con el delicioso rostro de Emmanuel. Las miradas igual de jóvenes, igual de cándidas, de aquellos dos seres expresaron la misma sorpresa. Emmanuel y Marguerite sin duda se habían visto ya el uno al otro en sus sueños. Ambos bajaron los ojos para alzarlos a continuación con idéntico ademán, reflejando idénticos sentimientos. Marguerite tomó el brazo de su madre, le habló en voz baja muy recatada, y se refugió por decirlo así bajo el ala materna, estirando el cuello con movimiento de cisne para ver a Emmanuel quien, por su parte, seguía pegado al brazo de su tío. Aunque hábilmente dosificada para realzar cada cuadro, la tenue claridad de la galería favoreció esas miradas furtivas que hacen las delicias de la gente tímida. Sin duda ninguna de ellas alcanzó, ni tan siquiera con el pensamiento, ese y *si* con el que se inician las pasiones; pero experimentaron ambos esa honda emoción que remueve las entrañas y por la que siendo uno joven guarda para sí el secreto, por placer o por pudor. La primera impresión que determina los desbordamientos de una sensibilidad refrenada durante largo tiempo, viene acompañada en todos los jóvenes por el asombro un tanto necio que causan a los niños los primeros sonos de la música. Entre los niños, unos ríen y piensan, otros sólo ríen tras haber pensado; pero aquéllos cuya alma está llamada a vivir de poesía y de amor escuchan durante largo rato y reclaman de nuevo la melodía con mirada en la que se enciende ya el placer, donde asoma la curiosidad por el infinito. Si amamos

irresistiblemente los lugares donde, de niños, fuimos iniciados en las bellezas de la armonía, si recordamos con delicia no sólo el músico sino el instrumento, ¿cómo no amar al ser que nos revela por primera vez las músicas de la vida? El primer corazón en el que aspiramos amor ¿no es como una patria? Emmanuel y Marguerite fueron el uno para el otro esa Voz musical que despierta un sentido, esa Mano que alza nebulosos velos y muestra las orillas bañadas por los rayos del mediodía. Cuando la señora Claës detuvo al anciano ante un cuadro de Guido que representaba a un ángel, Marguerite estiró la cabeza para ver cómo reaccionaba Emmanuel, al tiempo que el joven buscaba a Marguerite para comparar el mudo pensamiento del lienzo con el vivo pensamiento de la criatura. Tan involuntaria y fascinante caricia fue entendida y paladeada. El anciano cura alababa gravemente la hermosa composición, y la señora Claës le contestaba; pero ambos jóvenes permanecían en silencio. Así se conocieron. La misteriosa luz de la galería, la paz de la casa, la presencia del tío y de la madre, todo contribuía a grabar más hondo en el corazón los delicados perfiles del vaporoso espejismo. Los mil confusos pensamientos que acababan de llover sobre Marguerite se serenaron, formaron en su alma como una límpida extensión y se tiñeron con un luminoso rayo, cuando Emmanuel balbució unas frases al despedirse de la señora Claës. Aquella voz, cuyo timbre fresco y aterciopelado derramaba inusitados hechizos en el corazón, completó la súbita revelación que había causado Emmanuel y que él había de fecundar en su provecho; pues el hombre del que se sirve el destino para despertar el amor en el corazón de una jovencita, suele ignorar su obra, dejándola entonces inacabada. Marguerite se inclinó azorada y exteriorizó su adiós con una mirada en la que parecía reflejarse el pesar por la pérdida de tan pura y exquisita visión. Como el niño, quería seguir oyendo la melodía. Tuvo lugar aquel adiós al pie de la vieja escalera, ante la puerta de la sala, y cuando la muchacha entró, siguió mirando a tío y sobrino hasta que se cerró la puerta de la calle. La señora Claës había estado demasiado ocupada con los graves asuntos debatidos con su director espiritual como para poder examinar la fisonomía de su hija. Cuando el padre De Solis y su sobrino aparecieron por segunda vez, su turbación era aún demasiado violenta como para reparar en el rubor que tiñó el rostro de Marguerite revelando las fermentaciones del primer goce recibido en un corazón virgen. Cuando anunciaron al anciano sacerdote, Marguerite se enfrascó en su labor, y pareció prestarle tan honda atención que saludó a tío y sobrino sin mirarlos. El señor Claës devolvió maquinalmente el saludo que le dirigió el padre De Solis, y salió de la casa como quien ha de atender a sus quehaceres. El anciano dominico se sentó junto a su penitente lanzándole una de esas profundas miradas con las que sondeaba las almas. Le bastó ver al señor Claës y a su mujer para adivinar una catástrofe.

—Hijos míos —dijo la madre—, id al jardín. Marguerite, enseñale a Emmanuel los tulipanes de tu padre.

Marguerite, medio avergonzada, tomó del brazo a Félicie mirando al joven que se sonrojó y salió de la sala cogiendo del hombro a Jean por aparentar aplomo. Cuando

estuvieron los cuatro en el jardín, Félicie y Jean se fueron por su lado y abandonaron a Marguerite quien, al quedarse sola con el joven De Solis, lo llevó ante el macizo de tulipanes que cada año Lemulquinier disponía invariablemente del mismo modo.

—¿Le gustan los tulipanes? —preguntó Marguerite tras permanecer durante un instante en el más profundo silencio sin que Emmanuel pareciera querer romperlo.

—Son unas flores preciosas, señorita, pero para que gusten, sin duda, hay que aficionarse a ellas, saber apreciar su belleza. Me deslumbran estas flores. El hábito al trabajo, en el oscuro cuartito donde vivo, junto a mi tío, me inclina sin duda a preferir las cosas suaves a la vista.

Al pronunciar aquellas palabras, contempló a Marguerite, pero sin que aquella mirada llena de confusos deseos contuviese alguna alusión a la blancura mate, a la paz, a los tiernos colores que hacían de aquel rostro una flor.

—¿Conque trabaja usted mucho? —replicó Marguerite acompañando a Emmanuel a un banco de madera con el respaldo pintado de verde—. Desde aquí —prosiguió diciendo—, no verá usted los tulipanes de tan cerca y le cansarán menos la vista. Tiene razón, esos colores deslumbran y hacen daño.

—¿En qué trabajo? —contestó el joven tras un momento de silencio durante el que alisó con el pie la arena de la avenida—. Trabajo en toda clase de cosas. Mi tío quería que me hiciera sacerdote...

—¡Oh! —exclamó cándidamente Marguerite.

—Me resistí, porque no me notaba vocación. Pero necesité mucho valor para contrariar los deseos de mi tío. Es tan bueno. ¡Me quiere tanto! Hace poco me pagó un sustituto para librarme de hacer el servicio militar, a mí, un pobre huérfano.

—¿Pues a qué quiere dedicarse? —preguntó Marguerite que pareció querer añadir algo más haciendo un gesto y que agregó—: Perdóneme, pensaré que soy muy curiosa.

—¡Oh! señorita —dijo Emmanuel mirándola con una mezcla de admiración y ternura—, nadie, a excepción de mi tío, me había hecho aún esa pregunta. Estudio para ser profesor. ¿Qué quiere usted? No soy rico. Si puedo llegar a ser director de un colegio en Flandes, tendré con qué vivir modestamente y me casaré con una mujer sencilla a la que amaré. Ésa es la vida que tengo intención de llevar. Por eso prefiero una maya de esas que todo el mundo pisa, en el llano de Orchies, a esos hermosos tulipanes cuajados de oro, púrpura, zafiros, esmeraldas que representan una vida fastuosa, lo mismo que las mayas representan una vida apacible y patriarcal, la vida de un pobre profesor, que es lo que yo seré.

—Pues hasta ahora a las mayas yo siempre las había llamado margaritas —replicó la muchacha.

Emmanuel de Solis se puso rojo como un pimiento y buscó una respuesta escarbando en la arena con los pies. Apurado por tener que elegir entre todas las ideas que se le ocurrían y nervioso por su tardanza en contestar, acabó diciendo:

—No me atrevía a pronunciar su nombre... —Y no acabó.

—¡Profesor! —repitió ella.

—¡Oh! señorita, seré profesor por tener una profesión, pero escribiré obras que me permitirán ser mucho más útil. Tengo gran afición a los trabajos históricos.

—¡Ah!

Aquel «¡ah!» cargado de pensamientos secretos aumentó la turbación del joven que se echó a reír patosamente diciendo:

—Me hace usted hablar de mí, señorita, cuando sólo debería hablarle de usted.

—Me parece que mi madre y su tío han terminado de hablar —dijo Marguerite mirando a través de las ventanas de la sala.

—He encontrado a su señora madre muy cambiada.

—Sufre, sin querer decirnos el motivo de sus sufrimientos, y sólo nos queda padecer por sus dolores.

La señora Claës acababa de dar término, en efecto, a una delicada consulta, en la que se trataba de un caso de conciencia donde únicamente el padre De Solis podía decidir. Previendo una ruina total, quería apartar, sin que lo supiese Balthazar, a quien poco importaban sus finanzas, una cantidad importante sobre el precio de los cuadros que el padre De Solis se encargaba de vender en Holanda, a fin de ocultarla y reservarla para el momento en que cayese la miseria sobre la familia. Tras una detenida deliberación y una vez sopesadas las circunstancias en que se hallaba su penitente, el anciano dominico había aprobado aquel acto de prudencia. Marchó para ocuparse de dicha venta que había de realizarse secretamente, con el fin de no perjudicar el buen nombre del señor Claës. El anciano mandó a su sobrino, provisto de una carta de recomendación, a Amsterdam, donde el joven, encantado de prestar servicio a la Casa Claës, logró vender los cuadros de la galería a los célebres banqueros Happe y Duncker por una cantidad ostensible de ochenta y cinco mil ducados de Holanda, más otros quince mil que serían entregados secretamente a la señora Claës. Eran tan conocidos los cuadros, que bastaba para cerrar el trato la respuesta de Balthazar a la carta que la casa Happe y Duncker le remitió. Claës encomendó a Emmanuel de Solis que se hiciera cargo del importe de los cuadros y se lo expidiera secretamente, a fin de ocultar la transacción a la ciudad de Douai. Hacia fines de septiembre Balthazar devolvió el dinero prestado, deshipotecó sus bienes y reanudó sus trabajos; pero la casa Claës había quedado privada de su más preciada joya. Cegado por su pasión, no dio la menor muestra de pesar. Tan seguro estaba de poder reparar la pérdida en breve plazo que había pedido que se realizara la transacción con contrato de retrovendendo. Cien lienzos nada representaban a los ojos de Joséphine frente a la felicidad doméstica y la satisfacción de su marido. Por otra parte, mandó llenar la galería con los cuadros que amueblaban los aposentos de recepción, y para disimular el vacío que dejaban en la casa de delante, cambió los muebles. Una vez pagadas sus deudas, Balthazar dispuso de doscientos mil francos para reiniciar sus experiencias. El padre De Solis y su sobrino fueron los depositarios de los quince mil ducados que reservara la señora Claës. Para incrementar esta

cantidad, el cura vendió los ducados que habían subido de valor por obra de los avatares de la guerra continental. Ciento setenta mil francos en escudos fueron enterrados en el sótano de la casa del padre De Solis. La señora Claës gozó de la triste dicha de ver a su marido constantemente ocupado durante cerca de ocho meses. Sin embargo, demasiado afectada por el rudo golpe que le había asestado, contrajo un mal de languidez que no había sino de empeorar. La Ciencia devoró tan completamente a Balthazar, que ni los reveses sufridos por Francia, ni la primera caída de Napoleón, ni el regreso de los Borbones hubieron de distraerle de sus ocupaciones; no era ni marido, ni padre, ni ciudadano, sólo químico. Hacia finales del año 1814, la señora Claës había alcanzado un grado de consunción tal que no le permitía ya abandonar la cama. No queriendo vegetar en su cuarto, donde había vivido feliz, donde los recuerdos de su desvanecida felicidad le habrían inspirado involuntarias comparaciones con el presente que la habrían abrumado, se acomodó en la sala. Los médicos secundaron aquel deseo de su corazón, encontrando aquella estancia más ventilada, más alegre e idónea a su situación que su cuarto. El lecho en el que se extinguía la desdichada mujer ocupó un lugar entre la chimenea y la ventana que daba al jardín. Allí pasó sus últimos días santamente ocupada en perfeccionar el alma de sus dos hijas, sobre las que hizo irradiar el calor de la suya. El amor conyugal, debilitado en sus manifestaciones, dejó que tomara vuelo el amor materno. Se mostró tanto más cariñosa cuanto que había tardado en serlo. Como todas las personas generosas, tomaba por remordimientos su sublime delicadeza de sentimientos. Convencida de que había privado de cariño a sus hijos, se esforzaba en compensar sus imaginarios fallos, prodigándoles atenciones y cuidados que la convertían para ellos en un ser delicioso; quería en cierto modo que vivieran dentro de su corazón, cubrirlos con sus desfallecidas alas y amarlos en un día por todos los días que los había tenido abandonados. Los sufrimientos conferían a sus caricias, a sus palabras, una blanda tibieza que emanaba de su alma. Sus ojos acariciaban a sus hijos antes de que les emocionase su voz con entonaciones cuajadas de cariño, y su mano parecía derramar siempre bendiciones sobre ellos.

El que, tras recobrar sus hábitos de lujo, la Casa Claës dejase de recibir muy pronto a nadie, el que su aislamiento pasase a ser total, el que Balthazar no volviese a dar una fiesta el día del aniversario de su boda, fueron hechos que no causaron sorpresa en la ciudad de Douai. En primer lugar, la enfermedad de la señora Claës pareció razón suficiente para tal cambio; por otra parte, la liquidación de las deudas puso fin a las murmuraciones; finalmente, las vicisitudes políticas en que se vio envuelto Flandes, la guerra de los Cien Días, la ocupación extranjera, relegaron al químico al olvido. Durante aquellos dos años, la ciudad estuvo tantas veces en un tris de ser tomada, fue ocupada tantas veces ya por franceses, ya por enemigos, llegaron tantos extranjeros, se refugiaron en ella tantos campesinos, hubo tantos intereses en juego, tantas existencias comprometidas, tanta agitación y tantos infortunios, que bastante tenía cada uno con pensar en sus cosas. El padre De Solis, su sobrino y los

dos hermanos Pierquin eran las únicas personas que acudían a visitar a la señora Claës. El invierno de 1814 a 1815 fue para ella la más dolorosa de las agonías. Su marido acudía raramente a verla. Después de cenar, pasaba unas horas a su lado, pero como Joséphine no tenía fuerzas para mantener una conversación larga, Balthazar se limitaba a decir una o dos frases eternamente similares, se sentaba, callaba y dejaba que reinase en la sala un espantoso silencio. Tal monotonía se diversificaba un poco los días en que el padre De Solis y su sobrino pasaban la velada en la Casa Claës. Mientras el anciano sacerdote jugaba a las tablas reales con Balthazar, Marguerite conversaba con Emmanuel junto al lecho de su madre que sonreía a sus inocentes alegrías sin dejar traslucir cuán dolorosa y a un tiempo saludable resultaba para su quebrantada alma la fresca brisa de aquellos virginales amores que desbordaban por olas y palabra tras palabra. La inflexión de voz que encantaba a ambos jóvenes le partía el corazón, una mirada de inteligencia sorprendida entre ellos la transportaba, a ella casi muerta, a recuerdos de sus días jóvenes y felices que devolvían al presente toda su amargura. Emmanuel y Marguerite tenían la delicadeza de reprimir las deliciosas niñerías del amor para no ofender a una mujer dolorida cuyas heridas adivinaban instintivamente. Nadie ha observado aún que los sentimientos poseen una vida que les es propia, una naturaleza que procede de las circunstancias en que nacieron; conservan no sólo la fisonomía de los lugares donde han crecido sino la impronta de las ideas que han influido en su desarrollo. Existen pasiones ardientemente concebidas que permanecen ardientes como la de la señora Claës por su marido; y existen sentimientos a los que todo ha sonreído, que conservan una euforia matinal, sus cosechas de alegría van siempre acompañadas de risas y fiestas; pero también hay amores fatalmente enmarcados en melancolía o acotados por la desdicha, cuyos goces son dolorosos, costosos, están cargados de temores, envenenados por remordimientos o llenos de desesperanza. El amor soterrado en el corazón de Emmanuel y de Marguerite sin que ni uno ni otro comprendiesen aún que se trataba de amor, aquel sentimiento nacido bajo la sombría bóveda de la galería Claës, ante un anciano y severo sacerdote, en un momento de silencio y sosiego; aquel amor grave y discreto, pero fértil en dulces matices, en secretos goces, saboreados como racimos robados en una viña, sufría el ascendiente de los colores pardos, de las grises tonalidades que lo decoraron en sus primeros momentos. No atreviéndose a exteriorizar sentimiento alguno ante aquel lecho de dolor, los dos jóvenes acrecentaban sus goces sin saberlo mediante una concentración que los grababa en el fondo de su alma. Eran cuidados prodigados a la enferma, y en los que gustaba de participar Emmanuel, feliz de poder unirse a Marguerite y de convertirse con anticipación en el hijo de aquella madre. Una melancólica palabra de agradecimiento sustituía en los labios de la muchacha al mejor lenguaje de los amantes. Los suspiros de sus corazones, exultantes por alguna mirada intercambiada, en poco se diferenciaban de los suspiros arrancados por el espectáculo del dolor materno. Sus momentos felices, ricos en confesiones indirectas, en promesas

inacabadas, en euforias contenidas, podían compararse a esas alegorías pintadas por Rafael sobre fondos oscuros. Poseían ambos una certeza que no se confesaban; sabían que tenían el sol encima de ellos, pero ignoraban qué viento barrería los negros nubarrones acumulados sobre sus cabezas; dudaban del futuro, y temiendo verse siempre escoltados por los sufrimientos, permanecían tímidamente entre las sombras de aquel crepúsculo, sin atreverse a decirse: *¿Acabaremos juntos el día?* Con todo, el cariño que demostraba la señora Claës a sus hijos ocultaba noblemente todo cuanto se callaba a sí misma. Sus hijos no le causaban ni estremecimientos ni terror, eran su consuelo, pero no eran su vida; vivía por ellos, moría por Balthazar. Por penosa que resultase para ella la presencia de su marido que, pensativo durante horas enteras, le dirigía de cuando en cuando una mirada monótona, tan sólo olvidaba sus dolores durante aquellos crueles instantes. La indiferencia de Balthazar hacia aquella mujer moribunda hubiera parecido criminal a cualquier testigo ajeno; pero la señora Claës y sus hijas se habían acostumbrado, conocían el corazón de aquel hombre, y lo absolvían. Si, durante el día, la señora Claës sufría algún ataque peligroso, si se encontraba peor, si parecía a punto de expirar, Claës era el único en la casa y en la ciudad que lo ignoraba; Lemulquinier, su ayuda de cámara, lo sabía; pero ni sus hijas a quienes su madre imponía silencio, ni su mujer le comunicaban los peligros que corría una criatura antaño tan ardientemente amada. Cuando resonaban sus pasos en la galería en el momento en que venía a cenar, la señora Claës era feliz, iba a verlo, hacía acopio de fuerzas para saborear tal alegría. En el instante en que entraba él, aquella mujer pálida y medio muerta se teñía de vivos colores, recobraba una apariencia de salud, el sabio se acercaba a la cama, le cogía la mano, y la veía tras una falsa apariencia. Sólo para él, estaba bien Joséphine. Cuando le preguntaba: «¿Cómo estás hoy, esposa mía?», ella le contestaba: «¡Mejor, querido!» y hacía creer a aquel hombre distraído que al día siguiente estaría levantada y restablecida. Tan grande era la preocupación de Balthazar que aceptaba la enfermedad de que moría su mujer como una simple indisposición. Cuando todos sabían que estaba moribunda, para él estaba viva. Resultado de aquel año fue una total separación entre los esposos. Claës dormía lejos de su mujer, se levantaba al alba y se encerraba en su laboratorio o en su despacho; y al no verla sino en presencia de sus hijas o de los dos o tres amigos que venían a visitarla, se desacostumbró de ella. Aquellos dos seres, otrora acostumbrados a pensar juntos, no tuvieron ya, más que de tarde en tarde, esos momentos de comunicación, de abandono, de expansión que constituyen la vida del corazón, y llegó un momento en que aquellos contados goces cesaron. Los sufrimientos físicos vinieron a socorrer a la pobre mujer, ayudándola a soportar un vacío, una separación que la hubiera matado, de haber estado viva. Experimentó tan agudos dolores, que a veces se alegraba de que no se hallara presente el hombre a quien seguía amando. Contemplaba a Balthazar durante una parte de la velada y, sabiéndolo feliz como él quería serlo, participaba de aquella felicidad que le había procurado. Aquel breve goce le bastaba, no se preguntaba si él la amaba, se esforzaba

en creerlo y se deslizaba por aquella capa de hielo sin atreverse a apoyarse mucho, temiendo romperla y hundir su corazón en una espantosa nada. Como ningún acontecimiento venía a turbar aquella calma, y como la enfermedad que devoraba lentamente a la señora Claës favorecía aquella paz interior, reduciendo el afecto conyugal a un estado pasivo, fue fácil llegar en tan tétrica situación a los primeros días del año 1816.

Hacia fines del mes de febrero, el notario Pierquin asestó el golpe que había de precipitar a la tumba a una mujer angelical cuya alma, al decir del padre De Solis, estaba casi limpia de pecado.

—Señora —le dijo al oído aprovechando un momento en que no le oían sus hijas —, el señor Claës me ha pedido que le gestione un préstamo de trescientos mil francos a cuenta de sus propiedades. Tome usted precauciones, porque está en juego la fortuna de sus hijos.

La señora Claës cruzó las manos, alzó los ojos al cielo y dio las gracias con una afable inclinación y una triste sonrisa que conmovieron al notario. Aquella frase fue la puñalada que mató a Pepita. Durante aquel día se había entregado a tristes meditaciones que le habían encogido el corazón, y se hallaba en una de esas situaciones en que el viajero, perdido ya el equilibrio, rueda empujado por un leve guijarro hasta el fondo del precipicio que durante tanto tiempo ha estado bordeando valientemente. Al retirarse el notario, la señora Claës pidió a Marguerite recado de escribir, hizo acopio de fuerzas y se puso a redactar un testamento. Se detuvo varias veces a contemplar a su hija. Había llegado el momento de las confesiones. Gobernando la casa desde la enfermedad de su madre, Marguerite había realizado tan bien las esperanzas de la moribunda, que la señora Claës contempló el futuro de la familia sin desesperación, viéndose revivir en aquel ángel cariñoso y fuerte. Sin duda ambas mujeres presentían las mutuas y tristes confianzas que iban a hacerse, pues la hija miraba a la madre no bien la madre la miraba, y a las dos se les llenaban los ojos de lágrimas. Varias veces dijo Marguerite, mientras su madre descansaba: «¿Madre?» como para hablar; pero al punto se detenía, como sofocada, sin que su madre, demasiado abismada en sus últimos pensamientos, le preguntase qué quería. Finalmente, la señora Claës quiso sellar la carta; Marguerite, que le aguantaba la vela, se retiró por discreción para no ver el sobrescrito.

—¡Puedes leerlo, hija mía! —le dijo la madre con tono desgarrador.

Marguerite vio a su madre escribiendo estas palabras: *A mi hija Marguerite.*

—Hablaremos cuando haya descansado —agregó metiendo la carta debajo de la cabecera.

Luego, se desplomó sobre la almohada como extenuada por el esfuerzo que acababa de hacer y durmió durante unas horas. Cuando despertó, sus dos hijas y sus dos hijos estaban de rodillas al pie de su lecho y rezaban con fervor. Era un jueves. Gabriel y Jean acababan de llegar del colegio, acompañados por Emmanuel de Solis, quien desde hacía seis meses ejercía las funciones de profesor de historia y filosofía.

—Hijos queridos, tenemos que decirnos adiós —exclamó Joséphine. ¡Vosotros no me abandonáis! Y el que...

No acabó.

—Emmanuel —dijo Marguerite viendo palidecer a su madre—, vaya usted a decir a mi padre que mamá se encuentra peor.

El joven Solis subió al laboratorio y, tras lograr que Lemulquinier avisara a Balthazar de que quería hablarle, éste contestó al ruego del joven diciendo:

—Ya voy.

—Querido —dijo la señora Claës a Emmanuel cuando regresó—, llévase a mis dos hijos y vaya a buscar a su tío. Creo que habrá que administrarme los últimos sacramentos, y quiero que lo haga él.

Una vez sola con sus dos hijas, hizo una seña a Marguerite que, comprendiendo a su madre, mandó salir a Félicie.

—Yo también tenía que hablar con usted, mamá querida —dijo Marguerite quien, no imaginando el grave estado de su madre, agrandó la herida abierta por Pierquin—. Hace dos días que no me queda dinero para los gastos de la casa, y les debo seis meses de sueldo a los criados. Dos veces he querido pedirle dinero a mi padre, y no me he atrevido. ¿Sabe usted que se han vendido los cuadros de la galería y la bodega?

—No me ha dicho una palabra de todo eso —exclamó la señora Claës—. ¡Oh, Dios mío! A tiempo me llevas contigo. Pobres hijos míos, ¿qué será de vosotros? —Hizo una ardiente plegaria que tiñó sus ojos con los fulgores del arrepentimiento—. Marguerite —prosiguió sacando la carta de debajo de la cabecera—, aquí tienes un escrito que no abrirás ni leerás hasta el momento en que, después de mi muerte, os halléis en una situación angustiosa, o sea si aquí llegara a faltar el pan. Querida Marguerite, quiere mucho a tu padre, pero cuida de tu hermana y de tus hermanos. Dentro de unos días, ¡puede que dentro de unas horas! estarás gobernando esta casa. Sé ahorradora. Si se da el caso de que te opones a los deseos de tu padre, cosa que podría suceder, pues ha gastado grandes cantidades buscando un secreto cuyo descubrimiento le hará acreedor de una gloria y una fortuna inmensas, sin duda necesitará dinero, puede que te lo pida, despliega todo el cariño de una hija, y mira de conciliar los intereses de los que serás única protectora con lo que le debes a tu padre, a un gran hombre que sacrifica su felicidad, su vida por la gloria de la familia; únicamente puede equivocarse en la forma, sus intenciones serán siempre nobles, es un hombre excelente y su corazón está lleno de amor. ¡Vosotros volveréis a verlo bueno y afectuoso! He tenido que decirte estas palabras al borde de la tumba, Marguerite. Si quieres aliviar los dolores de mi muerte, habrás de prometerme, hija mía, que me sustituirás para cuidar de tu padre, que no le darás disgusto alguno. ¡No le reproches nada, ni lo juzgues! Sé una mediadora dulce y complaciente hasta que, concluida su obra, vuelva a ser el cabeza de familia.

—La entiendo, querida madre —dijo Marguerite besando los inflamados ojos de la moribunda—, y cumpliré sus deseos.

—No te cases, ángel mío —prosiguió la señora Claës— hasta que pueda sucederte Gabriel en el gobierno de las finanzas y de la casa. Si te casases, tu marido no compartiría tus sentimientos, sembraría la confusión en la familia y atormentaría a tu padre.

Marguerite miró a su madre y le dijo:

—¿No tiene que hacerme ninguna otra recomendación acerca de mi matrimonio?

—¿Es que dudas, querida niña? —preguntó con espanto la moribunda.

—No, le prometo obedecerle.

—Pobre hija, no he sabido sacrificarme por vosotros —agregó la madre derramando cálidas lágrimas—, y ahora te pido que te sacrifiques por todos. La felicidad nos vuelve egoístas. Sí, Marguerite, he sido débil porque era feliz. Sé fuerte, ten sentido común por los que aquí no lo tengan. Procura que tus hermanos, que tu hermana no me acusen nunca. Quiere a tu padre, pero no le lleves mucho la... contraria.

Inclinó la cabeza sobre la almohada y no agregó una palabra. La habían traicionado sus fuerzas. El combate interior entre la Mujer y la Madre había sido demasiado violento. Pocos instantes después, llegaron los curas, precedidos por el padre De Solis, llenándose la sala con los criados de la casa. Cuando comenzó la ceremonia, la señora Claës, a quien su confesor había despertado, miró a todas las personas que tenía alrededor y no vio a Balthazar.

—¿Y el señor? —preguntó.

Aquella frase, que resumía su vida y su muerte, fue pronunciada con tan acongojado acento, que un horrible escalofrío recorrió a los allí presentes. Pese a su avanzada edad, Martha salió como una flecha, subió las escaleras y llamó con toda su fuerza a la puerta del laboratorio.

—Señor, la señora se está muriendo, y le están esperando para administrarle la extremaunción —gritó con la violencia de la indignación.

—Ahora bajo —contestó Balthazar.

Apareció Lemulquinier, un momento después, anunciando que su amo llegaba enseguida. La señora Claës no apartó la mirada de la puerta de la sala, pero su marido no se presentó sino en el instante en que concluía la ceremonia. El padre De Solis y los hijos rodeaban la cabecera del lecho de la moribunda. Al ver entrar a su marido, Joséphine se puso colorada, y rodaron unas lágrimas por sus mejillas.

—*Seguro que ibas a descomponer el nitrógeno* —le dijo con una dulzura de ángel que estremeció a los presentes.

—Es cosa hecha —exclamó Claës con voz alborozada—. El nitrógeno contiene oxígeno y una sustancia de la naturaleza de los imponderables que probablemente es el principio de las...

Se elevaron murmullos de horror que le interrumpieron haciéndole volver a la realidad.

—¿Qué me han dicho? —agregó—. ¿Es que estás peor? ¿Qué ha ocurrido?

—Ocurre, señor Claës —le dijo al oído el padre De Solis indignado— que su mujer se muere y que la ha matado usted.

Sin aguardar respuesta, el padre De Solis tomó del brazo a Emmanuel y salió seguido de los niños que lo acompañaron hasta el patio. Balthazar se quedó como fulminado y miró a su mujer dejando escapar unas lágrimas.

—Que te mueres y que te he matado yo —exclamó—. ¿Pero qué dice?

—Querido —contestó Joséphine—, yo sólo vivía por tu amor, y sin darte cuenta me has arrebatado la vida.

—Dejadnos —dijo Claës viendo entrar a sus hijos—. ¿Acaso he dejado de amarte un solo instante? —agregó sentándose a la cabecera de su mujer y besándole las manos.

—Nada te echaré en cara, querido. Me has hecho feliz, demasiado feliz; no he podido resistir la comparación entre los primeros días de nuestro matrimonio que eran plenos, y estos últimos días durante los que has dejado de ser tú mismo y que han sido vacíos. La vida del corazón, como la vida física, tiene sus hechos. Llevas seis años muerto para el amor, para la familia, para todo cuanto formaba nuestra felicidad. No te hablaré de los goces que son privativos de la juventud, deben cesar en el otoño de la vida; pero dejan frutos de los que se sustentan las almas, una confianza sin límites, gratas costumbres; bueno, pues tú me has arrebatado esos tesoros de nuestra edad. Me marchó a tiempo: no vivíamos juntos de ninguna manera, me ocultabas tus pensamientos y tus actos. ¿Cómo has podido llegar a temerme? ¿Te he dirigido alguna vez una palabra, una mirada, un gesto de censura? Pues has vendido tus últimos cuadros, has vendido hasta los vinos de tu bodega, y vuelves a hipotecar bienes sin decirme una palabra. ¡Ah! Me voy, sí, de la vida, asqueada de la vida. Si cometes faltas, si te ciegas persiguiendo lo imposible, ¿no te he demostrado que hay en mí bastante amor como para compartir gustosa tus faltas, como para seguir caminando a tu lado, aunque me hubieses llevado por los caminos del crimen? Me has querido demasiado bien: en eso radican mi gloria y mi dolor. ¡Mi enfermedad ha durado mucho tiempo, Balthazar! Comenzó el día en que aquí mismo donde voy a expirar me demostraste que pertenecías más a la Ciencia que a la Familia. Ahora tu mujer está muerta y tu fortuna consumida. Tu fortuna y tu mujer te pertenecían, podías disponer de ambas; pero el día en que yo no esté, mi fortuna será la de tus hijos, y no podrás tocarla. ¿Qué va a ser de ti? Te debo la verdad, ¡los moribundos ven en la distancia! ¿Dónde estará ahora el contrapeso que neutralice la pasión en que has convertido tu vida? Si me has sacrificado a ella, poco te importarán tus hijos, pues he de confesar en justicia que me preferías a todo. Dos millones y seis años de trabajo has arrojado a ese abismo, y nada has encontrado...

Al oír esas palabras, Claës hundió en las manos la encanecida cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

—Lo único que encontrarás será la vergüenza para ti y la miseria para tus hijos —siguió diciendo la moribunda—. Ya te llaman en plan de escarnio Claës el alquimista,

¡pronto pasarás a ser Claës el loco! Yo creo en ti. Sé que eres grande, sabio, un genio; pero para el vulgo, el genio se asemeja a la locura. La gloria es el sol de los muertos; en vida, serás desdichado como todo lo que fue grande, y arruinarás a tus hijos. Me marchó sin haber gozado de tu fama, que me habría consolado de haber perdido la felicidad. Querido Balthazar, para que esta muerte mía sea menos amarga, necesitaría tener la seguridad de que nuestros hijos dispondrán de un pedazo de pan; pero nada, ni siquiera tú, podría calmar mis inquietudes...

—Te juro —dijo Claës— que...

—No jures, querido, no vayas a faltar a tus juramentos —dijo ella interrumpiéndole—. Nos debías tu protección, nos ha faltado desde hace casi siete años. Tu vida es la ciencia. Un gran hombre no puede tener mujer ni hijos. ¡Caminad solos en la miseria! ¡Vuestras virtudes no son las de las gentes vulgares, pertenecéis al mundo, pero sois incapaces de pertenecer ni a una mujer, ni a una familia! ¡Secáis la tierra que os rodea, como los grandes árboles! Yo, pobre planta, no he podido elevarme lo bastante, expiro en la mitad de tu vida. Aguardaba este último día para decirte estos horribles pensamientos que no descubrí sino iluminada por el dolor y la desesperación. ¡Cuida de mis hijos! ¡Que resuenen estas palabras en tu corazón! Hasta mi último suspiro te las diré. La mujer ha muerto, ya ves. La has despojado lenta y gradualmente de sus sentimientos, de sus placeres. ¡Ay! Sin ese cruel cielo que has puesto involuntariamente, ¿habría vivido yo tanto tiempo? ¡Pero mis pobres hijos no me abandonaban! Han crecido junto a mis dolores, la madre ha sobrevivido. Cuida, cuida de nuestros hijos.

—Lemulquinier —gritó Balthazar con voz tonante. El viejo criado apareció de repente—. Vaya arriba a destruirlo todo, máquinas, aparatos; hágalo con precaución, pero rómpalo todo. ¡Renuncio a la ciencia! —dijo a su mujer.

—Ya es tarde —agregó ella mirando a Lemulquinier—. Marguerite —exclamó sintiéndose morir. Marguerite apareció en el umbral de la puerta, y lanzó un grito desgarrador al ver que se apagaban los ojos de su madre—. ¡Marguerite! —repitió la moribunda.

Aquella postrera exclamación contenía una tan violenta llamada a su hija, la investía de tanta autoridad, que el grito fue todo un testamento. La familia acudió espantada y vio expirar a la señora Claës que había consumido sus últimas fuerzas conversando con su marido. Balthazar y Marguerite inmóviles, ella a la cabecera, él al pie del lecho, no daban crédito a la muerte de aquella mujer cuyas enormes virtudes e inagotable cariño sólo ellos conocían. Padre e hija intercambiaron una mirada en extremo elocuente: la hija juzgaba al padre, el padre temblaba ya de ver convertida a su hija en instrumento de venganza. Aunque los recuerdos con los que su mujer colmara su vida volvían en tropel a asaltar su memoria y conferían a las últimas palabras de la difunta una santa autoridad cuya voz había de sonar siempre en su mente, Balthazar dudaba de su corazón, demasiado débil contra su genio; por otra parte, oía el terrible rugir de su pasión que le negaba la fuerza de su arrepentimiento,

y le daba miedo de sí mismo. Cuando desapareció aquella mujer, todos comprendieron que la Casa Claës poseía un alma y que esa alma había dejado de existir. Fue tan profundo el dolor en la familia, que la sala donde la noble Joséphine parecía revivir permaneció cerrada, no sintiéndose nadie con ánimos para entrar en ella.

La Sociedad no practica ninguna de las virtudes que exige a los hombres, comete crímenes constantemente, pero los comete con palabras; prepara las malas acciones recurriendo a la mofa, como degrada lo hermoso escarneciéndolo; se ríe de los hijos que lloran demasiado a sus padres, anatemiza a quienes no los lloran lo bastante; y luego se divierte, ¡jella!, sopesando los cadáveres antes de que estén fríos. La noche del día en que expiró la señora Claës, los amigos de aquella mujer hicieron su elogio fúnebre entre dos partidas de *whist*, rindieron homenaje a sus grandes cualidades mientras buscaban corazón o picos. Luego, tras unas frases lacrimosas que constituyen el abecé del dolor colectivo, y que se pronuncian con idénticas entonaciones, sin mayor ni menor sentimiento, en todas las ciudades de Francia y en todo momento, pasaron a evaluar el producto de la herencia. Pierquin fue el primero en recalcar a quienes comentaban el acontecimiento que la muerte era un bien para ella, habida cuenta de lo desgraciada que la hacía su marido; pero que era aún mayor bien para sus hijos, dado que ella hubiera sido incapaz de negar su fortuna a su marido a quien adoraba, mientras que Claës ahora no podía ya disponer de ella. Y todos evaluaban la herencia de la pobre señora Claës, calculaban sus ahorros (¿los tenía?, ¿no los tenía?), hacían inventario de sus joyas, repasaban sus vestidos, hurgaban en sus cajones, mientras la afligida familia lloraba y rezaba en torno al lecho de muerte. Pierquin, desplegando una pericia de tasador de fortunas, calculó que los parafernales, por emplear su expresión, de la señora Claës seguían existiendo y podían ascender a una cantidad aproximada de un millón quinientos mil francos representada ya por el bosque de Waignies, cuyas arboledas habían cobrado en doce años un enorme valor, y contó los oquedales, los resalvos, las antiguas, las modernas, ya por los bienes de Balthazar que aún podía compensar a sus hijos en caso de que el monto de la liquidación no bastase para pagar su deuda con ellos. La señorita Claës era, pues, por seguir utilizando su jerga, una muchacha de cuatrocientos mil francos. «Pero como tarde mucho en casarse —agregó—, lo cual la emanciparía, y permitiría vender en pública subasta el bosque de Waignies, liquidar la parte de los menores y emplearla de modo que el padre no pueda tocarla, el señor Claës es hombre capaz de arruinar a sus hijos». Empezaron todos a enumerar a los jóvenes de la provincia dignos de aspirar a la mano de la señorita Claës, pero nadie obsequió al notario con la flor de suponerlo digno de ella. El notario hallaba razones para rechazar cada uno de los partidos propuestos como indigno de Marguerite. Los interlocutores se miraban sonriendo, y disfrutaban prolongando aquella malicia provinciana. Pierquin había visto ya en la muerte de la señora Claës un acontecimiento favorable a sus pretensiones, y comenzaba ya a despedazar el cadáver en su propio provecho.

«Esa buena mujer —se dijo al volver a su casa para acostarse— era más orgullosa que un pavo real, y nunca me hubiera concedido la mano de su hija. ¡Tate! ¿Pues no es ahora el momento de maniobrar un poco para casarme con ella? Claës padre es un hombre ebrio de carbono a quien bien poco le importan ya sus hijos; si le pido la mano de su hija, tras convencer a Marguerite de lo mucho que le urge casarse para salvar la fortuna de sus hermanos y hermana, se alegrará de librarse de una hija que sólo le puede traer problemas».

Se durmió vislumbrando las bondades matrimoniales del contrato, meditando sobre todas las ventajas que le brindaba aquel negocio y sobre las garantías que hallaba para su felicidad en la persona a la que hacía su esposa. Difícil resultaba encontrar en la provincia a una joven más delicadamente bella y mejor educada que Marguerite. Su modestia, su gracia eran comparables a las de la preciosa flor que Emmanuel no se atreviera a nombrar en su presencia, temiendo desvelar así los secretos anhelos de su corazón. Sus sentimientos eran altivos, sus principios eran religiosos y había de convertirse en una casta esposa; pero no halagaba únicamente la vanidad que todo hombre abriga más o menos en la elección de una mujer, satisfacía además el orgullo del notario por la inmensa consideración que su familia, doblemente noble, disfrutaba en Flandes, y que compartiría su marido. Al día siguiente, Pierquin sacó de su caja unos billetes de mil francos y fue a ofrecérselos amistosamente a Balthazar, a fin de evitarle problemas pecuniarios en tan dolorosos instantes. Emocionado por tan delicada atención, Balthazar elogiaría sin duda ante su hija el corazón y la persona del notario. Pero no fue así. El señor Claës y su hija juzgaron el gesto como cosa natural, y su sufrimiento era demasiado exclusivo como para que pensasen en Pierquin. En efecto, la desesperación de Balthazar fue tan grande, que las personas dispuestas a censurar su conducta le perdonaron, menos en nombre de la Ciencia, que podía excusarle, que de su arrepentimiento que en nada reparaba el daño. La sociedad se contenta con muecas, se conforma con lo que da, sin comprobar su valor; el dolor auténtico es para ella un espectáculo, una suerte de goce, que la dispone a perdonarlo todo, incluso a un criminal; en su avidez de emociones, absuelve sin discernimiento tanto a quien le hace reír como a quien le hace llorar, sin pedirles cuentas de los medios.

Diecinueve años había cumplido Marguerite cuando su padre le entregó el gobierno de la casa donde su autoridad fue respetuosamente reconocida por su hermana y sus dos hermanos a quienes, durante los últimos momentos de su vida, la señora Claës había recomendado que obedeciesen a su hermana mayor. El luto realizaba su blanca lozanía, al igual que la tristeza resaltaba su dulzura y paciencia. Desde los primeros días, prodigó las pruebas de ese temple femenino, de esa serenidad constante que deben de poseer los ángeles encargados de derramar la paz, tocando con su verde palma los corazones dolientes. Pero aunque se acostumbró, por la prematura penetración de sus deberes, a ocultar sus dolores, no dejaron éstos de ser más vivos; su serena apariencia no se compadecía con la profundidad de sus

sensaciones; y pronto se vio destinada a conocer esas terribles explosiones de sentimiento que desbordan en ocasiones el corazón; su padre había de tenerla siempre apremiada entre la generosidad natural en las almas jóvenes, y la voz de una imperiosa necesidad. Los cálculos en que se vio envuelta tan pronto murió su madre la enfrentaron con los intereses de la vida, en un momento en que las muchachas sólo vuelven la mirada hacia los placeres. ¡Tremendo aprendizaje del sufrimiento que nunca perdona a las naturalezas angelicales! El amor que se apoya en el dinero y en la vanidad forja la más obcecada de las pasiones, y Pierquin no quiso demorar el momento de engatusar a la heredera. Pocos días después del luctuoso suceso, buscó la ocasión de hablar con Marguerite, e inició sus operaciones con una habilidad que hubiera podido seducirla; pero el amor había prestado a su alma una clarividencia que la salvó de caer atrapada en unas apariencias tanto más favorables a la mistificación sentimental cuanto que en dicha circunstancia Pierquin desplegaba la bondad que le era propia, la bondad del notario que cree prodigar amor cuando salva escudos. Amparándose en su dudoso parentesco, en la constante costumbre que tenía de llevar los asuntos y de compartir los secretos de aquella familia, seguro de la estima y la amistad del padre, beneficiado por la indiferencia de un sabio que no tenía trazado proyecto alguno sobre el futuro de su hija, y no imaginando que Marguerite pudiera tener alguna predilección, la dejó valorar una persecución que no interpretaba la pasión sino aunando los cálculos más odiosos para un alma joven y que no supo disimular. Fue él quien se mostró ingenuo, y ella quien usó de simulación, precisamente porque creía actuar contra una muchacha sin defensa, y porque ignoró los privilegios de la debilidad.

—Querida prima —dijo a Marguerite con la que se paseaba por las avenidas del jardincillo—, conoce usted mi corazón y sabe lo inclinado que me siento a respetar los dolorosos sentimientos que la afligen en estos momentos. Tengo un alma demasiado sensible para ser notario, sólo vivo a través del corazón y me veo obligado a ocuparme constantemente de los intereses ajenos, cuando me gustaría dejarme llevar por las dulces emociones que hacen la vida feliz. Por eso me duele mucho tener que hablarle de proyectos discordantes con el estado de su alma, pero así ha de ser. He pensado mucho en usted estos últimos días. Acabo de descubrir que, por una singular fatalidad, la fortuna de sus hermanos y de su hermana, la suya propia, están en peligro. ¿Quiere usted salvar a su familia de una ruina total?

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó ella un tanto aterrada por aquellas palabras.

—Casarse —contestó Pierquin.

—No pienso casarme —exclamó Marguerite.

—Se casará usted —replicó el notario—, cuando haya meditado detenidamente sobre la crítica situación en que se encuentra...

—¿Cómo puede salvar mi matrimonio?...

—Ahí la esperaba yo, prima —dijo él interrumpiéndola—. ¡El matrimonio

emancipa!

—¿Y para qué habría de emanciparme? —preguntó Marguerite.

—Para entrar en posesión de lo suyo, querida primita —dijo el notario con tono triunfal—. En ese caso, dispondrá usted de una cuarta parte de la fortuna de su madre. Para dársela, es menester liquidarla; y para liquidarla, ¿no habrá que subastar el bosque de Waignies? Sentado esto, todos los valores de la herencia se capitalizarán, y su padre se verá obligado, como tutor, a invertir la parte de sus hermanos y hermana, con lo que se hallará a salvo de la Química.

—¿Qué ocurriría en caso contrario? —preguntó Marguerite.

—Pues que su padre administrará sus bienes. Si le vuelve a dar por fabricar oro, podría vender el bosque de Waignies y dejarles a dos velas. El bosque de Waignies vale en este momento cerca de un millón cuatrocientos mil francos; pero como, cualquier día de éstos, se le ocurra a su padre dejarlo mondo, su millón trescientas mil fanegas no valdrán ni trescientos mil francos. ¿No es mejor evitar ese peligro casi seguro, exigiendo hoy mismo la partición mediante su emancipación? Impediría así todas las talas del bosque de que dispondría más adelante su padre en detrimento suyo. Ahora que la Química duerme, invertirá necesariamente los valores de la liquidación en títulos de la Deuda. Los fondos están a cincuenta y nueve, con lo que los queridos niños dispondrán de cerca de cinco mil libras de renta por cincuenta mil francos; y dado que no se puede disponer de capitales pertenecientes a menores, en su mayoría de edad sus hermanos y hermana verán duplicada su fortuna. Mientras que, en caso contrario, la verdad... En fin... Por otra parte, su padre ha mermado los bienes de su madre, conoceremos el déficit una vez hecho inventario. En caso de que adeude dinero, podrá usted imponer una hipoteca sobre sus bienes, con lo que podrá ya salvar algo.

—¡Ni hablar! —dijo Marguerite—, eso sería agraviar a mi padre. Hace muy poco que pronunció mi madre sus últimas palabras como para haberlas olvidado. Mi padre es incapaz de desposeer a sus hijos —dijo dejando escapar lágrimas de dolor—. No le conoce usted, señor Pierquin.

—Pero querida prima, si a su padre le diera otra vez por la Química...

—Nos arruinaríamos, ¿no es así?

—¡Oh, completamente! Créame, Marguerite —dijo tomándole la mano y llevándosela al corazón—, faltaría a mis deberes si no insistiese. Sólo me mueve su interés...

—Caballero —dijo fríamente Marguerite apartando la mano—, el interés real de mi familia exige que no me case. Así lo juzgó mi madre.

—Prima —exclamó el notario con la convicción del negociante que ve escapársele una fortuna—, se suicida usted, tira por la ventana la herencia de su madre. ¡Pero yo quiero demostrarle con mi entrega el enorme cariño que le profeso! No sabe usted cuánto la quiero, ¡la adoro desde el día en que la vi en el último baile que dio su padre! Estaba usted preciosa. Fíese de la voz del corazón cuando habla de

interés, querida Marguerite. —Hizo una pausa—. Sí, reuniremos un consejo de familia y la emanciparemos sin consultarla.

—Pero ¿qué es exactamente estar emancipada?

—Disfrutar de sus derechos.

—Pues si puedo emanciparme sin casarme, ¿para qué quiere usted que me case? ¿Y con quién?

Intentó Pierquin lanzar una mirada tierna a su prima, pero esa expresión contrastaba tanto con la rigidez de sus ojos habituados a hablar de dinero, que Marguerite creyó vislumbrar cálculo en tan improvisada ternura.

—Se casaría usted con la persona que le gustase... en la ciudad... Le es indispensable un marido, incluso como negocio. Tendrá usted que estar con su padre. ¿Podrá usted resistirle sola?

—Sí, señor, sabré defender a mis hermanos y a mi hermana, llegado el momento.

«¡Diablo con la parienta!», pensó Pierquin. —No, no sabrá usted resistirle —dijo en voz alta.

—Dejemos el asunto —contestó Marguerite.

—Adiós prima, procuraré servirla a su pesar, y le demostraré lo mucho que la quiero protegiéndola, a su pesar, de un desastre que todo el mundo vaticina en la ciudad.

—Le agradezco el interés que demuestra por mí, pero le suplico que no proponga ni emprenda nada que pueda causar el menor disgusto a mi padre.

Marguerite se quedó pensativa al ver alejarse a Pierquin, comparó su voz metálica, sus modales meramente ágiles en sus resortes, sus miradas que reflejaban más servilismo que dulzura, con la poesía melodiosamente muda que revestía los sentimientos de Emmanuel. Independientemente de lo que se haga o diga, existe un admirable magnetismo cuyos efectos no engañan jamás. El timbre de la voz, la mirada, los gestos apasionados del hombre enamorado pueden imitarse, un hábil comediante puede engañar a una muchacha, pero para lograrlo, ¿no ha de estar solo? Si esa muchacha tiene junto a ella un alma que vibra al unísono de sus sentimientos, ¿no reconocerá de inmediato las expresiones del auténtico amor? Emmanuel se hallaba en aquel momento, como Marguerite, bajo la influencia de las nubes que, desde que se conocieran, habían formado fatalmente una tenebrosa atmósfera sobre sus cabezas, ocultándoles la vista del cielo azul del amor. Profesaba a su elegida esa idolatría que la falta de esperanza torna tan dulce y misteriosa en sus respetuosas manifestaciones. Situado socialmente demasiado lejos de la señorita Claës y no pudiendo ofrecerle sino un ilustre apellido, no veía posibilidad alguna de que le aceptara como esposo. Aguardaba algún gesto de aliento que Marguerite se negó a mostrar ante los desfallecidos ojos de una moribunda. Igualmente puros, no se habían dicho, pues, una sola palabra de amor. Sus alegrías habían sido las alegrías egoístas que los infelices se ven obligados a saborear en soledad. Habían vibrado por separado, aunque los hacía palpar un rayo nacido de la misma esperanza. Parecían

tener miedo de sí mismos, sintiéndose ya demasiado bien el uno junto al otro. Así, Emmanuel temblaba ante la idea de rozar la mano de la soberana a quien había levantado un santuario en su corazón. El contacto más inconsciente habría despertado en él demasiados excitantes placeres, no habría podido dominar sus sentidos desencadenados. Pero aunque no se hubiesen concedido ni una sola de las sutiles e inmensas, de las inocentes y serias demostraciones que se permiten los amantes más tímidos, tan bien aposentados estaban el uno en el corazón del otro, que se sabían dispuestos ambos a hacerse los mayores sacrificios, únicos placeres que podían paladear. Desde la muerte de la señora Claës, su amor secreto se ahogaba bajo las gasas del luto. Las tonalidades de la esfera en que vivían, de oscuras habían pasado a ser negras, apagados sus destellos por las lágrimas. La reserva de Marguerite se trocó casi en frialdad, pues había de cumplir el juramento exigido por su madre; y, con ser más libre que antes, se tornó más rígida. Emmanuel había abrazado el duelo de su amada, comprendiendo que la menor declaración de amor, la más simple exigencia sería un delito contra las leyes del corazón. Así, aquel gran amor se mantenía más oculto que nunca. Sus dos tiernas almas seguían tañendo el mismo son; pero, separadas por el dolor, como lo habían estado por las timideces de la juventud y por el respeto debido a los sufrimientos de la difunta, seguían limitándose al magnífico lenguaje de los ojos, a la muda elocuencia de los actos abnegados, a una afinidad continua, sublimes armonías de la juventud, primeros pasos del amor en su infancia. Emmanuel acudía cada mañana a saber noticias de Claës y de Marguerite, pero no penetraba en el comedor sino cuando traía una carta de Gabriel, o cuando Balthazar le invitaba a entrar. La primera mirada que clavaba en la muchacha le transmitía mil pensamientos placenteros: sufría por la discreción que le imponían las conveniencias, no la había abandonado, compartía su tristeza, derramaba el rocío de sus lágrimas en el corazón de su amiga con una mirada que no enturbiaba segunda intención alguna. El excelente muchacho vivía tan a gusto en el presente, se aferraba tanto a una felicidad que creía fugitiva, que muchas veces Marguerite se reprochaba el no tenderle generosamente la mano diciéndole: «¡Seamos amigos!».

Pierquin insistió en sus obsesiones con esa obcecación que es la paciencia irreflexiva de los necios. Juzgaba a Marguerite según las reglas habituales utilizadas por la masa para apreciar a las mujeres. Creía que las palabras matrimonio, libertad, fortuna que le había dejado caer germinarían en su alma y harían florecer un deseo del que se beneficiaría, e imaginaba que su frialdad era simulación. Pero aunque la rodeaba de cuidados y atenciones galantes, disimulaba mal los modales despóticos de un hombre acostumbrado a decidir en las cuestiones capitales relativas a las familias. Decía, para consolarla, esos lugares comunes, familiares a las gentes de su profesión, que pasan como limacos sobre los dolores, dejando en ellos un rastro de palabras secas que desfloran su santidad. Su ternura era pura zalamería. Abandonaba su fingida melancolía en la puerta cuando cogía sus zuecos o su paraguas. Utilizaba el tono que su larga familiaridad le autorizaba a tomar como un instrumento para

ganarse el corazón de la familia, para decidir a Marguerite a un matrimonio proclamado de antemano en toda la ciudad. Así, el amor auténtico, abnegado, respetuoso, formaba un singular contraste con un amor egoísta y calculado. Todo era homogéneo en aquellos dos hombres. El uno fingía una pasión y se valía de sus menores ventajas para poder casarse con Marguerite; el otro ocultaba su amor, y temblaba ante la idea de dejar transparentar su devoción. Al poco tiempo de morir su madre, y en el mismo día, Marguerite pudo comparar a los dos únicos hombres que tenía ocasión de juzgar. Hasta entonces, la soledad a que se había visto condenada no le había permitido ver el mundo, y la situación en que se hallaba no permitía acceso alguno a las personas que pudieran pensar en pedirla en matrimonio. Un día, después de almorzar, durante una de esas espléndidas mañanas del mes de abril, se presentó Emmanuel en el momento en que salía Claës. Balthazar soportaba tan difícilmente el aspecto de su casa, que se pasaba parte de la mañana paseando por las murallas. Emmanuel quiso acompañar a Balthazar, vaciló, pareció hacer acopio de fuerzas, miró a Marguerite y se quedó. Marguerite adivinó que el profesor quería hablarle y le propuso ir al jardín. Mandó a su hermana Félicie con Martha que trabajaba en la antecámara situada en el primer piso; luego, fue a sentarse en un banco donde podían verla su hermana y la anciana dueña.

—El señor Claës está tan abismado en su dolor como antes en sus investigaciones científicas —dijo el joven viendo caminar lentamente a Balthazar por el patio—. A todo el mundo le inspira lástima en la ciudad; va como un hombre que ha perdido la cabeza; se detiene sin motivo; mira sin ver...

—Cada dolor tiene su expresión —dijo Marguerite conteniendo el llanto—. ¿Qué quería usted decirme? —agregó tras una pausa y con fría dignidad.

—Señorita —contestó Emmanuel con voz emocionada—, no sé si tengo derecho a hablarle como voy a hacerlo. Le ruego que no vea en ello sino mi afán de serle útil, y permita que un profesor se interese por la suerte de sus alumnos hasta el punto de inquietarse por su futuro. Su hermano Gabriel tiene quince años cumplidos, está en quinto, y urge ya orientar sus estudios hacia la carrera que vaya a abrazar. Quien ha de decidir al respecto es su padre, pero si no lo hiciese, ¿no sería calamitoso para Gabriel? ¿Y no sería al mismo tiempo mortificante para su padre el que le haga usted observar que no se ocupa de su hijo? Las cosas así, ¿no podría usted consultar a su hermano sobre sus gustos, mirar de que elija él mismo una carrera, a fin de que si, más adelante, su padre quiere que sea magistrado, administrador o militar, Gabriel posea ya conocimientos especiales? No creo que ni usted ni el señor Claës quieran dejarlo ocioso...

—¡Nada de eso! —dijo Marguerite—. Se lo agradezco mucho, Emmanuel, tiene usted razón. Mi madre, obligándonos a hacer encaje, enseñándonos con tanto esmero a coser, a bordar, a tocar el piano, nos decía muchas veces que nunca se sabe lo que puede deparar la vida. Gabriel debe tener merecimientos propios y una educación completa. Pero ¿cuál es la carrera más adecuada que puede elegir un hombre?

—Señorita —dijo Emmanuel temblando de felicidad—, Gabriel es el que muestra más aptitud en matemáticas de toda su clase; si quisiera ingresar en la École Polytechnique,^[3] creo que allí adquiriría conocimientos útiles para todas las carreras. Al salir, sería libre de elegir aquella por la que sintiese mayor inclinación. Sin tomar hasta entonces ninguna decisión definitiva sobre su futuro, habrá usted ganado tiempo. Los hombres que salen con notas brillantes de esa Escuela, son recibidos con los brazos abiertos en todas partes. Ha dado administradores, diplomáticos, sabios, ingenieros, generales, marinos, magistrados, fabricantes y banqueros. Nada tiene pues de extraordinario el ver que un joven rico o de buena familia trabaje para ingresar en ella. Si se decidiese Gabriel, yo le pediría... ¡Me lo concederá usted! ¡Diga que sí!

—¿Qué desea usted?

—Ser su profesor particular —contestó temblando.

Marguerite miró al señor De Solis, le tomó la mano y le dijo:

—Sí.

Hizo una pausa y agregó con voz emocionada:

—Cuánto aprecio la delicadeza que le mueve a ofrecerme precisamente lo que puedo aceptar de usted. En lo que acaba de decir, veo cómo ha pensado en nosotros. Le doy las gracias por ello.

Aunque estas palabras fueron pronunciadas con sencillez, Emmanuel volvió la cabeza para disimular las lágrimas que llenaron sus ojos por el placer de ser útil a Marguerite.

—Se los traeré a los dos —dijo una vez se hubo serenado—, mañana hay vacación.

Se levantó, saludó a Marguerite que le siguió y, al llegar al patio, vio que ella seguía en la puerta del comedor y le dirigía un saludo amistoso. Después de cenar, el notario fue a visitar al señor Claës, y se sentó en el jardín, entre su primo y Marguerite, precisamente en el banco que ocupara Emmanuel.

—Querido primo —dijo—, he venido esta noche para hablar con usted de negocios. Cuarenta y tres días han transcurrido ya desde la defunción de su esposa.

—No los he contado —dijo Balthazar enjugándose una lágrima que le arrancó el término legal *defunción*.

—¡Oh! —exclamó Marguerite mirando al notario—, ¿cómo puede usted?...

—Pero, prima, nosotros nos vemos obligados a contar los plazos que fija la ley. Los interesados son precisamente usted y sus coherederos. El señor Claës no tiene más que hijos menores, tiene la obligación de hacer un inventario en los cuarenta y cinco días que siguen a la defunción de su mujer, a fin de consignar los bienes de la comunidad. ¿No conviene saber si es bueno o malo el balance para atenerse a los puros y simples derechos de los menores? —Marguerite se levantó—. Quédese, prima —dijo Pierquin—, estos asuntos la afectan tanto a usted como a su padre. De sobra sabe lo mucho que comparto su dolor; pero es menester ocuparse hoy mismo de estos pormenores; ¡el no hacerlo podría resultar calamitoso para unos y para otros! En

este momento no hago sino cumplir mi deber como notario de la familia.

—Tiene razón —dijo Claës.

—El plazo expira dentro de dos días —prosiguió el notario—, por lo que debo proceder a partir de mañana a la apertura del inventario, siquiera sea para demorar el pago de los derechos que vendrá a exigirles el fisco, el fisco no tiene corazón, le traen sin cuidado los sentimientos, nos echa la zarpa en todo momento. Así que cada día, de diez a cuatro, estaremos aquí mi pasante y yo con el ujier tasador, señor Raparlier. Cuando hayamos acabado lo de la ciudad, iremos al campo. Del bosque de Waignies ahora hablaremos. Sentado lo cual, pasemos a otro punto. Tenemos que convocar un consejo de familia para nombrar un tutor. En la actualidad, su más próximo pariente es el señor Conyncks de Brujas. ¡Pero mira por dónde se nos ha hecho belga! Debería usted, primo, escribirle sobre el particular, así sabría si el hombre desea fijar su residencia en Francia donde posee espléndidas propiedades, y podría usted decidirle a que venga a vivir con su hija al Flandes francés. En caso de que diga que no, tendré que formar el consejo según los grados de parentesco.

—¿Para qué sirve un inventario? —preguntó Marguerite.

—Para comprobar los derechos, los valores, el activo y el pasivo. Cuando queda todo bien sentado, el consejo de familia adopta en interés de los menores las decisiones que considera...

—Pierquin —dijo Claës levantándose del banco—, proceda usted a redactar cuantos documentos juzgue necesarios para preservar los derechos de mis hijos; pero evítenos el dolor de ver vender lo que pertenecía a mi querida...

No concluyó. Había pronunciado aquellas palabras con expresión tan noble y tono tan convencido, que Marguerite tomó la mano de su padre y la besó.

—Hasta mañana —dijo Pierquin.

—Venga usted a almorzar —dijo Balthazar. Acto seguido, Claës pareció hacer memoria y exclamó—: Pero en mi contrato de matrimonio, que se hizo según la costumbre de Hainaut, yo dispensé a mi mujer del inventario para que no la marearan, por tanto puede que tampoco yo esté obligado...

—Ah, qué alegría —exclamó Marguerite—, lo mal que lo habríamos pasado.

—Pues mañana examinaremos su contrato —contestó el notario un tanto azorado.

—¿Pero es que no lo conocía usted? —le preguntó Marguerite.

Aquella observación puso fin a la charla. Al notario le resultó demasiado violento continuar tras la observación de su prima.

«¡Ya ha metido baza el diablo! —pensó en el patio—. Con lo distraído que es el hombre, recobra la memoria en el momento preciso para evitar que se tomen precauciones contra él. ¡Se comerá la herencia de sus hijos! Tan seguro es como que dos y dos son cuatro. Para que te metas a hablar de negocios con muchachitas de diecinueve años propensas al sentimiento. Me he devanado los sesos para salvar la fortuna de esos niños, procediendo correctamente y entendiéndome con el Conyncks ese. Y todo para quedar desairado ante Marguerite que le preguntará a su padre por

qué quería yo proceder a un inventario que ella considera inútil. Y el señor Claës le dirá que los notarios tienen la manía de redactar actas, que somos notarios antes que parientes, primos o amigos».

Dio un portazo echando pestes contra los clientes que se arruinaban por sensibilidad. Tenía razón Balthazar. No hubo inventario. Nada se fijó, pues, acerca de la situación en que se hallaba el padre respecto a los hijos. Transcurrieron varios meses sin que en nada cambiara la situación de la Casa Claës. Gabriel, hábilmente dirigido por Emmanuel de Solis que se había convertido en su preceptor, trabajaba con aplicación, aprendía lenguas extranjeras y se disponía a presentarse al examen necesario para ingresar en la École Polytechnique. Félicie y Marguerite habían vivido en total retiro, aunque yendo, por economía, a pasar el verano a la casa de campo de su padre. El señor Claës se ocupó de sus finanzas, pagó sus deudas solicitando un considerable préstamo hipotecario y visitó el bosque de Waignies. A mediados del año 1817, su dolor, lentamente mitigado, le dejó solo e indefenso contra la monotonía de la vida que llevaba y que le pesó. Comenzó luchando de firme contra la Ciencia que se despertaba insensiblemente, y se prohibió a sí mismo pensar en la Química, para terminar pensando en ella. Pero no quiso dedicarse a ella, tan sólo lo hizo teóricamente. Aquel constante estudio hizo surgir su pasión que le movió a ergotizar. Discutió si se había comprometido a no proseguir con sus investigaciones y recordó que su mujer se había negado a aceptar juramento alguno. Aunque se hubiese prometido a sí mismo no perseguir la solución de su problema, ¿no podía mudar de decisión habida cuenta que entreveía el éxito? Contaba ya cincuenta y nueve años. A esa edad, la idea que lo dominaba contrajo la violenta fijeza con que comienzan las monomanías. Las circunstancias vinieron a conspirar contra su tambaleante lealtad. La paz de que gozaba Europa había propiciado la circulación de los descubrimientos y de las ideas científicas adquiridas durante la guerra por los sabios de los distintos países entre los cuales no había existido relación durante cerca de veinte años. Así, la Ciencia había avanzado. Claës se encontró con que los progresos de la Química se habían orientado, sin saberlo los químicos, hacia el objeto de sus investigaciones. Las personas dedicadas a la ciencia de alto nivel pensaban como él, que la luz, el calor, la electricidad, el galvanismo y el magnetismo constituían los distintos efectos de una misma causa, que la diferencia que existía entre los cuerpos hasta entonces considerados simples había de ser producida por las diferentes dosificaciones de un principio desconocido. El temor a que otro hallase la reducción de los metales y el principio constitutivo de la electricidad, acrecentó lo que los habitantes de Douai llamaban locura, y llevó sus anhelos a un paroxismo que comprenderán las personas apasionadas por las ciencias, o que han conocido la tiranía de las ideas. Y así, Balthazar no tardó en verse arrastrado por una pasión tanto más violenta cuanto que había dormido durante largo tiempo. Marguerite, que espiaba los estados de ánimo de su padre, abrió la sala. Permaneciendo en ella, reavivó los dolorosos recuerdos que causaba la muerte de su madre, y logró en efecto, al despertar la pesadumbre de su

padre, retrasar su caída en el abismo en el que a pesar de todo había de caer. Quiso hacer vida de sociedad y obligó a Balthazar a distraerse frecuentando gente. Se le presentaron varios partidos interesantes que tuvieron ocupado a Claës, aunque Marguerite declaró que no se casaría hasta cumplir los veinticinco años. Pese a los esfuerzos de su hija, pese a los violentos combates que mantuvo, a comienzos del invierno, Balthazar reanudó secretamente sus trabajos. Resultaba difícil ocultar tales ocupaciones a unas mujeres curiosas. Y así, un día Martha dijo a Marguerite mientras la vestía:

—Señorita, ¡estamos perdidas! El monstruo de Lemulquinier, que es el mismísimo diablo disfrazado, pues nunca le he visto santiguarse, ha vuelto a subir al desván. Ya tenemos otra vez a su señor padre embarcado para el infierno. Quiera el cielo que no la mate a usted como mató a la pobre señora.

—No es posible —dijo Marguerite.

—Venga usted a ver la prueba de sus tejemanajes...

La muchacha corrió a la ventana y divisó en efecto una leve humareda que salía por la chimenea del laboratorio.

«Tengo veintiún años —pensó— y sabré oponerme a que derroche nuestra fortuna».

Entregándose a su pasión, Balthazar por fuerza hubo de sentir menos respeto por los intereses de sus hijos que los que sintiera por los de su mujer. Las barreras eran menos altas, su conciencia era más amplia, su pasión era cada vez más fuerte. Por eso, se consagró a su carrera de gloria, trabajo, esperanza y miseria con la furia de un hombre lleno de convicción. Seguro del resultado, se puso a trabajar noche y día con un frenesí que espantó a sus hijas, quienes ignoraban lo poco perjudicial que es el trabajo que un hombre realiza a gusto. No bien reanudó su padre sus experimentos, Marguerite suprimió de la mesa todos los manjares superfluos, pasó a ser de una parquedad digna de un avaro, en lo cual Martha y Josette la secundaron admirablemente. Claës no reparó en aquella reforma que reducía su vida a lo más estrictamente necesario. En primer lugar, no almorzaba; luego, no bajaba del laboratorio hasta el momento mismo de la cena, y, por otra parte, se acostaba unas horas después de quedarse en la sala entre sus dos hijas, sin decirles una palabra. Cuando se retiraba, le daban las buenas noches, y él se dejaba besar maquinalmente en ambas mejillas. Semejante conducta hubiera provocado las mayores desventuras domésticas, de no haber estado preparada Marguerite para ejercer la autoridad de una madre, y prevenida por una pasión secreta contra las fatalidades de una tan gran libertad. Pierquin había dejado de ir a ver a sus primas, juzgando que su ruina iba a ser total. Las propiedades rurales de Balthazar, que reportaban dieciséis mil francos y valían unos doscientos mil escudos, estaban ya gravadas con trescientos mil francos de hipotecas. Antes de volver a la Química, Claës había solicitado un considerable préstamo. Las rentas cubrían exactamente el pago de los intereses; pero como, con la típica imprevisión de los hombres consagrados a una idea, se las entregaba a

Marguerite para subvenir a los gastos de la casa, calculó el notario que bastarían tres años para que se produjera el desastre financiero, y que los agentes de la justicia devorarían lo que no se hubiera comido Balthazar. La frialdad de Marguerite provocó en Pierquin una actitud de indiferencia casi hostil. Para justificar su renuncia a la mano de su prima, en caso de que ésta llegase a ser demasiado pobre, decía de los Claës con cara de compasión: «Esa pobre gente está arruinada, he hecho cuanto he podido por salvarlos; ¡pero qué quieren ustedes! La señorita Claës ha rechazado todas las combinaciones legales que podían preservarla de la miseria».

Nombrado director del colegio de Douai, gracias a la protección de su tío, Emmanuel, cuyos relevantes méritos le hacían digno de ese puesto, visitaba diariamente durante la velada a las dos muchachas que mandaban venir a la dueña tan pronto se acostaba su padre. El suave aldabonazo del joven De Solis sonaba puntualmente cada día. Desde hacía tres meses, animado por el exquisito y mudo agradecimiento con que aceptaba sus atenciones Marguerite, tornaba a ser él mismo. Los radiantes destellos de su alma pura como un diamante brillaron sin nubes, y Marguerite pudo calibrar su fuerza e intensidad al ver lo inagotable que era la fuente. Admiraba cómo se abrían una a una las flores, tras haber respirado de antemano su fragancia. Cada día realizaba Emmanuel una de las esperanzas de Marguerite, haciendo brillar en las regiones encantadas del amor nuevas luces que barrían las nubes, serenaban su cielo y coloreaban las fecundas riquezas que se habían mantenido sepultadas en la sombra. Menos cohibido, Emmanuel pudo desplegar las seducciones de su corazón hasta entonces discretamente ocultas: esa expansiva alegría de los años mozos, esa simplicidad que confiere una vida entregada al estudio, los tesoros de una mente delicada que la sociedad no había adulterado, todas las inocentes bromas, en suma, que tan bien casan con la juventud enamorada. Su alma y la de Marguerite se avinieron más, fueron juntos hasta el fondo de sus corazones y hallaron en ellos idénticos pensamientos: perlas de un mismo brillo, suaves y frescas armonías semejantes a las que se encuentran bajo el mar y que, según dicen, fascinan a los buceadores. Fueron conociéndose mediante esos coloquios, esa alternativa curiosidad que cobraba en ambos las más deliciosas formas del sentimiento. Ello sin falso pudor, pero no sin mutuos galanteos. Las dos horas que pasaba cada noche Emmanuel entre ambas muchachas y Martha, permitían aceptar a Marguerite la vida de angustias y resignación a que se veía abocada. Aquel amor ingenuamente progresivo fue su sostén. Infundía Emmanuel a sus demostraciones de afecto esa gracia natural que tanto seduce, ese ingenio dulce y delicado que matiza la uniformidad del sentimiento, como las facetas realzan la monotonía de una piedra preciosa arrancándole destellos; admirables maneras cuyo secreto pertenece a los corazones enamorados, y que suscitan en las mujeres la fidelidad a la Mano artista bajo la cual las formas renacen siempre nuevas, a la Voz que no repite jamás una frase sin reverdecirla con nuevas modulaciones. El amor no es tan sólo un sentimiento, sino también un arte. Una simple palabra, una deferencia, una nimiedad

revelan a una mujer al grande y sublime artista que puede tocar su corazón sin lacerarlo. Cuanto más adelante iba Emmanuel, más exquisitas eran las manifestaciones de su amor.

—Me he adelantado a Pierquin —le dijo una noche—. Viene a anunciarle una mala noticia, y he preferido dársela yo. Su padre ha vendido el bosque a unos especuladores que ya lo han revendido en parcelas. Han cortado los árboles y se han llevado ya toda la madera. El señor Claës ha cobrado trescientos mil francos al contado que ha empleado en pagar sus deudas de París; y, para liquidarlas del todo, se ha visto obligado incluso a hacer una delegación de cien mil francos a cuenta de los cien mil escudos que deben aún los compradores.

Entró Pierquin.

—Bueno querida prima —dijo—, ya están ustedes arruinados, como le predije; pero no quiso usted escucharme. Buen apetito tiene su padre. Del primer bocado, se ha tragado sus bosques. Su tutor, el señor Conyncks, se encuentra en Amsterdam donde está acabando de liquidar su fortuna, y Claës ha aprovechado la ocasión para realizar la jugada. No está bien. Acabo de escribirle a Conyncks, pero cuando llegue, su padre se lo habrá cepillado todo. Se verá usted obligada a demandarle, el pleito no será largo, pero sí deshonesto, y Conyncks no podrá evitar entablarlo, lo exige la ley. Ahí tiene usted el fruto de su testarudez. ¿Reconoce ahora lo prudente que era yo, y lo mucho que velaba por sus intereses?

—Le traigo una buena noticia, señorita Claës —dijo el joven De Solis con su voz plácida—, han admitido a Gabriel en la École Polytechnique. Las dificultades que habían surgido para su admisión se han solventado.

Marguerite agradeció la noticia a su amigo con una sonrisa y dijo:

—¡Ya tienen un destino mis ahorros! Martha, mañana mismo empezamos a ocuparnos de la ropa de Gabriel. Pobre Félicie, no nos va a faltar trabajo —dijo besando a su hermana en la frente.

—Mañana llega para pasar diez días, tiene que estar en París el quince de noviembre.

—Mi primo Gabriel toma una excelente decisión —dijo el notario mirando de arriba a abajo al director—, le hará falta hacerse con un buen capital. Pero, querida prima, se trata de salvar el honor de la familia. ¿Me hará usted caso esta vez?

—No, va usted a salirme otra vez con lo del matrimonio.

—Pero ¿qué va a hacer usted?

—¿Yo, primo? Nada.

—Si ya es usted mayor de edad.

—Dentro de unos días. ¿Tiene usted alguna solución que pueda conciliar nuestros intereses con lo que debemos a mi padre, al honor de la familia?

—Prima, nada podemos hacer sin su tío. Sentado eso, volveré cuando él haya regresado.

—Adiós —dijo Marguerite.

«Cuanto más pobre, más gazmoña», pensó el notario.

—Adiós —agregó Pierquin en voz alta—. Señor director, mis respetos.

Y se retiró, sin mirar a Félicie ni a Martha.

—Llevo dos días estudiando el código, y he consultado con un viejo abogado, amigo de mi tío —dijo Emmanuel con voz temblorosa—. Si me lo permite usted, mañana mismo salgo para Amsterdam. Escuche, querida Marguerite...

Pronunciaba aquella palabra por primera vez. Ella se lo agradeció con una húmeda mirada, una sonrisa y una inclinación de cabeza. El joven se interrumpió, señaló a Félicie y a Martha.

—Hable usted delante de mi hermana —dijo Marguerite—. No necesita esta discusión para resignarse a nuestra vida de privaciones y trabajo, ¡es tan dulce y animosa! Pero debe saber hasta qué punto nos hace falta valor.

Las dos hermanas se cogieron de la mano y se besaron como para sellar un nuevo compromiso de su unión ante el infortunio.

—Déjenos, Martha.

—Querida Marguerite —prosiguió Emmanuel dejando traslucir en la inflexión de su voz la dicha que le embargaba al conquistar los minúsculos derechos del afecto—, he averiguado los nombres y el domicilio de los compradores que deben los doscientos mil francos restantes sobre el precio de los bosques talados. Mañana, si está usted conforme, un abogado que actuará a nombre del señor Conyncks, el cual no lo desautorizará, les hará reclamación de pago. Dentro de seis días, cuando regrese su tío abuelo, convocará un consejo de familia y solicitará el emancipamiento de Gabriel, que ha cumplido los dieciocho años. Como tanto usted como su hermano podrán ejercer legalmente sus derechos, exigirán su parte en la venta de los bosques. El señor Claës no podrá negarles los doscientos mil francos retenidos por el recurso, obtendrán ustedes una obligación hipotecaria sobre la casa en donde viven. El señor Conyncks reclamará garantías sobre los trescientos mil francos que corresponden a Félicie y a Jean. En tal situación, su padre se verá obligado a dejar hipotecar sus bienes del llano de Orchies, gravados ya con cien mil escudos. La ley concede prioridad retroactiva a las inscripciones realizadas en interés de los menores; así todo estará salvado. El señor Claës tendrá a partir de ahora las manos atadas, las tierras de ustedes serán inalienables; no podrá pedir más préstamos sobre las suyas, que responderán de cantidades superiores a su precio, todo habrá quedado en la familia, sin escándalos, ni procesos. Su padre se verá obligado a actuar con prudencia en sus investigaciones, si es que no las interrumpe del todo.

—Sí —dijo Marguerite—, pero ¿con qué ingresos contaremos? Los cien mil francos que hipotecan esta casa no nos darán nada, puesto que vivimos en ella. El producto de los bienes que posee mi padre en el llano de Orchies pagará los intereses de los trescientos mil francos adeudados a extraños. ¿Con qué viviremos?

—Por de pronto —dijo Emmanuel—, invirtiendo los cincuenta mil francos que le quedarán a Gabriel sobre su parte; en los fondos públicos, sacará usted, según el

interés actual, más de cuatro mil libras de renta que bastarán para pagar su pensión y sus gastos en París. Gabriel no puede disponer ni de la cantidad inscrita sobre la casa de su padre, ni del fondo de sus rentas; así no habrá de temer usted que derroche un céntimo y tendrá una carga menos. ¡Y además le quedarán a usted sus ciento cincuenta mil francos!

—Me los pedirá mi padre —dijo Marguerite espantada—, y me veré incapaz de negárselos.

—Pues, querida Marguerite, aún puede usted salvarlos desprendiéndose de ellos. Inviértalos en la Deuda, a nombre de su hermano. Ese dinero le reportará doce o trece mil libras de renta que le permitirán vivir. Como los menores emancipados no pueden alienar nada sin autorización del consejo de familia, con eso ganará usted tres años de tranquilidad. Por esas fechas, su padre habrá hallado la solución de su problema o, como cabe esperar, renunciará a ello. Gabriel, ya mayor de edad, le restituirá los fondos y podrán hacer cuentas ustedes cuatro.

Marguerite le pidió que le explicase de nuevo unas disposiciones legales que de entrada le resultaban oscuras. Y fue una escena nueva la de los dos enamorados estudiando el código que se había agenciado Emmanuel para enseñar a su amada las leyes que rigen los bienes de los menores. No tardó mucho Marguerite en captar su espíritu, merced a esa sagacidad natural en las mujeres, agudizada en ese caso por el amor.

Al día siguiente, regresó Gabriel a la casa paterna. Cuando el señor De Solis lo llevó ante Balthazar, anunciándole la admisión en la École Polytechnique, el padre dio las gracias al director con un ademán y dijo:

—Me alegro mucho, seguro que Gabriel será un sabio.

—Ay, hermano —dijo Marguerite viendo que Balthazar regresaba a su laboratorio—, trabaja mucho, ¡y no gastes dinero! Haz lo que debas hacer, pero sé ahorrador. Cuando te apetezca salir en París, ve a ver a nuestros amigos, a nuestros parientes, que así no se te contagiara ninguna de las aficiones que arruinan a los jóvenes. Tu pensión cuesta unos mil escudos, te quedarán mil francos para diversiones y han de bastarte.

—Yo respondo de él —dijo Emmanuel de Solis dando una palmada en el hombro de su alumno.

Un mes después, el señor Conyncks, de común acuerdo con Marguerite, había obtenido de Claës todas las garantías deseables. Los planes que tan sabiamente trazara Emmanuel se aprobaron y ejecutaron de cabo a rabo. En presencia de la ley, delante de su primo, cuya tenaz honradez transigía difícilmente sobre las cuestiones de honor, Balthazar, avergonzado de la venta que consintiera en un momento en que se veía acorralado por los acreedores, se sometió a cuanto se exigía de él. Satisfecho de poder reparar el daño que casi involuntariamente había causado a sus hijos, firmó las actas con la preocupación de un sabio. Se había vuelto totalmente imprevisible, como esos negros que, por la mañana, venden a su mujer por una gota de aguardiente,

y la lloran por la noche. No se molestaba en mirar el futuro más inmediato, ni se preguntaba cuáles serían sus recursos cuando hubiera derrochado su último escudo. Proseguía con sus trabajos, continuaba con sus compras, sin saber que tan sólo era ya propietario titular de su casa, de sus propiedades, y que le resultaría imposible, merced a la severidad de las leyes, hacerse con un solo céntimo a cuenta de los bienes de los que era en cierto modo depositario legal. Transcurrió el año 1818 sin ningún acontecimiento desgraciado. Las dos muchachas corrieron con los gastos exigidos por la educación de Jean y pagaron todos los de su casa con los dieciocho mil francos de renta, colocados a nombre de Gabriel, cuyos semestres les envió puntualmente su hermano. El tío del señor De Solis murió en el mes de diciembre de aquel año. Una mañana, Marguerite supo por Martha que su padre había vendido su colección de tulipanes, el mobiliario de la casa de delante y toda la plata. Se vio obligada a volver a comprar los cubiertos necesarios para el servicio de la mesa, y los mandó marcar con sus iniciales. Hasta aquel día había guardado silencio sobre las depredaciones de Balthazar; pero por la noche, después de cenar, pidió a Félicie que la dejase a solas con su padre, y cuando éste se sentó, según su costumbre, junto a la chimenea de la sala, Marguerite le dijo:

—Querido padre, es usted dueño de venderlo todo aquí, hasta a sus hijos. Aquí, le obedeceremos todos sin un murmullo; pero me veo en la obligación de hacerle notar que nos hemos quedado sin dinero, que apenas disponemos de lo suficiente para vivir este año, y que Félicie y yo habremos de trabajar día y noche para pagar la pensión de Jean, con el precio del vestido de encaje que tenemos empezado. Por favor se lo pido, padre querido, interrumpa usted sus trabajos.

—Tienes razón, hija mía, ¡de aquí a tres semanas todo habrá acabado! Habré encontrado el Absoluto, o el Absoluto será inalcanzable. Seréis ricas, tendréis millones...

—De momento déjenos un mendrugo de pan —contestó Marguerite.

—¿Que no hay pan aquí? —dijo Claës con cara de espanto—. ¿Que no hay pan en casa de un Claës? ¿Y todos nuestros bienes?

—Mandó usted talar el bosque de Waignies. El terreno no está aún roturado, no puede producir nada. Por lo que respecta a sus fincas de Orchies, las rentas no dan ni para pagar los intereses de los préstamos que pidió usted.

—¿Pues y de qué vivimos?

Marguerite le señaló su aguja y agregó:

—Las rentas de Gabriel nos ayudan, pero son insuficientes. Tendría más o menos para ir tirando si no me agobiara usted con facturas que me pillan desprevenida, no me dice usted nada de sus compras en la ciudad. Cuando pienso que voy a tener lo suficiente para pasar el trimestre, y tengo ya hechos mis planes, me llega una factura de sodio, de potasio, de zinc, de azufre, ¿qué sé yo?

—Querida niña, sólo seis semanas más de paciencia; luego, seré sensato. Y verás maravillas, niña mía.

—Ya va siendo hora de que piense usted en sus finanzas. Todo lo ha vendido: cuadros, tulipanes, servicio de plata, no nos queda ya nada; por lo menos, no contraiga usted nuevas deudas.

—No pienso adquirir más —dijo el anciano.

—Más —exclamó ella—. ¿Luego tiene?

—Nada, pequeñeces —contestó Balthazar bajando la vista y poniéndose encarnado.

Por primera vez se sintió Marguerite humillada por la degradación de su padre, y le dolió tanto que no se atrevió a preguntarle. Un mes después de esta escena, se presentó un banquero de la ciudad para cobrar una letra de cambio de diez mil francos, firmada por Claës. Cuando Marguerite rogó al banquero que aguardara hasta la noche lamentándose de que no la hubieran avisado de aquel pago, éste la advirtió que la casa Protez y Chiffreville tenía nueve más por la misma cantidad, y que iban venciendo de mes en mes.

—Se acabó —exclamó Marguerite—, ha llegado el momento.

Mandó llamar a su padre y se puso a dar zancadas, nerviosísima, por la sala, hablando consigo misma: «¡Conseguir cien mil francos —dijo— o ver a nuestro padre en la cárcel! ¿Qué hacer?».

Balthazar no bajó. Marguerite, cansada de esperar, subió al laboratorio. Al entrar, vio a su padre en medio de una estancia inmensa, iluminadísima, llena de máquinas y de polvorientos objetos de vidrio; aquí y allá, libros, mesas atestadas de productos etiquetados, numerados. Por doquier, el desorden que genera la preocupación del sabio y que ofende a las costumbres flamencas. Aquel conjunto de matraces, retortas, metales, cristalizaciones fantásticamente coloreadas, muestras colgadas de las paredes o tiradas encima de los hornos, estaba dominado por la presencia de Balthazar Claës quien, en mangas de camisa, con los brazos desnudos como los de un obrero, mostraba su pecho cubierto de pelos tan blancos como sus cabellos. Sus ojos horriblemente fijos no se separaban de una máquina neumática. El recipiente de aquella máquina estaba cubierto por una lente formada por dobles cristales convexos cuyo interior estaba lleno de alcohol y que concentraba los rayos de sol que penetraban por uno de los compartimientos del rosetón del granero. El recipiente, cuyo soporte estaba aislado, comunicaba con los hilos de una inmensa pila de Volta. Lemulquinier, cuyo trabajo consistía en mover el soporte de aquella máquina montada sobre un eje móvil, a fin de mantener la lente en sentido perpendicular al de los rayos solares, se levantó, con la cara negra de polvo, y exclamó:

—¡Ah, no se acerque, señorita!

El aspecto de su padre que, medio arrodillado ante su máquina, recibía a plomo la luz del sol, y cuyos cabellos revueltos semejaban hebras de plata, su cráneo desigual, su rostro contraído por una espantosa espera, la singularidad de los objetos que le rodeaban, la oscuridad en que se hallaban las zonas de aquel amplio desván en donde asomaban extrañas máquinas, todo contribuía a impresionar a Marguerite que pensó

con terror: «¡Mi padre está loco!». Se acercó a él para decirle al oído:

—Dígale a Lemulquinier que salga.

—No, hija mía, que lo necesito; estoy aguardando la culminación de un precioso experimento que a nadie se le había ocurrido hasta ahora. Tres días llevamos esperando un rayo de sol. Poseo los medios para someter los metales, en un vacío perfecto, a los rayos solares concentrados y a corrientes eléctricas. Verás, dentro de un momento, dentro de un momento va a entrar en acción la energía más poderosa de que puede disponer un químico, y sólo yo...

—Mire, padre, en vez de vaporizar los metales, mejor haría reservándolos para pagar sus letras de cambio...

—¡Aguarda, aguarda!

—Ha venido el señor Mersktus, padre, necesita diez mil francos a las cuatro.

—Sí, sí, luego. Firmé esos efectos para este mes, es cierto. Creía que habría hallado ya el Absoluto. ¡Dios mío, con el sol de julio, ya estaría realizado el experimento!

Se mesó el cabello, se sentó en un tosco sillón de mimbre y asomaron unas lágrimas en sus ojos.

—Lleva razón el señor. ¡La culpa de todo la tiene el bribón del sol que es demasiado débil, el muy cobarde, el muy holgazán!

Amo y señor dejaron de prestar atención a Marguerite.

—Déjenos, Mulquinier —dijo la muchacha.

—¡Ah! Tengo un nuevo experimento —exclamó Claës.

—Padre, olvídense de sus experimentos —le dijo su hija cuando estuvieron solos —, debe usted cien mil francos, y no tenemos un céntimo. Abandone usted su laboratorio, hoy está en juego su honor. ¿Qué será de usted cuando esté en la cárcel? ¿Manchará sus blancos cabellos y el apellido Claës con la infamia de una bancarrota? Yo me opondré. Tendré fuerza para oponerme a su locura, sería espantoso verle pasar sus últimos días sin un trozo de pan. Hágase cargo de la situación, tenga por una vez un poco de cordura.

—¡Locura! —gritó Balthazar que se puso de pie, clavó sus luminosos ojos en su hija, se cruzó de brazos y repitió la palabra locura tan majestuosamente, que Marguerite tembló—. ¡Ah! ¡Tu madre no me habría dicho esa palabra! —prosiguió —, no ignoraba la importancia de mis investigaciones, aprendió una ciencia para comprenderme, sabía que trabajo por la humanidad, que nada personal ni sórdido hay en mí. Los sentimientos de la esposa amante están, bien lo veo, muy por encima del amor filial. ¡Sí, el amor es el más hermoso de todos los sentimientos! ¿Tener cordura? —repitió golpeándose el pecho—, ¿acaso me falta? ¿No soy yo mismo? Somos pobres, hija mía, pues así quiero que sea. Soy tu padre, obedéceme. Te haré rica. Te haré rica cuando me plazca. Tu fortuna, pero si es una ridiculez. Cuando haya encontrado un disolvente del carbono, llenaré la sala de diamantes, y eso no es más que una nimiedad comparado con lo que busco. Bien puedes esperar, cuando me

estoy consumiendo en gigantescos esfuerzos.

—Padre, no tengo derecho a pedirle cuentas de los cuatro millones que ha enterrado usted en este granero sin resultado alguno. No le hablaré de mi madre a quien mató usted. Si tuviera un marido, lo amaría, sin duda, tanto como amaba usted a mi madre, estaría dispuesta a sacrificárselo todo, como hizo ella con usted. He seguido sus órdenes, entregándome a usted por entero, se lo he demostrado no casándome para no obligarle a darme cuenta del dinero que tiene mío como tutor. Dejemos el pasado, pensemos en el presente. Vengo aquí para recordarle la necesidad que ha creado usted mismo. Hace falta dinero para sus letras de cambio, ¿entiende usted? Nada que embargar hay aquí salvo el retrato de nuestro abuelo Claës. Vengo, pues, en nombre de mi madre, que fue demasiado débil para defender a sus hijos contra su padre y que me ordenó que me resistiera a usted, vengo en nombre de mis hermanos y de mi hermana, vengo, padre, en nombre de todos los Claës a ordenarle que abandone sus experimentos, que adquiera una fortuna propia antes de proseguir con ellos. Si hace valer usted su paternidad que sólo se ha dejado notar para matarnos, a mí me respaldan sus antepasados y el honor que hablan más alto que la Química. ¡He sido ya demasiado su hija!

—Y por eso quieres ser ahora mi verdugo —replicó Balthazar con voz débil.

Marguerite se escabulló para no abdicar del papel que acababa de representar; creyó oír la voz de su madre cuando le dijo *¡No le lleves mucho la contraria a tu padre, quiérela mucho!*

—¡Bonita la está armando la señorita allí arriba! —dijo Lemulquinier al bajar a la cocina para almorzar—. Estábamos ya a punto de dar con el secreto, sólo nos faltaba un tanto así de sol de julio, porque el señor, ¡ah!, ¡qué hombre! ¡Calza, como aquél que dice, el pie divino! Un pelín faltaba —dijo a Josette chascando la uña del pulgar derecho bajo el diente popularmente llamado pala— para que supiéramos el principio de todo. ¡Y zas! se presenta allí gritando por tonterías de letras de cambio.

—¿Ah, sí? —dijo Martha—. ¿Pues por qué no las paga usted con su sueldo esas letras de cambio?

—¿No hay mantequilla para untar en el pan? —preguntó Lemulquinier a Josette.

—¿Y dinero para comprar? —contestó agriamente la cocinera—. Dígame usted, viejo monstruo, si tanto oro hace en su cocina del demonio, ¿cómo es que no fabrica también un poco de mantequilla? Tan difícil no sería, y vendiéndola en el mercado sacaría dinero para llenar la olla. ¡Pan seco comemos nosotras! Las dos señoritas con pan y nueces se contentan. ¿A ver si va a estar mejor alimentado usted que los amos? La señorita no quiere gastar más que cien francos mensuales para toda la casa. No hacemos ya sino una sola comida. Si quiere usted golosinas, arriba tiene esos hornos donde guisotean ustedes perlas, que no se habla de otra cosa en la plaza. Hágase pollos asados.

Lemulquinier cogió su pan y salió.

—Va a comprarse algo con su dinero —dijo Martha—; mejor, eso que nos

ahorraremos. ¡Será avaro el zorrastrón ese!

—Por el hambre había que pillarlo —dijo Josette—. Ocho días hace que no quita *una mota de polvo*, tengo que hacer yo su trabajo, está siempre metido ahí arriba; bien puede pagármelo invitándonos a unos arenques. ¡Como traiga, verás tú qué pronto se los cojo!

—¡Ah! —dijo Martha—, estoy oyendo llorar a la señorita Marguerite. El viejo brujo de su padre se zampará la casa sin haber dicho una palabra cristiana, brujo de él. En mi tierra, ya lo habrían quemado vivo; pero lo que es aquí, como tienen la misma religión que los moros de África.

La señorita Claës apenas podía ahogar los sollozos mientras cruzaba la galería. Se metió en su cuarto, buscó la carta de su madre y leyó lo que sigue:

Hija mía, si Dios lo permite, estará mi espíritu en tu corazón cuando leas estas líneas, ¡las últimas que habré escrito! Están llenas de amor por mis queridos niños que quedan a la merced de un demonio a quien no he sabido plantar cara. Se habrá comido vuestro pan, como ha devorado mi vida y hasta mi amor. ¡Tú sabes, tesoro mío, cómo amaba yo a tu padre! Expiraré amándolo menos, puesto que tomo contra él precauciones que no hubiera aprobado estando viva. Sí, habré guardado en el fondo de mi ataúd un último recurso para el día en que hayáis alcanzado el grado más alto del infortunio. Si os ha reducido a la indigencia, o si es menester salvar vuestro honor, hija mía, encontrarás en casa del padre De Solis, si vive aún, y si no en casa de su sobrino, nuestro buen Emmanuel, unos ciento setenta mil francos que os ayudarán a vivir. Si nada ha podido domeñar su pasión, si sus hijos no son una barrera más fuerte para él que lo fue mi felicidad, y no lo detienen en su marcha criminal, ¡abandonad a vuestro padre, vivid al menos! Yo no podía abandonarle, me debía a él. ¡Tú, Marguerite, salva a tu familia! Te absuelvo de cuanto hagas por defender a Gabriel, a Jean y a Félicie. Ármate de valor, sé el ángel tutelar de los Claës. Muéstrate firme, no me atrevo a decirte despiadada; pero para poder reparar las calamidades ya causadas, es menester conservar cierta fortuna, actúa como si te hallases hundida en la más absoluta miseria, pues nada detendrá el furor de la pasión que todo me lo ha arrebatado. Por tanto, hija mía, olvídate de tu corazón, que haciéndolo demostrarás tener mucho. Tu simulación, si has de mentir a tu padre, sería gloriosa; tus actos, por censurables que pudieran parecer, serían heroicos por ser su fin el proteger a la familia. Así me lo ha dicho el virtuoso padre De Solis, y jamás conciencia fue tan pura y clarividente como la suya. Me habrán faltado fuerzas para decirte estas palabras, aun en mi lecho de muerte. Con todo, sé siempre respetuosa y buena en esta horrenda lucha. Resiste adorando, rehúsa con dulzura. Así, habré llorado lágrimas desconocidas y sufrido dolores que no estallarán hasta después de mi muerte. Besa, en mi nombre, a mis queridos hijos, en el momento en que te erijas en su protectora. Que Dios y los santos estén contigo.

JOSÉPHINE

Acompañaba aquella carta un conocimiento de los señores De Solis tío y sobrino, que se comprometían a entregar la cantidad depositada en sus manos para la señora Claës a aquel de sus hijos que les presentase aquel escrito.

—Martha —gritó Marguerite a la dueña que subió de inmediato—, vaya usted a casa del señor De Solis y ruéguele que se pase por aquí. «¡Noble y discreta criatura! Y nunca me ha dicho nada —pensó—, a pesar de que mis problemas y pesares son ahora los suyos».

Se presentó Emmanuel antes de que regresara Martha.

—¿Ha tenido usted secretos conmigo? —dijo la muchacha enseñándole la carta.

Emmanuel bajó la cabeza.

—¿O sea que lo está pasando usted muy mal, Marguerite? —dijo dejando escapar unas lágrimas.

—¡Oh, sí! Sea usted mi sostén, usted a quien mi madre llama aquí *nuestro buen Emmanuel* —dijo ella mostrándole la carta y sin poder reprimir un gesto de alegría al ver que su madre aprobaba su elección.

—Mi sangre y mi vida pertenecen a usted desde el día en que la vi en la galería —contestó él llorando de alegría y de dolor—; pero no sabía, no me atrevía a esperar que un día aceptaría usted mi sangre. Si me conoce bien, sabrá que mi palabra es sagrada. Perdóneme mi total obediencia a los deseos de su madre, no me correspondía a mí juzgar sus intenciones.

—Nos ha salvado usted —dijo ella interrumpiéndole y tomándole del brazo para bajar a la sala.

Tras conocer el origen del dinero que obraba en poder de Emmanuel, Marguerite puso en su conocimiento la triste necesidad que apremiaba a la casa.

—Hay que ir a pagar las letras de cambio —dijo Emmanuel—, si están todas en el banco de Mersktus, ganará usted los intereses. Le entregaré los setenta mil francos restantes. Mi pobre tío me dejó una cantidad similar en ducados que será fácil trasladar secretamente.

—Sí, tráigamelos por la noche. Cuando duerma mi padre, los esconderemos. Si supiera que tengo dinero, podría hacerme violencia. ¡Oh Emmanuel, desconfiar de mi propio padre! —dijo llorando y apoyando la frente en el pecho del joven.

El grácil y triste movimiento con el que Marguerite buscaba protección, fue la primera expresión de aquel amor siempre arropado en melancolía, siempre inserto en una esfera de dolor; pero aquel corazón demasiado lleno había de desbordar, ¡y fue bajo el peso de una desdicha!

—¿Qué hacer? ¿Qué será de nosotros? No ve nada, nada le importa, ni nosotros ni él mismo, porque no sé cómo puede vivir en ese desván donde abrasa el aire.

—¿Qué cabe esperar de un hombre que en todo momento exclama como Ricardo III: «¡Mi reino por un caballo!»? —dijo Emmanuel—. Será siempre despiadado, y debe usted serlo en la misma medida. Pague sus letras de cambio, entréguele, si quiere, su fortuna; pero la de su hermana, la de sus hermanos, no le pertenecen ni a usted ni a él.

—¿Entregar mi fortuna? —dijo ella estrechando la mano de Emmanuel y clavando en él una encendida mirada—. ¡Usted me lo aconseja! Pierquin, en cambio, se inventaba mil mentiras para que la conservase.

—¡Ay! Quizá sea egoísta a mi manera. Tan pronto me gustaría que no tuviera usted fortuna, y así estaría más cerca de mí, como que fuera rica y feliz. Pero opino que es mezquino creerse separados por las miserables grandezas de la fortuna.

—¡Querido! No hablemos de nosotros...

—¡Nosotros! —repitió él extasiado. Luego, tras una breve pausa, agregó—: El mal es grande, pero no irreparable.

—Sólo nosotros podemos repararlo, la familia Claës no tiene ya cabeza. Para haber llegado a no ser ya ni padre ni hombre, a carecer de noción de lo justo y lo injusto, pues él, tan grande, tan generoso, tan honrado, ha derrochado en contra de la ley la fortuna de los hijos a quienes debería defender, ¿en qué abismo habrá caído? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que estará buscando?

—Desgraciadamente, querida Marguerite, aunque yerre como cabeza de familia, tiene razón científicamente; y una veintena de hombres lo admirarán en Europa, cuando todos los demás lo tacharán de loco; pero puede usted negarle sin remordimiento la fortuna de sus hijos. Un descubrimiento ha sido siempre producto del azar. Si su padre ha de dar con la solución de su problema dará con ella sin tanto gasto, y quizás en el momento en que desespere.

—Mi pobre madre es feliz —dijo Marguerite—, habría superado mil veces la muerte, y sucumbió a su primer encontronazo con la Ciencia. Pero es un combate que no tiene fin...

—Tiene un fin —replicó Emmanuel—. Cuando ya no le quede a usted nada, el señor Claës no encontrará crédito, y lo dejará...

—Que lo deje hoy mismo —exclamó Marguerite—, estamos arruinados.

El señor De Solis fue a pagar las letras de cambio y regresó a entregárselas a Marguerite. Balthazar bajó unos momentos antes de la cena, contraviniendo de su costumbre. Por primera vez, en dos años, su hija percibió en su fisonomía los signos de una espantosa tristeza: volvía a ser padre, la razón había ahuyentado a la Ciencia. Miró en el patio y en el jardín, y cuando tuvo la seguridad de hallarse a solas con su hija, se acercó a ella con gesto lleno de melancolía y bondad.

—Hija mía —dijo tomándole la mano y estrechándosela con efusiva ternura—, perdona a tu anciano padre. Sí, Marguerite, he actuado mal. Tienes razón tú. ¡Mientras no haya *dado con ello*, seré un miserable! Me iré de aquí. No quiero vender a Van Claës —dijo señalando el retrato del mártir—. Él murió por la Libertad, yo habré muerto por la Ciencia; a él se le venera, a mí se me odiará.

—¿Que se le odiará, padre? No —dijo arrojándose a su pecho—, todos le adoramos. ¿Verdad, Félicie? —dijo a su hermana que entraba en aquel instante.

—¿Qué tiene usted, padre querido? —dijo la muchacha cogiéndole la mano.

—Os he arruinado.

—Bueno —dijo Félicie—, nuestros hermanos nos harán ricas. Jean es siempre el primero de la clase.

—Mire usted, padre —dijo Marguerite llevando a Balthazar con un ademán lleno de gracia y mimo filial hasta la chimenea de donde cogió unos papeles que estaban debajo del reloj—, aquí tiene sus letras de cambio; pero no firme usted más, no habría ya dinero para pagarlas...

—Luego tienes dinero —dijo Balthazar al oído de Marguerite cuando volvió de su sorpresa.

La frase dejó sin respiración a aquella hija heroica, tal expresión de delirio, de júbilo, de esperanza se pintaba en el rostro de su padre que miraba en torno suyo, como queriendo descubrir oro.

—Padre —dijo con dolorido acento—, tengo mi fortuna.

—Dámela —contestó él dejando escapar un gesto ávido—, te la devolveré por centuplicado.

—Sí, se la daré —contestó Marguerite contemplando a Balthazar que no comprendió el sentido que daba su hija a aquella frase.

—¡Ah! hija del alma —dijo—, ¡me salvas la vida! Tengo pensado un último experimento tras el cual ya no hay nada. Si, en esta ocasión, no lo encuentro, tendré que renunciar a hallar el Absoluto. Dame el brazo, ven, hija querida, me gustaría hacerte la mujer más feliz de la tierra, me devuelves a la felicidad, a la gloria; me deparas el poder de colmaros de tesoros, os cubriré de joyas, de riquezas.

Besó a su hija en la frente, le cogió las manos, se las estrechó, le manifestó su alegría con halagos que a Marguerite se le antojaron casi serviles; durante la cena,

Balthazar sólo tenía ojos para ella, la miraba con la solicitud, la vivacidad, la atención que despliega un amante con su amada: no bien hacía ella un gesto, intentaba adivinar su pensamiento, su deseo, y se levantaba para servirla; la avergonzaba, ponía en sus deferencias una suerte de juventud que contrastaba con su vejez prematura. A tales zalamerías, Marguerite oponía el cuadro de la penuria reinante, ya con una palabra de duda, ya con una mirada que lanzaba a los vacíos estantes de los aparadores del comedor.

—Ea —le dijo él—, que dentro de seis meses, llenaremos todo eso de oro y de maravillas. Serás como una reina. ¡Bah! La naturaleza entera nos pertenecerá, estaremos por encima de todo... y gracias a ti, Marguerite mía. ¿Margarita? —agregó sonriendo—, tu nombre es una profecía. Margarita quiere decir perla. Lo ha dicho Sterne en algún sitio. ¿Has leído a Sterne? ¿Quieres algo suyo? Te entretendrá.

—La perla es, según dicen, fruto de una enfermedad —replicó ella—, ¡y bastante hemos sufrido ya!

—No estés triste, harás felices a quienes amas, serás muy poderosa, muy rica.

—La señorita tiene tan buen corazón —dijo Lemulquinier cuyo rostro taladrado esbozó a duras penas una sonrisa.

Durante el resto de la velada, Balthazar desplegó para sus dos hijas todo el donaire de su carácter y el ingenio de su conversación. Seductor como la serpiente, su palabra, su mirada emanaban un fluido magnético, y prodigó esa pujante genialidad, ese exquisito ingenio que fascinaba a Joséphine, y se ganó por así decirlo el corazón de sus hijas. Cuando llegó Emmanuel de Solis, encontró, por primera vez desde hacía tiempo, al padre y a los hijos reunidos. No obstante su reserva, el joven director quedó deslumbrado por la escena, pues la conversación, las maneras de Balthazar poseían un hechizo increíble. Aunque sumergidos en los abismos del pensamiento e incesantemente ocupados en observar el mundo moral, los hombres de ciencia no dejan de advertir los menores detalles en la esfera en que viven. Más intempestivos que distraídos, nunca se hallan en armonía con lo que les rodea, lo saben y lo olvidan todo; prejuzgan el futuro, profetizan para sí solos, están al tanto de un acontecimiento antes de que estalle, pero con nadie lo han hablado. Si, en el silencio de las meditaciones, han usado de su poder para reconocer lo que ocurre a su alrededor, les basta adivinar: el trabajo les absorbe, y aplican casi siempre erróneamente los conocimientos que han adquirido sobre las cosas de la vida. A veces, cuando despiertan de su apatía social, o cuando descienden del mundo moral al mundo exterior, regresan a él desplegando una portentosa memoria, y nada les es ajeno. Así Balthazar, en quien se aparejaban la perspicacia del corazón y la del cerebro, sabía todo el pasado de su hija, conocía o había adivinado los menores lances del misterioso amor que la unía a Emmanuel, se lo demostró sagazmente a ambos y sancionó su afecto compartiéndolo. Era el más grato halago que pudiera hacer un padre, y los dos enamorados fueron incapaces de resistirse a él. La velada fue deliciosa por el contraste que formaba con las zozobras que asaltaban la vida de

aquellos pobres jóvenes. Cuando, tras haberlos llenado por así decirlo con su luz y bañado en ternura, se retiró Balthazar, Emmanuel de Solis, que se había mantenido hasta entonces circunspecto y un tanto azorado, sacó los tres mil ducados de oro que llevaba en el bolsillo temiendo que se le vieran. Los dejó sobre la mesita de labor de Marguerite que los cubrió con el paño que estaba zurciendo y fue a buscar el dinero restante. Cuando volvió, Félicie se había ido a la cama. Daban las doce. Martha, que aguardaba para desnudar a su ama, estaba ocupada en el cuarto de Félicie.

—¿Dónde podemos esconder esto? —dijo Marguerite que no había podido resistir el placer de manosear unos ducados, una chiquillada que la perdió.

—Levantaré esta columna de mármol que tiene hueco el pedestal —dijo Emmanuel—, mete usted los cartuchos y ni al diablo se le ocurriría ir a buscarlos ahí.

En el momento en que hacía su penúltimo viaje de la mesita de labor a la columna, Marguerite lanzó un grito estridente, dejó caer los cartuchos cuyas monedas rompieron el papel y se desparramaron por el parqué: su padre estaba en la puerta de la sala, y asomaba la cabeza con una expresión de avidez que la espantó.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —preguntó alternativamente a su hija a quien el miedo tenía clavada en el suelo, y al joven que se había incorporado bruscamente, pero cuya actitud junto a la columna resultaba elocuente. El estrépito del oro en el suelo fue tremendo y su diseminamiento parecía profético.

—No me equivocaba —dijo Balthazar sentándose—, había oído el sonido del oro.

No era menor su emoción que la de ambos jóvenes, cuyos corazones palpitaban tan al unísono, que se oían sus latidos como el tictac de una péndola en medio del profundo silencio que reinó de repente en la sala.

—Pues muchas gracias, señor De Solis —dijo Marguerite a Emmanuel lanzándole una mirada que significaba: «Echeme una mano, para salvar este dinero».

—Cómo, este oro... —dijo Balthazar lanzando miradas atterradoramente lúcidas a su hija y a Emmanuel.

—Este oro es de este señor que ha tenido la bondad de prestármelo para que podamos cumplir nuestros compromisos —contestó Marguerite.

El señor De Solis se puso encarnado y quiso salir.

—Permítame que le exprese mi agradecimiento —dijo Balthazar asiéndole del brazo.

—No me debe usted nada, señor Claës. Este dinero pertenece a Marguerite que me lo ha pedido respondiendo con sus bienes —contestó mirando a su amada que le dio las gracias con un imperceptible parpadeo.

—No pienso tolerarlo —dijo Claës que cogió una pluma y una hoja de papel de la mesa donde escribía Félicie y, volviéndose hacia los dos atónitos jóvenes, preguntó:

—¿Cuánto hay?

La pasión había tornado a Balthazar más taimado que el más hábil y bribón de los intendentes; el dinero iba a ser suyo. Marguerite y el señor De Solis vacilaban.

—Contemos —dijo Balthazar.

—Hay seis mil ducados —contestó Emmanuel.

—Setenta mil francos —agregó Claës.

La mirada que lanzó Marguerite a su amado le infundió ánimos.

—Señor Claës —dijo temblando Emmanuel—, este compromiso carece de valor, discúlpeme la expresión puramente técnica; le he prestado esta mañana a la señorita Claës cien mil francos para liquidar unas letras de cambio que no podía usted pagar, por lo que se ve en la imposibilidad de darme ninguna garantía. Estos ciento setenta mil francos pertenecen a su hija que puede disponer de ellos a su antojo, pero no se los presto sino bajo su promesa de suscribir un documento merced al que yo pueda disponer de una garantía sobre su parte en los terrenos yermos de Waignies.

Marguerite volvió la cabeza para disimular las lágrimas que le nublaron los ojos, pues conocía la pureza del corazón que distinguía a Emmanuel. Educado por su tío en la más estricta práctica de las virtudes religiosas, el joven experimentaba particular horror por la mentira; tras ofrecer su corazón y su vida a Marguerite, le sacrificaba también su conciencia.

—Adiós, caballero —contestó Balthazar—, pensaba que tenía usted más confianza en un hombre que le miraba con ojos de padre.

Tras intercambiar una atribulada mirada con Marguerite, Emmanuel salió acompañado por Martha que cerró la puerta de la calle. No bien quedaron solos padre e hija, Claës preguntó a Marguerite:

—¿Me quieres, verdad?

—Déjese usted de rodeos, padre. Usted quiere ese dinero y no lo tendrá.

Se puso a reunir los ducados, su padre la ayudó silenciosamente a recogerlos y a comprobar la cantidad que había desparramado, y Marguerite le dejó ayudarla sin mostrar el menor recelo. Una vez puestos en montón los dos mil ducados, Balthazar dijo con cara desesperada:

—¡Marguerite, necesito este oro!

—Si lo coge usted, será un robo —contestó ella fríamente—. Escúcheme, padre: mejor matarnos de una sola vez que hacernos sufrir mil muertes cada día. Decida usted mismo quién ha de morir, si usted o nosotros.

—Así, habréis asesinado a vuestro padre.

—Habremos vengado a nuestra madre —replicó Marguerite señalando el sitio donde muriera la señora Claës.

—Hija mía, si supieras de qué se trata, no me dirías semejantes palabras. Escucha, que te explico el problema... Pero no lo entenderás —exclamó con desesperación—. ¡Dámelo ya! Cree por una vez a tu padre. Sí, ya sé que hice sufrir a tu madre; que derroché, por emplear la palabra de los ignorantes, mi fortuna y que he dilapidado la vuestra; que trabajáis todos por lo que llamas tú una locura; pero, ángel mío, amada mía, mi amor, Marguerite mía, escúchame de una vez. Si no lo consigo, me pongo en tus manos, te obedeceré como deberías tú obedecerme; acataré tus deseos, te dejaré administrar mi fortuna, dejaré de ser el tutor de mis hijos, me despojaré de toda

autoridad. Lo juro por mi madre —dijo derramando lágrimas. Marguerite volvió la cabeza para no ver aquella cara deshecha en llanto, y Claës se arrojó a las rodillas de su hija creyendo que iba a ceder.

—¡Marguerite, Marguerite! ¡Dame, dámelo! ¿Qué son setenta mil francos a la hora de evitar remordimientos eternos? Porque moriré, esto me matará. Escúchame. Mi palabra será sagrada. Si fracaso, renuncio a mis trabajos, abandonaré Flandes, Francia incluso, si así lo exigés, e iré a trabajar de peón para rehacer céntimo a céntimo mi fortuna y devolver un día a mis hijos lo que les haya arrebatado la Ciencia.

Marguerite quería levantar a su padre, pero Claës insistía en permanecer de rodillas, y agregó llorando:

—Sé por última vez cariñosa y abnegada. Si no lo consigo, yo mismo te daré la razón cuando me maltrates. ¡Me llamarás viejo loco! ¡Y mal padre! ¡Me dirás que soy un ignorante! Y yo, cuando oiga esas palabras, te besaré las manos. Podrás golpearme, si quieres. ¡Y cuando me golpees, te bendeciré como la mejor de las hijas recordando que me has dado tu sangre!

—Si sólo se tratase de mi sangre, se la devolvería a usted —exclamó Marguerite—. Pero ¿puedo dejar degollar en nombre de la Ciencia a mi hermano y a mi hermana? ¡No! Déjeme, déjeme —dijo enjugándose las lágrimas y rechazando las manos acariciantes de su padre.

—Sesenta mil francos y dos meses —dijo Claës levantándose con rabia—, sólo eso necesito; pero mi hija se interpone entre la gloria, entre la riqueza y yo. ¡Maldita seas! —agregó—. No eres ni hija ni mujer, no tienes corazón, no serás ni madre ni esposa. Déjame cogerlo, anda, niña mía, niña mía querida, te adoraré —agregó acercando la mano hacia el oro con atroz energía.

—¡Me hallo indefensa contra la fuerza, pero Dios y el gran Claës nos están viendo! —dijo Marguerite señalando el retrato.

—¡Pues intenta vivir empapada en la sangre de tu padre! —gritó Balthazar lanzándole una mirada de horror.

Se levantó, contempló la sala y salió lentamente. Al llegar a la puerta, se volvió como habría hecho un mendigo e interrogó a su hija con un gesto al que Marguerite contestó negando con la cabeza.

—Adiós, hija mía —dijo con dulzura—, procura vivir feliz.

Cuando desapareció, Marguerite se hundió en un estupor que tuvo el efecto de aislarla del mundo, no estaba ya en la sala, ni notaba su cuerpo, tenía alas y volaba por los espacios del mundo moral donde todo es inmenso, donde el pensamiento acerca las distancias y los tiempos, donde una mano divina alza el velo tendido sobre el porvenir. Le pareció que transcurrían días enteros entre cada uno de los pasos que daba su padre subiendo las escaleras; luego, la recorrió un escalofrío de horror al oírle entrar en su cuarto. Guiada por un presentimiento que expandió por su alma la sobrecogedora claridad del relámpago, subió las escaleras, a oscuras, sin ruido, y vio

a su padre que se pegaba una pistola a la frente.

—Cójalo todo —le gritó abalanzándose hacia él.

Se desplomó en un sillón, Balthazar, viéndola pálida, se echó a llorar como lloran los viejos; tornó a convertirse en un niño, la besó en la frente, le dijo palabras sin sentido, estaba a punto de saltar de alegría, y parecía querer jugar con ella, como juega un hombre con su amante tras haber obtenido de ella la felicidad.

—¡Basta! Basta, padre, ¡piense en su promesa! ¡Si no triunfa usted, me obedecerá!

—Sí.

—Oh madre mía —dijo Marguerite volviéndose hacia la habitación de su madre—, usted lo hubiera dado todo, ¿no es así?

—Duerme en paz —dijo Balthazar—, eres una buena hija.

—¡Dormir! —replicó ella—. Para mí se acabaron las noches de mi juventud. Me envejece usted, padre, como marchitó lentamente el corazón de mi madre.

—Pobre niña, me gustaría tranquilizarte explicándote los resultados del magnífico experimento que acabo de imaginar, comprenderías...

—Lo único que comprendo es nuestra ruina —contestó Marguerite marchándose. Al día siguiente, que era fiesta, llegó Emmanuel de Solis con Jean.

—¿Y bien? —dijo con tristeza al ver a Marguerite.

—He cedido.

—Vida mía —dijo él en un arrebato de melancólica alegría—, si hubiese resistido usted, la habría admirado; ¡pero débil, la adoro!

—Pobre, pobre Emmanuel, ¿qué nos quedará?

—Déjeme hacer a mí —exclamó el joven con expresión radiante—, ¡nos amamos, todo irá bien!

Transcurrieron unos meses en medio de una total tranquilidad. El señor De Solis convenció a Marguerite de que sus magras economías no constituirían jamás una fortuna, y le aconsejó que viviera holgadamente recurriendo, para mantener la abundancia en la casa, al dinero que quedaba de la cantidad depositada en sus manos. Entretanto, Marguerite sufrió las mismas ansiedades que agitaran antaño a su madre en similares circunstancias. Pese a mostrarse incrédula, había llegado a confiar en el genio de su padre. Por un fenómeno inexplicable, muchas personas tienen esperanza sin tener fe. La esperanza es la flor del Deseo, la fe el fruto de la Certidumbre. Marguerite pensaba: «¡Si mi padre triunfa, seremos felices!». Sólo Claës y Lemulquinier decían: «¡Triunfaremos!». Por desgracia, el rostro de aquel hombre fue tiñéndose día tras día de tristeza. Cuando bajaba a cenar, a veces no se atrevía a mirar a su hija y a ratos le lanzaba también miradas de triunfo. Marguerite dedicaba las veladas a estudiar, asistida por el joven De Solis, una serie de dificultades legales. Abrumó a su padre con preguntas sobre sus relaciones familiares, poniendo fin con ello a su educación viril. Se preparaba evidentemente a ejecutar el plan que venía meditando si su padre sucumbía una vez más a su duelo con lo *Desconocido*.

A comienzos del mes de julio, Balthazar se pasó todo un día sentado en el banco del jardín, sumido en triste meditación. Miró repetidas veces el montículo sin tulipanes, las ventanas de la habitación de su mujer; sin duda se estremecía pensando en el alto precio de su lucha: sus gestos reflejaban pensamientos ajenos a la Ciencia. Marguerite fue a sentarse y a trabajar a su lado momentos antes de cenar.

—No ha tenido usted éxito, ¿verdad, padre?

—No, hija mía.

—¡Ah! —dijo Marguerite con voz dulce—, no le dirigiré el menor reproche, ambos somos igualmente culpables. Sólo le reclamaré que cumpla con su palabra, ha de ser sagrada, es usted un Claës. Sus hijos le rodearán de amor y respeto, pero a partir de hoy me pertenece, y me debe obediencia. No tema, que mi reino sera benigno, y hasta me esforzaré en que concluya en breve. Me llevo a Martha, le dejo durante cosa de un mes, y para ocuparme de usted; porque —dijo besándole en la frente—, es usted mi niño. A partir de mañana, pues, llevará la casa Félicie. La pobre niña sólo tiene diecisiete años, no podría resistirse a usted; sea generoso, no le pida un céntimo, pues dispondrá estrictamente de lo que necesita para los gastos de la casa. Tenga usted valor, renuncie durante dos o tres años a sus trabajos y a sus pensamientos. El problema madurará, yo habré reunido el dinero necesario para que lo resuelva y lo resolverá usted. Vamos, ¿dígame si no es clemente su reina?

—Luego todo no está perdido —dijo el anciano.

—No, si es usted fiel a su palabra.

—Te obedeceré, hija mía —contestó Claës con profunda emoción.

Al día siguiente, el señor Conyncks de Cambrai fue a buscar a su sobrina nieta. Iba en coche de viaje y no quiso quedarse en casa de su primo sino el tiempo necesario para que Marguerite y Martha preparasen sus maletas. El señor Claës recibió a su primo con cordialidad, pero se le veía triste y humillado. El viejo Conyncks adivinó los pensamientos de Balthazar, y, mientras almorzaban, le dijo con abierta franqueza:

—Tengo algunos de sus cuadros, primo, me gustan los cuadros hermosos, es una pasión ruinosa; pero todos tenemos nuestra locura...

—¡Querido tío! —dijo Marguerite.

—Dicen que está usted arruinado, primo, pero un Claës siempre tiene tesoros aquí —dijo golpeándose la frente—. Y aquí también, ¿no es así? —agregó señalándose el corazón—. ¡Por eso confío en usted! He encontrado en mi escarcela unos escudos que he puesto a su disposición.

—¡Ah! —exclamó Claës—, le devolveré tesoros...

—Los únicos tesoros que poseemos en Flandes, primo, son la paciencia y el trabajo —exclamó severamente Conyncks—. Nuestro antepasado tiene grabadas esas dos palabras en la frente —dijo señalándole el retrato del presidente Van Claës.

Marguerite besó a su padre, se despidió de él, dio las últimas recomendaciones a Josette y a Félicie, y partió en la posta hacia París. El tío abuelo, que era viudo,

solamente tenía una hija de doce años y poseía una inmensa fortuna; no era imposible, por tanto, que quisiera casarse; de ahí que los habitantes de Douai creyesen que la señorita Claës se casaba con su tío abuelo. El rumor de aquel rico matrimonio trajo de nuevo al notario Pierquin por casa de los Claës. Se habían producido grandes cambios en las ideas de aquel excelente calculador. Desde hacía dos años, la sociedad de la ciudad se hallaba dividida en dos bandos enemigos. La nobleza había formado un primer círculo, y la burguesía otro, naturalmente muy hostil al primero. Esta súbita separación que se produjo en toda Francia y la dividió en dos naciones enemigas cuyos envidiosos resentimientos crecieron gradualmente, fue una de las principales razones de que triunfase la revolución de julio de 1830 en provincias. Entre aquellas dos sociedades, una de las cuales era ultramonárquica y la otra ultraliberal, se hallaban los funcionarios admitidos, según su importancia, en uno u otro mundo, que, al caer el poder legítimo, permanecieron neutrales. Al iniciarse la lucha entre la nobleza y la burguesía, los Cafés realistas cobraron inusitado esplendor, y rivalizaron tan brillantemente con los Cafés liberales, que esas, a modo de fiestas gastronómicas, costaron, según dicen, la vida a varios personajes que, semejantes a morteros mal fundidos, no pudieron resistir tales ejercicios. Naturalmente, ambas sociedades se hicieron exclusivas y se depuraron. Pierquin, con ser riquísimo para ser un hombre de provincias, quedó apeado de los círculos aristocráticos viéndose relegado a los de la burguesía. Su amor propio sufrió sobremanera por los muchos desplantes que recibió viéndose rechazado paulatinamente por la gente a la que frecuentara antaño. Alcanzaba la edad de cuarenta años, única época de la vida en que los hombres que piensan en el matrimonio pueden casarse aún con personas jóvenes. Los partidos a los que podía aspirar pertenecían a la burguesía, y su ambición le llevaba a permanecer en la alta sociedad, adonde debía introducirle una ventajosa unión. El aislamiento en que vivía la familia Claës la había mantenido al margen de aquel movimiento social. Aunque Claës pertenecía a la vieja aristocracia de la provincia, era de suponer que sus preocupaciones le impedirían obedecer a las antipatías creadas por aquella nueva ordenación de las personas. Por pobre que pudiera ser, una señorita Claës aportaba a su marido esa fortuna en vanidad que anhelan todos los advenedizos. Pierquin volvió, pues, por casa de los Claës con la secreta intención de hacer los sacrificios necesarios para concertar un matrimonio que plasmara todas sus ambiciones. Hizo compañía a Balthazar y a Félicie durante la ausencia de Marguerite, pero reconoció tardíamente en Emmanuel de Solis a un temible rival. La herencia del difunto sacerdote pasaba por ser cuantiosa; y, a los ojos de un hombre que calibraba ingenuamente todas las cosas de la vida, el joven heredero parecía más poderoso por su dinero que por las seducciones del corazón que jamás habían preocupado a Pierquin. Dicha fortuna devolvía al apellido Solis todo su valor. El oro y la nobleza eran como dos luceros que, iluminándose mutuamente, multiplicaban su brillo. El afecto sincero que profesaba el joven director a Félicie, a quien trataba como una hermana, excitó la emulación del notario. Intentó eclipsar a

Emmanuel mezclando la jerga de moda y las expresiones superficialmente galantes con los aires ensoñadores, las elegías transidas que tan bien casaban con su fisonomía. Mientras proclamaba que estaba desencantado de todo en este mundo, volvía la cara hacia Félicie como dándole a entender que sólo ella podría reconciliarle con la vida. Félicie, a quien por primera vez dirigía cumplidos un hombre, escuchó aquel lenguaje siempre grato, con ser doloso; confundió el vacío con la profundidad, y, necesitada como estaba de fijar los sentimientos vagos que bullían en su corazón, prestó atención a su primo. Celosa, sin saberlo quizá, de las atenciones amorosas que prodigaba Emmanuel a su hermana, quería sin duda verse, como ella, objeto de las miradas, de los pensamientos y de la solicitud de un hombre. Pierquin captó fácilmente la preferencia que le otorgaba Félicie sobre Emmanuel, y fue para él un aliciente para perseverar en sus esfuerzos, con lo que se comprometió más de lo que deseaba. Emmanuel vigiló los inicios de aquella pasión falsa quizá en el notario, cándida en Félicie cuyo futuro estaba en juego. Ello suscitó, entre primo y prima, alguna grata charla, alguna palabra pronunciada en voz baja a espaldas de Emmanuel, esos leves engaños, en suma, que confieren a una mirada, a una palabra una expresión cuya insidiosa dulzura puede causar inocentes errores. Aprovechándose de la relación que mantenía con Félicie, Pierquin intentó averiguar el secreto del viaje emprendido por Marguerite, para saber si se trataba de matrimonio y si debía renunciar a sus esperanzas; pero, pese a su extrema astucia, ni Balthazar ni Félicie supieron arrojar luz alguna al respecto, por la sencilla razón de que desconocían los proyectos de Marguerite quien, al tomar el poder, parecía haber seguido sus máximas silenciando sus proyectos. La taciturna tristeza de Balthazar y su desmoronamiento moral hacían que las veladas resultasen difíciles. Aunque Emmanuel había logrado que el químico jugase a las tablas reales, Balthazar se mostraba distraído; y la mayor parte del tiempo, aquel hombre, tan grande por su inteligencia, semejava estúpido. Defraudado en sus esperanzas, humillado por haber devorado tres fortunas, jugador sin dinero, se inclinaba bajo el peso de sus ruinas, bajo la carga de sus esperanzas no tan perdidas como defraudadas. Aquel hombre genial, amordazado por la necesidad, condenándose a sí mismo, ofrecía un espectáculo realmente trágico que hubiera conmovido al hombre más insensible. El mismo Pierquin contemplaba no sin un sentimiento de respeto a aquel león enjaulado, cuyos ojos llenos de fuerza contenida se habían tornado mansos a fuerza de tristeza, apagados a fuerza de luz, cuyas miradas pedían una limosna que la boca no se atrevía a proferir. A veces cruzaba un destello por aquel rostro consumido que se reanimaba imaginando un nuevo experimento; luego, si, al contemplar la sala, los ojos de Balthazar se detenían en el lugar donde expirara su mujer, menudas lágrimas rodaban como ardientes granos de arena por el desierto de sus pupilas que el pensamiento tornaba inmensas, y volvía a caerle la cabeza sobre el pecho. Había alzado al mundo como un Titán y el mundo volvía a caer pesadamente sobre su pecho. Aquel gigantesco dolor, tan virilmente refrenado, hacía mella en Pierquin y en Emmanuel quienes, en ocasiones, se sentían

tan conmovidos que estaban a punto de ofrecer a aquel hombre el dinero necesario para alguna serie de experimentos. ¡Hasta tal extremo son comunicativas las convicciones del genio! Ambos entendían que la señora Claës y Marguerite hubieran podido arrojar millones en aquel abismo; pero no tardaba la razón en sofrenar los impulsos del corazón; y sus emociones se traducían en consuelos que amargaban aún más las penas de aquel Titán fulminado. Claës no hablaba nunca de su hija mayor, y no se inquietaba ni de su ausencia, ni del silencio que mantenía no escribiendo ni a él ni a Félicie. Cuando Solis o Pierquin le preguntaban por ella, parecía desagradablemente afectado. ¿Presentía que Marguerite tramaba algo contra él? ¿Le humillaba haber resignado los majestuosos derechos de la paternidad en su hija? ¿La amaba menos porque ella iba a ser el padre y él el hijo? Tal vez pesaban mucho esas razones y esos sentimientos inexpresables que cruzan como nubes por el alma, en la muda desgracia en que había caído para él Marguerite. Por grandes que puedan ser los grandes hombres conocidos o desconocidos, afortunados o desafortunados en sus tentativas, pueden tener reacciones mezquinas que les vinculan con la humanidad. En virtud de una doble desgracia, no sufren menos por sus cualidades que por sus defectos; y puede que Balthazar tuviera que familiarizarse con los dolores de sus vanidades heridas. La vida que llevaba, y las veladas durante las que aquellas cuatro personas se hallaron reunidas en ausencia de Marguerite fueron, pues, una vida y unas veladas teñidas de tristeza, repletas de vagas aprensiones. Fueron días infecundos como landas desecadas, donde, sin embargo, espigaban algunas flores, raros consuelos. La atmósfera se les antojaba brumosa en ausencia de la hija mayor, convertida en el alma, la esperanza y la fuerza de aquella familia. Así transcurrieron dos meses, durante los cuales Balthazar aguardó pacientemente a su hija. Marguerite llegó acompañada por su tío, quien permaneció en la casa en vez de regresar a Cambrai, sin duda para apoyar con su autoridad algún golpe de estado meditado por su sobrina. El regreso de Marguerite constituyó una pequeña fiesta de familia. Félicie y Balthazar invitaron a cenar al notario y al señor De Solis. Cuando se detuvo el coche de viaje ante la puerta de la casa, aquellas cuatro personas fueron a recibir a los viajeros con grandes demostraciones de júbilo. Marguerite pareció feliz de volver a ver el hogar paterno, sus ojos se llenaron de lágrimas cuando cruzó el patio para llegar a la sala. Con todo, al besar a su padre, sus caricias de jovencita traslucían secretas zozobras, se ruborizaba como una esposa culpable que no sabe fingir; pero sus miradas recobraron la pureza cuando miró al señor De Solis, de quien parecía extraer fuerzas para rematar el plan que tenía secretamente trazado. Durante la cena, pese a la alegría que animaba los rostros y la conversación, padre e hija se examinaron con recelo y curiosidad. Balthazar no hizo a Marguerite pregunta alguna sobre su estancia en París, sin duda por dignidad paterna. Emmanuel de Solis imitó tal reserva. Pero Pierquin, habituado a conocer todos los secretos de familia, dijo a Marguerite, disimulando su curiosidad tras una afectada llaneza:

—Bien, querida prima, así que ha visto usted París, los espectáculos...

—No he visto nada en París —replicó Marguerite—, no he ido allí a divertirme. Se me han pasado tristemente los días, estaba demasiado impaciente por volver a Douai.

—¡Y sólo porque me enfadé, consintió en ir a la Ópera, donde además se aburrió! —dijo el señor Conyncks.

La velada resultó penosa, todo el mundo se hallaba cohibido, sonreía forzosamente o se esforzaba en demostrar esa fingida alegría que encubre ansiedades reales. Marguerite y Balthazar se hallaban atenazados por sordos y violentos celos que pesaban sobre el ánimo de la concurrencia. Conforme avanzaba la velada, se alteraba el talante de padre e hija. A ratos Marguerite se esforzaba en sonreír, pero sus gestos, sus miradas, el sonido de su voz denotaban una viva inquietud. El señor Conyncks y Emmanuel parecían conocer la causa del secreto desasosiego que agitaba a aquella noble hija, intentaban alentarla con miradas expresivas. Humillado por haber sido mantenido al margen de una decisión y de unas gestiones efectuadas para él, Balthazar se separaba paulatinamente de sus hijos y amigos, fingía reserva. Marguerite iba sin duda a descubrirle lo que había decidido a su respecto. Para un hombre grande, para un padre, la situación era intolerable. Llegado a una edad en que no se disimula nada en medio de los hijos, en que la amplitud de las ideas confiere fuerza a los sentimientos, Claës se volvía cada vez más grave, meditabundo y amargado, viendo acercarse el momento de su muerte civil. Encerraba aquella velada una de esas crisis de la vida interior que no pueden explicarse sino con imágenes. Las nubes y los rayos se acumulaban en el cielo, la gente reía en el campo; todos tenían calor, notaban la tormenta, alzaban la cabeza y seguían su camino. El señor Conyncks fue el primero en ir a acostarse, acompañándole Balthazar a su cuarto. Durante su ausencia, Pierquin y el señor De Solis se retiraron. Marguerite saludó afectuosamente al notario, no dijo nada a Emmanuel, pero le oprimió la mano lanzándole una húmeda mirada. Mandó marchar a Félicie, y cuando Claës regresó a la sala, encontró a su hija sola.

—Padre querido —le dijo con voz temblorosa—, han sido necesarias las graves circunstancias en que nos hallamos para obligarme a abandonar la casa; pero, después de muchas angustias y de haber superado increíbles dificultades, vuelvo con una esperanza de salvación para todos nosotros. Gracias a su apellido, a la influencia de nuestro tío y al respaldo del señor De Solis, hemos conseguido, para usted, un puesto de recaudador de impuestos en Bretaña; viene a dar, según dicen, de dieciocho a veinte mil francos anuales. Nuestro tío ha depositado la fianza. Aquí tiene su nombramiento —dijo sacando una carta de su bolso—. Su estancia aquí, durante nuestros años de privaciones y sacrificios, sería intolerable. Nuestro padre ha de seguir viviendo en una situación al menos igual a la que ha disfrutado siempre. Nada le pediré de sus ingresos, podrá utilizarlos como se le antoje. Sólo le suplico que piense que no tenemos un céntimo de renta, y que vivimos todos de lo que nos dé Gabriel de sus ingresos. Nada se sabrá en la ciudad de esa vida claustral. Si se

quedase en casa, difícilmente podríamos mi hermana y yo poner los medios para restablecer la prosperidad en esta casa. ¿Supone abusar de la autoridad que me dio usted el brindarle la oportunidad de que rehaga usted mismo su fortuna? Dentro de unos años, si lo desea, puede ser usted recaudador general.

—O sea, Marguerite —dijo suavemente Balthazar—, que me echas de mi casa.

—No me merezco un reproche tan duro —contestó su hija reprimiendo los tumultuosos movimientos de su corazón—. Volverá junto a nosotros cuando pueda vivir en su ciudad natal como le corresponde presentarse. Además, ¿no tengo su palabra, padre? Debe usted obedecerme. Mi tío se ha quedado para acompañarle a Bretaña y que así no haga solo el viaje.

—No iré —exclamó Balthazar levantándose—, no necesito la ayuda de nadie para rehacer mi fortuna y pagar lo que debo a mis hijos.

—Mejor será que lo haga —replicó Marguerite sin inmutarse—. Le ruego que medite sobre nuestra situación respectiva que le explicaré en pocas palabras. Como se quede en esta casa, sus hijos se irán dejándole dueño y señor de ella.

—¡Marguerite! —gritó Balthazar.

—Además —prosiguió la muchacha sin hacer caso de la irritación de su padre—, habrá que informar al ministro de su rechazo, si no acepta usted un puesto lucrativo y honorable que, pese a nuestras gestiones e influencias, no habríamos obtenido de no ser por unos billetes de mil francos que deslizó hábilmente mi tío en el guante de una dama...

—¡Abandonarme!

—O nos deja usted o huimos nosotros. Si fuera yo su única hija, imitaría a mi madre, sin murmurar contra el destino que me impusiera usted. Pero mi hermana y mis dos hermanos no morirán de hambre o de desesperación junto a usted; se lo prometí a la que murió ahí —dijo señalando el lugar que ocupara el lecho de su madre—. Le hemos ocultado nuestras zozobras, hemos sufrido en silencio, ahora nos hemos quedado sin fuerzas. ¡No es que estemos al borde de un abismo, estamos en el fondo, padre! Para salir de él, no sólo necesitamos valor, sino que nuestros esfuerzos no se vean continuamente desbaratados por los caprichos de una pasión...

—¡Hijos míos queridos! —exclamó Balthazar asiendo la mano de Marguerite—, os ayudaré, trabajaré, os...

—Aquí tiene usted los medios —contestó su hija alargándole la carta ministerial.

—¡Pero, ángel mío, la solución que me ofreces para rehacer mi fortuna es demasiado lenta! Me obligas a echar a perder el fruto de diez años de trabajos, más la enorme cantidad de dinero que representa mi laboratorio. Ahí —dijo señalando el desván—, están todos nuestros recursos.

Marguerite caminó hacia la puerta diciendo:

—¡Padre, escoja usted!

—¡Ah!, hija mía, ¡qué dura eres! —contestó sentándose en un sillón y dejándola marchar.

A la mañana siguiente, Marguerite supo por Lemulquinier que el señor Claës había salido. La simple noticia la hizo palidecer, y su expresión fue tan marcadamente elocuente que el viejo criado le dijo:

—Tranquilícese, señorita, que ha dicho el señor que volvería a las once para almorzar. No se ha acostado. A las dos de la mañana, seguía aún de pie en la sala, mirando por las ventanas los tejados del laboratorio. Yo aguardaba en la cocina y lo veía, no paraba de llorar, tiene un gran disgusto. Ahora disfrutamos dé ese famoso mes de julio durante el que el sol puede enriquecernos a todos, y si usted quisiera...

—¡Basta! —dijo Marguerite adivinando los pensamientos que habrían asaltado a su padre.

En Balthazar se había producido en efecto ese fenómeno que afecta a todas las personas sedentarias, su vida dependía por decirlo así de los lugares con que se había identificado, su pensamiento asociado a su laboratorio y a su casa se los hacía indispensables, como lo es la Bolsa al jugador para quien los días festivos son días perdidos. Allí latían sus esperanzas, allí descendía del cielo la única atmósfera de la que sus pulmones podían extraer el aire vital. Esa fusión de lugares y cosas entre los hombres, tan poderosa en las naturalezas débiles, pasa a ser casi tiránica entre científicos y estudiosos. Abandonar su casa representaba para Balthazar renunciar a la Ciencia, a su problema, suponía morir. Marguerite no vivió hasta la hora del almuerzo. La escena que llevara a Balthazar a intentar darse la muerte revivía en su memoria, y temió ver resolverse trágicamente la situación en que se hallaba su padre. Iba y venía por la sala, estremeciéndose cada vez que sonaba la campanilla de la puerta. Por fin, regresó Balthazar. Mientras cruzaba el patio, Marguerite, que escrutó su rostro con inquietud, no vio sino la expresión de un tormentoso dolor. Cuando entró en la sala, se adelantó hacia él para saludarle. Claës la tomó cariñosamente por el talle, la estrechó contra su pecho, la besó en la frente y le dijo al oído:

—He ido a pedir el pasaporte.

El tono de su voz, la mirada resignada, el gesto de su padre, abrumaron a la pobre muchacha que volvió la cabeza para disimular sus lágrimas; pero no pudiendo reprimirlas, se fue al jardín, y regresó tras llorar a sus anchas. Durante el almuerzo, Balthazar se mostró alegre como quien ha tomado una decisión.

—Así que salimos para Bretaña, tío —dijo al señor Conyncks—. Siempre me ha apetecido conocer esa región.

—La vida es barata allí —contestó el anciano tío.

—¿Se va nuestro padre? —exclamó Félicie.

Entró el señor De Solis acompañando a Jean.

—Hoy déjenoslo usted —dijo Balthazar sentando a su hijo a su lado—, que me voy mañana y quiero despedirme de él.

Emmanuel miró a Marguerite que bajó la cabeza. Fue un día triste, durante el que todos estuvieron taciturnos, reprimiendo pensamientos o lágrimas. No era una ausencia, sino un exilio. Por otra parte, todos notaban instintivamente lo humillante

que resultaba para un padre el declarar públicamente su desastre aceptando un trabajo y abandonando a su familia a la edad de Balthazar. Sólo él fue tan grande como Marguerite fue firme, y pareció aceptar noblemente aquella penitencia por los errores que el arrebató del genio le hiciera cometer. Cuando concluyó la velada y quedaron solos padre e hija, Balthazar que, durante todo el día, se había mostrado tierno y afectuoso, como lo era en los venturosos días de su vida patriarcal, tendió la mano a Marguerite, y le dijo con una suerte de ternura teñida de desesperación:

—¿Estás contenta de tu padre?

—Es usted digno de él —contestó Marguerite señalándole el retrato de Van Claës.

A la mañana siguiente, Balthazar, seguido de Lemulquinier, subió a su laboratorio como para despedirse de las esperanzas que acariciara y que los experimentos iniciados hacían revivir en su mente. Amo y criado se lanzaron una mirada llena de melancolía al entrar en el desván que se disponían a abandonar quizá para siempre. Balthazar contempló aquellas máquinas sobre las que durante tanto tiempo planeaba su pensamiento, y cada una de las cuales aparecía asociada al recuerdo de una investigación o de una experiencia. Con triste expresión, ordenó a Lemulquinier que hiciese evaporar gases o ácidos peligrosos, que separase sustancias susceptibles de producir explosiones. Al tiempo que tomaba tales precauciones, profería amargas quejas, como las que expresa el condenado a muerte antes de subir al cadalso.

—Pues mira que éste es un experimento —dijo deteniéndose ante una cápsula en la que se hundían los dos hilos de una pila de Volta— cuyo resultado parece seguro. Si tuviese éxito —¡asusta pensarlo!—, mis hijos no echarían de su casa a un padre que arrojaría diamantes a sus pies. Una simple combinación de carbono y azufre —agregó hablando consigo mismo— en la que el carbono hace de cuerpo electropositivo; la cristalización debe iniciarse en el polo negativo; y, en caso de descomposición, el carbono quedaría cristalizado...

—¡Ah! y así se haría —dijo Lemulquinier contemplando a su amo con admiración.

—Ahora bien —prosiguió Balthazar tras una pausa—, la combinación queda sometida a la influencia de esa pila que puede actuar...

—Si lo desea el señor, aumentaré el efecto...

—No, no, hay que dejarla tal cual. El reposo y el tiempo son condiciones esenciales para la cristalización.

—Caramba, si que requiere tiempo esa cristalización —exclamó el ayuda de cámara.

—Si baja la temperatura, el sulfuro de carbono cristalizará —dijo Balthazar expresando a retazos los indefinibles pensamientos de una meditación completa en su mente—; pero si la acción de la pila opera en según qué condiciones que ignoro... Habría que estar al tanto... es posible... Pero ¿en qué pienso? Es menester olvidarse de la Química, amigo mío, lo nuestro ahora es recaudar contribuciones en Bretaña.

Claës salió precipitadamente y bajó a hacer una última comida familiar a la que

asistieron Pierquin y Emmanuel de Solis. Balthazar, a quien urgía acabar con su agonía científica, se despidió de sus hijos y subió al coche con su tío, acompañándole toda la familia hasta la puerta. Allí, Marguerite, tras fundirse con su padre en un desesperado abrazo, al que Claës contestó diciéndole al oído: «¡Eres una buena hija y nunca te reprocharé nada!», cruzó el patio, se refugió en la sala, se arrodilló en el lugar donde muriera su madre y dirigió una ardiente plegaria a Dios pidiéndole fuerzas para realizar las duras tareas de su nueva vida. Se sentía ya fortalecida por una voz interior que había insuflado en su corazón las loas de los ángeles y el agradecimiento de su madre, cuando su hermana, su hermano, Emmanuel y Pierquin regresaron tras contemplar la calesa hasta perderla de vista.

—¿Y ahora qué va a hacer usted, señorita? —preguntó Pierquin.

—Salvar la casa —contestó Marguerite con sencillez—. Poseemos unas mil trescientas fanegas en Waignies. Mi intención es mandarlas roturar, dividir las en tres granjas, levantar las dependencias necesarias para su explotación y alquilarlas. Creo que en unos años, a base de mucha paciencia y ahorro, cada uno de nosotros —dijo señalando a su hermana y a su hermano— tendrá una granja de cuatrocientas fanegas y pico que podrá dar, un día, cerca de quince mil francos de renta. Mi hermano Gabriel conservará por su parte esta casa y los títulos que posee de la Deuda. Y algún día devolveremos a nuestro padre su fortuna liberada de toda hipoteca dedicando nuestros ingresos a saldar sus deudas.

—Pero, querida prima —dijo el notario atónito de tal autoridad en los negocios y del frío razonamiento de Marguerite—, si necesita usted más de doscientos mil francos para roturar sus terrenos, edificar sus fincas y comprar animales. ¿De dónde sacará ese dinero?

—Ahí empiezan mis problemas —contestó ella mirando alternativamente al notario y al señor De Solis—, no me atrevo a pedírselo a mi tío que ha depositado ya la fianza de mi padre.

—¡Tiene usted amigos! —exclamó Pierquin viendo de pronto que las señoritas Claës *podían aún ser muchachas de más de quinientos mil francos*.

Emmanuel de Solis miró con ternura a Marguerite; pero, por desgracia para él, Pierquin siguió siendo notario en medio de su entusiasmo y agregó lo siguiente:

—¡Yo le ofrezco esos doscientos mil francos!

Emmanuel y Marguerite se consultaron con una mirada que fue un rayo de luz para Pierquin. Félicie se puso coloradísima, feliz de que su primo se mostrase tan generoso como ella deseaba. Miró a su hermana quien, de repente, adivinó que, durante su ausencia, la pobre muchacha se había dejado engatusar por las triviales galanterías de Pierquin.

—Sólo tendrá que pagarme el cinco por ciento de interés —dijo el notario—. Me reembolsará cuando guste, y me extenderá una hipoteca sobre sus terrenos. Pero pierda cuidado, sólo tendrá que pagar los desembolsos por todos sus contratos, le encontraré buenos aparceros y la asesoraré gratuitamente para ayudarla como buen

pariente que soy.

Emmanuel hizo una seña a Marguerite indicándole que no aceptara; pero la joven estaba demasiado ocupada estudiando los cambios que se operaban en la fisonomía de su hermana como para reparar en ello. Tras una pausa, miró al notario con expresión irónica y le dijo de *motu proprio*, con gran alegría del señor De Solis:

—Es usted un pariente como hay pocos, no me esperaba menos de usted; pero el interés al cinco por ciento retrasaría demasiado nuestra liberación, aguardaré a la mayoría de edad de mi hermano y venderemos sus rentas.

Pierquin se mordió los labios, Emmanuel sonrió por lo bajo.

—Félicie, querida niña, lleva a Jean al colegio, Martha te acompañará —dijo Marguerite señalando a su hermano—. Jean, ángel mío, sé muy bueno, no destroces la ropa, ¡que ya no somos tan ricos como antes para comprarte otra! Anda ve, hijo mío, y estudia mucho.

Félicie salió con su hermano.

—Primo —dijo Marguerite a Pierquin—, y usted, caballero —dijo al señor De Solis—, sé que habrán venido a visitar a mi padre durante mi ausencia, y les agradezco mucho tal prueba de amistad. No harán menos sin duda por dos pobres muchachas necesitadas de consejo. Entendámonos al respecto... Cuando yo esté en la ciudad, les recibiré siempre con sumo placer; pero cuando esté aquí sola Félicie con Josette y Martha, excuso decirles que no debe ver a nadie, ni aun tratándose de un viejo amigo y del más abnegado de nuestros parientes. En las presentes circunstancias, nuestra conducta debe ser de una severidad irreprochable. Hemos de consagrarnos a partir de ahora a una vida de trabajo y soledad.

Durante unos instantes reinó un silencio. Emmanuel, abismado en la contemplación del rostro de Marguerite, parecía mudo, Pierquin no sabía qué decir. El notario se despidió de su prima rabioso consigo mismo: había adivinado de pronto que Marguerite amaba a Emmanuel, y que él acababa de comportarse como un auténtico estúpido.

«Desde luego, Pierquin, hijo mío —se dijo apostrofándose a sí mismo—, quienquiera que te llamara cabeza de chorlito tendría toda la razón. ¿Seré animal? Poseo doce mil libras de mi renta, aparte de mi cargo, sin contar la herencia de mi tío Des Racquets, de quien soy único heredero, y que doblará mi fortuna cualquier día de éstos (¡vaya, tampoco es que le desee la muerte, que es muy ahorrador!)... ¡y cometo la infamia de pedirle intereses a la señorita Claës! De fijo que en este momento se estarán burlando los dos de mí. ¡Debo olvidarme de Marguerite! Sí. Al fin y al cabo, Félicie es una criatura dulce y buena que me conviene más. Marguerite tiene un carácter de hierro, querría dominarme, ¡y acabaría dominándome! Ea, mostrémonos generoso, no seamos tan notario, ¿no voy a poder sacudirme esa rémora? ¡Por todos los diablos, amaré a Félicie, y de eso no hay quién me apee! ¡Qué diantre! Tendrá una finca de cuatrocientas treinta fanegas que, con el tiempo, dará entre quince y veinte mil libras de renta, porque los terrenos de Waignies son buenos. ¡Que muere mi tío

Des Racquets, pobre hombre! Cojo y vendo mi estudio y soy un hombre de cin-cuenta-mil-li-bras-de-ren-ta. Mi mujer es una Claës, lo que me emparenta con casas ilustres. Demontres, veremos si los Courteville, los Magalhens, los Savaron de Savarus se niegan a ir a casa de un Pierquin-Claës-Molina-Nourho. Seré alcalde de Douai, me darán la cruz, puedo ser diputado, a todo llegaré. Y ahora, Pierquin, muchacho, quieto ahí, no hagamos más tonterías, sin contar que, te lo juro, Félicie... la señorita Félicie van Claës te quiere».

Al quedar solos los dos enamorados, Emmanuel tendió una mano a Marguerite que no pudo evitar el poner en ella su mano derecha. Se levantaron a la par y se dirigieron hacia su banco del jardín. Pero en medio de la sala, el enamorado no pudo contener su júbilo, y con voz temblorosa de emoción, dijo a Marguerite:

—¡Tengo trescientos mil francos suyos!...

—¿Cómo? —exclamó ella—. ¿Pero es que mi madre le entregó más?... No. ¿Qué?

—¡Oh! Marguerite mía, ¿acaso no es suyo todo lo mío? ¿No fue usted la primera en decir *nosotros*?

—Querido Emmanuel —dijo ella oprimiendo la mano que seguía entre las suyas; y, en vez de ir al jardín, se dejó caer en la poltrona.

—Si soy yo quien tiene que darle las gracias —dijo él con amorosa voz—, ya que acepta usted.

—Este instante, amado mío, borra muchos dolores y nos acerca a un futuro de felicidad. Sí, acepto tu fortuna —agregó dejando flotar en sus labios una sonrisa de ángel—, sé la forma de hacerla mía.

Contempló el retrato de Van Claës como para tener un testigo. El joven, que seguía las miradas de Marguerite, no la vio quitarse del dedo una sortija, y no advirtió el ademán sino cuando oyó estas palabras:

—En medio de tanto infortunio, surge la felicidad. Mi padre me deja, en su despreocupación, disponer de mí misma. Ten, Emmanuel. Mi madre te quería, te habría elegido.

A Emmanuel se le llenaron los ojos de lágrimas, palideció, cayó de rodillas y dijo a Marguerite entregándole un anillo que llevaba siempre:

—¡Ésta es la alianza de mi madre! ¡Marguerite mía! —agregó besando la sortija—, ¡es la única prenda que voy a tener tuya!

Se inclinó ella presentando su frente a los labios de Emmanuel.

—Ay, pobre amor mío, ¿no nos estaremos equivocando? —dijo emocionada—, porque habremos de esperar mucho tiempo.

—Decía mi tío que la adoración es el pan cotidiano de la paciencia, hablando del cristiano que ama a Dios. Yo puedo amarte así; hace tiempo que eres para mí como el Señor de todas las cosas: soy tuyo, igual que soy suyo.

Permanecieron unos instantes presa de la más dulce exaltación. Fue la sincera y plácida efusión de un sentimiento que, semejante a una fuente demasiado llena,

desbordaba en pequeñas e incesantes olas. Los acontecimientos que separaban a ambos enamorados constituían un motivo de melancolía que intensificó su dicha, prestándole la agudeza del dolor. Félicie regresó demasiado pronto para ellos. Emmanuel, instruido por el delicioso tacto que todo lo hace adivinar en amor, dejó solas a las dos hermanas, tras intercambiar con Marguerite una mirada en la que mostró lo mucho que le costaba tal discreción, cuánto ansiaba aquella dicha deseada durante tanto tiempo, y que acababa de ser consagrada por los esponsales del corazón.

—Ven aquí, hermanita —dijo Marguerite tomando por el hombro a Félicie. Luego, se la llevó al jardín y fueron a sentarse al banco en donde cada generación había confiado sus palabras de amor, sus suspiros de dolor, sus meditaciones y proyectos. Pese al tono alegre y a la amable delicadeza de la sonrisa de su hermana, Félicie se sentía embargada por una emoción que se asemejaba a un sentimiento de temor. Marguerite le cogió la mano y la notó temblar.

—Señorita —dijo la mayor acercándose al oído de su hermana—, leo en su alma. Pierquin ha venido más de una vez en mi ausencia, ha venido cada noche, y le ha dicho a usted dulces palabras y usted las ha escuchado. —Félicie se puso colorada—. No, no te defiendas, ángel mío —prosiguió Marguerite—, ¡es tan natural amar! Puede que tu preciosa alma cambie una pizca el talante del primo, es egoísta, interesado, pero es un hombre honrado; y puede que sus defectos contribuyan a tu felicidad. Te querrá como la más preciosa de sus propiedades, formarás parte de sus negocios. Perdóname esa palabra, corazón mío. Tú le corregirás esa mala costumbre que tiene de no ver más que intereses por todas partes, enseñándole los negocios del corazón.

Félicie abrazó emocionada a su hermana.

—Además —prosiguió Marguerite—, posee fortuna. Su familia pertenece a la más alta y antigua burguesía. ¿Y voy a ser yo quien se oponga a tu felicidad si quieres buscarla entre gente de condición mediocre?...

—¡Querida hermana! —exclamó Félicie.

—Sí, sí, puedes confiar en mí. ¿Qué cosa más natural que nos contemos nuestros secretos?

Aquellas sentidas palabras determinaron una de esas deliciosas conversaciones en que las muchachas se lo cuentan todo. Cuando Marguerite, a quien el amor había tornado experta, hubo sondeado el corazón de Félicie, acabó diciéndole:

—Bien, querida niña, asegúrenos de que el primo te quiere de verdad; y... entonces...

—Tú déjame a mí —contestó riendo Félicie—, que yo ya tengo mi sistema.

—¡Loca! —dijo Marguerite besándola en la frente.

Pese a pertenecer Pierquin a esa clase de hombres que ven en el matrimonio obligaciones, la ejecución de unas leyes sociales y un modo de transmisión de las propiedades, pese a serle indiferente el casarse con Félicie o con Marguerite, teniendo una y otra el mismo apellido y la misma dote, no dejó de observar que ambas eran,

según una de sus expresiones, *muchachas fantasiosas y sentimentales*, dos adjetivos que emplea la gente sin corazón para burlarse de los dones que la naturaleza siembra con mano parca por entre los surcos de la humanidad. El notario pensó sin duda que hay que bailar al son que tocan y, al día siguiente, fue a ver a Marguerite, la llevó misteriosamente al jardincillo y se puso a hablar de sentimientos, ya que era una de las cláusulas del contrato primitivo que había de preceder, en las leyes del mundo, al contrato notarial.

—Querida prima —le dijo—, no siempre hemos opinado lo mismo acerca de los medios que era menester tomar para resolver felizmente sus asuntos; pero sí me ha de reconocer que he actuado siempre guiado por un gran afán de serle útil. Pues bien, ayer eché a perder mis ofrecimientos por culpa de esa fatal costumbre que nos inspira el *espíritu notarial*, ¿entiende usted?... Mi corazón no era cómplice de mi estupidez. La he querido mucho, pero tenemos nosotros cierta perspicacia, y me di cuenta de que no le gustaba. ¡Mía es la culpa! Otro ha sido más hábil que yo. Pues bien, vengo a confesarle así de pánfilamente que estoy sinceramente enamorado de su hermana Félicie. ¡Trátame, pues, como a un hermano! ¡Tome usted de mi bolsa y coja lo que quiera! Vamos, cuanto más coja, más amistad me demostrará. Estoy a su disposición, *sin intereses*, ¿me entiende? Ni a un doce ni a un cuarto por ciento. Júzgueme digno de su hermana y me hará feliz. Disculpe mis defectos, son producto de la práctica de los negocios, pero el corazón es bueno; y antes me tiraría al Scarpe que no hacer feliz a mi mujer.

—¡Eso está muy bien, primo! —dijo Marguerite—, pero mi hermana depende de sí misma y de nuestro padre...

—Lo sé, querida prima —dijo el notario—, pero es usted la madre de toda la familia, y me pide el corazón que sea usted su juez.

Esa manera de hablar retrata bastante bien el talante del honrado notario. Tiempo después, Pierquin se haría famoso por su respuesta al comandante del campamento de Saint-Omer al ser invitado a una fiesta militar y que fue la siguiente: *El señor Pierquin-Claës de Molina-Nourho, alcalde de la ciudad de Douai, caballero de la Legión de honor, tendrá el de asistir, etcétera.*

Marguerite aceptó el apoyo del notario, pero sólo en lo relacionado con su profesión, con el fin de no comprometer en nada ni su dignidad de mujer, ni el futuro de su hermana, ni la voluntad de su padre. Aquel mismo día, confió a su hermana a la custodia de Josette y de Martha, que se consagraron en cuerpo y alma a su joven señora, secundando sus planes económicos. Marguerite partió de inmediato hacia Waignies donde inició sus operaciones que fueron sabiamente dirigidas por Pierquin. Concebía el notario su entrega como una excelente especulación; su concurso, sus esfuerzos fueron por tanto una suerte de inversión que no quiso escatimar. Por de pronto, quiso evitar a Marguerite el trabajo de mandar roturar y labrar las tierras destinadas a las granjas. Llamó a tres jóvenes hijos de granjeros que querían establecerse, los sedujo con la perspectiva que les ofrecía la riqueza de aquellos

terrenos y logró convencerles de que arrendasen las tres granjas que habían de construirse. A cambio de renunciar al precio de la granja durante tres años, los granjeros se comprometieron a pagar diez mil francos de alquiler al cuarto año, doce mil al sexto y quince mil durante el resto del arriendo; a abrir las zanjas, a hacer las plantaciones y a comprar los animales. Mientras se edificaban las granjas, los granjeros roturaron sus tierras. Cuatro años después de marchar Balthazar, Marguerite había casi rehecho la fortuna de su hermano y de su hermana. Doscientos mil francos bastaron para pagar todas las obras. No le faltaron ayudas ni consejos a la animosa muchacha cuya conducta suscitó la admiración de la ciudad. Marguerite vigiló sus obras y la ejecución de sus contratos y arriendos con esa cordura, esa actividad, esa constancia que saben desplegar las mujeres cuando las anima un gran sentimiento. A partir del quinto año, pudo dedicar treinta mil francos de ingresos que dieron las granjas, las rentas de su hermano y el producto de los bienes paternos al pago de los capitales hipotecados y a la reparación de los estragos que causara en su casa la pasión de Balthazar. Así, la amortización fue saldándose rápidamente conforme bajaban los intereses. Por otra parte, Emmanuel de Solis ofreció a Marguerite los cien mil francos que le quedaban de la herencia de su tío y que ella no había empleado, a los que se sumaron cerca de veinte mil francos de ahorros suyos, de manera que, a partir del tercer año de su gestión, pudo liquidar una parte importante de las deudas. Aquella vida de valor, privaciones y abnegación se mantuvo ininterrumpidamente durante cinco años. Lo cierto es que todo fueron éxitos y triunfos bajo la administración e influencia de Marguerite.

Ya ingeniero de caminos, Gabriel, ayudado por su tío, hizo una rápida fortuna en el proyecto de un canal que construyó, se ganó el amor de su prima la señorita Conyncks, a quien su padre adoraba y que era una de las más ricas herederas de ambos Flandes. En 1824, los bienes de Claës quedaban libres y la casa de la calle de París había reparado sus pérdidas. Pierquin pidió la mano de Félicie a Balthazar, al tiempo que el señor De Solis solicitaba la de Marguerite.

A comienzos del mes de enero de 1825, Marguerite y el señor Conyncks partieron en busca del padre exiliado cuyo regreso deseaban todos tan vivamente. Balthazar presentó la dimisión a fin de permanecer entre su familia cuya felicidad iba a recibir su sanción. En ausencia de Marguerite, que había expresado muchas veces el pesar de no poder llenar los marcos vacíos de la galería y de los aposentos de recepción para el día en que regresara su padre a casa, Pierquin y el señor De Solis tramaron con Félicie el preparar a Marguerite una sorpresa que permitiría participar en cierto modo a la hermana menor en la restauración de la Casa Claës. Ambos habían comprado a Félicie varios valiosos cuadros que le ofrecieron para decorar la galería. El señor Conyncks había tenido la misma idea. Queriendo demostrar a Marguerite la satisfacción que le causaba su noble conducta y su entrega en ejecutar la misión que le encomendara su madre, dispuso que trajeran unos cincuenta de sus mejores lienzos más alguno de los que vendiera antaño Balthazar, con lo que la galería Claës quedó

totalmente restaurada. Marguerite había visitado varias veces a su padre, acompañada de su hermana o de Jean: cada vez lo había encontrado progresivamente más cambiado; pero, desde su última visita, la vejez se acusaba en Balthazar a través de espantosos síntomas, a la gravedad de los cuales contribuía sin duda la parquedad con que vivía a fin de poder destinar la casi totalidad de sus haberes a experimentos que constantemente defraudaban sus esperanzas. Aunque sólo contaba sesenta y cinco años, su aspecto era el de un octogenario. Tenía los ojos profundamente hundidos, le blanqueaban las cejas, escasos cabellos poblaban su nuca; se había dejado crecer la barba, recortándosela con unas tijeras cuando le molestaba; iba encorvado como un viejo viñador; su desaliño en el vestir había recobrado un aire miserable que, unido a su decrepitud, despertaba repulsión. Aunque un enérgico pensamiento animaba aquel amplio rostro cuyos rasgos quedaban desdibujados tras las arrugas, la fijeza de la mirada, un brillo desesperado, una constante inquietud inscribían en él los diagnósticos de la demencia, de todas las demencias juntas. Tan pronto se traslucía en él una esperanza que confería a Balthazar el aspecto de un monomaniaco como la impaciencia de no adivinar un secreto que se le aparecía como un fuego fatuo desencadenaba los síntomas del furor. De pronto, una estruendosa carcajada revelaba su locura, pero, las más de las veces, el más total abatimiento resumía todos los aspectos de su pasión a través de la fría melancolía del idiota. Por fugaces e imperceptibles que fuesen tales expresiones para un extraño, resultaban por desgracia harto elocuentes para quienes conocían a un Claës sublime de bondad, grande de corazón, hermoso de rostro y de quien no quedaban ya sino escasos vestigios. Lemulquinier, envejecido, agotado como su amo por constantes trabajos, no había tenido que sufrir como él las fatigas del pensamiento; presentaba así su fisonomía una singular mezcla de inquietud y admiración hacia su amo que podía resultar engañosa: aunque escuchaba sus menores palabras con respeto y seguía sus menores movimientos con una suerte de ternura, cuidaba del sabio como cuida una madre de su hijo; a veces podía parecer que lo protegía, porque de hecho lo protegía de las vulgares necesidades de la vida en las que Claës nunca pensaba. Aquellos dos viejos devorados por una idea, convencidos de la realidad de su esperanza, arrebatados por la misma inquietud, representando el uno la envoltura y el otro el alma de su existencia común, constituían un espectáculo horrible y a un tiempo enternecedor. Cuando llegaron Marguerite y el señor Conyncks encontraron a Claës alojado en una posada, pues su sucesor no se había hecho esperar y había tomado ya posesión del cargo.

A través de las preocupaciones de la Ciencia, aguijoneaba a Balthazar un hondo anhelo de volver a ver su patria, su casa, su familia. La carta de su hija le había anunciado felices acontecimientos, soñaba coronar su carrera con una serie de experimentos que habrían de conducirle por fin al descubrimiento de su problema, por lo que aguardaba a Marguerite con tremenda impaciencia. La hija se arrojó en brazos del padre llorando de alegría. Aquella vez, acudía a buscar la recompensa de

una vida dolorosa y el perdón por su gloria doméstica. Se sentía criminal al modo de los grandes hombres que violan las libertades para salvar a la patria. Pero al contemplar a su padre, se estremeció al comprobar los cambios que se habían operado en él desde su última visita. Conyncks compartió el secreto espanto de su sobrina, e insistió en llevarse cuanto antes a su primo a Douai donde la influencia de la patria podía hacerle recuperar la razón y la salud, devolviéndolo a la vida feliz del hogar. Tras las primeras efusiones que fueron más vivas por parte de Balthazar de lo que imaginaba Marguerite, le prodigó singulares atenciones; manifestó su pesar por recibirla en una mala habitación de posada, se informó de sus gustos, le preguntó qué deseaba comer con la ansiosa solicitud de un amante; se comportó, en suma, como el culpable que quiere ganarse a su juez. Marguerite conocía tan bien a su padre que adivinó el motivo de tanta efusión, imaginando que tendría en la ciudad alguna deuda que querría liquidar antes de su marcha. Observó con detenimiento a su padre y pudo ver el corazón humano al desnudo. Balthazar había empequeñecido. La conciencia de su degradación, el aislamiento a que le reducía la Ciencia, le habían vuelto tímido e infantil en todas las cuestiones ajenas a sus ocupaciones favoritas. Su hija mayor le imponía el recuerdo de su pasada abnegación, de la fuerza que había desplegado. La conciencia del poder que le había dejado tomar, la fortuna de que disponía ella y los indefinibles sentimientos que se habían apoderado de él, desde el día en que abdicara de su paternidad ya comprometida, la habían ido engrandeciendo a sus ojos día tras día. En Conyncks no parecía ni fijarse, no veía más que a su hija y sólo pensaba en ella pareciendo temerla como temen algunos maridos débiles a la mujer superior que los ha subyugado; cuando alzaba los ojos hacia ella, Marguerite sorprendía con dolor una expresión de miedo, semejante a la del niño que se siente culpable. La noble muchacha no sabía cómo conciliar la majestuosa y terrible expresión de aquel cráneo devastado por la Ciencia y los trabajos, con la sonrisa pueril, con el cándido servilismo que se dibujaban en los labios y la fisonomía de Balthazar. La mortificó el contraste que presentaban tal grandeza y pequeñez y se prometió hacer todo lo posible para que su padre recuperase su dignidad el solemne día en que reapareciese ante su familia. Por de pronto, aprovechó un momento en que se hallaron solos para susurrarle al oído:

—¿Debe usted algo aquí?

Balthazar se puso colorado y contestó con expresión apurada:

—No lo sé, pero te lo dirá Lemulquinier. Ese buen muchacho está más al tanto de mis asuntos que yo.

Marguerite llamó al ayuda de cámara y, cuando apareció, estudió casi involuntariamente la fisonomía de ambos ancianos.

—¿Desea algo el señor? —preguntó Lemulquinier.

A Marguerite, que era todo orgullo y nobleza, se le encogió el corazón al advertir en el tono y la compostura del criado que se había establecido cierta desagradable familiaridad entre su padre y el compañero de sus trabajos.

—Parece que mi padre le necesita a usted para hacer las cuentas de lo que debe aquí —dijo Marguerite.

—El señor —contestó Lemulquinier— debe...

Al oírle, Balthazar cambió con su ayuda de cámara una mirada de inteligencia que Marguerite sorprendió y que la humilló.

—Dígame usted todo lo que debe mi padre —exclamó Marguerite.

—Aquí, el señor debe un millar de escudos a un boticario que vende al por mayor y que nos ha suministrado potasas cáusticas, plomo, zinc y reactivos.

—¿Es eso todo? —preguntó Marguerite.

Balthazar dirigió una mirada afirmativa a Lemulquinier que, fascinado por su amo, contestó:

—Sí, señorita.

—Bien, pues ahora mismo se los doy.

Balthazar besó alborozado a su hija diciéndole:

—Eres un ángel para mí, hija mía.

Y respiró más a sus anchas, mirándola con expresión menos triste, pero, pese a aquella alegría, Marguerite advirtió fácilmente en su rostro las huellas de una profunda inquietud y juzgó que aquellos mil escudos constituían tan sólo las deudas más acuciantes del laboratorio.

—Sea franco, padre —dijo dejando que él la sentara en sus rodillas—, ¿debe usted algo más? Confiésemelo todo y regrese a su casa sin conservar motivo alguno de intranquilidad en medio de la alegría general.

—Querida Marguerite —contestó Balthazar tomándole las manos y besándoselas con una galanura que parecía reminiscencia de sus años mozos—, me reñirás...

—No.

—¿De verdad? —contestó él dejando escapar un gesto de infantil alegría—, ¿o sea que puedo decírtelo todo?, ¿pagarás?...

—Sí —dijo ella reprimiendo las lágrimas que le venían a los ojos.

—Bien, pues debo... ¡Oh! no me atrevo...

—¡Pero dígalo de una vez, padre!

—Es una cantidad considerable —agregó él.

Juntó ella las manos con ademán desesperado.

—Debo treinta mil francos a los señores Protez y Chiffreville.

—Treinta mil francos —dijo ella—, son mis ahorros, pero tengo mucho gusto en ofrecérselos —agregó besándole la frente con respeto.

Balthazar se levantó, tomó a su hija en sus brazos y se puso a dar vueltas en torno al cuarto haciéndola saltar como a una niña; acto seguido, la depositó en el sillón donde estaba, exclamando:

—¡Niña querida, eres un tesoro de amor! Ya no vivía. Los Chiffreville me han escrito tres cartas amenazadoras y querían demandarme, y eso que se han hecho ricos conmigo.

—Padre —dijo Marguerite con voz desesperada—, ¿o sea que sigue usted buscando?

—Desde luego —contestó con sonrisa de loco—. ¡Y encontraré lo que busco, no te quepa duda!... Si supieras en qué punto nos hallamos.

—¿Por qué habla en plural?

—Me refiero a Mulquinier, ha acabado comprendiéndome, me ayuda mucho. ¡Me tiene tanta devoción!

Entró Conyncks interrumpiendo la conversación; Marguerite hizo un gesto a su padre indicándole que callara por temor a que se desacreditase ante su tío. Estaba espantada por los estragos que había causado la preocupación en aquella conspicua inteligencia absorta en la búsqueda de un problema acaso insoluble. Balthazar, que sin duda no veía nada más allá de sus hornos, distaba de sospechar la liberación de sus bienes. Al día siguiente, salieron hacia Flandes. El viaje fue lo bastante largo como para que Marguerite pudiera formarse una confusa idea acerca de la situación en que se hallaban su padre y Lemulquinier. ¿Poseía el criado sobre el amo ese ascendiente que saben conquistar sobre las inteligencias superiores las gentes sin educación que se sienten necesarias y que, de concesión en concesión, saben alcanzar el dominio con la persistencia que proporciona una idea fija? ¿O había acabado cobrando el amo a su criado esa suerte de afecto que nace de la costumbre, y que se asemeja al que siente el obrero por su herramienta creadora, o al del árabe por su corcel liberador? Marguerite se mantuvo vigilante con vistas a tomar una resolución, proponiéndose liberar a Balthazar de un yugo humillante, si es que existía. Al pasar por París, permaneció unos días en la ciudad para liquidar las deudas de su padre y rogar a los fabricantes de productos químicos que no enviasen nada a Douai sin avisarla previamente de los encargos que les hiciera Claës. Consiguió de su padre que cambiase de atuendo y recobrase los hábitos vestimentarios adecuados a un hombre de su rango. Aquella restauración corporal devolvió a Balthazar una especie de dignidad física que fue de buen augurio de cara a un cambio de ideas. Pronto, su hija, feliz de antemano por todas las sorpresas que aguardaban a su padre en su propia casa, decidió partir hacia Douai.

A tres leguas de dicha ciudad, Balthazar encontró a su hija Félicie a caballo, escoltada por sus dos hermanos, por Emmanuel, por Pierquin y por los íntimos amigos de las tres familias. El viaje había distraído necesariamente al químico de sus pensamientos habituales, el paisaje de Flandes había obrado en su ánimo, por lo que, cuando divisó el alegre cortejo que formaban para él su familia y sus hijos, experimentó una emoción tan viva que se le humedecieron los ojos, le tembló la voz, se le enrojecieron los párpados, y abrazó tan apasionadamente a sus hijos sin poder despegarse de ellos que cuantos presenciaron la escena se emocionaron hasta las lágrimas. Cuando vio su casa, palideció, saltó del coche con la agilidad de un muchacho, respiró con deleite el aire del patio y se puso a contemplar los menores detalles con un placer que se desbordaba en sus gestos; se incorporó, y su rostro

volvió a ser joven. Cuando entró en la sala, los ojos se le anegaron en llanto al ver, por la exactitud con que había reproducido su hija los antiguos candelabros de plata vendidos, que los desastres debían de estar totalmente reparados. Un espléndido almuerzo estaba servido en el comedor, cuyos aparadores volvían a aparecer repletos de curiosidades y objetos de plata de un valor al menos igual al de las piezas que los adornaran en otro tiempo. A pesar de lo mucho que duró aquella comida de familia, apenas dio tiempo para los relatos que exigía Balthazar a cada uno de sus hijos. La sacudida que supuso para su moral aquel regreso le impulsó a identificarse con la felicidad de su familia y mostrarse como auténtico padre. Sus modales recobraron su antigua nobleza. En el primer momento, se abandonó por entero al goce de la posesión, sin preguntarse por los medios con que recobraba cuanto había perdido. Su alegría fue, pues, entera y total. Al concluir el almuerzo, los cuatro hijos, el padre y Pierquin pasaron a la sala donde Balthazar vio con inquietud los papeles sellados que un pasante había dejado sobre una mesa ante la cual montaba guardia, como para asistir a su jefe. Los hijos se sentaron, y Balthazar asombrado permaneció de pie ante la chimenea.

—Esto —dijo Pierquin— son las cuentas de tutela que rinde el señor Claës a sus hijos. Ya sé que no es muy entretenido —agregó riendo al modo de los notarios que suelen adoptar un tono festivo para tratar de los asuntos más serios—, pero es imprescindible que lo escuchen.

Pese a que las circunstancias justificaban aquella frase, el señor Claës, a quien su conciencia recordaba el pasado de su vida, la aceptó como un reproche y frunció el ceño. El pasante inició la lectura. El asombro de Balthazar fue en aumento conforme se procedía a la lectura del acta. Se fijaba de entrada que la fortuna de su mujer ascendía, en el momento de su fallecimiento, a cerca de un millón seiscientos mil francos, y la conclusión de aquella rendición de cuentas adjudicaba claramente a cada uno de los hijos la parte que les correspondía, como si hubiese administrado su fortuna un padre de familia escrupuloso y bueno. De ello resultaba que la casa quedaba libre de toda hipoteca, que Balthazar estaba en su casa y que sus bienes rurales quedaban asimismo liberados. Una vez firmadas las distintas actas, Pierquin presentó los recibos de los préstamos solicitados antaño y justificó la cancelación del embargo que pesaba sobre las propiedades. En aquel momento, Balthazar, que recobraba a un tiempo el honor del hombre, la vida del padre y la consideración del ciudadano, se desplomó en un sillón; buscó a Marguerite que, por una de esas sublimes delicadezas de mujer, se había ausentado durante la lectura, a fin de comprobar si se seguían todas sus instrucciones para la fiesta. Todos los miembros de la familia comprendieron lo que pasaba por la mente del anciano cuando sus ojos ligeramente húmedos reclamaron a su hija, a quien todos veían en aquel momento con los ojos del alma, como un ángel de fuerza y de luz. Jean fue a buscar a Marguerite. Al oír los pasos de su hija, Balthazar corrió a estrecharla en sus brazos.

—Padre mío —le dijo ella al pie de la escalera donde el anciano la asió para

abrazarla—, mantenga usted intacta su santa autoridad. Agradézcame, delante de toda la familia, que haya llevado a buen término sus deseos, y sea así usted el único autor del bien que ha podido hacerse aquí.

Balthazar alzó los ojos al cielo, miró a su hija, cruzó los brazos y dijo, tras una pausa durante la cual recobró su rostro una expresión que sus hijos no veían desde hacía diez años:

—¡Ojalá estuvieras aquí, Pepita, para admirar a nuestra hija!

Abrazó con fuerza a Marguerite, sin poder pronunciar una palabra, y regresó a la sala.

—Hijos míos —dijo con esa nobleza de gesto que hiciera de él en otro tiempo a uno de los hombres más imponentes—, debemos todos nuestro agradecimiento y nuestra gratitud a mi hija Marguerite, por la cordura y valor con que ha llevado a cabo mis intenciones, ejecutado mis planes, cuando, demasiado absorto en mis trabajos, le entregué las riendas de nuestra administración doméstica.

—Bien, ahora leeremos los contratos de matrimonio —dijo Pierquin mirando la hora—. Pero en estas actas yo no puedo intervenir, dado que la ley me prohíbe escriturar para mis parientes y para mí. Así que vendrá el señor Raparlier.

En aquel momento, comenzaron a llegar los amigos de la familia, invitados a la cena que se daba para festejar el regreso del señor Claës y celebrar la firma de los contratos, al tiempo que los criados traían los regalos de boda. La concurrencia creció rápidamente llegando a ser tan imponente por la calidad de las personas como deslumbrante por el lujo de los ropajes. Las tres familias que se unían por la felicidad de sus hijos habían querido rivalizar en esplendor. En poco tiempo, la sala se llenó con los delicados presentes que se hacen a los novios. Rutilaba y brillaba el oro. Las telas desplegadas, los chales de cachemira, los collares, los aderezos suscitaban una alegría tan auténtica en quienes los daban como en quienes los recibían; esa alegría un tanto infantil se reflejaba tan bien en todos los rostros que hasta los indiferentes, casi siempre entretenidos en echar cálculos por curiosidad, olvidaban el valor de aquellos magníficos presentes. Pronto comenzó el ceremonial tradicional en la familia Claës para tales solemnidades. Sólo el padre y la madre debían estar sentados, permaneciendo los asistentes de pie ante ellos a cierta distancia. A la izquierda de la sala y hacia el lado del jardín se situaron Gabriel Claës y la señorita Conyncks, a cuyo lado se colocaron el señor De Solis y Marguerite, su hermana y Pierquin. A pocos pasos de aquellas tres parejas, Balthazar y Conyncks, los únicos que estaban sentados, se acomodaron cada uno en un sillón, junto al notario que sustituía a Pierquin. Jean estaba de pie detrás de su padre. Unas veinte mujeres elegantemente ataviadas y un grupo de hombres, elegidos todos ellos entre los más próximos parientes de los Pierquin, los Conyncks y los Claës, el alcalde de Douai que había de casar a los esposos, los doce testigos tomados entre los amigos más fieles de las tres familias, y entre los que se contaba el primer presidente de la corte real, todos, hasta el cura de Saint-Pierre, permanecieron de pie formando, en el lado del patio, un

imponente círculo. Aquel homenaje rendido por todos los allí presentes a la paternidad que, en aquel instante, irradiaba con majestad real, confería a la escena un color de otros tiempos. Fue el único momento desde hacía dieciséis años en que Balthazar olvidó la búsqueda del Absoluto. El notario Raparlier se acercó a preguntar a Marguerite y a su hermana si habían llegado ya todas las personas invitadas a la firma y a la cena que había de seguir. Ante su respuesta afirmativa, fue a por el contrato de matrimonio de Marguerite, que había de ser el primero en leerse, cuando de pronto se abrió la puerta de la sala y apareció Lemulquinier con el rostro resplandeciente de alegría.

—¡Señor, señor!

Balthazar lanzó a Marguerite una mirada de desesperación, le hizo una seña y se la llevó al jardín. Se produjo una conmoción entre los presentes.

—No me atrevía a decírtelo, hija mía —dijo Claës—, pero tú que tanto has hecho por mí me salvarás de esta última desdicha. Lemulquinier me prestó, para un último experimento que fracasó, veinte mil francos, el fruto de sus ahorros. El pobre viene sin duda a pedírmelos al saber que vuelvo a ser rico, dáselos ahora mismo. ¡Ah! ángel mío, le debes la vida de tu padre, pues él era el único que me consolaba de mis desastres y sigue siendo el único en tener fe en mí. No cabe duda de que sin él habría muerto...

—Señor, señor —gritaba Lemulquinier.

—¿Qué ocurre? —dijo Balthazar volviéndose.

—¡Un diamante!...

Claës se precipitó en la sala al ver un diamante en la mano de su ayuda de cámara que le dijo en voz baja:

—He ido al laboratorio.

El químico, que lo había olvidado todo, clavó su mirada en el anciano flamenco, mirada que sólo podía traducirse con las siguientes palabras: *¡Has ido tú primero al laboratorio!*

—Y —continuó diciendo el criado— he encontrado este diamante en la cápsula que comunicaba con esa pila que dejamos haciendo de las tuyas, ¡y las ha hecho, señor! —agregó mostrando un diamante blanco de forma octaédrica cuyo brillo atraía las atónitas miradas de la concurrencia.

—Hijos míos, amigos —dijo Balthazar—, disculpen a mi viejo servidor, discúlpenme a mí. Esto va a volverme loco. Un azar de siete años ha producido, sin estar yo presente, un descubrimiento que llevo buscando dieciséis años. ¿Cómo? Lo ignoro. Sí, dejé sulfuro de carbono sometido al influjo de una pila de Volta cuya acción había de vigilarse diariamente. ¡Pues bien, durante mi ausencia, ha estallado en mi laboratorio el poder de Dios sin que yo haya podido presenciar sus progresivos efectos, claro está! ¿No es eso espantoso? ¡Maldito exilio, maldito azar! ¡Ay! Si yo hubiera espiado esa larga, esa lenta, esa súbita, no sé cómo decirlo, transformación, ese milagro, vaya, mis hijos serían más ricos aún. Con no ser la solución del

problema que yo busco, al menos los primeros destellos de mi gloria habrían brillado sobre mi país, y este instante que nuestros satisfechos afectos colman ya de cálida felicidad quedaría iluminado por los ardientes rayos del sol de la Ciencia.

Todos guardaron silencio ante aquel hombre. Las deshilvanadas palabras que le arrancó el dolor fueron demasiado auténticas para no ser sublimes.

De pronto, Balthazar reprimió su desesperación, lanzó a los allí presentes una majestuosa mirada que brilló en las almas, cogió el diamante y lo ofreció a Marguerite exclamando:

—Te pertenece, ángel mío.

Acto seguido, despidió a Lemulquinier con un gesto y dijo al notario:

—Prosigamos.

Aquellas palabras provocaron en la concurrencia el estremecimiento que, en ciertos papeles, desencadenaba Talma^[4] en las masas atentas. Balthazar se había sentado diciéndose en voz baja: «Hoy sólo debo ser padre». Marguerite oyó la frase, se acercó, asió la mano de su padre y la besó respetuosamente.

—Jamás hombre alguno ha sido tan grande ni tan fuerte —dijo Emmanuel cuando su prometida regresó junto a él—, cualquier otro se hubiera vuelto loco.

Tras leerse y firmarse los tres contratos, todos acribillaron a Balthazar con preguntas sobre la formación del diamante, pero nada podía contestar sobre un accidente tan extraño. Miró su desván y lo señaló con un gesto de rabia.

—Sí, la tremenda energía debida al movimiento de la materia inflamada que sin duda formó los metales, los diamantes —dijo—, se ha manifestado aquí durante un instante, por azar.

—Seguro que será un azar de lo más natural —dijo una de esas personas que quieren explicarlo todo—, el buen hombre se habrá dejado olvidado algún diamante auténtico. Por lo menos uno que se ha salvado de todos los que quemó.

—Olvidemos el asunto —dijo Balthazar a sus amigos—, les ruego que no me vuelvan a hablar hoy de eso.

Marguerite tomó el brazo de su padre para dirigirse a los aposentos de la casa de delante donde le aguardaba una suntuosa fiesta. Cuando Balthazar penetró en la galería detrás de los invitados, vio las paredes atestadas de cuadros y todo adornado con flores exóticas.

—¡Cuadros! —exclamó—. ¡Cuadros! ¡Y algunos de los antiguos!

Se interrumpió, la frente se le oscureció, tuvo un momento de tristeza, y sintió entonces el peso de sus errores al medir la magnitud de su humillación secreta.

—Todo esto es suyo, padre —dijo Marguerite adivinando los sentimientos que agitaban el alma de Balthazar.

—Ángel que merece el aplauso de los espíritus celestes —exclamó Claës—, ¿cuántas veces habrás devuelto la vida a tu padre?

—Aparte usted cualquier sombra de su mente y el menor pensamiento triste de su corazón —contestó Marguerite—, y me sentiré sobradamente recompensada. He

estado pensando en Lemulquinier, padre querido, las pocas palabras que me ha dicho usted de él han hecho que le cobre estima, y, lo confieso, había juzgado mal a ese hombre; olvide ya lo que le debe usted, se quedará a su lado como un humilde amigo. Emmanuel tiene ahorrados unos sesenta mil francos, se los daremos a Lemulquinier. Después de haberle servido tan bien, ese hombre merece vivir feliz el resto de sus días. ¡No se inquiete por nosotros! El señor De Solis y yo llevaremos una vida apacible y grata, una vida sin fausto; así que podemos prescindir de esa cantidad hasta que nos la devuelva usted.

—¡Ah! hija mía, ¡no me abandones nunca! Sé siempre la providencia de tu padre.

Al entrar en los aposentos de recepción, Balthazar los halló restaurados y amueblados como lo estuvieran antaño. Acto seguido, los invitados se encaminaron al gran comedor de la planta baja por la escalera principal, en cada peldaño de la cual se erguían árboles floridos. Un servicio de plata maravillosamente labrado, regalo de Gabriel a su padre, sedujo las miradas al igual que una mesa servida con tal lujo que pareció inusitado a la gente principal de una ciudad donde ese lujo venía siendo tradicional. Los criados del señor Conyncks, los de Claës y los de Pierquin servían en aquel suntuoso banquete. Viéndose en medio de aquella mesa coronada de parientes, amigos y rostros en los que resplandecía una alegría viva y sincera, Balthazar, tras el que se erguía Lemulquinier, sintió una emoción tan honda que todos callaron, como llamamos ante las grandes alegrías y los grandes dolores.

—Queridos hijos —exclamó—, habéis tirado la casa por la ventana para el retorno del padre pródigo.

Aquella frase, con la que el sabio se hacía justicia, y que acaso impidió que alguien se la hiciera más severa, fue pronunciada tan noblemente que todos se enjugaron emocionadas lágrimas; pero fue ésa la última manifestación de melancolía, la alegría cobró insensiblemente el carácter bullicioso y animado que reina en las fiestas familiares. Después de la cena, llegaron los personajes más ilustres de la ciudad para el baile que se abrió y que respondió al tradicional esplendor de la Casa Claës restaurada. No tardaron en celebrarse los tres matrimonios que dieron lugar a fiestas, bailes y banquetes que durante varios meses arrastraron al viejo Claës al torbellino de la sociedad. Su hijo mayor se estableció en las tierras que poseía cerca de Cambrai Conyncks, que no quería separarse de su hija. La señora Pierquin hubo de abandonar asimismo la casa paterna, para hacer los honores a la mansión que había mandado construir Pierquin, donde el notario aspiraba a vivir noblemente, pues había vendido el cargo, y su tío Des Racquets acababa de morir dejándole tesoros lentamente economizados. Jean marchó a París donde debía concluir sus estudios.

Y así, los Solis quedaron solos con su padre, que les cedió la casa de detrás, alojándose él en la segunda planta de la mansión de delante. Marguerite continuó velando por el bienestar material de su padre, en cuyo dulce quehacer la ayudaba Emmanuel. La noble muchacha recibió de manos del amor la más codiciada corona, la que trenza la felicidad y cuyo brillo mantiene vivo la constancia. En efecto, jamás

pareja alguna ofreció mejor imagen de esa dicha total, declarada, pura, que acarician todas las mujeres en sus sueños. La unión de aquellos dos seres, que tan santamente se habían amado en las adversidades de la vida, suscitó en la ciudad una respetuosa admiración. El señor De Solis, nombrado desde hacía tiempo inspector general de la Universidad, dimitió de sus funciones para disfrutar por entero de su felicidad y poder permanecer en Douai donde todo el mundo rendía homenaje a su talento y a su carácter, hasta el punto de que se le designaba ya como candidato seguro al escrutinio de los colegios electorales, cuando estuviese en edad de ser diputado. Marguerite, que tan fuerte se mostrara en la adversidad, tornó a ser con la dicha una mujer dulce y bondadosa. Durante todo aquel año, Claës estuvo gravemente preocupado sin duda; pero, aunque realizó algunos experimentos poco costosos y para los que alcanzaban sus ingresos, pareció dejar de lado su laboratorio. Marguerite, que reanudó las antiguas costumbres de la Casa Claës, ofreció todos los meses a su padre una fiesta de familia a la que asistían los Pierquin y los Conyncks, y recibió a la alta sociedad de la ciudad un día por semana en el que daba un Café que pasó a ser uno de los más afamados. Aunque con frecuencia distraído, Claës asistía a todas las reuniones y, por complacer a su hija mayor, recuperó tan gustosamente su condición de hombre de mundo, que sus hijos quedaron convencidos de que había renunciado a buscar la solución de su problema. Así transcurrieron tres años.

En 1824, un acontecimiento favorable para Emmanuel exigió su presencia en España. Aunque entre los bienes de la casa De Solis y él se interponían tres numerosas ramas, la fiebre amarilla, la vejez, la infecundidad, todos los caprichos de la fortuna se concertaron para convertir a Emmanuel en heredero de los títulos y de las ricas sustituciones de su casa, siendo como era el último. Por uno de esos azares que sólo resultan verosímiles en los libros, la casa De Solis había adquirido el condado de Nourho. Marguerite no quiso separarse de su marido que debía permanecer en España el tiempo necesario para solventar sus asuntos; por otra parte, sentía curiosidad por conocer el castillo de Casa-Real, donde transcurriera la infancia de su madre, así como la ciudad de Granada, cuna patrimonial de los Solis. Partió, confiando la administración de la casa a la fidelidad de Martha, Josette y Lemulquinier que estaba acostumbrado a dirigirla. Balthazar, a quien Marguerite había propuesto el viaje a España, rehusó alegando su avanzada edad; pero la auténtica causa de su negativa fueron varios trabajos que llevaba meditando hacía tiempo y que esperaba hiciesen realidad sus esperanzas.

El conde y la condesa de Soly y Nourho permanecieron en España más tiempo de lo que deseaban y Marguerite tuvo allí un hijo. A mediados del año 1830, se hallaban en Cádiz donde tenían intención de embarcarse para regresar a Francia, por Italia; pero recibieron una carta en la que Félicie comunicaba tristes noticias a su hermana. En dieciocho meses, su padre se había arruinado completamente, Gabriel y Pierquin se veían obligados a entregar a Lemulquinier una cantidad mensual para subvenir a los gastos de la casa. El anciano criado había sacrificado su fortuna una vez más a su

amo. Balthazar se negaba a recibir a nadie, no admitiendo siquiera a sus hijos en su casa. Josette y Martha habían muerto. El cochero, el cocinero y los demás criados habían sido despedidos sucesivamente. Los caballos y carruajes habían sido vendidos. Aunque Lemulquinier guardaba el más profundo silencio sobre las costumbres de su amo, cabía pensar que los mil francos que Gabriel Claës y Pierquin les entregaban cada mes se empleaban en experimentos. La escasa comida que compraba el ayuda de cámara en la plaza hacía suponer que aquellos dos ancianos se contentaban con lo estrictamente necesario. Finalmente, para impedir que se vendiese la casa paterna, Gabriel y Pierquin pagaban los intereses del dinero que el anciano había pedido prestado, sin saberlo ellos, hipotecando el inmueble. Ninguno de sus hijos tenía influencia sobre aquel anciano que, a los setenta años de edad, desplegaba una energía extraordinaria para lograr ejecutar sus deseos, aun los más absurdos. Tan sólo Marguerite podía quizá recobrar el ascendiente que ejerciera antaño sobre Balthazar, y Félicie suplicaba a su hermana que llegase cuanto antes; temía que su padre hubiese firmado alguna letra de cambio. Gabriel, Conyncks y Pierquin, aterrados de la continuidad de una locura que había devorado unos siete millones sin resultado, estaban decididos a no pagar las deudas del señor Claës. Aquella carta modificó los planes de viaje de Marguerite, que tomó el camino más corto para llegar a Douai. Sus ahorros y su nueva fortuna le permitían saldar una vez más las deudas de su padre; pero ella aspiraba a más, quería obedecer a su madre no permitiendo que Balthazar se fuese deshonrado a la tumba. Sin duda, sólo ella podía influir lo bastante en el anciano como para evitar que prosiguiese su ruinosa labor, a una edad en que no cabía esperar ningún trabajo fructuoso de sus debilitadas facultades. Pero deseaba gobernarle sin herirle, a fin de no imitar a los hijos de Sófocles, en caso de que su padre se acercase a la meta científica por la que tanto había sacrificado.

El señor y la señora De Solis llegaron a Flandes en los últimos días del mes de septiembre de 1831, y a Douai una mañana. Marguerite mandó parar en su casa de la calle de París, y la encontró cerrada. Tiraron con fuerza de la campanilla pero nadie respondió. Un comerciante se acercó desde la puerta de su tienda adonde le había atraído el estrépito de los coches del señor De Solis y su séquito. Mucha gente se asomó a la ventana para disfrutar del espectáculo que les brindaba la llegada de un matrimonio querido en toda la ciudad, y atraídos por esa vaga curiosidad que sobre los avatares de la Casa Claës hacía presuponer la llegada de Marguerite. El comerciante dijo al ayuda de cámara del conde De Solis que el anciano Claës había salido hacía alrededor de una hora. Seguramente el señor Lemulquinier estaría paseando con su amo por las murallas. Marguerite mandó por un cerrajero para abrir la puerta, con el fin de evitar la escena que le preparaba la resistencia de su padre, si, como lo escribiera Félicie, se negaba a admitirla en su casa. Entretanto, Emmanuel fue a buscar al anciano para anunciarle la llegada de su hija, al tiempo que su ayuda de cámara corría a avisar al señor y a la señora Pierquin. En un momento estuvo abierta la puerta. Marguerite entró en la sala para que dejaran allí el equipaje, y se

estremeció de terror al ver las paredes como si alguien les hubiese prendido fuego. Las admirables maderas esculpidas por Van Huysium y el retrato del Presidente habían sido vendidos, según decían, a lord Spencer. El comedor estaba vacío, sólo quedaban dos sillas de mimbre y una mesa vulgar en la que Marguerite divisó con espanto dos platos, dos tazones, dos cubiertos de plata, y en una fuente los restos de un arenque ahumado que sin duda acababan de compartir Claës y su ayuda de cámara. En un instante recorrió la casa, ofreciéndole cada estancia el desolador espectáculo de una desnudez semejante a las de la sala y el comedor. La idea del Absoluto había pasado por doquier como un incendio. La habitación de su padre tenía por todo mobiliario una cama, una silla y una mesa sobre la que se erguía un miserable candelabro de cobre donde la víspera había expirado un cabo de vela de la peor especie. La indigencia era tan total que no había ni cortinas en las ventanas. Los menores objetos que pudieran poseer valor en la casa, todo, hasta los utensilios de cocina, habían sido vendidos. Movida por la curiosidad que no nos abandona ni en los momentos de desdicha, Marguerite entró en el cuarto de Lemulquinier, que estaba tan desnudo como el de su amo. En el cajón entreabierto de la mesa, descubrió un recibo del Monte de Piedad que atestiguaba que el criado había empeñado el reloj unos días antes. Corrió al laboratorio, hallando aquel cuarto repleto de instrumentos científicos como en el pasado. Mandó que abriesen sus habitaciones; su padre lo había respetado todo.

Nada más ver aquello, Marguerite prorrumpió en lágrimas y perdonó todo a su padre. ¡Así, en medio de aquel furor devastador, le había detenido el sentimiento paterno y el agradecimiento que le debía a su hija! Tal prueba de ternura, recibida en un momento en que la desesperación de Marguerite llegaba a su punto máximo, provocó una de esas reacciones morales contra las que los corazones más fríos se ven indefensos. Bajó a la sala y aguardó la llegada de su padre, en un estado de ansiedad tremendamente intensificado por la duda. ¿Cómo lo encontraría? ¿Destruído, decrepito, enfermo, debilitado por los ayunos que sufría por orgullo? ¿Pero conservaría su sano juicio? Se le saltaban las lágrimas sin darse cuenta al verse en aquel santuario arrasado. Las imágenes de toda su vida, sus esfuerzos, sus precauciones inútiles, su infancia, su madre feliz y desdichada, todo, incluso ver a su hijito Joseph sonriendo en medio de aquel espectáculo desolador, componía para ella un poema de desgarradora melancolía. Pero, por muchas calamidades que previese, no se esperaba el desenlace que había de coronar la vida de su padre, una vida tan grandiosa y a la par tan miserable. El estado en que se hallaba el señor Claës no constituía un secreto para nadie. Para vergüenza de los hombres, no había en Douai dos corazones generosos que se inclinasen ante su perseverancia de hombre de genio. Para toda la sociedad, Balthazar era un hombre a quien había que incapacitar, un mal padre, que había devorado seis fortunas, millones, y que buscaba la Piedra Filosofal, en el siglo diecinueve, ese siglo ilustrado, ese siglo incrédulo, ese siglo, etcétera... se le calumniaba tildándolo de alquimista, arrojándole a la cara esta frase: «¡Quiere

fabricar oro!»). La de elogios que se prodigan a este siglo en el que, como en todos los demás, el talento expira ante una indiferencia tan brutal como la que existía en los tiempos en que murieron Dante, Cervantes, Tasso *e tutti quanti*. Los pueblos comprenden mucho más tardíamente que los Reyes las creaciones del genio.

Tales opiniones se habían filtrado paulatinamente de la alta sociedad de Douai a la burguesía, y de la burguesía al pueblo bajo. El químico septuagenario suscitaba, pues, un profundo sentimiento de piedad entre la gente educada y una burlona curiosidad entre la plebe, dos manifestaciones cargadas de menosprecio y de ese *vae victis* con que abruman las masas a los grandes hombres cuando los ven miserables. Muchas personas se plantaban ante la Casa Claës para mostrarse el rosetón del desván donde se había consumido tanto oro y carbón. Si pasaba Balthazar, lo señalaban con el dedo; muchas veces, al ver su aspecto, brotaba una palabra de burla o de desprecio de los labios de un hombre o de un niño; pero Lemulquinier se encargaba de traducírselo como un elogio y podía engañarle impunemente. Si los ojos de Balthazar habían conservado esa sublime lucidez que imprime en ellos el hábito a los pensamientos profundos, el oído se le había debilitado considerablemente. Para muchos campesinos, gentes toscas y supersticiosas, aquel anciano era ni más ni menos que un brujo. A la noble, a la gran Casa Claës, se la llamaba en los suburbios y en el campo la casa del diablo. Hasta el mismo personaje de Lemulquinier se prestaba a fomentar las ridículas creencias que se propagaban sobre su amo. Tanto es así que cuando el anciano ilota acudía al mercado a comprar los productos necesarios para la subsistencia, y elegía los menos caros de todos, nunca obtenía nada sin recibir un insulto a guisa de propina; y gracias aún si, muchas veces, alguna vendedora supersticiosa no se negaba a venderle su magra pitanza temiendo condenarse por el contacto con un secuaz de Satán. Los sentimientos de toda aquella ciudad eran, pues, generalmente hostiles a aquel anciano desgarrado y a su compañero. A ello contribuía el descuido de su indumentaria; vestían ambos hombres como esos mendigos vergonzosos que conservan un exterior decente y vacilan en pedir limosna. Tarde o temprano, aquellos dos ancianos podían ser insultados. Pierquin, consciente de lo deshonesto que resultaría para la familia un agravio público, mandaba siempre, durante los paseos de su suegro, a dos o tres criados que lo rodeaban a distancia con la misión de protegerlo, pues la revolución de Julio no había contribuido a fomentar el respeto entre el pueblo.

Por una de esas fatalidades que no pueden explicarse, Claës y Lemulquinier, que habían salido muy temprano, habían burlado la vigilancia secreta del señor y la señora Pierquin y se hallaban solos en la ciudad. Al regresar del paseo, fueron a sentarse al sol, en un banco de la plaza Saint-Jacques por donde pasaban unos chiquillos que iban a la escuela o al colegio. Al divisar a los dos indefensos ancianos con las caras tendidas al sol, los crios comenzaron a hablar de ellos. Por lo común, los comentarios de los crios no tardan en convertirse en risas; de las risas, pasaron a las burlas sin reparar en su crueldad. Siete u ocho de los primeros que llegaron se

mantuvieron a distancia y se pusieron a examinar los dos viejos rostros conteniendo risas ahogadas que llamaron la atención de Lemulquinier.

—Mira, ¿ves ése que tiene la cabeza monda y lironda?

—Sí.

—Pues es sabio de nacimiento.

—Dice papá que fabrica oro —dijo otro.

—¿Por dónde? ¿No será por aquí? —agregó un tercero señalando con gesto guasón esa parte de sí mismos que los escolares se muestran tan a menudo en señal de desprecio.

El más pequeño de la banda, que llevaba la cesta llena de comida y lamía una rebanada de pan con mantequilla, se acercó cándidamente hacia el banco y preguntó a Lemulquinier:

—¿Es verdad, señor, que hacen ustedes perlas y diamantes?

—Sí, soldadito —contestó Lemulquinier sonriendo y dándole un cachetillo en la mejilla—, ya te daremos alguna cuando seas muy sabio.

—¡Eh! señor, yo también quiero —fue la exclamación general.

Acudieron todos los niños como una nube de pájaros y rodearon a los dos químicos. Balthazar, absorto en una meditación de la que le sacaron aquellos gritos, hizo entonces un gesto de asombro que causó la hilaridad general.

—¡Ea, rapaces, más respeto a un gran hombre! —dijo Lemulquinier.

—¡Chincha rabia! —gritaron los niños—. Sois unos brujos. ¡Brujos, más que brujos! ¡Viejos brujos!

Lemulquinier se incorporó y amenazó con el bastón a los niños que huyeron recogiendo barro y piedras. Un obrero, que almorzaba a pocos pasos de allí, al ver a Lemulquinier alzando el bastón para ahuyentar a los niños, creyó que les había golpeado y los apoyó con esta frase terrible:

—¡Abajo los brujos!

Los niños, sintiéndose apoyados, arrojaron sus proyectiles que alcanzaron a los dos ancianos en el instante en que aparecía el conde de Solis al otro lado de la plaza, acompañado por los criados de Pierquin. No llegaron a tiempo para impedir que los niños cubriesen de barro al anciano y a su criado. El mal estaba hecho. Balthazar, cuyas facultades se habían visto preservadas hasta entonces por la castidad natural en los sabios, en quienes la preocupación por un descubrimiento anula las pasiones, adivinó, por un fenómeno de intususcepción^[5], el secreto de aquella escena; su decrepito cuerpo no aguantó la espantosa reacción que experimentó en el elevado ámbito de los sentimientos; cayó fulminado por un ataque de apoplejía en brazos de Lemulquinier que lo llevó a su casa en una camilla, rodeado de sus dos yernos y sus criados. No hubo poder alguno que impidiera al populacho de Douai escoltar al anciano hasta la puerta de su casa, donde se hallaban Félicie con sus hijos, Jean, Marguerite y Gabriel quien, avisado por su hermana, había llegado de Cambrai con su mujer. Fue un espectáculo espantoso el de ver entrar a aquel anciano que se

debatía no tanto contra la muerte como contra el pavor que le causaba ver penetrar a sus hijos en el secreto de su miseria. Tras acomodar un lecho en medio de la sala, se prestó auxilio a Balthazar cuya situación permitió, al final del día, concebir algunas esperanzas de recuperación. La parálisis, aunque hábilmente combatida, lo dejó durante mucho tiempo en un estado lindante en la infancia. Pese a que fue cediendo gradualmente, persistió en la lengua que había quedado especialmente afectada, quizá porque la ira había concentrado en ella todas las fuerzas del anciano en el momento en que quiso apostrofar a los niños.

Aquella escena había despertado en la ciudad una indignación general. Por una ley, hasta entonces desconocida, que dirige los afectos de las masas, el acontecimiento concentró la atención general en el señor Claës. En un momento pasó a ser un gran hombre, suscitó la admiración y obtuvo todos los sentimientos que se le negaban la víspera. Todos elogiaban su paciencia, su voluntad, su valor, su genio. Los magistrados quisieron castigar a quienes habían participado en aquel atentado; pero el mal estaba hecho. La familia Claës fue la primera en pedir que se acallase el asunto. Marguerite ordenó amueblar la sala, cuyas desnudas paredes no tardaron en aparecer tapizadas de seda. Cuando, unos días después de aquel acontecimiento, el anciano padre recobró sus facultades, encontrándose en una elegante habitación, rodeado de cuanto era necesario para llevar una feliz existencia, musitó que debía de haber venido su hija Marguerite en el preciso instante en que ésta entraba en la sala; al verla, Balthazar enrojeció, se le humedecieron los ojos sin que derramara una lágrima. Pudo oprimir con sus dedos fríos la mano de su hija, y puso en esa presión todos los sentimientos y todas las ideas que no podía expresar. Fue un instante santo y solemne, el adiós del cerebro que aún vivía, del corazón reanimado por el agradecimiento. Extenuado por sus infructuosas tentativas, cansado de su lucha con un problema gigantesco y desesperado quizá por el incógnito que aguardaba a su memoria, aquel gigante pronto iba a dejar de vivir; todos sus hijos lo rodeaban respetuosamente, de suerte que sus ojos pudieron recrearse con las imágenes de la abundancia, de la riqueza, y con el emotivo cuadro que ofrecía su hermosa familia. Se mostró constantemente afectuoso en sus miradas, con las que pudo manifestar sus sentimientos; sus ojos cobraron de repente tan gran variedad de expresión que reflejaron como un luminoso lenguaje, fácil de comprender. Marguerite saldó las deudas de su padre y devolvió en pocos días a la Casa Claës un esplendor moderno que había de descartar cualquier idea de decadencia. No se apartó ya del lecho de Balthazar, esforzándose en adivinar todos sus pensamientos, en ejecutar sus menores deseos. Transcurrieron unos meses alternándose los episodios de gravedad y mejoría que señalan en los ancianos el combate entre la vida y la muerte; sus hijos acudían cada mañana junto a él, permanecían todo el día en la sala cenando ante su cama, y no salían hasta el instante en que se dormía. La distracción que más le agradaba entre todas las que trataban de proporcionarle, fue la lectura de los periódicos que resultaba especialmente interesante por los acontecimientos políticos que tenían lugar por la

época. Claës escuchaba atentamente lo que Emmanuel leía a su lado en voz alta.

A finales del año 1832, Balthazar pasó una noche sumamente crítica durante la que la enfermera hubo de llamar al doctor Pierquin, espantada por un súbito cambio que se operó en el enfermo; el médico, en efecto, quiso velarle temiendo a cada instante que expirase bajo los efectos de un ataque interno que revistieron el carácter de una agonía.

El anciano se debatía con una fuerza increíble para sacudirse las ataduras de la parálisis; quería hablar y movía la lengua sin poder articular sonidos; sus llameantes ojos proyectaban pensamientos; sus rasgos contraídos expresaban inusitados dolores; sus dedos se agitaban desesperadamente, derramaba gruesas gotas de sudor. Por la mañana, los hijos acudieron a besar a su padre con un cariño que el temor a su próxima muerte hacía cada día más ardiente e intenso. Emmanuel, avisado por Pierquin, se apresuró a abrir el periódico para ver si su lectura distraía a Balthazar de las crisis interiores que lo torturaban. Al desplegar la hoja, leyó las palabras *descubrimiento del absoluto*, que le llamaron vivamente la atención, y leyó a Marguerite un artículo en donde se hablaba de un proceso relativo a la venta del Absoluto por parte de un célebre matemático polaco. A pesar de que Emmanuel leyó en voz baja el titular de la noticia a Marguerite, quien le rogó que pasara a otro artículo, Balthazar lo oyó.

De pronto el moribundo se irguió sobre los dos puños, clavó en sus espantados hijos una mirada que les sacudió como un rayo, se agitaron los cabellos que le cubrían la nuca, temblaron sus arrugas, su rostro se animó como iluminado por un ardiente fulgor, un soplo vital cruzó aquel rostro tornándolo sublime, alzó una mano crispada por la rabia y gritó con voz penetrante la famosa frase de Arquímedes: ; EUREKA! (*lo he encontrado*). Se desplomó en la cama con el pesado ruido de un cuerpo inerte, murió exhalando un espantoso gemido y sus ojos convulsos expresaron hasta que llegó el médico el pesar de no haber podido legar a la Ciencia la clave de un enigma cuyo velo se había desgarrado tardíamente bajo los descarnados dedos de la Muerte.

París, junio-septiembre de 1834



HONORÉ DE BALZAC (Tours, 1779-París, 1850), después de un breve período como estudiante de Derecho y pasante de abogado, se consagró enteramente a la literatura. Fue un autor muy prolijo que, en el plazo de veinte años, en el período que va desde la publicación de *Los Chuanes* (1829) hasta su muerte en 1850 escribió alrededor de ochenta y cinco novelas. Paralelamente, su vida fue pródiga en aventuras amorosas, largos viajes, frustrados intentos políticos, y diversos y desastrosos negocios. *La piel de zapa* (1831) fue la novela que le dio la fama definitiva; sin embargo, su más ambicioso proyecto fue *La comedia humana*, un intento totalizador iniciado a partir de 1841 y que la muerte interrumpió. A él pertenecen *Papá Goriot*, *César Birotteau*, *Las ilusiones perdidas*, *Eugenia Grandet*, *Una casa de soltero*, *Albert Savarus*, *La muchacha de los ojos dorados*, *La prima Bette*, *El primo Pons* y la ahora publicada, *La búsqueda del absoluto*.

Notas

[1] Fiesta tradicional durante la que se paseaban por las calles unas gigantescas figuras de mimbre denominadas Gayant. (N. del t.). <<

[2] En francés, *couturières*. No hemos encontrado el nombre equivalente en castellano. Se trata de un insecto coleóptero del género «Cárabus». (N. del t.). <<

[3] Prestigiosa Escuela de estudios superiores fundada en 1796. (N. del t.). <<

[4] François Joseph Talma (1763-1826), famoso actor trágico francés a quien Balzac profesaba gran admiración. (N. del t.) <<

[5] Término médico que Balzac utiliza en el sentido de «intuición». (N. del t.). <<